

STAR WARS

**LA NUEVA ORDEN
JEDI**

TOMO 2

**MAREA OSCURA I –
OFENSIVA**

MICHAEL A. STACKPOLE

Título original: Star Wars. The New Jedi Order. Dark Tide I: Onslaught.
Traducción: Virginia de la Cruz.

Imágica Ediciones, S.L.:
Alberto Santos & Patricia Forde & Carlos L. García-Aranda.

Diseño y maquetación: Carlos L. García-Aranda. Ilustración de cubierta: Cliff Nielsen.

Publicado por Ballantine Books.

Copyright ©1999-2002 Lucasfilm Ltd. & TM.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización. Todos los caracteres y contenidos, traducidos o no, son propiedad bajo Copyright ©1999-2002 Lucasfilm Ltd. & TM.

Alberto Santos, Editor.

Copyright por la traducción ©2002 Imágica Ediciones, S.L.

1ª edición: marzo, 2003.

Para Timothy Zahn,
por todas las razones obvias y algunas más.
(La próxima vez que estemos en Tasmania,
intentaré conducir).

Agradecimientos:

Este libro no se habría completado sin el inagotable esfuerzo de un montón de gente. El autor quiere agradecer su contribución a las siguientes personas: Sue Rostoni, Allan Kausch y Lucy Auter Wilson de Lucas Licensing Ltd.; Shelly Shapiro, Jennifer Smith y Steve Saffel de la editorial Del Rey; Ricia Mainhardt, mi agente literario; R.A. Salvatore, Kathy Tures y James Luceno, mis cómplices en el crimen; Peet James, Timothy Zahn, Tish Pahl y Jennifer Robertson; y, como siempre, Liz Danforth, por ayudarme a mantener la salud a lo largo de toda esta labor.

PROLOGO

De pie, en el puente de su fragata Nebulon-B, el pirata Urias Xhaxin tenía las manos en la espalda, cogiéndose con la derecha la mano izquierda cibernética. Su vista estaba fija al frente, en el túnel de luz en el que se adentraba con su nave, el *Autarca*. Dado el diseño de la fragata, con el puente situado en la parte frontal, se sintió como si volara solo, abriéndose paso en lo profundo del Borde Exterior, un sitio donde nadie en su sano juicio se atrevería a perderse.

Miró hacia atrás, a la twi'leko que manejaba los controles de navegación. — ¿Cuánto queda para la inversión, Khwir?

Los largos lekkus de la twi'leko se agitaron.

Cinco minutos.

Xhaxin activó el intercomunicador que colgaba del cuello de su uniforme.

A toda la tripulación, aquí Xhaxin. Escuadrones Azul y Rojo, preparaos para el lanzamiento. Saldréis a las zonas externas e inhabilitaréis las naves más pequeñas. Artilleros, nosotros iremos a por los escoltas. Si sois rápidos, ésta podría ser nuestra última incursión. Entrar y salir, limpio y fácil. Sé que lo vais a hacer bien. Corto y cierro.

Una mujer de cabello oscuro se situó junto a Xhaxin.

¿De veras cree que con esta operación ganaremos lo suficiente como para retirarnos?

Depende de la calidad de retiro que esté buscando, doctora Karl — el hombre de pelo y barba blanca que había hablado se giró para sonreír a la mujer—. Sus habilidades le reportarán beneficios en cualquier parte de la Nueva República, y lo que le corresponde de este botín debería bastar para comprar una o dos identidades nuevas.

Anet Karl frunció el ceño.

Desde que el Remanente Imperial y la Nueva República firmaron la paz hace seis años, nos hemos visto obligados a perseguir objetivos cada vez más pequeños —dijo la mujer—. La Nueva República nunca prohibió nuestras actividades y las ignoró a propósito; pero los imperiales seguían constituyendo una amenaza. Los botines eran buenos cuando las naves imperiales sin reconstruir venían hacia aquí de camino al Remanente, pero ese movimiento es cada vez menor. ¿Cree de veras que esta incursión será diferente?

Xhaxin apretó los labios un instante y bajó la voz.

Es una pregunta muy razonable. La respuesta es sí, lo intuyo en mi interior.

Este asalto va a ser distinto a todo lo que hemos visto en estos cinco años.

Anet sonrió con malicia. Sus ojos marrones brillaban.

¿No estará jugando a los Jedi conmigo, verdad? ¿La Fuerza le ha hablado sobre esta incursión?

No, yo soy mucho más práctico que los Jedi, y más peligroso también —abrió los brazos—. Somos novecientos en esta tripulación. Nueve veces más que la cantidad de Jedi que hay ahora en toda la galaxia. Y mientras ellos tienen la Fuerza para ayudarse, yo tengo dos poderosos aliados: la codicia y la arrogancia.

Un buen plan, sin duda.

Permítame corregirla: un plan brillante —rió Xhaxin—. Permití a un par de naves volar sin problemas porque iban juntas, y después ordené a alguien que se ofreciera a organizar caravanas para atravesar el espacio profundo hacia el Remanente. Recibimos varias peticiones de plaza en la caravana. De hecho, pagaron bien por el privilegio de viajar seguros.

¿Pero no se les devolvió el dinero, verdad? —Sonrió la doctora—. Los créditos que depositaron eran sólo una entrada.

Eso es. Se han reunido en el planeta Garqi y han salido de allí. El último llegará en diez minutos al punto de encuentro. Acorralaremos a los que ya estén allí, acabaremos con el último y nos iremos —se atusó el bigote con su mano de carne y hueso—. Ha sido una incursión excelente. Este último asalto será recordado. Me hubiera gustado dejar otro tipo de huella en la historia, pero esto bastará. Y más si todos vosotros obtenéis la recompensa que merecéis por vuestro trabajo.

Anet Karl contempló a los humanos y al resto de criaturas que se afanaban en los controles del puente.

—El Imperio fue fatal para nosotros, capitán. Hemos de agradecerle que nos haya mantenido con vida para que pudiéramos cobrarnos lo que nos pertenecía. Nosotros también seguiríamos...

Lo sé, pero la Nueva República ha firmado la paz con el Remanente —suspiró Xhaxin—. Uno no puede subestimar el atractivo de la paz. Y creo que, después de todo, nosotros también la merecemos.

—Diez segundos para la inversión, capitán.

Gracias, Khwir —Xhaxin señaló la pantalla de visualización—. Contemple su destino, doctora.

El túnel de luz se dividió en incontables estrellas de diferentes tonos. La nave apareció literalmente en medio de la nada. Un punto en el espacio que había sido seleccionado únicamente porque las fuerzas gravitatorias lo hacían idóneo

para recorrer la distancia que separaba Garqi de Bastion, en el Remanente Imperial. *Este lugar debería estar desierto.*

Pero no estaba desierto. Vieron los ardientes restos de un carguero destrozado que giraba descontrolado, cápsulas salvavidas y yates espaciales por todas partes. Además, un gran objeto flotaba en el espacio. Al principio, y por su apariencia —la superficie irregular y el ritmo torpe—, Xhaxin pensó que era un gran asteroide. Otros más pequeños parecían orbitar alrededor de él, pero de pronto se lanzaban al ataque de los yates.

¡Y ahora vienen a por nosotros! Xhaxin se alejó de la pantalla de visualización.

¡Rápido, escudos a toda potencia! Que despeguen los cazas. ¡No sé cómo, pero algún idiota se las ha ingeniado para colocar un motor de hipervelocidad a un asteroide! ¡Pero no se va a quedar con nuestras naves! Artilleros, apuntad a la roca y hacedla pedazos.

¡A sus órdenes, capitán!

Mientras daba órdenes y pensaba en cómo se podía poner en movimiento un pequeño planeta, Xhaxin se dio cuenta de que esa línea de razonamiento no explicaba que las rocas más pequeñas se movieran como cazas.

Vigías, ¿qué ocurre?

Un duro observó las pantallas holográficas de datos. Su rostro alargado mostraba una expresión aún más malhumorada de lo habitual.

Anomalías gravitatorias, señor, por todas partes.

¿Rayos tractores? ¿Proyectores de gravedad?

Es otra cosa, señor —el duro frunció el ceño a medida que una cortina de datos llenaba la pantalla con esferas multicolores superpuestas—. Rayos más concentrados y más potentes.

Las baterías de turboláser del *Autarca* se abrieron y emitieron largos haces rojos hacia el asteroide. Los disparos parecían estar bien orientados, pero se desviaron de repente. Cerraron el ángulo de ataque y se juntaron casi medio kilómetro antes de alcanzar el asteroide. Xhaxin esperaba que los rayos atravesaran ese nuevo punto focal y que dieran en la roca, pero se desvanecieron.

— ¿Qué ocurre? Artilleros, vigías, ¿qué está pasando?

Su tirador, un iotrano llamado Mirip Pag, negó con la cabeza en un gesto de incredulidad.

Teníamos las armas, capitán. Estábamos apuntando bien. El duro, llamado Lun Deverin, señaló con un dedo tembloroso la pequeña esfera holográfica que había generado el ordenador.

Una anomalía gravitatoria atrajo los disparos. Es como si utilizaran un agujero negro como escudo.

Xhaxin se volvió para mirar los datos y contempló la esfera en cuestión. El objeto se expandía y se dirigía hacia la fragata. Cuando se produjo el contacto, una sacudida agitó la nave. Las alarmas saltaron, anunciando que el escudo había caído.

Pon rumbo 57 punto 12, a toda potencia. Atraviesa ese rayo, sea lo que sea.

Se aproxima otro, capitán. Eliminaré el escudo de popa...

Pen Grasha, el oficial de control de cazas del *Autarca*, gritó por encima del estruendo de las sirenas:

—Capitán, nuestros cazas se quedan sin escudos. Los disparos y los láseres no llegan al enemigo.

El duro agitó una mano y se agarró con fuerza a su panel de control. —Preparados para el impacto. Nos han disparado.

¿Impacto? Xhaxin miró la pantalla de visualización y vio una bola dorada chisporroteante, quizá de plasma, que pasaba de largo. El objeto alcanzó a la fragata en plena maniobra, justo en el centro y a babor. El escudo absorbió el impacto, pero cayó a los pocos segundos, enviando una lluvia de chispas al puente y derribando a un tripulante. Un instante después, aquella cosa que había atravesado el escudo golpeaba el casco blindado del *Autarca*.

Menos mal que tenemos blindaje extra. Xhaxin había invertido gran cantidad de recursos en reforzar el escudo de su fragata. La nave había soportado los disparos de un destructor estelar imperial, y todos habían vivido para contarlos. *Pero, antes, habían escapado para contarlos.*

El impacto desactivó momentáneamente los generadores de gravedad artificial de la nave, por lo que Xhaxin salió disparado y chocó contra la doctora Karl. Al cabo de un segundo, la gravedad regresó y depositó a ambos en el puente sin demasiada brusquedad. Xhaxin se apoyó sobre una rodilla y ayudó a la doctora a sentarse mientras miraba al duro.

— ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, capitán, pero sigue adentrándose en el casco —la criatura de piel azulada palideció—. Creo que en veinte segundos abrirá una brecha en el fuselaje de la cubierta siete.

— ¡Evacuad el área y cerrad las compuertas!

— ¡Más disparos!

¡No! ¡Esto no puede estar pasando! Xhaxin apretó las manos con fuerza, tanto la de carne como la de metal. Dejó a un lado la desesperación y el pánico que le atormentaban. *Es hora de ser la clase de hombre que atrae a una tripulación tan leal.*

—Pen, llama a los cazas. Que entren primero los que no tengan hipervelocidad. Khwir, calcula un salto que nos saque de aquí.

Los lekkus de la twi'leko palidecieron.

—Las anomalías gravitatorias cambian constantemente. Es imposible hacer los cálculos.

— ¿Son suficientes para impedirnos saltar?

—No, pero...

Xhaxin gruñó y cayó al suelo cuando otro disparo del asteroide sacudió la fragata.

—Entonces saltaremos a ciegas. Envía las coordenadas a nuestros cazas, pero saltaremos a ciegas.

—Capitán, un salto a ciegas podría matarnos.

—Un salto a ciegas podría matarnos —Xhaxin señaló enérgicamente la pantalla de visualización—, pero eso nos matará. ¡Hazlo, Khwir, hazlo ya!

—A sus órdenes, capitán —la twi'leko comenzó a introducir las coordenadas en el ordenador de navegación—. Preparados para saltar en cinco segundos, capitán. Cuatro, tres...

Xhaxin miró por la pantalla de visualización y vio una bola dorada brillante que llenaba la imagen. No sabía quién le atacaba, ni qué hacía allí ni cómo funcionaban sus armas. Mientras pensaba en ello, la visión del espacio explotó. En ese momento, y de alguna manera, supo que la respuesta a esa pregunta quizá le proporcionaría algo de paz interior, pero no podía decirse lo mismo de la Nueva República.

CAPITULO 1

Mientras esperaba junto a la cámara del Senado a que el jefe de Estado Borsk Fey'lya la invitara a subir al estrado, Leia Organa Solo se sintió algo nerviosa. Habían pasado los años; de hecho, habían pasado las décadas, y se acordó de cómo se sintió cuando entró por primera vez en el Senado Imperial como la diputada electa más joven de la historia. Se presentó como candidata para ayudar a su padre, Bail Organa, y para continuar con su oposición a Palpatine y a la locura que permitió la creación de cosas como la Estrella de la Muerte.

Por entonces yo era joven, muy joven, y era normal que estuviera nerviosa. Leia contempló la gran sala y el mar de senadores que la poblaban. No era tan imponente como la antigua, en la que ella sirvió por primera vez; pero podía palparse en ella la tradición de los días de la Nueva República. En la era del Imperio, después de que Palpatine se hiciera con el poder absoluto, apenas había unas pocas criaturas que no fueran humanas en la cámara, y sólo asistían los senadores humanos. Ahora, como había ocurrido en la Antigua República, los humanos eran minoría. Vio a la senadora Viqi Shesh, de Kuat, y a uno de sus telbuns, y al senador Cal Omas, de Alderaan; pero, aparte de ellos, no distinguía otros humanos.

Y la edad no es lo único que se aprecia en mis ojos. Leia sonrió para sus adentros. No quería recordar que ya había transcurrido buena parte de su vida, y que la mayoría se la había pasado allí, en Coruscant, ayudando a constituir la Nueva República como la confederación de planetas surgida de las sombras del Imperio. *También salí a luchar contra el Imperio y a recibir disparos. Aquí los ataques eran más sutiles, pero casi igual de letales.* Se estremeció al recordar el bombardeo que sufrió la antigua cámara del Senado.

Echó un vistazo hacia atrás y vio a Danni Quee, la joven que dos meses antes había sobrevivido al ataque y a la captura de un violento grupo alienígena que invadió varios planetas del Borde Exterior. Danni había trabajado en una estación de investigación que se ocupaba de observar el espacio más allá del borde galáctico, y había recogido pruebas que indicaban que los invasores procedían de otra galaxia. Sus despiadadas tácticas, junto con el esfuerzo y los recursos necesarios para organizar una invasión desde una galaxia lejana, sugerían a Leia que los alienígenas estaban decididos a apropiarse de una buena parte de esta galaxia. Ahora, ella se presentaba ante el Senado para advertir a la Nueva República de esta amenaza y reunir ayuda para los planetas del Borde Exterior que tuvieran que enfrentarse a la peor parte del ataque alienígena.

Junto a la pequeña mujer morena estaba Bolpuhr, el guardaespaldas noghri de Leia. Bolpuhr se dedicaba en cuerpo y alma a proteger a Leia y a su hermano Luke, para agradecerles los esfuerzos que habían realizado al reparar los daños

que el Imperio había provocado en Honoghr, el planeta de los noghri. La gratitud con la que Bolpuhr recompensaba a Leia y a su familia se traducía en una feroz lealtad sólo superada por la que demostraría un wookiee que le debiera la vida a alguien.

La voz de Borsk Fey'lya ascendió desde su tono monótono a un punto algo más elevado. Leia recordó cómo alzaba la voz cuando estaba estresado. El tono le hizo levantar la cabeza y centrar su atención en lo que estaba diciendo el bothan.

—Es, por tanto, un placer para mí dar la bienvenida de nuevo a esta cámara a una mujer que lleva más tiempo en esta casa que ninguno de nosotros. Les presento a Leia Organa Solo, embajadora de Dubrillion.

Ya era hora, pensó Leia. Has estado dándome largas demasiado tiempo. Leia llevaba varias semanas intentando conseguir esa audiencia.

Fey'lya salió del estrado y le cedió el sitio. El bothan había decidido llevar una túnica de color tierra, algo más oscura que su piel crema, que lucía un ribete morado a juego con sus ojos. Esas vestimentas recordaron a Leia las sencillas prendas que Mon Mothma solía vestir al dirigirse al Senado o al pueblo; pero, de alguna manera, no imprimían al bothan el aire de nobleza y sencillez que otorgaban a Mon Mothma.

Leia vestía unas botas negras y una túnica color pálido. También llevaba el pelo recogido para que su atuendo y su porte subrayaran los encuentros bélicos que eran la base de su informe. Sabía que sus vestimentas eran poco apropiadas para la opulencia del Senado, pero también esperaba que los presentes recordaran los días en los que la indumentaria de batalla estaba a la orden del día, y las decisiones tenían que tomarse rápidamente.

—Gracias, jefe Fey'lya. Estimados senadores y respetables invitados, les traigo el saludo y los mejores deseos del pueblo de Dubrillion. He sido enviada para informarles de una grave crisis que ha tenido lugar en el Borde Exterior. Una especie desconocida hasta ahora ha realizado allí una serie de ataques. Eliminaron la estación ExGal-4 en Belkadan, atacaron el planeta Dubrillion, destruyeron en Helska la nave de la Nueva República *Renovador* y aniquilaron el planeta Sernpidal estrellando su propia luna contra él. Conseguimos localizar la base alienígena de Helska 4 y la destruimos, pero no hemos acabado con la amenaza.

Leia contempló al público y le sorprendió ver la cantidad de senadores que parecían estar aburriéndose, como si les estuviera narrando una obra costumbrista kuati. *Bueno, tampoco les he contado nada que no supieran, pero ahora tienen que reaccionar y solucionar el tema.* Se aclaró la garganta y contempló el datapad para recordar sus notas.

—Luke Skywalker encontró en Belkadan pruebas de un desastre ecológico que alteró radicalmente la composición atmosférica del planeta. Ese desastre fue atribuido a un agente alienígena que se encontraba en el planeta y que, posteriormente y tras atacar a Mara Jade Skywalker y a mi hermano, fue

asesinado. Las pruebas parecen indicar que los alienígenas estaban acondicionando el planeta para utilizarlo como base para la invasión.

Antes de que pudiera continuar, un senador jorobado y de aspecto sauriano que representaba a las distintas comunidades baragwinianas se levantó lentamente.

Con permiso del Senado, me gustaría preguntar a la oradora si ella es la misma Leia Organa Solo que medió en el conflicto entre Osarian y Rhommamul.

Leia entrecerró los ojos y levantó la barbilla.

—El senador Wynl sabe perfectamente que fui yo quien intentó conseguir la paz en esa disputa.

—¿Y no fue la acción de un Caballero Jedi insensato lo que obligó a los osarianos a iniciar el ataque que, posteriormente, desembocó en una guerra para el sistema, y que provocó la muerte de Nom Anor, el líder rhommamuliano, en el proceso?

Leia alzó las manos.

—Con todos mis respetos, senador, el conflicto entre Rhommamul y Osarian tiene poco o nada que ver con la invasión de la que estoy hablando ahora.

Borsk Fey'lya se acercó a Leia desde su posición a la derecha del estrado.

¿Poco o nada? Eso indica la posibilidad de algún tipo de conexión. Ella asintió incómoda.

—Cuando el invasor atacó a Mara, primero intentó destruir a Erredós, el androide astromecánico que utiliza mi hermano. El alienígena profirió el mismo tipo de retórica en contra de los androides que los Caballeros Rojos de la Vida de Rhommamul utilizaban en sus cruzadas.

El bothan parpadeó con sus ojos violeta.

—¿Está sugiriendo que esos Caballeros Rojos están detrás del envenenamiento de Belkadan, la destrucción de Sernpidal y el ataque a Dubrillion? ¿Y que tenían armamento suficiente para arrancar una luna de su órbita, pero no eran capaces de defender a sus líderes de un ataque osariano? ¿Está diciendo eso?

—No, en absoluto, jefe Fey'lya —Leia dio un toque gélido a su tono de voz—. No creo que el alienígena de Belkadan estuviera bajo la influencia de los Caballeros Rojos, pero es posible que éstos formen parte de una tapadera para distraer a la Nueva República.

Otro senador, esta vez un rodiano, se puso en pie.

— ¿Quiere hacernos creer, embajadora, que sus esfuerzos diplomáticos fracasaron a merced de una conspiración surgida más allá de la galaxia? —No estoy diciendo eso.

Niuk Niuv, el senador sullustano, se levantó.

—Yo tampoco lo creo. Creo que está intentando distraernos de la amenaza que los Jedi representan para la Nueva República. Fue un Jedi el que añadió tensión a la situación osariana y provocó esa guerra. Dice usted que fue un Jedi

el que informó sobre ese alienígena y sobre sus palabras. No soy tan estúpido como para no ver los esfuerzos de un Jedi para apartar nuestra atención de los problemas que causa la Orden.

— ¡El Jedi de Belkadan era mi hermano, Luke Skywalker, Maestro Jedi!

— ¿Y quién podía desear más que él que los errores de sus discípulos cayeran en el olvido?

Leia se agarró con fuerza al podio para controlarse.

— Soy muy consciente de la controversia que rodea a los Jedi, pero les pido, con la mejor intención, que vayan más allá de ese debate y se concentren en lo que les estoy contando. Se ha iniciado una invasión procedente de más allá de esta galaxia y, si no actúan para detenerla de inmediato, destruirá la Nueva República.

Un senador humano que Leia no reconoció tomó la palabra.

— Perdónenme, pero es un hecho por todos conocido que, desde hace tiempo, una perturbación en el hiperespacio localizada en el borde galáctico imposibilita la entrada o salida de la galaxia. Esta supuesta invasión no puede haber ocurrido.

Leia negó con la cabeza.

— Si esa barrera existe, encontraron la forma de sortearla. Estaban aquí, y hay pruebas irrefutables de su invasión en el Borde Exterior.

El quarren Pwoe se levantó y se acarició la barbilla puntiaguda con las yemas de los dedos.

— Estoy confundido, embajadora. Ha dicho que usted formó parte de una iniciativa para destruir la fuerza invasora. Todo indicaba que lo habían conseguido.

— Y así fue.

— ¿Así que desde entonces no ha habido más avistamientos de esos invasores?

— No, pero eso...

— ¿Y hay pruebas que los relacionen con los Caballeros Rojos, aparte de los rumores sobre los comentarios de una criatura que está muerta?

— No, pero...

— ¿Existen pruebas físicas de los invasores?

— Algunas. Un par de cuerpos, un par de sus coralitas.

Fey'lya sonrió, y sus afilados dientes relucieron.

— ¿Coralitas?

Leia cerró los ojos y suspiró.

— Al parecer, esos alienígenas utilizan criaturas biomecánicas manipuladas genéticamente. Sus cazas de combate, digamos, se originan a partir de algo denominado coral yorik.

El bothan negó con la cabeza.

— ¿Nos está diciendo que utilizaron rocas para derribar un destructor estelar?

—Sí.

Pwoe bajó la mirada hacia su mesa y luego volvió a levantar la vista con un brillo malicioso en sus ojos negros.

—Leia, como admirador suyo que fui en el pasado se lo ruego, por favor, no siga. Usted no puede imaginar lo patética que resulta. Si optó por abandonar la vida pública, regresar ahora con esta historia, en un intento baldío de arrebatarlos el control, es algo penoso.

—¿Qué? —Leia parpadeó incrédula—. ¿Creen que he venido para recuperar el poder?

—No puedo llegar a otra conclusión —Pwoe abrió los brazos en un gesto que abarcó la cámara entera—. Busca protección para su hermano y sus hijos porque todos son Jedi, y yo lo entiendo. También es evidente que opina que somos incapaces de sobrevivir a una catástrofe sin su ayuda; pero la verdad es que las cosas han ido bien desde que se solucionó la situación bothan. Todos somos conscientes de la codicia humana por el poder, y la admiramos por haberla controlado durante tanto tiempo, pero ahora esto...

—No, no, ésa no es en absoluto mi intención —Leia contempló horrorizada a los senadores—. Lo que les estoy contando es verdad, es real. Quizás hayamos derrotado a la vanguardia, pero están en camino.

El senador sullustano se tapó las orejas con las manos.

—Por favor, Leia, basta ya, basta ya. Su lealtad a los Jedi es loable, pero este intento de hacernos creer que podrían ser útiles contra una dudosa amenaza... ¡Esto no es propio de usted!

—Pero muy humano por su parte —susurró el baragwiniano. Un puño invisible se cerró alrededor del corazón de Leia y lo apretó con fuerza. La mujer flexionó los brazos y los apoyó en el atril.

— ¡Tienen que escucharme!

—Leia, por favor, haga lo que hizo Mon Mothma —la voz de Pwoe estaba llena de compasión—. Desaparezca sin hacer ruido. Ahora el Gobierno nos pertenece. Deje que la recordemos con cariño, como alguien que trascendió su humanidad.

Leia observó a los senadores y deseó que la edad le hubiera afectado tanto a la vista como para no ver sus miradas de desprecio. *No ven porque no quieren ver. Necesitan tanto el control que ignorarán el peligro antes que reconocer que hay una crisis. Perderían todo con tal de demostrar que tienen el poder.* Su obstinada ignorancia la dejó agotada y sin palabras, aplastada bajo el peso de su compasión y su desprecio.

Esto no puede estar pasando. No pueden echar a perder todo lo que hemos conseguido. Leia soltó poco a poco el atril mientras se alejaba de él. *Perderlo todo...*

Una voz potente y firme atravesó el murmullo generalizado de la cámara del Senado.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo se atreve ni uno solo de vosotros a hablarle

así?

En medio de la sala, un alienígena de pelo dorado, alto, esbelto y con líneas púrpuras que le salían del rabillo de los ojos hacia arriba y hacia atrás se levantó.

—Si no fuera por esta mujer y los sacrificios de su familia, ninguno de nosotros estaríamos aquí, y la mayoría estaríamos muertos.

Elegos A'Kla desplegó su mano de tres dedos.

—¡Vuestra deshonrosa ingratitud no hace más que confirmar la opinión del Imperio de que éramos bestias!

El senador rodiano señaló al caamasiano con su dedo acabado en ventosa.

—¡No olvides que ella era uno de ellos!

Elegos entrecerró los ojos, y Leia se dio cuenta de que ese comentario le había dolido.

—¿De verdad puedes decir eso sin darte cuenta de lo ignorante que te hace parecer? Confundirla con los imperiales no es más que un prejuicio, el tipo de prejuicio que los imperiales utilizaron para oprimirnos.

Niuk Niuv ignoró los comentarios del caamasiano con un gesto de desprecio.

—Tus críticas tendrían más peso, senador A'Kla, si no se supiera que has sido colaborador de los Jedi. Sientes una profunda simpatía por ese colectivo. ¿No era tu tío uno de ellos?

Elegos echó la cabeza hacia atrás, resaltando su altura y su esbeltez.

—Mi lealtad a mis amigos y a mis parientes Jedi no me ciega ante lo que Leia intenta decir aquí. Puede que queráis ver a los Jedi como una amenaza, yo puedo reconocer que las acciones de algunos de ellos me han dejado helado, pero Leia está informando de una nueva amenaza que quizá sea de gran envergadura para la Nueva República. Ignorarla a propósito y en pro de vuestra propia gloria es el colmo de la irresponsabilidad.

Los tentáculos de Pwoe se plegaron con enfado.

—Eso que dices está muy bien, A'Kla, pero tu pueblo y su supervivencia deben mucho a Leia y a su familia. Muchos de los tuyos murieron en Alderaan, y ha sido la conciencia y la caridad de los humanos lo que os ha protegido durante décadas. Que te alces en su defensa no es sorprendente, eres como un perro de batalla nek lamiendo la mano del entrenador que le apalea.

Leia se sintió profundamente aludida con el comentario y regresó al podio. A pesar de la ira que bullía en su interior, su voz era leve y tranquila. Aunque no era amiga de recurrir a las técnicas Jedi para calmarse, lo hizo, y eso le permitió centrarse. Su expresión se endureció y su mirada recorrió a los senadores reunidos.

Quizá pretendan proyectar en mí todo tipo de siniestras intenciones. Están en su derecho. Puedo llegar a entender incluso que antiguos resentimientos se ceban en mi persona, aunque creía que mi pasado bastaría para entender la lealtad de mi corazón. Pero ahora ni siquiera quiero que me escuchen. Ven la Nueva República como algo suyo, y aplaudo que se alzan para

responsabilizarse de ella. A pesar de lo que quieran creer o pensar, estoy orgullosa de ustedes. Lo que me decepciona es que se engañen a sí mismos. La fuerza de la Nueva República siempre procedió de la unidad de sus diversos pueblos —se encogió de hombros y se puso recta de nuevo—. Les dejaré toda la información que hemos recopilado sobre los invasores. Espero que les sirva de algo cuando encuentren tiempo para utilizarla.

Borsk Fey'lya la miró de cerca mientras ella bajaba del podio.

—¿Qué harás ahora, Leia?

Ella resopló suavemente y le miró un instante.

¿Tienes miedo de que dé un golpe de Estado para conseguir lo que quiero, Borsk?
¿Crees que tengo tanto poder?

—Haré lo que tengo que hacer. La Nueva República me habrá abandonado, pero yo a ella no. Esta amenaza ha de ser detenida.

El pelo de la nuca del bothan se erizó lentamente.

—No tienes apoyo oficial. No puedes solicitar equipamiento, ni dar órdenes ni nada por el estilo.

Ella negó lentamente con la cabeza y sonrió al ver aparecer a Elegos.

—Conozco las normas, jefe Fey'lya, tanto las que se hacen públicas como las que se aplican en realidad. No tengo intención de ponerme en contra suya, así que no me obligue a hacerlo.

Elegos apoyó una mano en el hombro de Leia.

—Este senador quiere saber más sobre la amenaza. Confío, jefe Fey'lya, en que mi investigación no encuentre trabas.

—Trabas no... —los ojos violetas del bothan se entrecerraron—, pero tenga cuidado. La curiosidad está permitida, pero la traición se castiga. ¿Lo comprende?

Elegos asintió y Leia hizo lo mismo.

—Lo captamos, jefe Fey'lya. El senador A'Kla y yo tendremos mucho cuidado. Téngalo usted también. Un juicio por traición en una época como ésta podría costarle su carrera, en caso de que los invasores dejen a alguien vivo para que le importe, claro.

CAPITULO 2

Agazapado en la cabina del simulador de Ala-X, el coronel Gavin Darklighter, comandante del Escuadrón Pícaro, se tocó con el pulgar el anillo que llevaba en la mano derecha. Estaba muy nervioso, pero sabía que no tenía sentido alargar aquello ni un segundo más. Miró al androide astromecánico R2-Delta que tenía detrás.

—Vale, *Leo*, pon la simulación denominada "caza de coralitas".

El pequeño androide dorado y blanco silbó con agrado y la cabina del simulador se iluminó con las luces y los datos que recorrían la pantalla principal. A pesar de los años de reajustes que el pequeño androide había pasado al servicio de Gavin, que incluían varios lavados de memoria y las actualizaciones de rigor, el robot siempre le daba la bienvenida con un breve informe del tiempo en Tatooine y en Coruscant. Gavin apreciaba ese detalle, y por esa razón no había cambiado al androide por un modelo nuevo, aunque la actualización Delta era muy apreciada porque aceleraba el proceso informático de navegación.

El gran cambio en su relación con el androide había sido su nombre. Al principio le llamaba Jawita porque pensaba que a cualquier jawa le encantaría tener ese androide. Más tarde, tras la crisis de Thrawn, un grupo de jawas intentó robarlo, pero él se defendió y llegó a herir a uno de ellos. Desde ese momento, Gavin comenzó a llamarlo *Peleón*, y después lo abrevió a *Leo*.

El campo visual del simulador se llenó de estrellas y después apareció un cinturón de asteroides, hacia el que Gavin llevó el Ala-X. Su caza se parecía mucho al viejo T-65 que solía llevar el Escuadrón Pícaro cuando se unió a los Rebeldes, pero el modelo T-65A3 era un par de generaciones más avanzado que los modelos originales. No era tan ágil como el nuevo XJ, pero el A3 tenía mejoras en los escudos y en los láseres que intensificaban la precisión y la potencia. El acuerdo de paz con el Remanente Imperial implicaba que había pocos enemigos con los que medir los nuevos cazas, y la nave había demostrado su gran capacidad letal cuando se había enfrentado a los piratas de las regiones del Borde de la Nueva República.

Gavin miró su monitor principal, pero no había nada parecido a una amenaza. Activó una ampliación de datos que expandía los perfiles de objetivos disponibles.

—*Leo*, localiza a todos los seres vivos, incluso los del tamaño de un mynock, y cualquier cosa que parezca ir sin rumbo o con una trayectoria que se salga de lo normal para ser un meteorito.

El androide silbó a modo de asentimiento, pero la pantalla de Gavin no mostraba nada. Él frunció el ceño. *¿Qué se supone que tengo que ver? No es lógico que el almirante Kre'feg me haga dado acceso a esta simulación si aquí no hay nada.*

Gavin dudó un instante. Sabía que su concepto de la lógica era ampliamente distinto al de un almirante bothan. En numerosas ocasiones, Gavin había tenido que aguantar la manipulación bothan de él o de sus órdenes, y la mayor parte de las veces había resultado un desastre. Pero aunque el clan Kre'fey se asociaba negativamente con el Escuadrón Pícaro por eventos de hacía más de dos décadas, Gavin había comprobado que el joven Traest Kre'fey era muy honrado en general, y especialmente a la hora de tratar con los miembros del Pícaro.

La consola principal dio un pitido y el pequeño monitor superior del Ala-X destacó un objeto distante. Gavin seleccionó el objeto y contempló su perfil y su imagen en el monitor secundario. A simple vista podía haberlo confundido con un asteroide y haberlo ignorado, pero se dio cuenta de que era demasiado simétrico. Le recordó en gran medida a una semilla, algo bulbosa en su parte central, pero afilada por ambos extremos. La parte trasera tenía un par de huecos que podían ocultar las unidades de combustión, y otro par de hendiduras que podían albergar armas.

Gavin se estremeció y aceleró el Ala-X.

—*Leo*, empieza a grabar. Quiero tener la oportunidad de estudiar luego esta maniobra.

Utilizando el timón de vacío, Gavin apuntó el morro del Ala-X hacia una ruta que lo situaba detrás de la semilla. Ascendiendo hacia la derecha, activó un interruptor que colocaba los alerones-s en posición de ataque. Con un toque del pulgar, cambió los controles de sus armas al modo láser y los cuadró para que los cuatro dispararan al mismo tiempo.

La semilla giró y se colocó frente a la trayectoria de avance de Gavin. Los sensores no le indicaron ninguna activación de potencia, pero le perturbaba más el hecho de que no hubiera lecturas de motores encendidos. *¿Cómo se mueve esa cosa?*

Antes de que las respuestas surgieran solas, Gavin dio un giro brusco a estribor y se elevó rozando la semilla. Soltó una ráfaga rápida y esperó que la semilla explotara, pero eso no ocurrió. Cuando el disparo se acercó al blanco, el haz giró sobre un vértice invisible y se deshizo en mil pedazos luminosos.

Por los huesos negros del Emperador...

La semilla avanzó rápidamente, girando para dirigir el morro hacia el Ala-X. Gavin se inclinó a babor y dio la vuelta, pero algo interceptó su nave. *Leo* empezó a chirriar al instante y los escudos delanteros del Ala-X se desactivaron. Algo amorfo y de color rojo comenzó a surgir del morro de la semilla y salió disparado hacia el Ala-X. Dio en el blanco y se quedó pegado. Lo que parecía ser roca derretida comenzó a colarse por el fuselaje de metal del caza.

Las sirenas de alarma se activaron, ahogando los silbidos asustados de *Leo*. Los mensajes rojos de alerta comenzaron a aparecer en el monitor principal, y todos menos uno pasaron demasiado rápido como para que Gavin pudiera leerlos. El que pudo leer informaba de la ignición prematura de un motor de torpedos de protones, que incendió el depósito de munición de babor y rasgó el

Ala-X.

Atónito, Gavin se apoyó en el respaldo de su asiento. Los monitores se quedaron en negro y la escotilla de la cabina se abrió. Miró el cronómetro y negó con la cabeza.

—Leo, hemos durado veinticinco segundos. ¿Qué era eso?

Un humano se asomó a la cabina.

—Coronel Darklighter, el almirante me ha enviado para felicitarle. Gavin parpadeó y se pasó la mano enguantada por la perilla marrón.

— ¿Felicitar me? He durado menos de un minuto.

—Sí, coronel, es cierto —sonrió el hombre—. El almirante se reunirá con usted en su despacho dentro de una hora y le explicará por qué hay que felicitarle por haberlo hecho tan bien.

—oOOOo—

Gavin se sentó tras su escritorio y contempló distraídamente las imágenes generadas en su holoproector. La primera foto era de él con sus dos hijos, dos niños huérfanos que vivían cerca del hangar que había ocupado el Escuadrón Pícaro tras la crisis de Thrawn. Todos sonreían. La siguiente mostraba a los niños dos años después. Ambos seguían sonriendo pese a ir vestidos de etiqueta, de pie junto a Gavin y su prometida, Sera Faleur, el día de su boda.

Ella fue la asistente social que le ayudó en el proceso de adopción de los dos muchachos. Gavin sonrió al recordar a sus compañeros del escuadrón diciéndole que su matrimonio mixto no duraría. Ambos eran humanos, pero ella era de Chandrila y había crecido a la orilla del Mar de Plata, y él procedía de Tatooine. Pese a ser de distintos planetas, su convivencia fue sencilla.

La siguiente imagen mostraba a Sera y a Gavin con su primera hija, y tras esa foto vinieron otras con su hijo recién nacido y su siguiente hija. En una foto de una felicitación de Año Nuevo salían los siete juntos. Gavin recordaba con detalle lo felices que habían sido. Antes de conocer a Sera había asumido que nunca encontraría a alguien a quien amar, pero ella fue el bálsamo que curó su corazón roto. No le hizo olvidar el pasado y el amor que había perdido, sino recobrar la alegría de la vida y todas sus posibilidades.

—Espero no interrumpir nada, coronel.

Gavin miró a través de la imagen de su familia y negó con la cabeza.

—No, almirante, en absoluto.

Gavin apagó el holoproector con cierto alivio, ya que la llegada del almirante bothan había detenido el ciclo de imágenes justo en ese punto, en los tiempos felices.

El almirante Traest Kre'fey tenía un parecido asombroso con los otros miembros de la familia Kre'fey que Gavin había conocido: el difunto general Laryn, abuelo del almirante, y Karka, el hermano del almirante. Pese a haber pasado cierto tiempo en compañía de bothanos, Gavin no podía recordar a ninguno que tuviera el pelo enteramente blanco, aparte de la familia Kre'fey.

Traest no tenía los ojos dorados de sus dos parientes, sino violetas y con reflejos de oro. Gavin supuso que el violeta procedía de la rama de Borsk Fey'lya, ya que ambas familias estaban emparentadas en un complicado entramado de matrimonios.

Traest llevaba un uniforme negro de piloto desabrochado a medio cuerpo. Cerró la puerta del despacho de Gavin y se desplomó sin ceremonias en el sillón que estaba a la izquierda de la puerta. Gavin salió de detrás de su mesa y se dirigió a una de las dos sillas para que la conversación fuera más informal.

Se sentó y apoyó los codos en las rodillas.

—Me mató en veinticinco segundos. ¿Qué era eso?

El bothan sonrió.

—Enhorabuena. Yo morí en quince segundos en mi primer encuentro. A ti te salvó extraer los datos biológicos del objetivo.

—Eso me haría sentir mejor, si no hubiera muerto —Gavin frunció el ceño—. ¿Sabemos lo que era?

El almirante bothan se pasó las garras por la pálida cabellera.

—Hace dos días Leia Organa Solo habló ante el Senado e intentó advertirle de una fuerza alienígena desconocida que había atacado varios planetas del Borde Exterior, más allá de Dantooine. No fue bienvenida, pero dejó unos datos para la investigación. La simulación se ha creado a partir de ellos.

Gavin se apoyó en su respaldo.

— ¿Me estás diciendo que esa semilla, esa "cosa", es un caza empleado por unos invasores del Borde Exterior?

—Sí. La especie que los creó les ha dado el nombre técnico de coralitas. Los crían a partir de algo denominado coral yorik. Ya sé que el nombre no da mucho miedo, pero me da la impresión de que hay matices que se pierden con la traducción. Yo prefiero llamarlos coris.

— ¿La Princesa intentó advertir al Senado sobre esto y no le prestaron atención?

Traest negó con la cabeza.

—Hay poderes opuestos que han unido fuerzas para avivar la polémica del tema de los Jedi. La controversia está servida porque se acusa aun Jedi de llevar a cabo una acción imprudente que agravó el conflicto rhommamuliano. Varios poderosos senadores interpretaron las declaraciones de la Princesa como un intento de distraer la atención del problema Jedi. El hecho de que los Jedi tuvieran un papel clave en la destrucción de los alienígenas no ayudó nada.

Gavin asintió. Nunca había tenido problemas con los Jedi y, de hecho, uno de ellos, Corran Horn, era uno de sus mejores amigos. Había algunos Caballeros un tanto soberbios, pero Gavin ya había visto casos semejantes entre los pilotos de guerra, así que no le sorprendía en absoluto. Era un hecho que había ciertas cosas que sólo los Jedi podían hacer, y llevaba demasiado tiempo en el ejército para descartar una facción sólo porque algunos de sus elementos fueran conflictivos.

— ¿Hay evidencias de que continúe la entrada de invasores?

—La verdad es que no, pero es lógico pensar que el proceso necesario para viajar de una galaxia a otra requiere contar con una base en la que renovar los recursos —el bothan sonrió—. Si gastas muchos créditos en ir a alguna parte, normalmente es porque te vas a quedar un tiempo.

—Eso es cierto y, además, los planetas del Borde no son el tipo de sitio al que vas de vacaciones —Gavin se pasó una mano por la boca—. Esos coris... son increíbles. ¿Cómo se mueven? ¿Cómo eliminaron mis escudos?

—Necesitamos investigar más para estar seguros, pero por lo visto poseen unas criaturas llamadas dovin basal que forman parte del propio caza. Esos seres manipulan la gravedad, que es el método que emplearon para rechazar tus disparos y acabar con tus escudos. Creemos que si potenciamos la esfera del compensador de inercia lograremos impedir que desactiven los escudos. Yo creo también que si reducimos la potencia de los disparos láser y aumentamos la cantidad, los coris se verán obligados a derrochar mucha energía para crear esos escudos de agujero negro. Mientras están ocupados absorbiendo los disparos, su capacidad de maniobra se verá mermada. Sin embargo, esa estrategia sólo es una hipótesis y sólo puede comprobarse en combate.

—Entiendo —Gavin juntó las manos—. Puedo poner al escuadrón a simular ataques contra esas cosas. Luego nos mandas al Borde y lo intentamos.

—Sabía que estarías preparado para esto y te lo agradezco, pero tenemos otro problema.

— ¿Cuál?

El bothan suspiró.

Teniendo en cuenta el rechazo que sufrió la Princesa Leia, cualquier acción que insinúe mínimamente que ella tiene razón será censurada. Aunque mi unidad se encuentra en el Borde en estos momentos, no puedo solicitar inspecciones de los lugares de batalla, ya que no se me permite ayudar a otros a inspeccionar, nada de nada. Actuar como si el informe de Leia tuviera credibilidad es un suicidio político.

—Ya, pero asumir que no la tiene es un suicidio real —el hombre miró al suelo y después a los ojos violetas de Traest—. Dado que Borsk Fey'lya lidera la Nueva República, esto no será fácil para ti, pero ignorarlo...

Traest alzó una mano anticipándose a los comentarios de Gavin.

—Coronel, el error que cometió mi abuelo en Borleias provocó la paulatina pérdida de poder de mi familia. En esa época yo ingresé en el sistema de la Academia Marcial de Bothan. Asistí a una de las escuelas satélite más pequeñas y tuve un instructor que no dejó de señalar ciertos fallos en el funcionamiento de la sociedad bothan. Espero que haya visto lo suficiente de mí a lo largo de los años como para saber que, al pertenecer a una generación más joven y más nueva, no tengo intención de hacer sólo lo que mis superiores creen que debo hacer. Por ejemplo, si supieran que le dejé hacer la simulación, me degradarían a oficial de vuelo y tendría que volver a ascender a mi rango por méritos

propios.

—No le costó mucho la primera vez, almirante.

—Contaba con personal clave en los escalafones superiores cuando se produjo la dimisión militar bothan tras el problema caamasiano, por eso fue tan rápido. No me importa emplear la política si me conduce en la dirección en la que quiero ir, pero me disgusta cuando me impide hacer lo correcto —Traest abrió las manos—. Estaba pensando, coronel, que me gustaría contar con el Escuadrón Pícaro en el Borde. Podrían fingir ser un grupo pirata atacando sistemas remotos. Mis unidades en la zona os perseguirán, pero os permitirán escapar y os dejarán ocultaros para explorar lo que queráis.

— ¿Y qué pasa si nos encontramos con una unidad de coris cuando estemos ahí fuera?

—Espero, por el bien de todos, que eso no ocurra —el bothan sonrió sombrío—. Pero, si aparecen, los destrozaremos y llevaremos al Senado una prueba que no podrá negar.

CAPITULO 3

Luke Skywalker se hallaba en la entrada de la gruta, dejando que la suave brisa de Yavin 4 jugara con la túnica oscura que lo envolvía. En la abertura circular de la caverna había varias losas grises, y cada una de ellas recordaba a un Jedi o a un estudiante caído en combate. Gantoris había sido el primero, luego Nichos Marr, Cray Mingla y Dorsk 81. Después fueron llegando otros. El último era Miko Reglia.

Al contemplar las losas, los sentimientos encontrados de Luke le rasgaban por dentro. Estaba muy orgulloso de los sacrificios realizados por aquellos Jedi. Habían aceptado la responsabilidad de un Jedi y se habían defendido admirablemente pese a no haber terminado su instrucción. Eran un ejemplo inmejorable para que los nuevos alumnos supieran lo difícil que podía llegar a ser la vida de los Jedi.

Los remordimientos también hacían mella en él. *No sería humano si no me preguntara qué podía haber hecho para impedir sus muertes.* La primera época de la academia Jedi fue complicada porque él seguía buscando su camino como Jedi y como profesor. Su experiencia en el Lado Oscuro, cuando el Emperador regresó, también le cegó ante algunas necesidades de sus estudiantes. Luke era consciente de que probablemente los había iniciado demasiado pronto, pero no hacerlo hubiera significado que habría muchos menos para hacer frente a la invasión yuuzhan vong.

—No vamos a poner uno de esos nichos para Mara, ¿me oyes? Luke alzó la mirada y esbozó una sonrisa. Se dio la vuelta y miró al Caballero Jedi moreno y vestido de verde que tenía detrás.

—No pensaba en eso, Corran.

Corran se encogió de hombros.

—Puede que no de momento, pero está ahí, en alguna parte. A mí me viene a la cabeza siempre que vengo aquí desde que oí lo de... Pero no, aquí no habrá un nicho suyo.

Luke arqueó una ceja.

—Podría tomarme eso de dos formas. Una sugiere que la enfermedad no acabará con ella, pero la otra implica que ya no quedarán Jedi para poner la lápida.

El Jedi de ojos verdes asintió y se rascó la barba, que antaño fue marrón y ahora estaba salpicada de canas.

—Yo apuesto por la primera, aunque sé que muchos en la Nueva República no derramarían ni una lágrima en caso de que fuera la segunda.

—Eso es tristemente cierto —Luke suspiró y miró las lápidas—. Eran todos tan jóvenes.

—Mira, Luke, todo el mundo es joven comparado con nosotros—Corran sonrió con simpatía—. Si lo medimos por la experiencia, tú tendrías unos mil

años.

—Casarme con Mara ha retrasado el proceso, creo.

—Sí, pero lo que te costó estar con ella te echó años encima que también cuentan —Corran señaló con el pulgar por encima del hombro—. Antes de que nos hagamos todavía más viejos, pensé que querrías saber que han venido todos. La última lanzadera llegó hace unos diez minutos. Kyp Durrón llegó en ella. Hizo una entrada triunfal, como siempre.

Luke negó con la cabeza lentamente.

—No dudo que hiciera una entrada triunfal, pero el "como siempre" sobra.

Corran alzó las manos.

—Puede que sobre, pero su llegada ha revolucionado a muchos de los aprendices y jóvenes Caballeros Jedi.

— ¿A tu hijo también?

El corelliano dudó y luego asintió.

—Valin estaba entre los impresionados, pero me preocupa más la cuadrilla de jóvenes Caballeros Jedi que está convirtiendo a Miko en un mártir. Creo que son demasiados los que quieren ser como él. Ganner Rhysode y Wurth Skidder estaban allí con Kyp, así como un buen número de brillantes jóvenes Jedi. Si no fuera porque Jacen, Jaina y Anakin se controlan, creo que todos habrían ahogado a Kyp en felicitaciones.

El Maestro Jedi exhaló su ansiedad en un suspiro largo, lento y tranquilo.

—Estoy al tanto de tus preocupaciones, y no eres el único que las expresa. A Kam y Tionne también les inquieta la academia. Enseñar a los niños en grupo fue una buena idea, y ofrecer a los aprendices mayores la posibilidad de tener un tutor Jedi ha agudizado sus habilidades notablemente. Pero, claro, eso implica que algunos de los Caballeros Jedi subyugados por el concepto interactivo que Kyp tiene de la Orden, acabarán instruyendo a los aprendices.

—No discuto los métodos, Maestro Skywalker, y soy consciente de los riesgos que conllevan —suspiró Corran—. Lo que me preocupa es que resulta obvio que Kyp es consciente de las tormentas políticas que provocan sus acciones, pero las ignora. Todos hemos hablado de esto antes, pero el problema se ha agravado tras lo que hizo Skidder en Rhommamul.

—Lo sé. Es la razón principal por la que os he convocado aquí a todos —Luke vio un atisbo de sonrisa en Corran—. Y sí, también sé que convocar a todos es una forma de decir quién está al mando. Puede que no haya crecido en Corellia, donde ese tipo de cosas están a la orden del día, pero sé cómo funciona esto.

—Bien. También sabrás que el hecho de que Kyp haya decidido llegar el último significa que dará guerra hasta el final.

—Sí, lo capto —Luke salió de la gruta y señaló el Templo—. ¿Vamos?

Corran asintió y echó a andar. Luke lo alcanzó enseguida, lo contempló un instante y sonrió. Cuando Corran llegó a la academia para formarse como Jedi y para salvar a su mujer, Mirax Terrik, era obstinado y arrogante; todo lo que Luke podía esperar de un piloto de combate y agente de la ley. Y de un

corelliano. Pero a medida que aprendía lo que significaba ser un Jedi, Corran maduró y cambió. Si bien es cierto que no abandonó el Escuadrón Pícaro para dedicarse a ser un Jedi a tiempo completo hasta que no se firmó la paz definitiva con el Imperio, unos seis años antes, había llegado a asimilar totalmente la filosofía y los requisitos Jedi.

Por raro que pareciera, Corran había dejado atrás su arrogancia; mientras que Kyp y el resto se estaban dejando llevar peligrosamente por su orgullo de ser Jedi. Luke sabía perfectamente cómo funcionaba aquello. Cuando uno llegaba a comprender la Fuerza, la vida y la realidad se presentaban mucho más reales. Las opciones que otros no podían ni ver ni entender se volvían dolorosamente claras. Cuando solucionaban un problema, Luke y otros Jedi se tomaban la molestia de explicar lo que estaban haciendo y por qué lo hacían, pero Kyp y sus secuaces se limitaban a actuar, seguros de que conocían la solución a cualquier conflicto al que se enfrentaban.

Luke no albergaba dudas acerca de que, probablemente, los Jedi supieran cuál era la mejor solución en la mayoría de las situaciones, pero las consecuencias de esas soluciones podían ser difíciles de aceptar por parte de los demás. Y, en último término, serían los demás los que tendrían que vivir con esos resultados, y no los Jedi que los habían provocado. El resentimiento ante las actuaciones soberbias de ciertos Jedi era de todo punto inevitable.

El Maestro Jedi alzó la mano y la apoyó en el hombro de Corran.

—Antes de que entremos en la reunión quiero agradecerte que vinieras y me prestaras tu ayuda cuando Mara se puso enferma.

—Ha sido un placer. Así veo a Valin y a Jysella. Ella ha pasado más tiempo de su vida aquí, en la academia, que con su madre y conmigo. No quiero que se rompan los lazos.

Luke le apretó el hombro.

—En los viejos tiempos, todos los posibles Jedi eran separados de sus familias desde pequeños para recibir su formación. No creo que fuera fácil ni siquiera entonces. Hay tanto que no sabemos...

—Ya, pero no debemos pensar que lo que has creado aquí está mal o que el antiguo Consejo no lo hubiera aprobado. Después de todo, Obi-Wan y Yoda te aceptaron a ti. Entrenar a un Jedi que ya no es un niño no es imposible, sólo más difícil —Corran dirigió una mirada de reojo a su Maestro—. Y a pesar de mis diferencias iniciales contigo respecto a la formación, creo que has hecho un trabajo excelente. Tenemos a cien Jedi viajando por la galaxia, y cada año hay más preparados para trabajar. Es todo un logro.

—Lo será si se nos permite seguir adelante —Luke siguió a Corran al turboascensor—. El informe de Leia sobre el ambiente en Coruscant ha sido negativo. Yo estuve allí hace poco y el Senado está decididamente irritado por el asunto de Rhommamul. Quizá no sea el mejor momento para proponer la creación de un nuevo Consejo Jedi.

—Las cartas están echadas. Tenemos que jugar esta mano y esperar que no

nos arrastre la marea —la puerta se abrió y Corran se echó a un lado para que Luke saliera primero—. Tus alumnos te esperan, Maestro.

Luke salió del turboascensor y sintió que el corazón se le henchía en el pecho. Los Jedi habían formado por rangos en la Gran Cámara de Audiencias del Gran Templo. No eran tan numerosos ni tan coloridos como los soldados rebeldes que se agruparon de forma similar tras la destrucción de la Estrella de la Muerte, pero Luke sintió las mismas emociones que le agitaron entonces. Ver ahí a los Jedi —una buena mezcla de humanos y no humanos, varones y hembras— le hacía retroceder en el tiempo y le recordaba los heroicos esfuerzos necesarios para acabar con el Imperio.

Recorrió la alfombra roja que dividía longitudinalmente la sala en dos y subió con lentitud los escalones que llevaban al estrado. Saludó con la cabeza a Kam Solusar y a Tionne, el matrimonio que dirigía la academia, después se dio la vuelta y vio a Corran uniéndose a la formación detrás de su hijo. Los estudiantes más jóvenes estaban en las primeras filas, y los Caballeros Jedi y sus aprendices se repartían por la estancia, agrupados según su criterio.

Si todos los de la izquierda estaban con Kyp, entonces la división era mucho más marcada de lo que creía. El ala izquierda de la sala reunía a casi dos tercios de los Jedi adultos y a la mitad de los no humanos. A la derecha, junto a Corran, Luke reconoció a Streen y a muchos otros que eran contrarios a la postura de Kyp. El Maestro Jedi no percibía flujo de odio entre ambas facciones, pero el nivel de tensión en la cámara crecía lentamente.

Se dio cuenta de que Jacen estaba solo y distante, y que se había colocado al final. Aunque el chico se encontraba en el lado de la sala de Kyp, Luke no captó ninguna conexión entre su sobrino y aquella facción. Anakin, por otra parte, estaba a tres posiciones de Streen, y, aunque contenida, su ciega lealtad hacia Luke bullía en su interior.

Luke se obligó a sonreír a los estudiantes más jóvenes.

—Me alegro de veros a todos aquí. Vuestros rostros radiantes se iluminan con la Fuerza. Todos trabajáis intensamente y, algún día, vosotros, jóvenes Jedi, estaréis con nosotros en esta sala como Caballeros. Deseo que llegue ese día casi tanto como vosotros.

—Podríamos ir a luchar con los malos —dijo un joven twi'leko.

El comentario entusiasta e inocente dibujó muchas sonrisas, incluida la de Luke.

—Así será, pero, mientras tanto, pido a Tionne que os lleve a continuar con vuestras clases. Necesito hablar con los demás de ciertos temas que vosotros no tenéis que saber por el momento. Gracias por estar con nosotros y que la Fuerza os acompañe.

Los niños se fueron en filas ordenadas. Los mayores ayudaban a los más pequeños a subir y a bajar las escaleras. Cuando se acercaron a la tarima, la formación de los adultos se rompió, pero permaneció la división entre la derecha y la izquierda. Kyp se abrió paso hasta la primera fila y se colocó frente

a Corran y Streen. El ambiente se llenó de expectación ante un posible enfrentamiento.

Luke alzó una mano con la palma hacia abajo.

—Nos enfrentamos a dos gravísimos problemas. Cualquiera de los dos podría destruir a los Jedi por sí solo, y entre los dos lo lograrán sin duda a menos que dejemos atrás las diferencias y colaboremos. Kyp, quizá quieras compartir con el resto lo que sabes de los yuuzhan vong.

La petición cogió por sorpresa al Jedi de cabello oscuro. Kyp llegó a la academia cuando era un jovencito larguirucho de dieciséis años. Ahora tenía treinta y dos y se había convertido en un hombre fuerte y atlético de facciones marcadas y mirada iracunda. Fue el primer Jedi en enfrentarse a los yuuzhan vong, y el hecho de que consiguiera huir lo decía todo de sus habilidades como piloto y en el manejo de la Fuerza.

Como queráis, Maestro —la voz grave de Kyp resonó en la estancia—. Mis Vengadores y yo sufrimos una emboscada de los llamados yuuzhan vong. Esos seres pilotan naves vivas hechas de algo parecido al coral que pueden eliminar los escudos de un Ala-X o hacer que los disparos láser sean absorbidos por pequeños agujeros negros. Podemos matarlos, claro, pero no es fácil. Acabaron con mis Vengadores, y después capturaron y asesinaron a Miko. Yo escapé con vida por poco.

— ¿Qué es lo más importante que aprendiste de los yuuzhan vong? —preguntó Luke.

El hombre frunció el ceño.

—No entiendo la pregunta.

—Dijiste que los yuuzhan vong os tendieron una emboscada. ¿Cómo puede ocurrirle eso a un Caballero Jedi?

—Sus cazas parecen rocas, fragmentos de asteroides más bien... —la voz de Kyp se tornó en un murmullo—. No percibí intenciones hostiles por su parte. Ni siquiera sentí su presencia con la Fuerza.

Su confesión inició un zumbido de murmullos por toda la sala. Luke no lo acalló, con la intención de que la ansiedad y la sorpresa sustituyeran la sensación de ataque inminente antes de tomar él la palabra.

—Exacto, eso es. Yo también me enfrenté a los yuuzhan vong y tampoco percibí su presencia mediante la Fuerza. Aparentemente no están conectados a ella, o están protegidos de alguna forma.

Streen, un antiguo minero bespiano, frunció el ceño.

— ¿Cómo pueden estar vivos si no están conectados con la Fuerza?

—Ésa es una excelente pregunta, Streen. No tengo la respuesta. No lo sé —Luke cruzó los brazos—. La Nueva República opina que la amenaza yuuzhan vong ha sido eliminada, pero yo creo que proceden de otra galaxia y, por tanto, lo que hemos visto hasta ahora no era más que una potente avanzadilla. Seguirán viniendo.

Kyp resopló.

—Una vez más, la Nueva República decide no ver una amenaza y nos deja solos ante ella.

Corran entrecerró los ojos.

—Pero se trata de una amenaza a la que no podremos hacer frente sin la ayuda de la Nueva República. Si decidimos que podemos ocuparnos del problema, y luego resulta que ellos tienen razón y no existe tal problema, quedaremos como idiotas. Pero si existe y fracasamos podría significar el fin de la Orden.

—No fracasaremos —Kyp miró a su alrededor, y un montón de cabezas asintieron aprobando su comentario—. Con la Fuerza como aliada y los sables láser como herramienta, destruiremos a los yuuzhan vong.

Jacen Solo avanzó por la alfombra roja.

—Escúchate a ti mismo, Kyp, y piensa en lo que estás diciendo. Los yuuzhan vong están camuflados ante los sentidos que nosotros utilizamos. Tienen armaduras y armas que un sable láser no puede cortar instantáneamente, y son guerreros adiestrados. Y, lo que es peor, si lo que piensa el Maestro Skywalker es correcto, vendrán en cantidad suficiente como para conquistar una galaxia. Suponiendo que cada uno de nosotros pudiera enfrentarse a mil de ellos, seguiríamos siendo pocos.

Kyp alzó la barbilla.

— ¿Y qué sugieres, Jacen?

Antes de que su sobrino pudiera contestar, Luke detuvo la discusión levantando la mano.

—Ésta es la situación: tenemos un enemigo al que no podemos percibir avanzando hacia aquí en cantidades desconocidas, por puntos desconocidos y por razones desconocidas; y también tenemos un Gobierno galáctico que ha decidido no hacer nada al respecto. Un Gobierno que, por cierto, también desconfía de nosotros. En mi opinión, e independientemente de cómo salga todo esto, nos echarán la culpa de todo.

—Una razón más para no preocuparnos por la opinión del Gobierno —Wurth Skidder se metió los pulgares en el cinturón—. Es evidente que no les interesa lo mejor para la galaxia.

—Que somos nosotros, ¿no? —Streen clavó una severa mirada en el Jedi—. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—Lo que quiere decir, Streen, es que el desastre ha azotado la galaxia siempre que la Orden Jedi se ha visto debilitada —Kyp señaló con la mano a Luke—. Si nos van a culpar de todos modos, yo prefiero que me acusen de exceso de celo en el ataque del problema, que no de tibieza a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Luke cerró los ojos un momento y consideró el peligro que encerraban los comentarios de Kyp. Los Caballeros Jedi eran defensores de la paz, pero Kyp los estaba animando a llevar a cabo acciones ofensivas y ataques preventivos. El nombre que le puso a su escuadrón fue La Docena de Vengadores Más Dos, en

lugar de algo más propio, como Los Defensores. Y ahora hablaba de atacar el problema. *Quizá para algunos sea un mero juego de palabras, pero las palabras que escoge para expresar sus ideas y comunicarlas a los demás demuestran lo cerca que está del límite.*

Pero la cercanía del límite no sorprendió a Luke porque había visto cómo se desarrollaba en Kyp a lo largo de años. Cuando aún era un aprendiz, Kyp estuvo bajo la influencia de un Lord Sith ya fallecido. Robó un arma de destrucción masiva y acabó con el planeta Carida, provocando miles de millones de muertes. Kyp se había esforzado al máximo para expiar lo que había hecho, pero cada vez optaba por campañas más complicadas y visibles para hacer llegar a cada vez más gente el hecho de que se estaba enmendando. *La invasión debe de ser para Kyp como una gran cruzada con la que ganarse la aceptación hasta de sus peores críticos.*

Luke abrió los ojos de nuevo y se acercó a los Jedi apiñados ante él.

—Es pronto para hablar de ataques a los yuuzhan vong. Jacen tiene razón. Solos no podemos enfrentarnos a ellos. Nuestra tarea por el momento consistirá en prepararnos para lo peor y aprender todo lo que podamos de ellos. Tenemos que contar con datos fiables y útiles para que la Nueva República pueda planificar una estrategia defensiva u ofensiva. Nuestro papel aquí es el de guardianes, y nuestras habilidades pueden permitirnos saber más sobre la amenaza. Cuando tengamos suficiente información sobre los yuuzhan vong, entonces planearemos nuestra estrategia.

Contempló a los Jedi allí reunidos: varones, hembras, humanos y no humanos.

—Durante esta semana os iré asignando tareas. Os enviaré a situaciones tan peligrosas que no puedo ni imaginármelas. Espero que todos volváis ilesos, pero sé que no será así. Puede que este mundo esté dividido con respecto a nosotros, pero nosotros no podemos permitirnos estar divididos en nuestra contra. Si no permanecemos juntos será nuestro fin, y con nosotros caerá la galaxia.

CAPITULO 4

Leia estaba preparando el equipaje cuando C-3P0 abrió la puerta e hizo pasar a Elegos A'Kla. El caamasiano llevaba sobre los hombros una túnica dorada con un sutil bordado de hilo púrpura que imitaba la coloración de su rostro y sus hombros. Elegos sonrió brevemente y rechazó el ofrecimiento de C-3P0 de coger su túnica.

Ella suspiró.

Creí que a estas horas estaría preparada, pero no he terminado de hacer el equipaje. No sé cuándo volveré y me gustaría llevarme unas cuantas cosas.

Tómate el tiempo que quieras —Elegos se encogió de hombros—. Si no hubiera sido por mis obligaciones con el Senado, nos habríamos marchado hace una semana.

Leia le hizo pasar al salón de la suite de dos plantas. El caamasiano se sentó en uno de los sillones de piel de nerf orientados hacia el gran ventanal que daba al paisaje urbano de Coruscant. Un pasillo orientado al sur conducía al estudio de ella, que en el pasado fue la habitación de los niños, y a una estancia pequeña que perteneció a Jaina y que, desde su ingreso en la academia, se había convertido en cuarto de invitados. La habitación principal estaba en el piso de arriba, al que se accedía por una escalera de caracol construida contra la pared del fondo. La cocina estaba instalada al norte del salón, con un pequeño comedor entre ambas estancias.

Leia introdujo un pequeño holocubo en una bolsa y empezó a cerrar los broches.

¿El Senado no quiso dejarte partir de inmediato? —dijo la mujer.

Para empezar, dudo que quisieran dejarme partir, pero no tenían elección. Me asignaron tareas del comité y me dieron trabajo pendiente. Mi hija lo está terminando por mí. Relegy será mi contacto con el Senado en mi ausencia. Por eso no he podido contactar contigo más a menudo.

—Pero tu hija sí que lo ha hecho, así que sabía lo de tu retraso —Leia se enderezó y miró las tres maletas rojas que había saturado de ropa y otras cosas que no podía dejar. *Me fui de Alderaan con menos que esto. Y aquí estoy, un cuarto de siglo después, y vuelvo a ser una refugiada... Aunque esta vez de mi conciencia más que de algún acto externo*—. Debería haber estado lista antes, pero se me amontonan las cosas.

Antes de que pudiera explicarse vio que los agujeros de la nariz de Elegos se estremecían y que la mirada del caamasiano se elevaba por encima de ella. Leia se dio la vuelta y vio a su marido, Han, de pie en la puerta y con las manos apoyadas en el dintel. La visión le provocó un estremecimiento porque la expresión ojerosa y la postura de Han le recordaban demasiado a su aspecto cuando fue congelado en carbonita. Leia quiso creer que las sombras bajo sus ojos eran un juego de luces, pero no podía engañarse a sí misma.

Oyó a Elegos levantándose del asiento.

—Capitán Solo.

Han alzó la cabeza lentamente y entrecerró los ojos al oír aquella voz. —¿Un caamasiano? Elegos, ¿no? ¿Un senador?

—Sí.

Han avanzó torpemente y estuvo a punto de caerse por las escaleras. Se agarró a la barandilla, bajó un par de escalones más y se deslizó por el pasamanos. Se enderezó de nuevo, saltó hasta el suelo y pasó por delante de Leia. Con un gruñido, se dejó caer en una de las sillas frente a Elegos. A la luz del ventanal, el arco iris de manchas de la túnica antaño blanca de Han era evidente, así como la mugre acumulada en los puños, el cuello y los codos. Tenía las botas destrozadas, los pantalones arrugados y el pelo completamente sucio. Se pasó la mano por la barba incipiente, y al hacerlo mostró las uñas negras.

—Tengo una pregunta, Elegos.

Si está en mi mano responder, lo haré.

Han asintió como si la cabeza se le balanceara sobre la columna en lugar de estar conectada por músculos.

Tengo entendido que los caamasianos tenéis recuerdos, fuertes recuerdos.

Leia extendió una mano hacia Elegos.

—Disculpame, Elegos. Yo supe eso por Luke y pensé que mi marido... El caamasiano negó con la cabeza.

—No me cabe duda de que todos debéis conocer nuestros memniis. Los acontecimientos especiales de nuestras vidas generan recuerdos que somos capaces de intercambiar entre nosotros y con algunos Jedi. Pero tienen que ser recuerdos fuertes y poderosos para convertirse en memniis.

—Sí, los más fuertes suelen ser los que prevalecen —Han se quedó mirando fijamente algún punto entre la pared y el ventanal. Permaneció callado un momento y luego clavó una dura mirada en Elegos—. Lo que quiero saber es lo siguiente. ¿Cómo os libráis de ellos? ¿Cómo os los sacáis de la cabeza?

El tono torturado de la voz de Han fue como una vibrocuchilla traspasando el corazón de Leia.

Oh, Han...

Él alzó una mano para detenerla. Su gesto se endureció.

¿Cómo lo hacéis, Elegos?

El caamasiano alzó la barbilla.

No podemos librarnos de ellos, capitán Solo. Al compartirlos compartimos la carga que conllevan, pero nunca podemos librarnos por completo de ellos.

Han soltó un gruñido y se echó hacia delante en la silla, tapándose los ojos con las manos.

Yo me los arrancaría si supiera que eso me iba a impedir ver..., ya sabe. Lo haría, en serio. No puedo dejar de verlo..., de verlo..., de verlo morir...

El tono de su voz se convirtió en un murmullo bajo, duro, crudo y rasgado

como ferrocemento roto.

Ahí estaba él. Había salvado a mi hijo. Había salvado a Anakin. Lo alzó hacia mis brazos. Después, cuando volví a verlo, una ráfaga de viento le hizo caer y derribó un edificio encima de él, pero se levantó. Estaba sangrando y herido, pero se levantó de nuevo. Se puso en pie y elevó los brazos hacia mí. Elevó los brazos hacia mí para que pudiera salvarlo, tal y como él había salvado a Anakin.

La voz de Han se apagó. La nuez le subía y le bajaba.

Yo le vi, ¿entiendes lo que es eso? Le vi allí cuando la luna colisionó con Sernpidal. El aire se quemó y él estaba allí, rugiendo y gritando. La luz lo carbonizó. Sólo era una silueta. Y después lo consumió. Vi sus huesos. También se quedaron negros, y después blancos, tan blancos que no podía mirar. Y después nada —Han se limpió la nariz con la mano—. Mi mejor amigo, mi único amigo verdadero, y le dejé morir. ¿Cómo voy a vivir con eso? ¿Cómo me lo saco de la cabeza? Dímelo.

Elegos habló suavemente, pero con una fuerza que resonaba en el leve murmullo.

Lo que recuerda es en parte lo que vio y en parte lo que teme. Se ve a usted mismo como si le hubiera fallado y piensa que es así como le vio él en el último momento, pero eso no tiene por qué ser así. Los recuerdos nunca son tan claros.

—Tú no puedes saberlo, no estuviste allí.

No, pero he estado en situaciones similares —el caamasiano se sentó en un puf, y su túnica se desparramó por el suelo a su alrededor—. La primera vez que empuñé una pistola láser disparé a tres hombres. Los vi tambalearse y caer. Los vi morir y supe que llevaría conmigo ese recuerdo para siempre, el recuerdo de haberlos asesinado. Después me lo explicaron: la pistola láser estaba adaptada únicamente para aturdirlos. Yo estaba en un error, y quizá tú también lo estés.

Han negó con la cabeza, desafiante.

—Chewie era mi amigo. Contaba conmigo y yo le fallé.

—No creo que él lo viera así.

Han hizo un amago de sonrisa. —No lo conocías. ¿Tú qué vas a saber?

Elegos apoyó una mano en la rodilla del hombre.

—No lo conocí, pero he oído hablar de él durante décadas. Sólo eso que me acaba de contar, que salvó a su hijo, me indica lo mucho que le quería.

—No podía quererme. Chewie murió odiándome. Lo abandoné allí, lo dejé allí y murió. Sus últimos pensamientos estaban llenos de odio hacia mí.

—No, Han, no —Leia se puso de rodillas junto a Han y le agarró del brazo—. No puedes pensar eso.

—Yo estaba allí, Leia. Estuve muy cerca de salvarle y le fallé. Lo dejé allí y murió.

—Al margen de lo que usted piense, capitán Solo, Chewbacca no compartía esa opinión.

— ¿Qué? ¿Cómo puedes saber lo que estaba pensando él?

—Igual que usted —el caamasiano parpadeó con sus ojos violetas—. Salvó a su hijo. Y, para él, Anakin le salvó a usted pilotando el *Halcón Milenario* hacia un lugar seguro. Así que Chewbacca le salvó una vez más a través de su hijo. Ahora no puede verlo, pero acabará dándose cuenta de que ésa es la verdad. Cuando reviva ese recuerdo, piénselo. Un héroe tan noble como Chewbacca no podía haber hecho otra cosa que alegrarse al darse cuenta de que usted se iba a salvar. Y si piensa algo peor le estará subestimando.

Han se levantó de un salto, tirando la silla hacia atrás.

¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a venir a mi casa y decirme que yo subestimo a mi amigo? ¿Qué derecho tienes?

Elegos se levantó lentamente y extendió las manos ante Han.

Discúlpeme si le he ofendido, capitán Solo. Me he entrometido en su dolor. Ha sido un atrevimiento.

Se inclinó ante Leia.

—Mis disculpas a ti también. Ahora debo irme.

—No te molestes —Han avanzó a zancadas hasta la puerta—. Trespeó, busca en la comisaría de Coruscant las primeras entradas que encabezen la lista de informes de incidentes. Pásamelas por el intercomunicador.

Leia se levantó.

—Han, no te vayas. Falta poco para que me marche.

—Lo sé. A salvar otra vez la galaxia, ésa es mi Leia —no se giró para mirarla y se limitó a encogerse de hombros—. Espero que tengas más suerte que yo. No pude ni salvar a una sola persona.

La puerta de la habitación se cerró tras la espalda de Han Solo. C-3P0, con la cabeza inclinada, miró a Leia.

— ¿Señora? ¿Qué hago yo?

Leia cerró los ojos y suspiró.

—Consigue la lista y dásela. Llama a Wedge o algún otro miembro retirado del Pícaro. Hobbie o Janson, alguno estará desocupado y podrá vigilarlo. Y cuídalo bien cuando vuelva.

Sintió una mano en el hombro.

Leía, puedo ir solo al Borde. Quédate a cuidar de tu marido. Yo informaré por ti.

Ella abrió los ojos y apoyó su mano en la de Elegos.

No, Elegos, tengo que ir. A pesar de su profundo sufrimiento, Han está bien. Quiero quedarme, lo deseo con todo mí ser, pero he de partir. Hay otros que no pueden irse, así que su salvación depende de nosotros. Han puede cuidarse solo, y tendrá que hacerlo.

CAPITULO 5

Cuando Corran entró con los dos sobrinos de Luke en la sala de reuniones, éste alzó la mirada y sonrió.

— ¿Habéis visto a vuestra hermana en la lanzadera?

— Está en camino —dijo Jacen, el mayor, mientras contemplaba la sala para ver si había cambiado algo desde la última vez que estuvo allí—. Le hubiera gustado una tarea mejor.

Seguro que sí —comentó Luke, y observó a Jacen un instante. *Siempre está contemplando el mundo, comprobando sus suposiciones y sin fiarse hasta que está seguro*—. Ahora mismo necesito que vaya a buscar a Danni a Commenor, y que luego se reúna con vuestra madre y el senador A'Kla.

Anakin, su sobrino más joven, jugaba con una vieja pieza que había quedado abandonada en un rincón desde que los Rebeldes se habían enfrentado al Imperio en los cielos de Yavin 4.

Si Danni se hubiera quedado con nuestra madre en Coruscant, podría haber partido con ella, y ahora no necesitaría a Jaina. Jacen frunció el ceño.

—Jaina va para ayudar a Danni a desarrollar sus habilidades en la Fuerza. Estarán viajando unos cuantos días sin nada mejor que hacer, y Jaina es buena Maestra.

Luke asintió.

—Y después de todo lo que le ha pasado, Danni necesitaba estar con su familia un tiempo para que supieran que había salido ilesa.

No sabía muy bien si "ilesa" era un término adecuado. El trauma que le había provocado ser capturada por los yuuzhan vong había sido muy grave. Danni Quee utilizó su inteligencia y su resistencia, así que Luke pensó que podría recuperarse del mal trago con la ayuda adecuada.

Anakin quitó el panel del viejo transmisor y miró dentro.

— ¿Y qué nos has asignado a nosotros? Casi todo el mundo sabe ya cuál es su tarea. Seguro que nos ha tocado algo bueno.

Jacen resopló mirando a su hermano y entrecerró sus ojos marrones. —Nos ha dejado para el final porque nuestra misión no va a ser mejor que la de Jaina.

Corran frunció el ceño.

— ¿Por qué piensas eso?

Jacen se dio la vuelta para mirar al Jedi corelliano.

—No va a tener favoritismos porque seamos parientes suyos y, para ser realistas, somos muy jóvenes. Al dejarnos los últimos, por lo menos nos ahorra un poco de vergüenza.

Las palabras de Jacen no parecían albergar tanta decepción como hubiera cabido esperar, lo que reafirmó a Luke en la decisión que ya había tomado con respecto a las tareas.

Anakin.

El chico miró a su tío con sus ojos azules y brillantes.

— ¿Qué?

— Quiero que vayas con Mara a Dantooine.

— ¿Eh? ¿Qué? —Anakin se enderezó. El enfado comenzó a dibujarse en su rostro. Por un segundo, Luke percibió esa expresión iracunda que significaba peligro cuando la veía en la cara de Han Solo—. Pero yo pensé que iba a hacer algo... Pensé que... —el enfado que había atravesado su rostro se desvaneció con sus palabras—. Comprendo.

Luke arqueó una ceja.

¿Qué comprendes?

No confías en mí —Anakin se miró las manchadas yemas de los dedos y susurró con voz ronca—: No te fías de mí porque maté a Chewbacca.

El tono de lamento del chico hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Luke. El arrepentimiento y el dolor manaban de Anakin y revelaban el sufrimiento que le provocaba la muerte del wookiee. *Anakin siempre quiso ser un héroe, siempre quiso limpiar su nombre, y de repente se encuentra sumido en la tragedia.*

—Tienes que entender una cosa, Anakin; en primer lugar, tú no mataste a Chewbacca —Luke se acercó a su sobrino y apoyó las manos en los hombros del chico. Luego elevó el rostro del muchacho con los pulgares, hasta que sus miradas se encontraron—. Los yuuzhan vong hicieron colisionar la luna de Sernpidal contra el planeta, no tú. Si asumes la culpa de la muerte de Chewbacca, les estarás absolviendo de ese asesinato y de la muerte de todos aquellos que no pudiste salvar. No puedes hacer eso.

Anakin tragó saliva.

—Suena lógico cuando lo dices, pero lo que yo siento en mi corazón..., lo que veo en la mirada de mi padre...

Luke miró a Anakin cara a cara.

—No leas cosas que no existen en los ojos de tu padre. Es un buen hombre, con un gran corazón. Nunca te culpará de la muerte de Chewie. El Maestro Jedi se enderezó de nuevo.

—Por muy malpensado que seas, no puedo comprender por qué piensas que no confío en ti. Te estoy encomendando el cuidado de mi mujer, la persona que más quiero.

El chico frunció el ceño.

— ¿Estás seguro de que no es al revés?

—Ay, Anakin, ¿crees que Mara aceptaría que le encomendaran la tarea de cuidar a un aprendiz poco fiable?

—Eh, no.

— ¿Y no crees que me diría cuatro cosas si yo se lo pidiera? Corran rió.

—Cuatro o más —dijo.

Anakin sonrió levemente.

—Sí, lo haría, tío Luke.

—Puede que yo sea un experto en la Fuerza, pero no hay habilidad Jedi que pueda mitigar el mal genio de esa mujer —Luke dio un paso atrás y dedicó a Anakin una valiente sonrisa—. Mara necesita tiempo para mantener a raya su enfermedad. Dantooine es un planeta lleno de vida, y por tanto de la Fuerza. Quiero que se recupere allí, y quiero que estés con ella para ayudarla. Si aceptas esta misión, te estaré muy agradecido.

Anakin dudó un instante y asintió.

—Gracias por confiar en mí.

—Nunca he dudado de ti, Anakin —Luke le guiñó un ojo—. Deberías ir a recoger tus cosas y a reunir las provisiones que vayáis a necesitar en Dantooine.

— ¿Pistolas y sables láser incluidos?

Luke asintió.

—Sables láser, por supuesto, y pistolas porque creo que las puedes usar para trabajar tu concentración en la Fuerza. La puntería requiere ese tipo de meditación.

La sonrisa de Anakin se amplió.

—Además, la tía Mara jamás saldría de casa sin una pistola láser. — ¿Sólo una? —dijo Corran riendo—. Coge todos los cargadores que puedas, Anakin.

El chico dio unas palmadas de alegría.

—La cuidaré bien, tío Luke, en serio. Volveremos dispuestos a hacer todo lo que sea necesario para vencer a los yuuzhan vong.

—Estoy seguro de ello —Luke asintió y contempló a su sobrino abandonando la habitación. Esperó a sentir la presencia de Anakin bajando por el turboascensor y centró su atención en Jacen—. ¿De verdad crees que te tengo preparada una tarea penosa?

—No, tío Luke, sólo temo avergonzarte.

Luke giró y avanzó hacia la mesa. Luego aguardó un instante para considerar las palabras de Jacen. Se dio la vuelta y se apoyó en la mesa.

—Supongo que esta conversación llevaba un tiempo gestándose, ¿no?

—Probablemente —Jacen se encogió de hombros—. He pensado mucho desde que llegaron los yuuzhan vong, y desde que todos los Jedi están aquí y hablan entre ellos.

—Esto parece una conversación familiar —Corran se apartó de la pared en la que estaba apoyado—. Volveré luego.

Jacen alzó la mano.

—No, espera. Efectivamente, es una conversación familiar, pero para toda la familia Jedi, no sólo para nosotros.

Corran miró a Luke.

— ¿Luke?

—Quédate. Creo que nos vendrá bien otro punto de vista —Luke miró a su sobrino—. ¿Qué has estado pensando?

El joven suspiró, y cierta dosis de alivio emanó de él.

—Quizás esto suene un poco mal, pero no es mi intención. He llegado a una

conclusión fundamental con respecto a la Orden Jedi. Todos hemos sido entrenados en el empleo de la Fuerza para hacer cosas que salvaguarden la paz y eliminen el desastre. Lo hacemos porque seguimos tus enseñanzas. Tú sigues las enseñanzas de tus Maestros, tío Luke, pero ellos se vieron obligados a enseñarte lo que necesitabas para vencer al Imperio. Hicieron un gran trabajo al convertirme en un guerrero, y tú incluso fuiste más allá de su formación e hiciste cosas que ellos ni imaginaban.

El Maestro Jedi asintió.

—Puedo aceptar eso.

—De acuerdo, la cuestión es que te enseñaron a luchar Maestros Jedi que formaban parte de una tradición pacifista, pero tengo la sensación de que no fue así como empezaron los Jedi. Creo que la filosofía Jedi comenzó como algo que fortalecía a la gente en su interior, y creo que los poderes que manifestamos son ramificaciones de esa fuerza interior, pero que muchas de esas enseñanzas se perdieron en el camino. Lo que quiero decir es que siento que me falta algo.

Jacen miró a su tío con expresión de enfado.

—No estoy seguro de que ser un Caballero Jedi sea mi camino en la vida. Yo preferiría que no me asignaras ninguna tarea.

A Luke le temblaron los hombros al sentir un escalofrío recorriéndole la espalda.

—No me esperaba eso.

Jacen clavó la mirada en el suelo.

—Siento decepcionarte.

—No, no es eso —Luke frunció el ceño—. Iba a decirte que lo que quieras ahora no importa, porque te necesito. Y cuando me estaba preparando para decírtelo, escuché al tío Owen diciéndome lo mismo, justo antes de morir.

Jacen alzó la cabeza.

—Entonces ¿lo entiendes?

—Sí, claro.

—¿Dejarás que busque las respuestas que necesito?

—No —Luke alzó las manos rápidamente—. Quiero decir, sí, podrás buscar tus respuestas, pero no en lugar de cumplir tus obligaciones. Tienes que recordar que en la filosofía Jedi la clave es el respeto por la vida. Si te vas ahora estarás poniendo tu vida por delante de la de los demás, y eso no está bien.

—Pero, tío Luke, siempre pones a los demás por delante. Tú, mamá, papá y todo el mundo... siempre estáis controlados por factores externos —cerró los puños y los apoyó en la caderas—. Nunca tenéis tiempo para daros cuenta de qué es lo que necesitáis para desarrollar vuestras capacidades en la Fuerza. Siempre estáis pendientes de otras cosas.

Corran se aclaró la garganta.

—En eso tienes razón, Jacen, pero estás dando por sentado que yéndote de ermitaño y dedicándote a la contemplación de la Fuerza y a tu integración en ella podrás llegar a alguna parte. Y eso no es cierto.

— ¿Cómo lo sabes, Corran? —Jacen cruzó los brazos—. A ninguno de los Jedi actuales se le ha dado esa oportunidad. Por lo que sabemos, Yoda pasó los tres primeros siglos de su vida como ermitaño. Quizás ésa sea nuestra auténtica obligación.

—O quizá, Jacen, ése sea sólo uno de los caminos para llegar adonde tú quieres ir —Corran señaló a Luke—. Tu tío y yo llegamos a ser Caballeros Jedi por caminos diferentes, pero ambos estamos aquí. Y claro que hay distracciones, pero también aprendemos cosas a partir de los éxitos y los fracasos. Cosas que no se aprenden con la meditación. Tienes razón, es útil tener tiempo para pensar en ellas y en sus consecuencias, pero a mí me resulta difícil concentrarme en la introspección cuando la gente corre peligro.

Luke asintió para mostrar su consentimiento.

—Corran tiene razón, Jacen. Entiendo lo que dices y te prometo que si decides seguir la senda de la introspección, no me opondré.

El joven entrecerró los ojos sin fiarse mucho.

—Eso tiene truco.

—Lo tiene. Te necesito de veras. Me he reservado a mí mismo la misión más peligrosa de todas y te quiero conmigo. Y, dado que ya conoces a los yuuzhan vong, cuentas con la experiencia que necesito. Nos llevaremos a Erredós a Belkadan para descubrir lo que el agente yuuzhan vong intentaba crear allí. Es una misión de gran importancia y te necesito conmigo.

Corran soltó una risilla.

—Genial, creo que eso me adjudica automáticamente la misión penosa antes mencionada.

Jacen le miró.

—Te la cambio.

—No, de eso nada —Luke se agarró al borde de la mesa—. No te gustaría la misión que le voy a dar a él. Teniendo en cuenta lo que me has contado, no te va en absoluto. La misión en Belkadan, por el contrario, es perfecta para ti.

Jacen endureció el gesto un instante, luego asintió, aunque algo rígido.

—Iré contigo, pero tengo sentimientos encontrados. Me temo que no seré de mucha ayuda.

—Eso me basta.

El joven hizo una inclinación de cabeza.

—Si me lo permites, tío Luke, os dejaré solos para que habléis de la misión de Corran.

—No, espera a ver lo que casi me pides que te asigne.

Corran puso los ojos en blanco.

—Va a ser peor de lo que pensaba.

Luke se rió.

—De acuerdo, la tuya es la segunda misión más peligrosa. En el Borde hay un sistema que los proveedores imperiales designaron MZX33291. Un pulsar en la zona interrumpe las comunicaciones con el único planeta habitable del sistema.

El Imperio mantuvo ese planeta al margen de todo por razones no aclaradas. Hay pruebas de que fueron enviados equipos xenoarqueológicos allí, pero no se sabe qué descubrieron.

—Bien. ¿Crees que los yuuzhan vong podrían estar allí?

—No lo sé —Luke se encogió de hombros—. La Universidad de Agarrar descubrió los registros sobre el quinto planeta del sistema, al que llamaron Bimmiel en honor al líder del equipo de investigación imperial. Hace unos tres meses enviaron un equipo de investigación xenoarqueológica para llevar a cabo un seminario. Nadie ha vuelto a saber nada de ellos, lo cual era previsible. La universidad nos ha pedido que, si tenemos Jedi por la zona, enviemos a alguien para asegurarse de que todo va bien.

El corelliano sonrió.

— ¿Creen que nuestro presupuesto para viajes interestelares es mayor que el suyo?

—Algo así. También creo que piensan que los Jedi harán mejor los deberes de rescate que cualquier estudiante que puedan mandar —Luke suspiró—. Los primeros informes del equipo indican que el clima ha cambiado desde los tiempos del equipo imperial. Los estudiantes llegaron en la época de las tormentas. Es un periodo muy incómodo.

Corran asintió.

—El mal tiempo no es tan peligroso.

—Quiero que vayas con Ganner Rhysode. Será tu compañero. El corelliano resopló.

— ¿Sigues queriendo cambiármelo, Jacen?

—Si te sirve de consuelo, Corran, Ganner tampoco estaba muy a favor de ir contigo cuando se lo conté —Luke sonrió a su amigo—. Mira, si no pasa nada, será una misión sencilla. Llegáis, encontráis a la gente de la universidad y los evacuáis.

—Ganner podría hacerlo solo.

—Podría, pero si los yuuzhan vong están allí creo que iría a por ellos, y eso dejaría en muy mala situación a la gente que hay que salvar. Tú estarás al mando, y él te obedecerá, aunque sea de mala gana.

Jacen sonrió a Corran.

—Además, Corran, tienes que admitir que carecer de habilidades telequinéticas te deja un poco en desventaja.

—Ya. No puedo mover una roca con mi mente, pero, chaval, puedo hacerle creer a esa roca que se está moviendo —suspiró—. Ganner es muy bueno con la telequinesia. Tiene sentido que venga. Y las cosas podrían haber sido peores. Podrías haberme puesto con Kyp.

—No sería tan cruel con ninguno de los dos.

—Oye, que no soy tan malo —Corran arqueó una ceja mirando a Luke—. ¿O crees que ésta es una de esas cosas que "dependen del punto de vista"?

— ¿Ves? Todo ese entrenamiento ha servido de algo —asintió el Maestro Jedi

—. Esto también es una oportunidad, Corran, para demostrarle a Ganner que el enfoque que Kyp tiene de la Fuerza no es el único.

—Lo capto —sonrió Corran—. Bueno, que la Fuerza esté con todos, creo. —Sí, por favor —Luke asintió solemnemente—. Ya sabes, me gusta que los Jedi sean la primera línea de defensa de la galaxia, pero lo que me da miedo es que los yuuzhan vong nos demuestren lo frágil que es esa línea.

CAPITULO 6

Corran Horn encontró a Valin en un pequeño claro de la selva de Yavin 4. El chico estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y las manos en las rodillas. Miraba fijamente al frente, concentrándose en una piedra situada a un metro de él. Tenía la frente empapada de sudor que amenazaba con llegarle a los ojos color castaño.

Un orgullo desmedido mezclado con ira inundó el corazón de Corran al contemplar a su hijo. La línea Horn-Halcyon de Caballeros Jedi estaba caracterizada por la carencia absoluta de habilidades telequinésicas. Corran recordaba su total frustración al intentar mover objetos con la Fuerza. Era incapaz de mover las babas de los morros de un hutt, y mucho menos de mover una piedra, excepto bajo circunstancias extremas, cuando intentaba emplear la Fuerza para contener energía que podía herir a alguien.

Que Valin intentara con todas sus fuerzas mover una roca impresionó a Corran. Su hijo ya había superado las expectativas de su padre y, aunque sólo tenía once años, ya le llegaba al hombro, y estaba claro que sería tan alto como su abuelo. Su pelo oscuro y sus ojos castaños eran una mezcla del físico de sus padres, pero sus rasgos eran más de Mirax, con algún matiz de la madre de Corran. *Menos mal que no ha salido a Booster Terrik en eso.*

Como todos los padres, a Corran se le hinchó el pecho al observar a su hijo intentando una tarea para la que sabía que no estaba capacitado. Quería intervenir y ahorrarle a Valin la decepción, pero se contuvo. Aprender esa lección podía hacer daño a su hijo, pero aprender a asumir las decepciones era mucho mejor que mover todas las rocas de la galaxia.

Para sorpresa de Corran, la pequeña piedra oval comenzó a moverse, tembló en la base y cayó sobre un costado.

Corran dio un grito de alegría.

— ¡Valin, eso es genial! La has movido.

— ¿Papá? —el chico giró la cabeza, con la larga cabellera oscura chorreando sudor. Un mechón se le quedó pegado bajo el ojo derecho—. No te había visto.

—No, estabas concentrado. Ha sido genial —Corran se adentró en el claro y ayudó a su hijo a levantarse—. Quiero decir, lo que acabas de hacer, yo nunca habría podido...

—Papá, no es lo que crees.

—Sé lo que he visto.

Valin sonrió y se quitó el pelo de la cara con el dedo.

— ¿Recuerdas lo de los puntos de vista?

— ¿Sí?

—Pues es un punto de vista —Valin se sentó en el suelo e indicó a su padre que hiciera lo mismo—. Mira otra vez.

Corran contempló la roca. El suelo estaba repleto de pequeños insectos

morados que se amontonaban en el fango y alrededor de la piedra.

—No lo entiendo. ¿Has puesto la piedra en un acceso a su colonia?

—No. He estudiado a los garnants. Se comunican por la vibración y el olor. He utilizado la Fuerza para llegar hasta ellos y hacerles pensar que debían seguir un rastro ascendente. Les hice creer que la piedra era comida. El primero que llegó la marcó como si lo fuera —Valin se encogió de hombros y sacó un poco de comida de un bolsillo—. Tengo una recompensa para ellos, así que tampoco les estoy obligando a hacer nada.

Corran frunció el ceño un momento. Manipular el comportamiento de seres inteligentes, sobre todo si es en contra de su voluntad y en pro del beneficio egoísta de los Jedi, era sin duda propio del Lado Oscuro. Obligar a seres no pensantes a hacer algo natural no se parecía en nada a eso, sobre todo si la tarea era inofensiva y además se les recompensaban sus acciones con algo que podía suplir la energía que habían empleado.

—Probablemente estás jugando más cerca del Lado Oscuro de lo que desearías, pero estoy muy impresionado —Corran acarició la cabeza de su hijo—. Comunicarse con otras especies no es nada fácil.

—No es comunicación auténtica, papá —Valin puso los ojos en blanco—. No son más que bichos. Les hago creer que una piedra es comida.

—Es más de lo que yo podía hacer a tu edad.

—Pero no estabas entrenado.

—Eso es cierto —Corran se levantó—. Pero sigo estando muy orgulloso de ti.

—Me gustaría que lo estuvieras aún más —Valin se levantó y suspiró pesadamente—. Primero he estado intentando mover la roca con mi mente durante un rato. Luego intenté hacerlo de la otra forma. Creo que nunca seré un Jedi poderoso.

Corran descansó las manos en los hombros de su hijo y apoyó su frente en la del chico.

—Hay algunos Jedi que piensan que la fortaleza se define por lo lejos que puedes llevar un objeto, o por la facilidad con la que puedes romper las cosas; pero la verdadera fortaleza de un Jedi mana del interior, de su corazón y de su mente. Algunos Jedi mueven rocas sólo para demostrar que pueden hacerlo, pero el Jedi más fuerte es aquel que no cree necesario mover piedras si con eso no soluciona un problema inmediato.

Su hijo suspiró de nuevo y sonrió.

— ¿Qué me quieres decir, papá?

—Te está diciendo que ser débil es algo a lo que acabarás acostumbrándote, chico, y que quizá sea un defecto que acabes superando. Corran alzó la cabeza y se volvió hacia la voz.

— ¡Ganner!

El otro Jedi asintió solemnemente. El hombre le sacaba una cabeza a Corran. Sus anchas espaldas descansaban sobre una cintura y unas caderas estrechas, y tenía el cuerpo repleto de músculos. Llevaba el pelo negro azabache peinado

hacia atrás para hacer resaltar su frente. El bigote y la perilla se combinaban con sus bellos rasgos y los penetrantes ojos azules para darle un toque libertino que lo convertía en objeto de admiración. Las vestimentas Jedi de color azul oscuro y negro le hacían destacar entre la vegetación y le daban el aspecto de un oficial del Gobierno.

Corran sentía la Fuerza agolpándose en su hijo. Le apretó el hombro.

—No lo hagas.

Ganner extendió los brazos y dejó que una sonrisa asomara a sus labios.

—Por favor, Valin, muéstrame lo que puedes hacer. Proyecta la visión que quieras. Prometo asustarme.

El chico alzó la barbilla mientras la Fuerza le abandonaba.

—La visión más aterradora que se me ocurre ahora mismo es verte a ti ahí.

Ganner aplaudió lentamente.

—Tiene genio el chico, eso es bueno —miró a Corran—. Nuestra nave está lista para partir.

—Me estaba despidiendo de mi hijo.

—Tenemos algo de tiempo. No mucho, pero sí algo.

Corran se volvió hacia Valin.

—Vuelve al Gran Templo. Tu madre y tu hermana están allí. Diles que iré enseguida a despedirme.

El chico arqueó una ceja.

—¿Estás seguro?

Ganner soltó una carcajada.

—No le voy a hacer nada.

Valin giró la cabeza y miró fijamente a Ganner.

—Tampoco podrías hacer mucho.

—Vete, Valin. Tu madre se va a impacientar, y ninguno de los dos deseamos que pase eso —Corran revolvió el pelo a su hijo—. Tu madre estará preocupada, así que procura tranquilizarla, ¿de acuerdo?

El chico asintió y salió a toda prisa hacia el Templo.

Corran le vio partir y luego miró a Ganner.

—Bueno, ahora dime la auténtica razón por la que querías verme aquí, lejos del resto.

—Perspicaz, sí señor —Ganner entrecerró sus gélidos ojos—. Oficialmente estás al mando de nuestra expedición...

—Eso es un error. Estoy al mando y punto —Corran cruzó los brazos—. Tú eres mi auxiliar.

—En los papeles sí, así es; pero en realidad...

—¿Qué?

—Pues que tú, con sable láser bifásico, eres un Jedi de la vieja escuela; que yo soy mucho más poderoso que tú; y que sé que no quieres saber nada de la filosofía de Kyp Durrón, una filosofía que, en mi opinión, debería adoptarse para que la Orden Jedi cumpla con su destino en la galaxia

—Ganner hizo un gesto leve y la roca se elevó en el aire como transportada por un turboascensor invisible—. Yo haré todo lo que esté en mi mano para llevar a buen término esta misión, pero no toleraré la más mínima interferencia por tu parte.

La roca cayó sobre Corran, que la esquivó por la derecha. La piedra giró bruscamente a la izquierda y rodó dando tumbos bajo los matorrales. Ganner sonrió.

— ¿Entiendes lo que digo?

—Claro —Corran dejó descansar los brazos a los lados—. Estás diciendo que esa filosofía es más importante que la tarea que nos han encomendado.

—En absoluto.

—Claro que sí, pero yo no espero que tú lo entiendas —Corran negó con la cabeza—. Kyp, tú y todos los que piensan como vosotros os estáis esforzando mucho para que quede claro el papel de los Jedi en la galaxia. Lo hacéis llevando uniformes impecables y adoptando posturas inamovibles. Es probable que acertéis en la mayoría de los casos. No puedo estar en desacuerdo. Lo que no me gusta es cómo determináis esas posturas y cómo os esforzáis. Vais por ahí diciendo: "oye, somos Jedi, nos merecemos respeto", pero yo creo que eso hay que ganárselo.

La expresión de Ganner se ensombreció.

—Nos lo hemos ganado. Los Jedi implantaron el orden tras el caos del Imperio.

—No, un Jedi hizo eso, el único Jedi que había en ese momento capaz de alzarse y luchar contra el Imperio. Luke Skywalker se ganó el respeto de la galaxia, nosotros no. Nuestra lucha se define cada día ahí fuera. La gente acaba por sospechar de aquellos que se adjudican la capacidad de distinguir entre el bien y el mal —Corran sonrió—. Lo aprendí cuando trabajé para CorSec, y lo he comprobado como Jedi.

El otro hombre rió a carcajadas.

—Tú eres el menos capacitado para criticarnos porque das una imagen que facilita nuestro trabajo.

— ¿Y eso por qué?

—Por lo que hiciste en Courkrus. Aterrorizaste a la gente. Les hiciste ver cosas horribles que no eran reales —una sonrisa triunfal se dibujó en los rasgos de Ganner—. Quizás entonces utilizaras el nombre de Keiran Halcyon, pero empleaste los mismos métodos que nosotros. Y sabes lo efectivos que pueden llegar a ser.

—No, no, no —Corran negó con la cabeza—. No vas a utilizar lo que hice en Courkrus para justificar tus acciones. Courkrus era un planeta al margen de la ley que estaba controlado por los piratas. Utilicé su miedo contra ellos para romper su confederación. Hice que aquellos que temían que llegara alguien para poner orden creyeran que la justicia había llegado ya. Cuando vosotros vais a resolver un problema os mantenéis apartados, distantes y juzgándolo

todo. Nadie puede estar seguro de qué lado estáis, siempre existe el temor de que acabéis juzgándolos.

—Así les impedimos que se rindan al Lado Oscuro.

—Sí, ya he oído antes ese argumento, de los tíos de CorSec y de todos los servicios de seguridad de todos los planetas en los que he estado. El miedo, independientemente del bien que haga, es un puente hacia el camino del Lado Oscuro —Corran alzó las manos—. Pero nada de eso importa. Si no quieres que interfiera en tus acciones en esta misión, por mí vale; pero no me obligues a hacerlo. Tenemos que ir, encontrar a unos universitarios y llevarlos a casa. Es muy sencillo.

Ganner Rhysode resopló al oír la descripción de la misión, y Corran sintió un atisbo de respeto ante el rechazo que Ganner manifestaba hacia ello. *Quizá seas algo más listo de que lo que yo me atrevería a apostar.*

—Espero de veras que sea tan sencillo, pero estas cosas nunca lo son —Ganner señaló el Gran Templo—. Aunque algunos se consuelan con la idea de que la perturbación del hiperespacio alrededor de la galaxia mantendrá fuera a los yuuzhan vong, exceptuando a los pocos que consiguieron entrar, a mí me parece que la analogía de que es una tormenta, una tormenta que quizás esté arreciando, es más acertada. Y en ese caso, es bastante probable que encontremos yuuzhan vong en ese planeta y en muchos otros. Y estaré preparado.

Ganner se llevó la mano al sable láser.

—Haré lo que sea para enseñar a esos invasores por qué no deberían haber venido nunca.

—¿No olvidas algo?

—¿Qué? —Ganner sonrió burlón mientras se aplastaba un garnant que se le había posado en el cuello—. Los yuuzhan vong son invasores. Tenemos que forzar su retirada.

—Nuestra misión es salvar a los estudiantes —Corran sonrió al ver a Ganner dándose palmadas para aplastar más insectos—. Es un pequeño detalle, pero ya ves lo molesto que puede resultar ignorar las cosas pequeñas.

Ganner gruñó de nuevo y se sacudió más garnants de la ropa.

—Tú estás provocando esto.

—Yo no he sido. Quizá te hayas puesto encima del túnel principal de una colonia —Corran controló su sonrisa. *Tengo que tener una charla con Valin sobre esto.* Admiraba el sentido de la familia que tenía su hijo, pero la Fuerza no era un juguete con el que gastar bromas. *Creo que eso ya lo sabe. Sólo quiero recordárselo y asegurarme de que no vuelva a cometer ese error nunca más.*

—Ganner se rascó violentamente mientras se daba palmetazos. —Los tengo por todas partes.

Un escalofrío recorrió a Corran cuando le vino a la cabeza la imagen de los yuuzhan vong asediando a Ganner como hacían ahora los insectos.

—Vuelve al Templo y ve a una estación de suministro. Te habrán impregnado

con una sustancia que atrae insectos. Nos iremos en cuanto te hayas librado de ellos.

—Puede que esto te parezca gracioso, Horn, pero lo que he dicho iba en serio. No te cruces en mi camino —el hombre se quitó la túnica y comenzó a correr hacia el Gran Templo.

Corran le observó partir hasta que no pudo distinguir los bichitos rojos en su espalda.

—No tengo intención de ponerme en tu camino, Ganner, a no ser que me obligues a hacerlo —murmuró a la silueta en retirada—. Y, si lo haces, creo que tendremos que comprobar de una vez por todas quién es el Jedi más poderoso.

CAPITULO 7

Luke Skywalker vio a través de la puerta abierta del dormitorio a su mujer acostada en la cama. Estaba cómodamente tumbada, con el pelo rojo de matices dorados extendido a su alrededor como un halo. Su pecho se alzaba y descendía rítmica y suavemente; plácidamente, en realidad. Eso le recordó la poca paz que habían conocido durante su vida en común.

Junto a ella había varias prendas dobladas y destinadas a llenar las bolsas de viaje que yacían a los pies de la cama. La de Mara estaba casi llena. Él aún tenía dos por hacer. Luke sonrió al darse cuenta de lo considerada que era su esposa, y la admiró por el esfuerzo extra que había realizado al sacar las bolsas de él, a pesar de la extenuante fatiga que acompañaba a su enfermedad.

Entró en la habitación en silencio, intentando no molestarla, pero ella abrió los ojos.

—Luke. Qué bien que seas tú.

— ¿A quién esperabas?

Ella le dedicó una sonrisa algo débil, pero con la fuerza suficiente para hacerle estremecer.

—A Anakin. No quiero llegar tarde.

—No te preocupes por eso. Anakin es un chico muy comprensivo —Luke colocó a un lado las prendas dobladas y se sentó a los pies de Mara—. ¿Cómo estás?

La comisura de su boca esbozó una tenue sonrisa.

—Tú eres el Maestro Jedi, dímelo tú.

Luke empleó la Fuerza para entrar en ella y se encontró con las defensas que su mujer había levantado. Era como si Mara se hubiese envuelto en espinas y se hubiera protegido con una armadura fabricada con el fuselaje de las naves. Más allá había kilómetros de envolturas que la sujetaban con fuerza. Cada línea de defensa le impedía más el paso, pero entonces apareció una pequeña y mínima abertura que le permitió adentrarse más.

Finalmente, más allá de la envoltura y tras cruzar un océano de imágenes, esperanzas y temores, llegó al centro de Mara. Cuando la veía a través de la Fuerza, siempre aparecía de un blanco brillante, llameante y ardiente. Era la persona más vibrante y vital que había conocido en su vida; algo bastante notable teniendo en cuenta que el Emperador intentó apagar su vitalidad cuando ella estuvo a su servicio.

La enfermedad que padecía había menguado parte de su fortaleza, pero seguía resistiéndose a ella. Podía sentir la Fuerza fluyendo a través del cuerpo de su esposa, reconstruyendo constantemente el daño y manteniendo a raya la enfermedad. Los primeros encuentros con los yuuzhan vong la habían distraído y habían provocado un avance de la enfermedad, pero ella había realizado un esfuerzo supremo para recuperarse.

Todavía no está bien, pero está recobrando fuerzas. Luke sonrió.

—Yo diría que lo estás haciendo muy bien, mi amor.

Mara se reclinó en la cama y acarició a Luke en la mejilla.

—Lo estoy haciendo mejor, pero no es suficiente.

—Dale tiempo, Mara —él la besó en la muñeca—. La impaciencia conduce a la desesperanza.

—Y la desesperanza es propia del Lado Oscuro —asintió Mara ligeramente—. Lo entiendo, Maestro Skywalker.

Luke negó con la cabeza.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé, Luke, y sé por qué lo dices. Tu empatía y tu precaución son dos de tus mejores cualidades —volvió a tumbarse, doblando las rodillas para que su marido tuviera más sitio.

Luke apoyó la barbilla en la rodilla de ella.

—¿No te importa que Anakin te acompañe a Dantooine?

Ella negó con la cabeza.

—De verdad que puedo ir sola, si le necesitas en otra parte.

—Si no lo necesitas puedo asignarle otra misión —el Maestro Jedi la besó en la rodilla—. No quiero que cargues con mi problema.

—¡Luke! —Mara alzó la voz y su tono sonó un poco afectado—. Cuando nos casamos, tus problemas se convirtieron en los míos.

—Sí, pero Anakin es parte de mi familia, y tú, por tu infancia, no tuviste la oportunidad de...

Mara le clavó una mirada de un verde llameante.

—Ten cuidado con lo que dices, Crecí-como-hijo-único Skywalker. Luke rió en silencio.

—Vale, lo capto.

—Y capta esto también. Cuando accedí a casarme contigo sabía en lo que me estaba metiendo. Acordamos compartir nuestras vidas, lo que significa compartir tanto los problemas como las cosas buenas —Mara cerró los ojos un instante—. Anakin me cae bien y entiendo por lo que está pasando —abrió los ojos de nuevo—. Se siente culpable por la muerte de Chewbacca. Hubo una época en la que yo me sentí culpable de la muerte del Emperador. Ambos hemos perdido a alguien que era un pilar fundamental en nuestras vidas. Si le puedo ayudar con eso, bueno, al menos no tendrá que pasar por las cosas que yo pasé para lograr superarlo.

Miró a Luke.

—Claro, me imagino que no le emociona la idea de cuidar a una anciana enferma durante su retiro de salud en un remoto planeta.

—Lo cierto es que aceptó la misión con ganas. Le dije que te estaba confiando a su cuidado y tomó la responsabilidad con actitud positiva. Ha hecho un buen trabajo reuniendo todo lo que necesitaréis en Dantooine.

La mirada de Mara relució.

—Te he pillado ese punto de cautela, Luke. ¿Qué ocurre?

—Es evidente que tengo que mejorar mi control —suspiró—. Ya sabes cómo son los mapas estelares. Dantooine está cerca del Borde Exterior, y podría encontrarse en la zona ocupada por los yuuzhan vong, si es que existe dicha zona. Enviaros a Anakin y a ti solos allí...

—Es probablemente el mejor paso que puedes dar para investigar el alcance de la invasión —replicó Mara, sentándose y colocándose varias almohadas en la espalda—. Como ya hemos hablado, de momento los ataques que hemos sufrido no tenían carácter bélico. No hubo reconocimiento de fuerzas enemigas, ni asentamiento de bases que pudieran servir de apoyo. No se ha apreciado ningún elemento propio de una invasión. Pase lo que pase, a partir de este momento tendremos que ser más cuidadosos. Ahora saben que estamos alerta.

—No puedo refutar tu lógica, pero no me gusta la idea de enviarte a primera línea de fuego.

—Pero Dantooine no es un objetivo militar tan estratégico. Por eso la Alianza Rebelde lo escogió como base y luego lo abandonó. Y por eso Tarkin no lo destruyó con la Estrella de la Muerte.

Luke, que se mostraba intranquilo, se encogió de hombros.

—Estás dando por hecho que su concepto de objetivo militar es el mismo que el nuestro. Recuerda lo que hicieron en Belkadan. Puede que sus criterios de selección sean distintos a los nuestros.

—Otra razón para que haya puestos de investigación por todas partes, para adivinar sus acciones.

El Maestro Jedi negó con la cabeza.

—Diga lo que diga vas a anular mis preocupaciones hasta el punto de demostrarme que Anakin y tú debéis ir a Dantooine, ¿verdad?

—Eso pasa porque te conozco perfectamente, amor mío —Mara le indicó con el dedo que se acercara.

Luke se reclinó sobre la cama, apoyado en los codos.

—No me conoces mejor que yo, Mara.

—Ni tan bien como te conoceré cuando seamos viejos —ella se echó hacia delante y le besó en la frente—. Y soy consciente de que tu preocupación por mí, y por todos los Jedi que van a salir de misión, no es más que un mecanismo que utilizas para no pensar en los peligros a los que te vas a enfrentar. Después de todo, nosotros vamos a planetas en los que podrían aparecer los yuuzhan vong. Tú, en cambio, vas a uno en el que sabemos que han estado. No tenemos ni idea de lo que puede haber en Belkadan.

—Sólo quiero encontrar algo que te cure. Dijiste que allí sentiste una conexión entre la plaga de ese planeta y tu enfermedad. Si puedo conseguir algo que sea más útil...

Ella le puso un dedo en los labios.

—Lo conseguirás, Luke. Después de todo lo que hemos pasado, no voy a permitir que me mate una simple enfermedad. Si la cura procede de Belkadan,

pues bien; pero si tenemos que buscarla en otra parte, pues bien también. La clave es tener la certeza de que mi enfermedad está conectada a los yuuzhan vong. Y, si es así, cuando me restablezca, los yuuzhan vong lo pagarán.

Luke levantó la cabeza y la besó en los labios.

—Cuando tú y yo, esto... estábamos en bandos opuestos, ese mal genio me hacía temer que finalmente tuviera que combatir contigo. Ahora casi me dan pena los yuuzhan vong.

—Se lo han buscado ellos solitos. Nadie les invitó a venir —Mara le devolvió el beso, larga y apasionadamente—. No te preocupes por mí, Luke. Cuida de Jacen y de ti. A Anakin y a mí no va a pasarnos nada.

El asintió.

—Ya lo sé —la volvió a besar—. Te voy a echar muchísimo de menos, ¿sabes?

Mara le pasó la mano por el pelo.

—Yo también te echaré de menos, esposo mío, pero estas separaciones esporádicas son algo que también acepté cuando me casé contigo. Nos separamos ahora para poder estar juntos para siempre. No es el mejor trato del mundo, pero tampoco el peor. Y, de momento, esposo mío, es un trato que a mí me satisface plenamente.

CAPITULO 8

Cuando su Ala-X salió de uno de los hangares lateral del crucero de asalto bothan *Ralroost*, Gavin Darklighter echó los mandos hacia atrás y viró a estribor para contemplar la salida del resto del escuadrón. El crucero de asalto bothan era una de las últimas adquisiciones de la Nueva República. Pese a ser algo más pequeño que un destructor estelar clase Victoria y tener ángulos más aerodinámicos y menos acusados, el *Ralroost* poseía un veinte por ciento más de potencia armamentística que un Victoria, y casi más de la mitad en lo referente a escudos. La nave había sido diseñada para absorber golpes y seguir respondiendo con fuerza al enemigo.

Gavin recordó la discusión que había mantenido con su mujer y su hermana cuando los bothanos anunciaron que construirían los cruceros de asalto. Se había declarado la paz con el Remanente Imperial, así que la opinión generalizada sobre las naves era que suponían o un absurdo desperdicio de recursos o algo que apuntaba a un futuro ataque bothan o, según Sera y Rasca, un gasto desmedido de dinero. Dado que la paz reinaba en la galaxia, ambas pensaban que el dinero necesario para construir esas naves era mejor destinarlo a curar las cicatrices de una guerra que había durado décadas.

Los argumentos eran convincentes, pero Gavin se reservó su opinión y, mientras contemplaba la nave, se alegró de que los bothanos la hubieran construido. Los hangares de los cazas estaban situados entre naves anexas con aperturas de despegue que permitían a las naves pequeñas salir hacia arriba o hacia abajo, según las necesidades de la batalla. Las pistas de despegue dobles aceleraban la recuperación de las naves tras la batalla, y Gavin apreciaba de veras ese detalle.

Pulsó un comunicador.

—Yo iré primero. Cinco, tú irás en segunda posición; y Nueve, tú en tercera.

Sus dos comandantes, la mayor Inyri Forge y la mayor Alinn Varth, dieron la orden por recibida, y no fue la primera vez que a Gavin le sorprendió oír voces femeninas asociadas con las asignaciones de vuelo. La mayor parte de su vida en el escuadrón, el Nueve había sido Corran Horn; el Cinco, Hobbie, Janson o Tycho Celchu; *y el Uno casi siempre era Wedge, pero ahora soy yo quien va en cabeza.*

Las naves se separaron y volvieron a reunirse camino del centro de aquel sistema estelar, que, francamente, no era muy importante. Sólo tenía un cinturón de asteroides que separaba dos pequeños planetas de elevadísima temperatura de otros tres gigantes gaseosos. Ninguno de esos planetas albergaba vida, aunque el gaseoso más grande tenía algunas lunas que eran casi habitables... para alguien que pudiera respirar una mezcla baja en oxígeno y alta en nitrógeno. *Si no fuera por las excavaciones mineras de los asteroides, y porque el tráfico de Bastion emplea este lugar como punto de navegación hacia el Sector Corporativo, sería otro punto vacío en los mapas estelares.*

El sistema ni siquiera tenía nombre, lo que le pareció bastante adecuado, teniendo en cuenta que había carecido de importancia desde que fue descubierto. Pero eso había cambiado en cuestión de una semana. Un carguero se había detenido para repostar, y unos cazas de origen desconocido lo habían atacado. El carguero consiguió escapar e informó del incidente. El almirante Kre'fey había traído el *Ralroost* para investigar. El Escuadrón Pícaro se unió a la expedición y pasó de jugar a los piratas a cazarlos.

Gavin extrajo un programa de análisis y lo cargó en el navegador.

—*Leo*, activa los sensores. Sabemos que hay cazas escondidos, pero tengo que localizar su base.

El androide silbó rápidamente.

La voz de Inyri se abrió paso por los auriculares de su casco.

—Uno, recibimos señales intermitentes en el cinturón de asteroides, 247 punto 30. Nos están siguiendo.

—Recibido. ¿Son suficientes para identificarlos?

—No encuentro coincidencias... creo que son *feúchos*.

—No les quites ojo —Gavin pensó un segundo y asintió—. A mi señal, Pícaros en ruta 270 punto 27. Vamos a por el asteroide grande de ahí, el lento. La confirmación de la orden llegó por el comunicador.

Gavin encendió un interruptor que situaba los alerones del caza en posición de ataque, y estudió las lecturas del sensor, pero no vio nada. *Bueno, si no quieren salir solos habrá que sacarlos de ahí.*

—Pícaros, a mi señal. Tres, dos, uno, ahora.

Gavin elevó su Ala-X sobre los estabilizadores de babor y echó los mandos hacia atrás lentamente, desviándose de la formación y observando cómo el resto de su grupo le seguía los pasos.

Activó la comunicación compartida con el *Ralroost*.

—Aquí Pícaro Uno. Hemos contactado y estamos investigando.

—Recibido, Pícaro Uno. Buena suerte.

Gavin suspiró pesadamente y exhaló despacio el aire. A pesar de que confiaba en la opinión de Inyri sobre las naves que iban a evacuar de los asteroides, no podía quitarse de la cabeza el mal recuerdo de su primer encuentro con los corralitas en el simulador. *Por muchas simulaciones contra los coris que hagamos programado, encontrarnos cara a cara con ellos va a ser francamente peligroso.*

El enemigo surgió de detrás del asteroide más grande. *Leo* mostraba un contacto tras otro en el monitor secundario de Gavin. Todas las naves eran, de hecho, *feúchos*, y habían sido ensambladas utilizando piezas de viejos cazas. Había Ala-TIE formados por una mezcla de cabinas de cazas TIE con barquillas de motor de Ala-Y. Interceptores-X fabricados con el cuerpo de Ala-X y las alas de Interceptores TIE, y tricazas de triple ala, apodados *garras* porque la cabina esférica se hallaba encerrada entre los bordes frontales de las tres alas. Todas las naves eran tan comunes en una flota pirata como el hidrógeno en la galaxia, y

todas podían llegar a ser muy letales.

Gavin activó la cuadrícula en el monitor principal y activó los láseres. Los colocó en disparo dual y miró la pantalla para apuntar. Las posibilidades de acierto disminuían rápidamente, pero eso le preocupó menos que otro detalle que le ofrecía el escáner.

El *garras* no tenía escudos. No había razón alguna por la que un piloto quisiera entrar en combate sin los escudos a toda potencia. Era bien sabido que los tricazas poseían escudos, ya que era una de las razones por las que ese diseño había tenido éxito. Sin escudos, los piratas no tenían ninguna posibilidad ante los Pícaros.

—*Leo*, muestra su frecuencia táctica —Gavin llevó el mando a la derecha y lanzó un disparo que pasó llameante por delante del morro del *garras*—. Cinco, ¿detectas tú los escudos de esos tíos?

—Negativo, Uno. Y los cascos también están débiles.

¿*Qué ocurre?* Gavin apuntó de nuevo al *garras* y esperó a que disparara primero. La nave siguió avanzando, acercándose mucho a la franja óptima, y disparó un rayo láser verde al Ala-X de Gavin. La energía se disipó contra los escudos y envió un ruido de fondo a través de los altavoces de la unidad de comunicación. Le había hecho menos daño del previsible, y eso que había disparado solamente con uno de los dos láseres.

Y la única razón por la que un piloto se acercaría tanto es porque está disparando con datos visuales... Tiene estropeados los sensores.

El *garras* pasó de largo, Gavin giró a estribor y tiró de los mandos para comenzar a perseguirlo. Dio la vuelta, viró y aceleró a fondo para seguir al caza en su maniobra de evasión. Activó los cuatro láseres para el disparo y puso el dedo corazón sobre el botón secundario del gatillo. *Esta modificación era para los coris, pero creo que podría ser útil aquí.*

Apuntó y apretó el gatillo secundario. El láser salió rápidamente, dejando un rastro de apagadas chispas que provocó marcas en los ganchos del *garras*. El fuego desgarró la nave pirata, derritiendo su emblema con el puño de androide blanco y negro.

El *garras* viró a babor y trazó un ángulo agudo hacia arriba. Gavin frenó, dio la vuelta y ascendió en pos del caza pirata. Cuando la nave estuvo a la vista, soltó otra ráfaga láser sobre ella. La andanada dio en la parte frontal y sorprendió al piloto. El *garras* cayó hacia estribor, y uno de los motores fónicos soltó una larga llamarada final. El otro motor llameó un momento, y ambos se apagaron.

Cuando Gavin se acercó para inspeccionarlo, un rayo de turboláser pasó entre la otra nave y él. *Leo* gritó alarmado, y Gavin giró a babor, encaminándose hacia el asteroide que era su objetivo.

La persecución del *garras* le había llevado por encima del horizonte del asteroide y lo había situado ante la nave que se hallaba escondida tras él. La reconoció a duras penas como una fragata de escolta Nebulon-B, pero ése era

sólo el aspecto general. Estaba completamente abollada y tenía agujeros abiertos en el casco. Sus sensores detectaban una ligera señal de los escudos, pero era tan débil que Gavin sabía que una ráfaga de su Ala-X atravesaría el casco y provocaría graves daños.

—*Leo*, activa su frecuencia táctica en el canal cuatro del comunicador —el botón señalado de su unidad de comunicación comenzó a brillar. Gavin lo pulsó y la luz aumentó—. Aquí el coronel Gavin Darklighter de la Nueva República. Identifíquense y depongan las armas o serán destruidos.

—Aquí... —la voz al otro lado comenzó a hablar en tono desafiante, pero pronto flaqueó y se debilitó—. Aquí Urias Xhaxin del *Autarca*.

—Uno, a babor.

Sin pensarlo, Gavin giró la nave hacia la izquierda, a tiempo de ver varios rayos láser verdes atravesando el espacio que él acababa de abandonar. Un Ala-TIE pasó por allí, seguido de cerca por el Pícaro Dos. Krad Nevil hizo saltar una de las barquillas del Ala-Y del pirata, que perdió el control y explotó contra la irregular superficie del asteroide.

—Gracias, Dos.

—Sólo hago mi trabajo, Uno, cubre tu espalda.

—Capitán Xhaxin, ordene la retirada a sus fuerzas. No pueden luchar contra nosotros. Todas sus naves están dañadas. Nadie desea una carnicería. La fatiga resonó con pesadez en la respuesta del hombre.

—Tiene razón, claro. Siempre llega un momento en el que hay que dejar de pelear. Daré la orden, coronel.

Gavin estableció la frecuencia táctica del escuadrón.

—Los *feúchos* se retiran.

Disparad sólo en defensa propia. El Ala-X de Kral apareció a babor de Gavin. El piloto quarren contempló la fragata y después miró a Gavin.

—Es como si se hubiera rasgado cruzando un mar de coral, coronel. ¿Qué puede haber causado eso?

—No lo sé, Dos, pero creo que no me gustará la respuesta cuando la sepamos.

—oOOOo—

Gavin supervisó el regreso de los piratas al *Ralroost* y se reunió con el almirante Kre'fey en la sala de reuniones. Aparte de los dos guardias que custodiaban la puerta, el almirante bothan estaba a solas con el líder de los piratas.

—Ah, coronel Darklighter, gracias por venir. Ya conoce al capitán Xhaxin.

—Sí —Gavin fue hacia donde estaba sentado el hombre y le tendió la mano—. Gracias por finalizar tan rápido el combate.

El pirata alzó la mirada. Tenía los ojos oscuros y llenos de cansancio y algo más. Estaba ojeroso, y su larga cabellera y su cuidada barba eran blancas. Eso y su pálida tez contrastaban enormemente con su uniforme negro, y, de no ser por los ojos inyectados en sangre, se le hubiera podido confundir con un

holograma en blanco y negro.

—Debería agradecerle que me permitiera salvar la vida de mi gente. Traest Kre'fey señaló a Gavin una silla.

—Quizá no lo sepas, pero Urias Xhaxin lleva mucho tiempo con el *Autarca*. Vivió del pirateo de las naves imperiales y continuó asaltándolas durante la guerra. Lleva aquí, en el Borde Exterior, desde que se firmó la paz, interceptando los transportes imperiales ocasionales que se dirigen al Remanente Imperial. Las capturas son escasas y los objetivos que ha elegido le han convertido en un problema de importancia menor para la Nueva República.

Gavin asintió lentamente.

—Recuerdo haber visto alguna vez un holodocumental sobre él. Xhaxin rió con sorna.

—Pura ficción. Una holoperiodista vino para informar sobre mis actividades. Tenía una idea demasiado romántica de lo que hacemos. Se llevó una decepción, así que creó una fantasía y alguien la publicó en formato de holograma.

Traest alzó la cabeza.

—Pero creo que lo que le pasó en el Borde Exterior hace poco no fue una fantasía.

—Mía no, desde luego —el hombre cruzó los brazos—. Yo establezco operaciones para atraer gente que quiera viajar en una caravana hacia el Remanente. Las naves se reúnen en Garqi y parten, según mis previsiones, hacia un punto de mi elección. Yo quería capturarlos a todos. Llegamos justo antes de que entrara la última nave, según nuestros cálculos, y vimos las cosas ésas atacando las naves. Creo que eran cazas..., pero nunca los había visto antes. Había anomalías gravitatorias por todas partes y disparaban plasma que penetraba en las naves. Fueron a por nosotros de repente.

La mirada del hombre se perdió en el infinito y su voz se quebró.

—Hice lo que pude, pero eran demasiados. Dimos un salto a ciegas al hiperespacio, y luego otro, y llegamos aquí. Mis reguladores de hipervelocidad explotaron y los daños estructurales... bueno, no se si el *Autarca*, podrá volver a alcanzar la velocidad luz. Sé que no tengo los recursos necesarios para salvarlo.

Xhaxin miró a Traest.

—Por tanto, almirante, me ha atrapado. Creo que la recompensa que ofrece el Imperio por mi captura ya no es lo que era, pero seguro que alguien pagará por mi cabeza. Aparte de eso, no sirvo para nada. Si sirviera no habría perdido mi autoridad.

—No, capitán Xhaxin, eso no es así —Traest miró a Gavin—. Coronel, acompañe por favor al capitán Xhaxin al ala de invitados.

Xhaxin levantó una ceja.

—No comprendo.

—Usted se encontró y peleó con un enemigo que veremos a menudo a partir

de ahora... más de lo que deseamos. Su conocimiento de sus tácticas y su comportamiento vale mucho más que cualquier recompensa —el bothan sonrió—. Necesito saber lo que usted sabe. Si no averiguamos como acabar con esta amenaza, verá cómo, en menos de lo que piensa, el *Autarca* acabará siendo la nave más poderosa de la Nueva República.

CAPITULO 9

Leia Organa Solo sonrió tímidamente a Danni Quee y a Jaina. Las dos habían llegado al despacho que el Consejo agamariano había asignado a Leia de forma temporal justo a tiempo de que ésta inspeccionara sus vestimentas. Leia les indicó con el dedo que se giraran, y Jaina soltó un suspiro. Ambas dieron una vuelta para mostrar su atuendo al completo.

Jaina se había puesto un traje de piloto marrón oscuro con una túnica Jedi más clara por encima. No portaba armas ni cinturones, pero el sable láser pendía en su costado. Llevaba el pelo castaño recogido en una trenza con una cinta plateada.

Por otra parte, Danni se había puesto un vestido sencillo, funcional y de colores poco llamativos. El verde oscuro del chaleco hacía juego con sus ojos, mientras que el marrón oscuro del vestido contrastaba con la tez pálida y el pelo rubio, que llevaba suelto. No portaba armas y, aunque tampoco parecía indefensa, era evidente que no había nacido guerrera ni se había educado como tal.

Leia miró a Elegos.

—Creo que así estará bien.

El caamasiano contempló a las dos chicas.

—Bastante presentables, sí señor.

Elegos se encogió de hombros y se llevó las manos a la espalda. Miró por la terraza hacia el océano de Calna Muun, la capital agamariana.

—Creo que tu interpretación de este pueblo y de su respeto por la tradición y la familia es acertada —dijo—. Sabemos que contribuyeron en gran medida a la lucha contra el Imperio, y que sufrieron por ello. Keyan Farlander tan solo fue uno de los que acudieron a luchar contra el Imperio.

— ¿Tan solo?

Elegos se apartó de la terraza.

—Algunos son capaces de aguantar una carga durante años luz, y otros no pueden con ella ni unos kilómetros.

Un agamariano apareció en la puerta del despacho.

—Si están preparadas, el Consejo les recibirá ahora.

— ¿Danni?

La joven reflexionó un momento y miró a Leia.

—Sí, supongo que estoy preparada.

Elegos se acercó a ella y posó las manos en sus hombros.

—Recuerda, Danni, que la Sociedad ExGal cumplió su cometido. Tú eres testigo de ese hecho. Sólo vas a informarles de lo que sabes, y eso puedes hacerlo sin problemas.

—Gracias. Lo sé.

Leia dejó que Elegos fuera en primer lugar, y Danni detrás. Ella caminó junto

a su hija, la miró y le preguntó en voz baja:

—¿Te pasa algo?

Jaina levantó un poco la cabeza.

—Creía que me controlaba mejor.

—Quizá controles la Fuerza, pero tu cara expresa otra cosa.

Leia adoptó una expresión de serena confianza y saludó con la cabeza a varios agamarianos alineados en el pasillo del Centro del Consejo. La arquitectura abierta y aireada que empleaban los agamarianos era muy apropiada para el clima cálido y seco del planeta, ya que mantenía un frescor inusitado en un día tan soleado. Las columnas y los arcos dividían el corredor en segmentos, y cada uno representaba una imagen holográfica de la historia y la cultura agamariana.

Jaina resopló con irritación.

—No soy diplomática. Soy piloto y Caballero Jedi. No me importa enseñar a Danni cosas mientras volamos, pero mi talento está desperdiciado aquí.

—Vale —Leia sonrió a su hija y después endureció el gesto—. Jaina, cuéntame de verdad qué te pasa.

La voz de Jaina se convirtió en un susurro.

—Madre, eres buena con estas cosas, pero si hubieras terminado tu entrenamiento Jedi serías más efectiva.

—Me esforcé a fondo por desarrollar mis habilidades.

—Madre... —Jaina guardó silencio un momento—. Ni siquiera llevas el sable láser.

La decepción del tono de Jaina se clavó en Leia. Siempre había querido esforzarse más para llegar a ser una Jedi. Lo veía bueno para conocer mejor a su hermano, Luke, y para ayudarlo con su sueño de invertir el mal que su padre había causado al destruir la Orden. Había practicado todo lo que había podido, pero tenía otras obligaciones. Obligaciones surgidas de su formación como política y diplomática.

Me convencí de que estaba haciendo lo mejor al ayudar a crear el Gobierno y después colaborando con él. Dejé que Luke entrenara a mis hijos para que pudieran desarrollar todo su potencial, o eso creía. Pero ¿sirvió también para que me hicieran sentir más culpable por no haber potenciado mis capacidades en la Fuerza?

Jaina agarró suavemente a su madre por el hombro.

—No quería decir eso. Sé... sé que hay decisiones que no pudiste tomar...

—Las decisiones que tomé, Jaina, siempre fueron para ayudar a los demás. Ellos eran mi prioridad. Tu padre, tú, tus hermanos, la Nueva República...

—Lo sé, mamá, y estoy orgullosa de ti por ser quien eres —Jaina se encogió de hombros—. Es sólo que no eres una auténtica Jedi, y, bueno, pues eso, me resulta un poco raro cuando te pones a jugar con la Fuerza.

—Entiendo —Leia vio un atisbo de expresión horrorizada en el rostro de Jaina y se alegró. *Es mejor que sepa que hay fronteras que todavía no puede traspasar.* Luego suspiró y acarició la mano de su hija, que seguía apoyada en su hombro.

—Puede que tengas razón, Jaina, nunca acabé mi entrenamiento Jedi, pero nunca juego con la Fuerza. La utilizo. Quizá no tan bien o tan plenamente como tú, pero me sirve para las cosas que quiero hacer.

—Lo sé. Perdóname.

—Hablares más tarde de esto, Jaina. Ahora te necesito aquí conmigo; fuerte, silenciosa y proyectando fuerza benigna.

—Siendo todo lo que Kyp y los demás no son.

—Algo así —guiñó un ojo a su hija y entró en la cámara del Consejo agamariano.

Aunque Leia había visto holografías de la cámara, se dio cuenta de que no le habían transmitido su asombrosa majestuosidad. El acabado en madera del suelo, de los paneles de las paredes y de los muebles denotaba un diseño artesanal. Los motivos oceánicos estaban presentes por todas partes: las gradas donde se sentaban los delegados del Consejo eran como olas, y sus mesas se elevaban del suelo como un oleaje encrespado. En varios puntos, corrientes de agua esculpidas en madera unían peces voladores con el suelo, y los pájaros estaban unidos al techo y a las paredes por las alas.

En el estrado, que asemejaba una roca azotada en la base por olas rompientes, se encontraba una mujer alta y esbelta que se volvió hacia Leia y su comité y le indicó que se acercara.

—He informado al Consejo sobre lo que hemos hablado estos dos días, y están preparados para su exposición.

—Gracias, portavoz.

Leia, ataviada con una túnica ancha de tonos oscuros cuyo único adorno era un dibujo de olas en el dobladillo, el cuello y las mangas, se acercó al estrado. Luego saludó solemnemente con una inclinación de cabeza a los hombres y mujeres sentados frente a ella.

—Gracias a todos por permitirme hablar. Antes de comenzar, quiero presentar a mis acompañantes. Elegos A'Kla, senador de la Nueva República, que lleva a cabo una investigación aquí, en el Borde Exterior. A su lado se encuentra mi hija, Jaina, que conoce de primera mano el problema al que nos enfrentamos. Y, por último, Danni Quee, que era miembro del personal de la estación ExGal-4, con base en Belkadan, cuando los yuuzhan vong la invadieron. Fue capturada.

Leia apoyó las manos en el atril.

—Los servicios prestados en el pasado por los agamarianos a la Nueva República son por todos conocidos. Sé muy bien que, de no mediar el valor de Keyan Farlander, yo no estaría hoy aquí ante ustedes. Soy consciente de que lo que voy a contarles hoy, lo que han descargado todos en sus datapads, es bastante sorprendente y, aun así, dado que ha sido reducido a análisis y datos objetivos, podría ser fácil de ignorar. Hacer eso sería un error y perjudicaría a Agarrar y a la Nueva República. Por favor, escuchen lo que Danni tiene que contarles, lean la información y escuchen lo que a mí me gustaría que hicieran.

Odio tener que decir esto, pero, una vez más, la Nueva República confía en ustedes.

Leia indicó a Danni que tomara la palabra. La científica se aclaró la garganta antes de comenzar.

—Discúlpenme, por favor, no estoy acostumbrada a dirigirme a gente importante. Creo que si me gustaran este tipo de cosas no habría optado por la ciencia. Mi trabajo en ExGal consistía en vigilar la galaxia, donde se suponía que no había nada. Quizá miraba hacia afuera porque mirar hacia aquí hubiera significado enfrentarme a multitudes, y eso me asusta un poco.

Entre la audiencia se oyó un murmullo de risas, aprobando la introducción de Danni, lo que le hizo sentir más cómoda.

—Lo que más me asusta ahora es la combinación de dos factores. Uno es el hecho de que exista algo más allá de la galaxia. Conozco las historias que les han contado y las teorías acerca de una perturbación del hiperespacio que imposibilita el viaje intergaláctico. Es una teoría maravillosa, pero quienes la desarrollaron no fueron muy científicos. Una tormenta que para nosotros dura una hora puede durar toda una vida para un insecto. Que esa perturbación exista desde que comenzamos a medirla no significa que no existiera antes o que vaya a existir siempre.

—Y tampoco significa que otros seres no sean capaces de atravesarla, cruzarla o rodearla. De hecho, eso ya ha ocurrido —Danni alzó la barbilla—. Son los yuuzhan vong, una raza humanoide capaz de imitar los rasgos humanos de forma tan perfecta que yo jamás fui capaz de advertir el disfraz de Yomin Carr, el agente yuuzhan vong infiltrado en nuestro equipo de Belkadan. Veo que algunos de ustedes se miran entre sí, preguntándose si habrá miembros de esa especie entre la audiencia. No lo creo. Espero que no, pero sé que los yuuzhan vong están en camino, y cuando lleguen, no les gustarán en absoluto.

Danni respiró hondo y soltó lentamente el aire.

—Yo fui prisionera de los yuuzhan vong y vi cómo torturaban a otro prisionero, un Caballero Jedi. Querían destrozar su espíritu y su mente. Sé que si me hubieran sometido a mí a las mismas torturas, yo... no habría aguantado. Miko Reglia resistió y sacrificó su vida para que yo escapara.

Se tapó la boca con la mano un momento, parpadeó y prosiguió.

—Los yuuzhan vong son un pueblo cruel que emplea dispositivos biológicos como nosotros utilizamos máquinas. Los informes que se les ha entregado les darán más detalles. Quizás algunos parezcan un tanto ridículos, como que los cazas estén hechos de coral, pero el hecho es que esas naves tienen capacidades a las que no nos hemos enfrentado antes, y que no son fáciles de contrarrestar.

—Y lo que quizá sea peor, desconocemos el motivo de los yuuzhan vong para invadir nuestra galaxia. No sabemos si atenderán a razones o si negociarán algún tipo de paz. No dieron muestras de nada parecido cuando yo estaba en su poder. Me dijeron que no me sacrificarían, lo que indica que sí lo hicieron con otros y que lo harán si no los detenemos.

Danni miró a Leia y le hizo un gesto. La mujer se acercó a ella y le pasó la mano por la espalda. Miró a su hija, y Jaina se adelantó para acompañar a Danni de vuelta a su sitio, junto a ella. La salida de Danni estuvo acompañada de murmullos por parte de los miembros del Consejo, pero cuando Leia regresó al estrado, reinó de nuevo el silencio.

—Como ya saben, no estoy aquí en calidad de portavoz del Gobierno de la Nueva República. De hecho, estoy convencida de que todos recibirán mensajes del delegado republicano de turno advirtiéndoles de este hecho. No cuento con el respaldo oficial de la Nueva República. Fui a Coruscant para pedir ayuda para Dubrillion y otros planetas del Borde Exterior que podrían recibir el eco de este ataque. Me dijeron que me fuera, así que he venido aquí con mi hija y mis amigos para advertirles del riesgo y para pedir su ayuda.

Leia frunció el ceño.

—Como he dicho antes, soy muy consciente de lo que Agamar hizo en el pasado por causas en las que creo. Siempre han sido amigos de la Nueva República, y ahora me temo que es la Nueva República la que delegará sus responsabilidades en ustedes. Los planetas del Borde Exterior deberán buscar por sí mismos la respuesta a la amenaza. Ser rechazada en Coruscant me ha convertido en una ciudadana del Borde, como ustedes. Por favor, recuérdelo cuando reflexionen sobre lo que voy a decirles.

—Los planetas del Borde Exterior necesitan aliarse y unir su potencial militar para enfrentarse a los yuuzhan vong. No sabemos dónde atacarán de nuevo, pero hemos de prepararnos para esa batalla. Todas las victorias que les concedamos les harán más fuertes. Sé que hacer lo que les pido les supondrá un coste enorme, tanto económico como en vidas de hombres y mujeres; pero no es un sacrificio que les pido que realicen a la ligera.

Mientras Leia contemplaba a la audiencia, comenzó a percibir una sensación de resistencia creciente ante sus palabras. No le sorprendió, pero le dolió en el alma. Ella confiaba en su capacidad para convencer a los agamarianos de que lideraran la ofensiva contra los yuuzhan vong, y así convencer a otros mundos para que siguieran su ejemplo. *Quizá Elegos tenga razón: han llevado su carga todo lo que han podido.*

Leia cambió de enfoque.

—Independientemente de su capacidad para contribuir con un esfuerzo militar, les insto, como vecina, a prepararse para una posible invasión yuuzhan vong. Es probable que hasta aquí lleguen refugiados, huyendo en naves grandes y pequeñas. Sé que el pueblo agamariano no les rechazará, pero el compromiso que supone cuidar de alguien que ha sido expulsado de su hogar no puede llevarse a cabo sin preparación. Reúnan recursos, diseñen planes y hagan lo que tengan que hacer para ayudar a quienes estén indefensos.

Leia dudó un momento y asintió lentamente.

—Sé que pido mucho, pero sé que harán lo que esté en su mano e incluso más. Les doy las gracias en nombre de todos aquellos que habitan en el Borde

Exterior con ustedes. Nosotros nos introduciremos aún más en el Borde, de vuelta hacia Dubrillion, para enfrentarnos a los yuuzhan vong. Saber que ustedes, el pueblo de Agamar, está aquí apoyándonos, nos iluminará en los momentos más oscuros y aligerará nuestra pesada carga.

Leia dio un único paso atrás desde el podio, alzó la barbilla y enlazó las manos a su espalda. Aguardó unos instantes por si había alguna pregunta o comentario, y preparándose para la clase de viles acusaciones a las que se había enfrentado en Coruscant, pero no hubo ninguna. De repente, y comenzando por las filas traseras, los miembros del Consejo comenzaron a levantarse y a aplaudir. Corrientes de simpatía y orgullo fluían por la cámara, rodeándola, y llegando también a Danni.

La portavoz del Consejo se acercó a Leia y le dio la mano.

—Su exposición ha sido sincera y le daremos la consideración necesaria, más de la que le ofreció Coruscant. No sé predecir cuál será el resultado de nuestro debate. No sé lo que podemos ofrecerle, dado que hay algunos que desean la reconstrucción de Agamar, y son individuos que ostentan un poder considerable.

Leia asintió.

—Lo comprendo.

—Pues comprenda esto también. Nosotros, el pueblo de Agamar, hemos prosperado ayudándonos unos a otros. Los refugiados podrán pasar con total seguridad por nuestro sistema y contarán con nuestra ayuda. Más no puedo prometer, pero menos sería inconcebible.

Leia le dio la mano a la otra mujer solemnemente.

—En ese caso, la lucha contra los yuuzhan vong comienza aquí. Si hay otros planetas tan valientes como Agamar, puede que el enfrentamiento se detenga allí, más allá del Borde Exterior, y la paz que tenemos no vuelva a verse amenazada.

CAPITULO 10

El carguero *Escarceador* salió suavemente del hiperespacio y comenzó a describir un arco en dirección a Bimmiel. A Corran Horn le gustaba el fácil manejo de aquella nave. No era tan sencillo como pilotar un Ala-X, pero tampoco como dirigir un planetoide.

—Tiempo estimado de llegada: treinta minutos.

Ganner gruñó para hacer saber a Corran que había escuchado el comentario. Contemplaba fijamente tres ventanas holográficas de datos superpuestas. Una representaba Bimmiel como una bola verde caqui con dinámicas rayas azules que emanaban de un gran océano en el hemisferio sur. Había cascos de hielo en ambos polos, y el del sur se extendía hasta el océano. Las lecturas atmosféricas y otros datos llenaban el espacio alrededor del planeta. La segunda ventana mostraba un grupo de imágenes de la flora y la fauna originarias del planeta. Y la tercera y última, la que Ganner estudiaba con más interés, era la imagen de un satélite repetidor de comunicaciones que, en opinión de Corran, había perdido la antena.

—El satélite está dañado. Ese pulsar dificultaría las comunicaciones incluso en las mejores circunstancias, pero sin el satélite los mensajes no pueden emitirse.

Corran asintió.

— ¿Tenemos los códigos necesarios para extraer los datos almacenados en el satélite?

El otro Jedi pulsó un botón del panel de comunicaciones y negó con la cabeza.

—O los códigos no funcionan, o el satélite no nos recibe sin la antena. Podríamos recuperarlo. Puedo emplear la Fuerza para llevarlo hasta uno de los hangares. Desde ahí podríamos utilizar un cable para establecer un contacto directo.

—De momento no es tan importante —Corran miró sus datos de navegación—. El satélite se ubicó en una órbita geosincrónica sobre el campamento base, ¿no?

—Así es. Están ahí abajo, en el continente norte.

— ¿Cómo es el clima en el planeta?

Ganner frunció el ceño.

—Tormentas de arena constantes. El aire estará lleno de polvo pero seguro que podremos respirarlo si utilizamos filtros.

— ¿No es como en Belkadan?

—No hay indicios de cambios atmosféricos fuera de lo normal. Bimmiel tiene una órbita elíptica, y ahora se encuentra en la zona más alejada del sol. El informe imperial se llevó a cabo en la más cercana, así que no estamos seguros de lo que nos espera. Los imperiales apenas localizaron formas de vida, pero yo puedo percibir muchas, ¿tú no?

—Sí, yo también.

—No hay pruebas de que los yuuzhan vong estén ahí —Ganner le miró fríamente a través de la imagen del satélite—. Y, antes de que lo preguntes, no hay pruebas de que el daño causado al satélite lo provocara el disparo de plasma de un coralita, o simplemente un micrometeorito al golpear la antena.

Corran comprendió lo que quería decir Ganner con su cauto comentario.

—Lo sé, no se puede atribuir todos los problemas a los yuuzhan vong. No sabemos si están aquí o no —*Pero claro, dado que no podemos percibirlos con la Fuerza, la única forma de saberlo es viéndolos. Y no tengo ganas de vivir semejante encuentro*—. Nuestra misión es encontrar a los universitarios y sacarlos de ahí.

—Qué fácil.

—A no ser que nosotros lo compliquemos —Corran contempló la pantalla de visualización—. Aterrizaré la nave e intentaré acercarme a una distancia prudencial del campamento.

El carguero, un corelliano YT-1210 modificado, tenía forma de disco plano, lo que permitió a Corran introducirlo en la atmósfera bimmieliana sin problemas. La masa del carguero conseguía que las terribles tormentas no lo desequilibraran mucho. Corran puso el compensador de inercia al noventa por ciento, lo justo para poder percibir mejor el vuelo del *Escarceador*. La tormenta zarandeo un poco la nave, pero Corran no perdió el control.

La turbulencia dejó un poco pensativos a Ganner y a Corran. El viaje desde Yavin 4 había durado unos cuantos días, y su relación con Ganner se había vuelto más cordial a medida que las picaduras de garnant desaparecían de su piel. Aun así, ya era evidente para Corran que Ganner no iba a echarse atrás en cuanto a sus ideas sobre el método correcto para proyectar una imagen imponente de los Jedi; y Corran, por su parte, nunca estaría de acuerdo en utilizar el miedo como herramienta para coaccionar a la gente.

A medida que se acercaba el momento del aterrizaje, Ganner se mostraba más tirante. Se puso sus vestiduras azules y negras, encendió su sable láser, peinó su cabellera y recortó su barba con pulcritud. Corran tuvo que admitir que Ganner era el sueño de un reclutador hecho realidad y que, físicamente, era un hombre impresionante. *Tiene exceso de confianza, va demasiado arreglado es bastante impertinente, pero en apariencia es el ejemplo perfecto de un Jedi.*

Corran activó un interruptor que hizo descender el tren de aterrizaje del carguero. Miró el indicador de altitud y apagó los propulsores para hacer descender la nave lentamente. Chocó con algo cuatro metros antes de donde pensaba que la nave tocaría tierra, pero siguió descendiendo hasta tocar el suelo.

Una siseante cortina de arena azotaba el cristal de la cabina. En un momento dado se despejó, dejando entrever un horizonte lejano, pero después otra capa cubrió el transpariacero. Había sombras oscuras en la zona, pero la arena no permitía a Corran distinguir dónde se encontraban.

—Creo que nos hemos hundido en la arena, así que no saldremos por la

rampa de descenso —Corran señaló hacia arriba—. Lo haremos por la escotilla superior.

Ganner asintió y dio a Corran un par de gafas y un respirador que llevaba integrado un intercomunicador.

—El sensor da lecturas al oeste, a unos cien metros. Es probable que se trate del campamento.

— ¿No hay señales de vida?

—Sí, pero no humana —Ganner cerró los ojos un momento y asintió—. Formas de vida muy pequeñas. Nada preocupante.

—Gracias.

Corran puso los ojos en blanco mientras dejaba atrás a Ganner y se introducía en el túnel de la escotilla superior. Subió por la escalera, abrió los cierres y se sentó en el borde de la salida circular.

Una cortina de arena marrón se cernió sobre él. Corran escondió la cara instintivamente y sintió que un kilo de barro le bajaba por el cuello de la túnica y se le quedaba trabado en la tripa, a la altura del cinturón. Dado que el respirador sólo filtraba la arena del aire, podía oler el seco aroma del ambiente. Lo más sorprendente era lo frío que era el viento. *Al alejarse del sol, el planeta se enfría. Por eso no es un mundo caliente como Tatooine, sino sucio. Es demasiado para el vestuario de Ganner.*

Corran miró hacia abajo para ver el desaguisado que había provocado la arena en las vestiduras de Ganner, pero todo lo que vio fue arena alrededor de sus pies, como si estuviera parado en un agujero que se llenara rápidamente. Buscó con la Fuerza y descubrió el escudo que Ganner estaba proyectando con la Fuerza para mantener la arena rodeando el tubo. *Mira qué mono.*

Siguió subiendo por la escalera y contempló la arena que se amontonaba tras él. Luego se deslizó por la cúpula de Fuerza que tapaba el tubo. Ganner la expandió al subir, pero no tanto como para cubrir a Corran. Cuando salió, la burbuja estalló, cubriendo a Ganner como si fuera una túnica. Corran admiraba el control que Ganner tenía sobre la Fuerza, pero le parecía que utilizarla como un paraguas era casi tan reprochable como lo que Valin le había hecho a él con los garnants.

Corran avanzó hasta el borde del carguero y miró hacia abajo, a la arena que comenzaba a amontonarse contra el casco de la nave. Más allá percibió algo colorido, apenas visible, como una pequeña pirámide roja que supuso era la marca del campamento universitario. Se agachó y soltó al aire un puñado de arena.

Ganner se acercó a él.

—El suelo no está tan lejos.

—Tú mismo —Corran se sacó la túnica del cinturón y dejó que saliera la arena—. Tú dirás cómo se hace.

El Jedi más joven saltó de la nave y se hundió hasta la cintura en la arena. Apretó los puños un momento, luego se elevó serenamente y volvió al casco del

carguero. Tenía las botas y los pantalones cubiertos de polvo.

— Está algo más lejos de lo que parece, ¿no?

Ganner rió burlón.

— ¿Sacamos las motojets?

— No. El polvo es demasiado fino para que los filtros del motor lo extraigan del aire, se estropearán.

— Entonces ¿cómo llegamos hasta allí?

— Andando.

— Pero...

Corran saltó del carguero y aterrizó a cuatro patas. Los tobillos y las muñecas se le hundieron en un hueco entre dos pequeñas dunas. Se levantó un poco y comenzó a avanzar hacia el campamento universitario.

— Pero ¿cómo has podido...? No controlas la Fuerza lo suficiente como para...

Corran se volvió hacia Ganner y le invitó a seguirle con un gesto.

— Muévete por los huecos. Las partículas menos pesadas se desplazan por encima, pero las más pesadas se hunden y son más compactas. Iremos lentos, pero seguros.

Oyó a Ganner cayendo tras él, pero una ráfaga de viento ocultó al Jedi más joven. Corran utilizó la Fuerza para percibir a Ganner y lo encontró con facilidad. A su alrededor, y por todas partes, percibía vida; desde pequeños insectos a criaturas más complejas. Los más numerosos eran unos mamíferos del tamaño de un puño, pero había algo un poco más grande que se arrastraba más allá de su consciencia.

Siguió avanzando hacia el campamento y llegó con relativa facilidad al cabo de unos minutos. Un par de aglomeraciones rocosas definían el extremo occidental del asentamiento. Unos pedestales largos y oscuros se elevaban de entre la arena como los dedos de un hombre hundiéndose. Bajo ellos había pedazos de tela rasgada que en un pasado fueron trozos de tiendas de campaña. Ondeaban, rojos, azules y verdes, desde soportes que estaban casi enterrados en la arena.

Utilizando la Fuerza, Corran buscó vida en el subsuelo. Volvió a localizar a los insectos y a los pequeños mamíferos, muchos de ellos reunidos en la profundidad de una hendidura de la roca. Se percibía otro movimiento por la arena, algo que entraba en una tienda y volvía a salir. Tenía una ruta tan regular que Corran supuso que recorría un túnel y estaba saqueando un almacén de comidas o algo por el estilo.

Miró a Ganner.

— Aparte de ti, no percibo nada grande.

— Yo tampoco. Las criaturas pequeñas son shwpis. El equipo de investigación del Imperio descubrió que eran muy comunes en Bimmiel. El informe indica que son herbívoros y que se alimentan de abundante vegetación.

— Entonces, por lo que parece, han acabado con ella —Corran miró a su alrededor y se subió a una de las rocas—. Hay una formación rocosa mucho

más grande al noroeste, puede que a medio kilómetro. Las aberturas podrían llevar a cuevas. ¿Volamos o andamos?

Ganner frunció el ceño.

—Incluso yo me cansaría si tuviera que llevar a los dos levitando hasta allí.

—No con la Fuerza, sino con la nave.

—Ah —se encogió de hombros—. Mejor andamos. Estoy un poco harto de la nave.

—Yo también —Corran bajó y se dirigió hacia el noroeste.

Como el viento procedía del oeste, pudo atravesar un hueco entre las dunas, escalar la siguiente y volver a cruzar otro hueco. Era más fácil que intentar cruzar un océano, dado que las dunas no se le echaban encima; pero, aun así, la arena conseguía meterse por todas partes y era bastante más dolorosa que el agua. El esfuerzo le hacía sudar, y el aire seco y frío le deshidrató a marchas forzadas.

Mientras se abría paso hacia las rocas, empleó la Fuerza para investigar el entorno. No percibió muchos shwapis, y los que encontró parecían paralizados por el miedo. Temblaban en sus profundas madrigueras. A pesar de todo, otras formas de vida seguían arrastrándose y reuniéndose en los límites de su consciencia.

Corran siguió avanzando y, a unos cien metros del objetivo, se puso de rodillas. Se pasó una mano por la frente y se secó la palma húmeda en la pernera del pantalón.

—Por lo menos no hace tanto calor como en Tatooine. Ganner bajó la duna y se agazapó junto a él.

—Cierto, eso sólo agravaría nuestras desgracias.

—Debería haberme acordado de traer agua —Corran frunció el ceño y elevó la cabeza cuando intuyó algo que le hizo estremecer. *Hay algo moviéndose ahí.* Miró a Ganner—. ¿Lo percibes?

—Sí, se acerca por esta línea de dunas, y lo hace rápido —Ganner señaló directamente al norte—. La arena se está moviendo un poco por allí.

Corran se dio la vuelta y se llevó la mano al sable láser. La arena se movía muy lentamente y caía desde la cima de las dunas. Percibía una forma de vida que se acercaba vertiginosamente bajo la fina y polvorienta capa arenosa. Era muy perceptible con la Fuerza, y casi de una intensidad cegadora al aproximarse. Corran dio un paso atrás por reflejo y agudizó su percepción de la Fuerza.

La cosa salió disparada de la duna. Fue apenas un borrón gris y blanco, que pasó por delante de Corran para hundirse en la siguiente duna. Su poderosa cola plana golpeaba de un lado a otro para acabar desapareciendo bajo la arena. La bestia avanzaba hacia el sur, y ambos hombres contemplaban la arena moviéndose a su paso.

No fue hasta que Ganner se volvió para mirarlo cuando Corran sintió el pinchazo en la cadera izquierda. Sus polvorientos pantalones negros mostraban

un corte limpio, y la pálida carne le sangraba copiosamente. La herida no era profunda y no dolía mucho, pero si no se hubiera echado hacia atrás se habría quedado sin una buena parte del muslo.

Los ojos de Ganner se abrieron como platos mientras señalaba a la pierna de Corran.

— ¿Es grave?

—No, pero podría serlo —Corran se dio la vuelta y señaló hacia el sur—. Está volviendo.

—Dos de ellos, y otro desde el norte —Ganner desenfundó el sable láser y activó la hoja de color amarillo sulfuroso—. Podemos detenerlos.

—Puede que a esos tres sí, pero hay más —Corran sintió que los shwpis se escondían aún más en la tierra. Esa posibilidad estaba descartada para Ganner y para él, lo que significaba que sólo les quedaba una opción—. ¡Corre hacia las rocas! ¡Ahora!

Las cosas, que era la mejor palabra que se le ocurría a Corran para nombrar a la sombra gris que le había cortado, se acercaron a toda velocidad hacia los dos Jedi, que corrían hacia las rocas. Corran se arrojó sobre una duna y se dejó caer rodando por el otro lado. Vio cómo la arena se encrespaba en un surco hacia él, y se agazapó.

La cosa salió de la duna y se lanzó directamente hacia él. Corran encendió el sable láser, lo elevó y lo dejó caer. La siseante hoja plateada golpeó a la criatura tras la mandíbula y justo delante de los hombros, en lo que debía de ser su cuello. El pelo gris se derretió con un humo acre y la arena se llenó de sangre negra. La cabeza de la criatura mordió a Corran en la pierna y luego siguió dando mordiscos por el suelo hasta quedar sin vida. El cuerpo, semienterrado en una duna, soltó un par de latigazos con la cola.

El morro de la criatura era largo y estaba incrustado en un cráneo con forma de cuña totalmente cubierto de quitina, o queratina, como si estuviera cubierto de uñas, pero mucho más sólidas y pulidas por el roce con la arena. Tenía los brazos cortos, pero potentes; con largas garras, claramente diseñadas para excavar. El pelo gris del ser era casi inexistente, a excepción de una cresta en la nuca, y la larga cola plana estaba cubierta de escamas queratinosas. La ondulación lateral ayudaba a impulsar el flexible cuerpo a través de la arena.

Tan impactante como la apariencia física de la criatura era la peste que desprendía. A Corran le recordaba a una mezcla de vapor de carne podrida de ronto con la bebida fermentada más amarga, y con la fetidez del peor cigarro que jamás hubiera oído. Reprimió las náuseas y no le importó mucho que el mal sabor de boca anulara en cierto modo la peste que emanaba de la criatura.

Corran saltó por encima del cadáver y corrió lo más rápido que pudo por el hueco entre las dunas. Podía percibir dos de las cosas persiguiéndole. *Me atraparán a menos que...*

Se detuvo en seco y se lanzó sobre una duna. Al hacerlo, giró la empuñadura de su sable láser, activando la función bifásica. La hoja se alargó el doble y

cambió de plateada a morada. El arma desprendió chispas cuando Corran lo hundió en la arena para ensartar a una de las cosas. La arena se estremeció violentamente cuando la criatura dejó escapar su último aliento vital.

¡Al estilo Jedi, sí señor!

El Jedi corelliano se agachó cuando la segunda cosa salió de la duna que tenía a la derecha y se le echó encima. El ataque le arrancó un jirón de la túnica, pero no alcanzó a arañarle la carne. La criatura, que aterrizó en la duna en la que agonizaba su compañera, atacó al ser moribundo. Sus mandíbulas se cerraron con fuerza, haciendo chasquear los huesos y emitiendo ruidos húmedos que daban a Corran ganas de echar a correr sin mirar atrás.

El Jedi subió una duna y luego otra. Ganner iba tras él saltando las dunas con zancadas prodigiosas, y ambos se alejaron en una ruta ligeramente desviada hacia el sur. Algunas criaturas parecían seguirles todavía, pero un numeroso grupo se desvió hacia los ensangrentados cadáveres que ya estaban siendo devorados. Las bestias cruzaban de duna en duna como peces saltando entre las olas, y soltaban grititos que recordaban a una masacre de unidades R2.

De pronto aparecieron dos hombres en la muralla rocosa hacia la que se dirigían. Llevaban sendas carabinas láser y comenzaron a disparar al aire. Las criaturas se dispersaron por la ruta más directa hacia las cuevas y se alejaron de los tiros, lo que permitió a Ganner y Corran aproximarse con más rapidez.

Completamente jadeantes, alcanzaron las rocas. Corran apagó el sable láser y se agachó para recuperar el aliento. Luego miró de reojo a uno de sus salvadores.

—Gracias por la ayuda.

El joven asintió y levantó el arma al ver a una mujer saliendo de la caverna. Era de constitución fuerte y llevaba el pelo gris recogido en un moño prieto. Tenía una mirada fría de ojos cobalto que indicaba que no toleraba ni la menor tontería por parte de las personas que la rodeaban. Por un segundo le recordó a su padrastro, Booster Terrik; pero cuando la mujer frunció el ceño, Corran pensó que era probable que con ella se llevara incluso peor.

Se puso las manos en las caderas y negó con la cabeza.

—Jedi. Era de esperar. Ganner la miró con dureza.

— ¿Qué significa eso?

Ella señaló las dunas con la barbilla.

—Sólo un idiota o un Jedi se atrevería a cruzar un campo letal de slashrats. Lleváis sables láser, así que sois Jedi —entrecerró los ojos—. Lo cual no quiere decir que no seáis idiotas, por supuesto.

CAPITULO 11

Jacen Solo sintió que cierto malestar se arremolinaba en su interior, como las nubes de Belkadan, y supo que en parte se debía a la impaciencia. Luke Skywalker y él habían entrado en el sistema por un extremo, y R2-D2 había diseñado una ruta sencilla en dirección a Belkadan. La idea era que la nave entrara en la atmósfera del planeta empleando la gravedad, como si fuera un escombros espacial a la deriva. Para acentuar el truco, habían desactivado los motores y casi todas las fuentes de energía, lo cual dejaba a la pequeña nave algo fría y muy oscura.

Jacen se sentó a solas en el puente, viendo pasar las estrellas mientras Belkadan se acercaba cada vez más. Estudiando el perfil planetario de la visita anterior de Luke y Mara, y complementándolo con el informe proporcionado por ExGal-4 acerca del planeta, Jacen se había preparado para una bola verde amarillenta con una atmósfera compuesta principalmente de dióxido de carbono y metano, pero había nuevas lecturas que indicaban que la atmósfera de Belkadan había vuelto a una relativa normalidad. El nivel de dióxido de carbono seguía siendo algo elevado, y eso contribuía a que las temperaturas fueran más altas de lo que indicaban los datos de los archivos, pero no demasiado.

Eso dice Luke, pero es que él creció en Tatooine.

Una parte de Jacen comprendía exactamente lo que había sucedido en Belkadan. Los yuuzhan vong habían liberado una especie de agente biológico que había alterado radicalmente la ecología del planeta; pero algo lo había devuelto a una relativa normalidad, al menos en apariencia. El método de los yuuzhan vong no carecía de precedentes. Jacen estaba al tanto de otros ejemplos de poblaciones que alteraban el clima o la ecología de un mundo para hacerlo más habitable.

Lo que sí era sorprendente era la velocidad con la que habían tenido lugar los cambios. Apenas habían pasado dos meses desde que Yomin Carr destruyera la estación de ExGal, y Belkadan ya casi se había recuperado. Jacen quería creer que las lecturas anteriores recogidas por sus tíos podían haberse visto alteradas por concentraciones localizadas de gases, pero sabía que era un argumento que carecía de peso, por mucho que quisiera creerlo.

Él quería creerlo por el malestar que sentía. Era un Caballero Jedi, entrenado y dotado con las habilidades de la Fuerza, pero cuando intentaba percibir algo sobre Belkadan no sentía nada realmente malo en él. El planeta estaba vivo, pero no albergaba nada maligno.

Este último hecho le contrariaba porque había visto a los yuuzhan vong y había escuchado la historia de Danni acerca de lo que le habían hecho a Miko y a ella. Y no le cabía ninguna duda de que los yuuzhan vong eran malignos. *Tanta maldad debería refulgir de ese planeta como la luz de un panel de iluminación.*

El hecho de que la Fuerza no registrara la maldad de los yuuzhan vong conmocionaba a Jacen. Su vida se basaba en la oposición entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad. No llegó a conocer al Emperador o a Darth Vader, pero estaba tocado por el mal. El reconocimiento de esa sensación, como un montón de agujas clavándose violentamente en su piel, se había convertido en un mecanismo por el cual se había guiado siempre. Y ahora, de repente, se sentía a la deriva, como el bombardero que pilotaban, y no sabía cómo evitar el peligro.

Mientras pensaba eso, Jacen supo que no era verdad, pero la invisibilidad de los yuuzhan vong era parte importante a la hora de decidir si su tío se hallaba en la senda correcta para el desarrollo de los Caballeros Jedi. La formación de Luke había girado en torno al bien y el mal, pero ahora se enfrentaban a una amenaza evidente, y los Caballeros Jedi estaban en clara desventaja. Nada de lo que habían aprendido les ayudaría a la hora de enfrentarse y vencer a los yuuzhan vong.

Se preguntó si su propio enfoque, la idea de retirarse para dedicarse a la contemplación de la Fuerza, le proporcionaría los medios necesarios para reconocer y derrotar a los yuuzhan vong. No podía creer que no estuvieran conectados de algún modo con la Fuerza. Jacen sabía que no había podido registrar la presencia de los yuuzhan vong en ningún nivel de la Fuerza experimentado por él. Algunos animales podían escuchar sonidos que para él eran inaudibles, y había especies alienígenas que veían dimensiones invisibles a sus ojos. *¿Será posible localizar a los yuuzhan vong en la Fuerza ampliando la conciencia que uno tiene de ella?*

No tenía respuesta a esa pregunta, pero estaba seguro de que el enfoque que tenía su tío sería inútil en la confrontación con los yuuzhan vong. Sabía muy bien que los Caballeros Jedi lucharían con todas sus fuerzas durante mucho tiempo, e incluso contaba con que ganasen algunas batallas. Mara había conseguido asesinar a un guerrero yuuzhan vong en un duelo en Belkadan, pero hasta ella admitió que se encontró en seria desventaja al ser incapaz de percibirlo con la Fuerza.

Aun así, por muy seriamente que Jacen contemplara la idea de retirarse, no podía evitar sentirse culpable y egoísta. Las desgarradoras descripciones de lo que los yuuzhan vong habían hecho a Danni le dolían en alma. También se acordaba de lo mucho que habían trabajado sus padres para ayudar a los que se encontraban indefensos. Había crecido en una familia en la que responsabilizarse de los demás era tan vital como respirar, y rechazar esos ideales le parecía algo que simplemente no podía estar bien.

Al mismo tiempo, había visto lo que eso había hecho a sus padres y a su tío. Luke luchó contra el Imperio durante veinte años, y su madre más aún. Siempre estaban viviendo al límite, y ni un solo momento de su vida podía considerarse normal. Si no eran perseguidos por secuestradores o asesinos, era alguna población de un planeta que intentaba exterminar a otra especie. Sus padres y su tío nunca tenían tiempo para sí mismos.

Jacen frunció el ceño y decidió no caer en la autocompasión. Pese a tener que solucionar los problemas ajenos, sus padres siempre habían hecho todo lo que habían podido para criar a sus hijos. Hubo épocas en las que su madre tuvo que ausentarse por motivos oficiales, pero siempre se las arreglaba para compensarlo, y no lo hacía trayendo regalos de mundos lejanos, sino pasando tiempo con él y con sus hermanos. Y su padre había pasado de ser su protector a convertirse en un buen amigo y confidente. Luke fue su amigo y su mentor, y todos ellos significaban para Jacen más de lo que nunca sería capaz de expresar.

Por esa razón le parecía mal rechazarlos y desviarse del camino Jedi, pero, por otra parte, se le antojaba necesario. Apretó los puños y se obligó a abrir las manos de nuevo. Al crecer con conciencia de la Fuerza, la comprendía de una forma que Luke no podría entender nunca. Tenía información que podía compartir con su tío o con su madre, pero ellos nunca la descubrirían por su cuenta. *Ellos ven las cosas a grandes rasgos, y yo puedo ver los detalles de esos rasgos.*

— ¿Ya es casi la hora, no?

Jacen se sobresaltó y se dio la vuelta para ver a su tío colgando de la escotilla de la cabina.

—Sí. La gravedad de Belkadan nos hace descender. Quedan dos minutos para la atmósfera. Si quieres puedo aterrizar yo.

Luke asintió, se deslizó en la cabina y se sentó en el sillón del copiloto. R2-D2 entró tras él y se colocó en un soporte de aterrizaje. Luke sonrió al androide y miró a Jacen.

—Recuerda, nada de cosas raras. Queremos que todo parezca lo más natural posible.

Jacen asintió. Su tío había desarrollado la teoría de que si los yuuzhan vong empleaban criaturas vivas como si fueran máquinas, era probable que los patrones de conducta que esas criaturas percibieran con mayor facilidad fueran aquéllos poco naturales o caóticos, es decir, los patrones de comportamiento de una presa. Un aterrizaje suave y con pocas alteraciones de ruta sería bastante discreto, o eso pensaba él. Jacen le daba la razón, pero desde un punto de vista humano. *Sólo espero que los yuuzhan vong piensen igual.*

Colocó las manos sobre el volante y encendió los motores. No aceleró, pero dio un poco de potencia a los repulsores giratorios. Un poco de timón y algo de orientación hacia delante llevaron al bombardero Skipray *Coraje* dentro de la atmósfera. Al principio se estremeció un poco, pero Jacen mantuvo las manos firmes en los controles. Miró a Luke para ver si su forma de conducir la nave le complacía.

Luke asintió ligeramente y se fijó en el monitor que mostraba los datos de navegación.

—Estamos a diez mil kilómetros de la ubicación de ExGal. Dirígete a 33 punto 30 y baja poco a poco.

—De acuerdo. Quería pasar las montañas antes de girar a babor.

—Buen plan —Luke cerró los ojos y comenzó a respirar muy despacio—.

Nada raro de momento.

—Gracias —Jacen pulsó un interruptor para ir hacia atrás y aceleró. La velocidad relativa comenzó a descender, y el bombardero hizo lo mismo. No cayó tan rápido como para perder el control, sino lo justo para dar la impresión de que la nave era tan aerodinámica como un meteorito irrumpiendo en la atmósfera.

Hizo descender la nave más y más hasta que, en el centro del continente norte, se acercó a una cordillera que daba hacia el este. Cuando se ocultó tras ella, dio potencia a los motores y aumentó rápidamente la velocidad. Voló casi a ras de suelo, acelerando a fondo. Volvió a pulsar el interruptor para ir hacia delante, activó los motores para que le impulsaran en esa dirección y utilizó la Fuerza para inspeccionar la zona en busca de señales de vida.

Encontró mucha, y casi toda dentro de los límites normales de lo que esperaba encontrar. Alguna era algo discordante y se mostraba como colores chillones, así que procuró alejarse de esas zonas. Se dirigió hacia el norte y atravesó un desfiladero entre dos montañas, orientando luego la nave hacia la ubicación de ExGal. Aterrizó al noreste, lejos de las instalaciones de las antenas adjuntas a la torre de comunicaciones, apagó los motores y se quitó el cinturón de seguridad.

—Hemos llegado.

Luke abrió los ojos lentamente y asintió.

—Sí. ¿Has reconocido la fuente de Fuerza procedente de allí, verdad?

—He captado algo y no me ha parecido nada bueno. ¿Qué crees que era?

—No lo sé. Formas de vida que sufren, sin duda alguna, quizá por alguna enfermedad. Parecen desgastadas, como débiles. Lo que sé es que no las percibí cuando vine hace unas semanas.

Jacen levantó la cabeza.

— ¿Es así como percibes a Mara?

Luke dio un respingo al oír la pregunta, lo que indicó que le había sorprendido.

—No, así no, Mara es fuerte. Si es la misma enfermedad, puede que esas formas de vida estén en la fase terminal, pero no hay forma de saberlo.

El Jedi más joven salió en primer lugar de la cabina. Se puso un cinturón del que pendía su sable láser, una bolsa con un respirador, una cantimplora con agua y una pistola láser. Su tío hizo lo mismo, cogió un cinturón parecido del armario de equipamiento y dio a Jacen un par de gafas.

Jacen se extrañó.

— ¿Para qué es esto?

— ¿Te acuerdas de la descripción que nos hizo Mara de su combate con Carr? No sé si el anfibastón de los yuuzhan vong escupe veneno cegador, o si tienen algún otro tipo de arma que sirva para el mismo fin. Y dado que no podemos percibirlos a través de la Fuerza, la vista será nuestro aliado más poderoso. No podemos arriesgarnos a perderlo —Luke se puso sus gafas y se quitó la pistola

láser de la funda—. Mara me contó que sus armaduras rechazan los disparos láser y que incluso ralentizan los sables, así que dispara bien y utiliza el sable lo mejor que puedas.

Jacen sonrió.

—Vaya, por un momento has sonado como papá.

R2-D2 silbó un comentario rápido.

Luke ladeó la cabeza un momento y asintió.

—Tengo la impresión de que cuando estoy en una situación en la que las probabilidades de éxito son bastante escasas, pienso en lo que haría o diría tu padre. Lo que no significa que luego haga lo mismo, pero su ejemplo es difícil de olvidar.

Luke apretó un gran botón rojo y la rampa de descenso del bombardero comenzó a deslizarse hacia afuera. Él salió primero y se agazapó al pie de la rampa. Apoyó una mano en el suelo, cogió un puñado de tierra y lo olió.

— ¿Qué?

—Cuando estuve aquí por última vez había mucho sulfuro en el aire, pero ahora ya no lo huelo en tanta cantidad. Algo lo ha extraído del aire —señaló a una capa de vegetación verde que se extendía por la mayor parte de los edificios y las paredes—. Eso tampoco estaba. Quizá fue lo que limpió el aire.

Jacen se encogió de hombros.

—Tú te criaste en una granja.

—Era una granja de humedad en un planeta desierto —su tío le miró—. ¿Hay algo parecido en los archivos que has revisado?

—No, que yo recuerde.

Luke se levantó y se dirigió hacia la puerta de ExGal. Estaba abierta, pero la frondosa planta verde la había cubierto por completo. Luke apartó las ramas y metió la cabeza para abrirse camino. Jacen le seguía de cerca y pronto se encontró atravesando un túnel verde.

El muchacho se miraba los pies para asegurarse de no tropezar, por lo que acabó por echarse encima de su tío.

—Perdón.

—No pasa nada. Mira esto.

Luke salió de entre las ramas y entró en un pequeño patio. Jacen le siguió y R2-D2 se deslizó tras ellos. El pequeño androide se balanceó de un lado a otro y dejó escapar un lamento triste.

Luke puso una mano sobre la cabeza del androide.

—Ya lo sé, Erredós, ya lo sé.

Las plantas verdes lo cubrían todo excepto un amplio óvalo, en cuyo extremo se encontraba la entrada al recinto de ExGal. Había un montón de equipo apilado en el óvalo, a tan solo dos metros de la puerta, y a Jacen le bastaron dos segundos para identificarlo. Sabía lo que era, claro, pero nunca lo había visto dispuesto así.

El centro del amasijo era una unidad R5 que había sido decapitada. En el

lugar donde debía haber estado la cabeza descansaba un cráneo humano descarnado. De las cuencas de los ojos y de la boca salían cables de todos los colores, y de esta última salía un cable enrollado como si fuera una lengua. Esparcidos alrededor como si fueran juguetes que se hubieran caído de la caja había piezas de ordenador, placas de holoproyectores, sintetizadores de comida y un secador de pelo de una unidad de aseo. Todos los objetos habían sido destrozados hasta quedar inútiles, y las abolladuras de su carne metálica eran como marcas de patadas y pisotones.

Jacen miró a su tío.

— ¿Qué es esto?

La expresión de Luke se endureció.

— Una advertencia, está claro. Lo que me pregunto es a quién va dirigida.

— ¿Es lo que percibiste?

El Maestro Jedi suspiró.

— Eso supongo, pero no hemos venido en busca de suposiciones. Va a ser difícil averiguar la respuesta. Sólo espero que no sea demasiado complicado ni que las respuestas que encontremos se queden aquí, en Belkadan, y que ni tú ni yo tengamos que pasarnos la eternidad como este pobre hombre: advirtiéndolo a los demás que no se acerquen.

CAPITULO 12

Anakin Solo contempló el campamento de Dantooine y asintió lentamente.

Estaba de pie, con el sol poniente a su espalda y viendo cómo su sombra se alargaba frente a él. Plantó firmemente las manos en las caderas y se sintió satisfecho de su esfuerzo. Tras aterrizar la nave en un estrecho desfiladero, y mientras Mara descansaba, él había descargado toda la mercancía del *Sable de Jade*. Había localizado una zona plana en lo alto de un acantilado, un área fácil de defender y con una vista maravillosa de las llanuras de lavanda que se extendían ante el brillante y lejano mar.

Montó las tiendas, orientando la de Mara en un eje norte-sur que garantizaría el calor del sol poniente, así como el del amanecer. También levantó la suya, algo más pequeña, frente a la de su tía, al otro lado del claro. Recogió piedras y las colocó alrededor de un hoyo que cavó para hacer una hoguera. Su intención era dirigirse al norte, hacia un bosque de espinosos árboles blba que les proporcionaría leña para el fuego. La nave tenía todo lo necesario para preparar comida, pero Anakin quería comer cosas cocinadas al aire libre.

Sabía que era un deseo algo tonto, pero pensó que sería divertido y esperaba que Mara lo viera también así. El propósito de su excursión a Dantooine era que ella recuperase fuerzas en un planeta en el que la tecnología y la civilización no habían ahogado a la naturaleza. Los nativos dantari eran un pueblo sencillo que usaba herramientas primitivas y que viajaba por la costa en tribus nómadas. Anakin estaba seguro de que si los dantari hubieran visto el ataque que había llevado a cabo la almirante Daala a una colonia, cuando él apenas tenía un año, lo habrían interpretado como una guerra entre dioses.

Los imperiales enviaron AT-AT contra los colonos desarmados, a quienes los dantari debían de considerar intrusos; así que no me sorprendería verlos llevando emblemas como recordatorio de los AT-AT o los blasones imperiales de aquellas máquinas. Ese pensamiento le dio escalofríos. La batalla de la Nueva República contra el Imperio había concluido seis años antes, pero Anakin sabía que aún había gente que albergaba buenos sentimientos por el Imperio. Y algunos, como los dantari, lo harán de forma inocente.

Contempló el campamento y frunció el ceño. Más allá de su tienda había apilado varios baúles y cajas que contenían el equipo. Estaban perfectamente alineados, pero uno se había resbalado y se había salido de la formación. Anakin utilizó la Fuerza para volver a colocarlo en su sitio y luego sonrió.

—Anakin, no hagas eso.

El muchacho se dio la vuelta y vio a Mara, totalmente pálida, apoyando todo su peso contra una roca que estaba en el camino de vuelta a la nave. A pesar del calor que hacía, llevaba la chaqueta abotonada hasta el cuello. Él la enderezó empleando la Fuerza, y luego le acercó una silla.

—Deberías haberme dicho que querías venir aquí. Te habría traído yo.

Ella frunció el ceño y él sintió una resistencia en la Fuerza. La silla llegó tambaleándose y cayó ante la mujer. Luego salió rebotada como si se hubiera golpeado contra una pared invisible. Mara avanzó tropezando hacia la silla, se agachó con esfuerzo, la colocó de pie y apoyó las manos en el respaldo. Su pelo anaranjado le caía por los hombros, ocultándole los lados de la cara.

Sus ojos verdes brillaban con una intensidad que no se correspondía con la debilidad de su cuerpo.

—Si hubiera querido ayuda, Anakin, la habría pedido.

Él alzó la cabeza al percibir el tono gélido de las palabras de Mara, tragó saliva y miró al suelo.

—Lo siento. Debería haber recordado lo del aterrizaje. No necesitas mi ayuda.

Mara suspiró y se sentó lentamente en la silla. Echó la cabeza hacia atrás un momento y luego le miró.

—No mezcles cosas que no tienen nada que ver. No quise que aterrizaras el *Sable de Jade* porque quería hacerlo yo.

El joven entrecerró los ojos.

—Era un aterrizaje difícil y no confiabas en mí para hacerlo. No querías que destruyera tu nave.

Mara apretó los labios.

—Teniendo en cuenta que nuestra nave es la única forma de salir de este sitio, pues no, no quería que le pasara nada —suavizó un poco la expresión—. Además, esa nave es especial para mí. Tu tío Luke me regaló el *Sable de Jade* para sustituir al *Fuego de Jade*.

—Pero tú estrellaste el *Fuego de Jade* a propósito. Quisiste hacerlo.

—Así es, y tenía mis razones para hacerlo, pero eso no significa... —Mara se detuvo un momento y su voz se convirtió en un amargo susurro. Tragó saliva y miró al suelo—. Tu tío Luke sabía lo importante que era para mí esa nave. Sabía lo que significaba para mí. Él respetó lo que hice al sacrificar el *Fuego* e hizo construir el *Sable de Jade* para agradecérmelo.

Anakin sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Lo siento. No lo sabía.

Mara se encogió de hombros.

—Tiendo a aferrarme a las experiencias dolorosas y a no compartirlas, así que no podías saberlo. He acabado por cogerle mucho cariño al *Sable* por lo que significa. No es que no confíe en ti, Anakin...

—Pero te fías más de ti misma.

Mara sonrió por un instante.

—Muy perceptivo.

—Hasta un murcielalcón ciego encuentra una babosa granítica de vez en cuando —Anakin miró a su tía—. Quiero que sepas que puedes confiar en mí. Estoy aquí para hacer lo que quieras o necesites. No te fallaré.

—Lo sé —ella se echó hacia delante en su asiento, apoyando los codos en las rodillas—. Siento encontrarme tan débil y que tengas que estar aquí conmigo en

lugar de estar por ahí haciendo cosas más importantes. Anakin parpadeó sorprendido.

—Ahora mismo no hay nada para mí más importante que esto. El tío Luke te ha confiado a mí. Y no hay nada más importante en ninguna parte.

—No mientas, Anakin. Tu deseo de ir a salvar la galaxia fluye con tanta fuerza por tu sangre que casi puedo oírlo gritar desde aquí.

—No, en serio, eso no es verdad —Anakin miró por encima de su hombro y trajo otra silla para él—. Estoy aquí para ayudarte, Mara. ¿Qué ocurre? Mara frunció el ceño cuando él se sentó.

—Deja de hacer eso.

— ¿El qué?

—Trivializar la Fuerza.

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

Ella enderezó la espalda y se apoyó en el respaldo.

—Lo pude sentir hasta dentro del Sable. Admiro tu deseo de hacerlo todo perfecto para mí, pero la Fuerza no es algo que deba utilizarse para instalar tiendas o apilar cajas.

—Pero la Fuerza es el aliado de los Jedi. Es algo que usamos —Anakin estaba incómodo—. "El tamaño importante no es", ya sabes. Quiero decir, si no la hubiera utilizado, hubiera tenido que...

— ¿Sudar un poco?

Anakin se quedó boquiabierto.

—Pues sí, eso creo. La nave está a más de medio kilómetro en aquel cañón, y traer las cosas hasta aquí...

—Hubiera supuesto mucho esfuerzo —Mara le clavó fijamente la mirada—. Has citado el famoso aforismo del Maestro Yoda acerca del tamaño, pero fue creado para enseñar a Luke que tenía que deshacerse de la falta de confianza en sí mismo. Tú lo empleas como excusa, o como desafío. Anakin se sintió ofendido.

—Pero Luke dijo que Yoda sacó su Ala-X del pantano de Dagobah.

—Para enseñarle una lección y para demostrarle el poder de la Fuerza cuando se controla.

—Yo la he controlado.

Ella alzó la cabeza y su mirada se endureció.

— ¿Tú crees?

Anakin se puso rojo al momento.

—Bueno, quiero decir que me han entrenado para ello. Sé cómo utilizarla.

—Saber cómo utilizarla no tiene nada que ver con saber cuándo utilizarla. Piensa, Anakin, ¿cuándo has visto a tu tío emplear la Fuerza en demostraciones gratuitas?

Él frunció el ceño.

—Bueno, últimamente no mucho. No desde que acabó la guerra, supongo.

—Correcto, no desde que se dio cuenta de que una utilización tan directa de

la Fuerza le impedía percibir los aspectos más sutiles de la misma —Mara buscó la mirada del chico—. No puedes oír un susurro si estás gritando todo el rato, y emplear la Fuerza como tú lo haces equivale a estar gritando continuamente. ¿Lo entiendes?

Anakin estaba contrariado.

—Creo que sí. Quiero decir, tiene sentido, pero aún estoy aprendiendo. Necesito ese control. Necesito ser capaz de hacer que las cosas funcionen.

—Estoy de acuerdo —ella miró al suelo—, pero la utilización de la Fuerza no es el único camino, ¿sabes? Chewbacca no la utilizaba y salvó tu vida, la de tu padre y muchas otras.

El gesto del chico mostraba su dolor.

—No me digas ahora que la muerte de Chewie no fue culpa mía.

—Sospecho que has oído eso muchas veces, ¿verdad?

—Sí, y no intentes tampoco darle la vuelta a todo para que parezca que lo dices por mi bien. Soy joven, pero no soy idiota.

—Ya lo sé. No eres idiota, pero eres inmaduro —Mara le miró y soltó una risita—. Esa expresión de rebeldía es muy apropiada.

Anakin frunció el ceño.

—No soy inmaduro. He estado en el centro neurálgico de todo desde que nací. He crecido en Coruscant y he vivido en la academia. Sé un par de cosas.

—No me has entendido, Anakin —Mara esbozó una sonrisa que a él le resultó un tanto intrigante y muy frustrante—. Te has pasado toda la vida cerca de la Fuerza, y eso te ha hecho débil.

—Pero Yoda dijo...

Mara alzó una mano.

—Anakin, no sabes lo que eres capaz de hacer sin la Fuerza. Ni siquiera si hubieras sido capaz de levantar todas esas cajas. No sabes lo que te hubiera costado hacerlo, ni cuánto hubieras tardado en montar las tiendas. Y la hoguera, ¿has cavado el hoyo con una pala? ¿Has colocado las rocas con las manos?

—No, pero...

—¿Sabes una cosa? Hace mucho me enseñaron que cuando alguien usa la palabra "pero" es porque ha dejado de escuchar. Y también significa que aquellos con los que está hablando van a dejar de escuchar. Sé que lo que te estoy contando no es fácil de asimilar. Y probablemente hay una razón para ello, ¿no crees?

Anakin se agitó en la silla.

—Puede.

—¿Y cuál crees que es?

—No lo sé. Puede que... —se quedó en silencio mientras pensaba—. Creo que en parte se debe a que, tal como lo estás poniendo, podría parecer que no soy un buen Caballero Jedi y que estoy haciendo las cosas mal. Que soy un fracaso —y que Chewie estaría vivo si yo no hubiera fallado.

—Quizá no sepas que al principio mi entrenamiento consistía en mucho más

que aprender a controlar la Fuerza —Mara juntó las manos y se las puso sobre la tripa—. Correr, escalar, luchar, aprender a moverme en silencio, nadar, combatir y moverme en gravedad cero... todo hubiera sido más fácil empleando la Fuerza, pero yo no quise. Y ¿por qué? ¿Qué valor tenía aprender a hacer las cosas por mí misma?

—Así aprendiste tus limitaciones.

— ¿Y qué más?

Anakin cerró los ojos y se concentró. La respuesta estaba clara en su mente, y él se quedó atónito ante su sencillez.

—Así aprendes también de lo que son capaces otros que no pueden emplear la Fuerza.

—Correcto, lo que significa que puedes calibrar lo que necesitas para ayudarlos —Mara asintió y Anakin sonrió orgulloso—. Demasiados Caballeros Jedi se encierran en el hecho de que pueden utilizar la Fuerza, y la emplean como si fuera la única solución a todos los problemas que existen. Por eso Kyp y los suyos son tan estirados y tan fríos. Se meten en las situaciones sin saber realmente de lo que es capaz la gente. Llegan e imponen su solución. Quizá sea rápida, quizá funcione bien, pero ¿es la mejor?

Se puso cómoda en la silla y se giró para contemplar el sol poniente.

— ¿Te acuerdas del ejercicio de Taanab, el problema de la inundación que teníais que resolver como parte del entrenamiento?

Anakin asintió.

—Claro, saqué muy buena nota en esa simulación. Estudié los datos que nos proporcionaron y me di cuenta de que era posible provocar un alud de rocas que formaría un muro de toneladas de piedra. Así evité que la inundación devastara el poblado. Empleé la Fuerza para aflojar unas rocas de la base que provocaran la avalancha, y así se salvaron todos.

Mara tenía los ojos cerrados y el rostro inexpresivo. Abrió los brazos ante el sol como para recibir todo el calor posible.

—Pues dime, Anakin, en ese ejemplo, ¿estaba el poblado taanabiano en riesgo de inundación?

Él frunció el ceño.

—Bueno, estaba construido en una zona baja...

— ¿Había sufrido inundaciones antes?

—No lo sé.

— ¿No comprobaste el historial? —ella le miró—. Sé que la historia del poblado estaba en los archivos.

Anakin se encogió de hombros.

—Supongo que no le di importancia porque el problema principal era la inundación.

—Es ahí donde te equivocaste. El problema principal era que la gente construyera sus hogares en una zona con riesgo de inundaciones. Lo hacían porque unos especuladores de otro planeta les compraron sus tierras

ancestrales con la esperanza de animar a los alderaanianos a establecer allí sus colonias. La codicia llevó a esa gente a construir en lugares inadecuados. Quizá detuviste aquella inundación, pero ¿qué pasaría con la siguiente, o con la que viniera después de ésta?

—No pensé que...

—No, no lo pensaste —Mara se giró hacia él y cruzó los brazos—. Y tu solución, la de dejar caer las rocas, funcionó, pero no ayudaste a ese poblado de verdad. Les salvaste, y ellos hubieran quedado agradecidos, pero sólo hasta que se volviera a producir el desastre. Entonces se preguntarían por qué no estabas ahí para salvarles de nuevo.

Anakin se puso en pie.

—Bien, entonces, ¿cuál es tu solución?

Mara soltó una carcajada.

—Mi solución no le parecería muy propia de un Jedi a tu tío, pero tras convencer a los especuladores de que iba a darles un buen margen de beneficios, hubiera ayudado a evacuar el poblado. Después me hubiera quedado allí para ayudar a aquellos que quisieran luchar contra la inundación, levantando muros de contención. No lo hubiera hecho por ellos, sino que les habría ayudado a que lo hicieran ellos mismos.

—Pero si tienes acceso a la Fuerza y puedes salvarles, ¿no es tu responsabilidad hacerlo?

—Buena pregunta. Pero sigue formulándola y obtendrás la conclusión lógica. Son seres pensantes. Saben que han construido su hogar en una zona con peligro de inundaciones y que sus hogares pueden quedar devastados. ¿Eres responsable de protegerles de sus propias decisiones?

—Pero no puedo dejarlos morir.

—O sea, que sabes mejor que ellos lo que les conviene.

—En este caso, sí —se quedó contemplando el lejano océano. El sol que descendía lo teñía de rojo—. ¿O no?

—Si empiezas a pensar que sabes lo que le conviene a la gente y les niegas la posibilidad de cometer sus propios errores...

Anakin resopló.

—La utilización de la Fuerza es muy fácil, y si estás seguro y sabes lo que es correcto, te sitúas a ti mismo en el centro de la realidad. Pero eso no es más que egoísmo, y el egoísmo reside en el corazón del mal, en el Lado Oscuro.

Mara se acercó a él y le pasó el brazo por los hombros.

—Eso está bien, Anakin. Tenemos que ser responsables de nosotros mismos y de nuestras acciones ante la sociedad, pero usurpar la responsabilidad personal a alguien es negarle su propia conciencia. Es correcto y positivo ayudar a alguien que no puede ayudarse a sí mismo, pero protegerlos a la fuerza de las consecuencias de sus acciones, por muy estúpidas que sean, está mal.

—Pero si alguien está borracho y le da por coger una pistola láser... —Anakin se detuvo—. No, no me lo digas. Da igual, seguirá siendo responsable quien lo

haga, pero detenerlo ayudaría a los indefensos, en este caso, sus objetivos potenciales.

— Así lo interpretaría yo, sí.

Anakin suspiró.

— No es fácil distinguir esa delgada línea.

— No, no es fácil, pero el hecho de que la busques ya es buen síntoma — Mara señaló al norte—. Y ahora he decidido que estoy lo suficientemente fuerte como para ayudarte a recoger leña. Y vamos a llevarla nosotros, ¿vale?

— Vale — *si consideras que estás fuerte, Mara, iré contigo. Pero si quieres que te ayude...*

Ella sonrió.

— Creo que la idea de venir a Dantooine es positiva para ambos. Yo aprenderé mis limitaciones, y tú las tuyas; y cuando acabemos, saldremos de aquí con más fuerza de la que nadie imagina.

CAPITULO 13

Corran se levantó y se sacudió el polvo de las hombreras de su capa verde de Jedi.

—Mi nombre es Corran Horn. Éste es mi asistente, Ganner Rhysode.

Hemos venido a...

La mujer le interrumpió. Los dos jóvenes les apuntaron con las carabinas láser.

—Sé por qué habéis venido y no dejaré que os salgáis con la vuestra.

Ganner se rió.

— ¿Crees que tus amigos podrían detenernos?

Para ilustrar su comentario, movió un dedo hacia arriba y, de repente, los dos jóvenes se encontraron con las pistolas láser apuntando hacia el cielo. Intentaron volver a bajarlas, y se agarraron a ellas cuando Ganner los elevó del suelo y los dejó con los pies colgando.

Corran le miró con dureza.

—Bájalos, ahora y despacio —se volvió hacia la mujer, percibiendo que su expresión había pasado de dura a terrible—. Me disculpo por el entusiasmo de mi acompañante, pero he de decirle que no sé cómo puede usted saber por qué estamos aquí.

La mujer rió.

—Puede que lleve aquí tres meses con mis alumnos, pero no estoy totalmente desinformada. Oigo cosas —entrecerró los ojos, protegidos por las gafas—. Te llamas Horn, ¿no? ¿Formabas parte del Escuadrón Pícaro?

Corran asintió.

—Soy Caballero Jedi desde que se firmó la paz con el Imperio.

— ¿No estuviste en Mrlsst, no?

—Fue anterior a mi época, pero serví con muchos de los que estuvieron allí: Wedge Antilles, Hobbie Klivian, Wes Janson, Tycho Celchu... Todos están ya retirados —Corran percibió distintas sensaciones en la mujer al oír los nombres que recitaba. Era evidente que había reconocido varios, pero había mucha gente en la Nueva República que conocía algunos nombres de los miembros del Escuadrón Pícaro—. ¿Usted estaba allí, en la universidad?

—Sí, estaba haciendo el doctorado —la mujer esbozó una sonrisa—.

No conocí a los Pícaros, pero tenía amigas que sí. Una de ellas pasó a formar parte del escuadrón.

— ¿Koyi Komad? La conozco —Corran hablaba en voz baja. Ganner hervía de enfado y frustración, pero la mujer estaba controlando su rabia—. Se casó hace unos catorce o quince años. Con un quarren del escuadrón, de hecho.

—Lo sé, estuve en la boda.

Corran sonrió.

— ¿En serio? Yo fui testigo. En esa época no tenía barba.

—Recuerdo que había muchos hombres de uniforme —ella le tendió la mano—. Soy Anki Pace. Dirijo esta investigación arqueológica en Bimmiel para la Universidad de Agarrar.

Corran notó rigidez en el apretón de manos, y tensión en la voz de la mujer.

— ¿Para qué cree que estamos aquí, doctora Pace?

—Han sido saqueados varios yacimientos arqueológicos de relevancia. No dio tiempo a estudiar los objetos lo suficiente como para estar seguros, pero se cree que están relacionados con los Jedi antes de ser exterminados. Su valor es incalculable, por supuesto, dado que el Imperio ha intentado destruir todo el material posible. Y, lo que es más importante, pueden revelar mucha información sobre cómo eran los antiguos Jedi.

— ¿Y cree que los Caballeros Jedi se han llevado esos objetos? Uno de los jóvenes se rió con ironía.

—Tengo un amigo en una excavación. Por lo visto dejaron a una estudiante de guardia durante la noche para vigilar. Cuando volvieron, todo había desaparecido y ella no recordaba nada.

Corran alzó la mirada.

— ¿El ladrón le indujo amnesia para que la chica no recordara quién se había llevado los objetos?

—No —replicó el hombre—. Ella no recordaba nada. Todo lo que había aprendido ese año y el anterior desapareció. Fue como si hubiera perdido dos años de su vida. Los Jedi pueden hacer eso. Pueden borrarle la memoria o hacer que recuerdes cosas que no has visto.

Corran se estremeció. Carecía del talento de la telequinesia, pero era un experto a la hora de proyectar pensamientos o imágenes en las mentes de otras personas. Había llegado a utilizar esa habilidad para borrar, a corto plazo —los últimos diez segundos de su vida—, los recuerdos de la gente, con la intención de cegarles para que no pudieran encontrar salidas o entradas. *Y sé que Kyp utilizó esa habilidad para borrar la memoria de Qwi Xux, la arquitecto de la Estrella de la Muerte y del Triturador de Soles. Eso la destrozó y la dejó devastada. Pasaron años antes de que pudiera recuperarse y seguir con su vida tras aquella tragedia.*

Miró a Ganner.

— ¿Tú sabes algo de eso?

Ganner reaccionó como si Corran le hubiera escupido en la cara.

—Nada. No sé nada de robos, y yo no caería tan bajo.

—Sí, pero sabes que han aparecido varios artefactos en Yavin 4 que están siendo estudiados por su relevancia y en relación con la antigua Orden —Corran se giró de nuevo hacia la doctora Pace—. Sé que algunos de esos objetos pertenecen a coleccionistas. Mi mujer ha ejercido de intermediaria en los tratos de muchos de ellos, y si la procedencia fuera sospechosa, yo me habría enterado.

Pace resopló.

—Qué vas a decir. Es justo lo que me haría creer un Jedi para que no

sospechara que va a robar nuestros hallazgos.

—Eso es ridículo —Ganner cruzó los brazos ante el pecho—. ¿Cómo te atreves a acusarnos de ladrones?

El otro hombre soltó una risita.

—Mis padres proceden de Carida. Se me ocurren un par de calificativos para los Caballeros Jedi.

Corran alzó las manos.

—Basta. Esto no nos lleva a ninguna parte. Por mi parte, tengo mucho frío y me gustaría meterme en vuestra caverna, pero no nos vais a dejar entrar hasta que pueda convenceros de que no hemos venido para quitaros nada. Creo que sé cómo garantizároslo, si me respondéis a una cosa.

La doctora Pace ladeó la cabeza.

— ¿Cuál?

— ¿Habéis informado a alguien de los descubrimientos?

Ella frunció el ceño un momento y negó con la cabeza.

—No. Elaboramos los informes, pero no pudimos lanzar el satélite. No hay forma de que supierais lo que hemos hallado.

El primer joven negó con la cabeza.

—No, doctora Pace. Los Jedi tienen visiones. Pueden adivinar el futuro. Así supieron lo que habíamos encontrado.

Corran miró a Ganner.

— ¿Quieres responder tú?

—Si no hay más remedio —el Jedi se quitó el polvo de los hombros—. Esa habilidad es poco frecuente y apenas la controlamos. Y, por lógica, si pudiéramos adivinar el futuro, ¿no crees que hubiéramos venido antes que vosotros para encontrar lo que habéis hallado y llevárnoslo?

El joven frunció el ceño.

—Pues no lo sé.

Corran le guiñó un ojo al chico.

—No pienses demasiado en ello o empezarás a creer que te hemos implantado el recuerdo de esta conversación. Y lo pensarás tanto que acabará por sacarte de quicio.

La doctora Pace dio una palmadita al chico en el hombro.

—Vil, vuelve con Denna a vuestra posición. Creo que todos los slashrats están concentrados en la matanza, pero puede que vengan a por nosotros, y tendréis que rechazarlos.

—Sí, doctora Pace.

Pace miró a Corran.

—Y entonces ¿por qué estáis aquí?

—Nos han llegado informes de saqueos en el Borde Exterior. La universidad no sabía nada de vosotros y nos pidió que viniéramos a ver si estabais bien. Temían que os hubieran atacado, así que decidimos acercarnos.

La doctora Pace frunció el ceño.

— ¿Quiénes son los atacantes? ¿Humanos?

Ganner se encogió de hombros.

— Creemos que no.

— Interesante — ella se dirigió hacia la caverna e indicó a Corran y Ganner que la siguieran —. Venid conmigo.

Fueron tras ella y atravesaron unas lonas colgadas para sellar la entrada de la cueva. Más allá de las primeras lonas, Corran vio otras más, colgadas en el interior de la cueva y a cinco metros de la entrada. El espacio entre ambas lonas estaba repleto de cubos llenos de una sustancia oscura y espumosa que a Corran le recordaba anticongelante de motor. Desprendía una peste asquerosa. El denso olor se colaba fácilmente por los filtros de polvo de los respiradores y se les pegaba a la garganta.

Pace abrió la segunda barrera de lona y la cerró tras ellos. Se quitó el respirador y aspiró profundamente. Corran hizo lo mismo. Aunque aún podía oler el líquido, el aire era mucho más limpio.

Señaló las lonas.

— ¿Qué hay en esos cubos?

Pace miró al grupo de estudiantes que estaba en el fondo de la caverna.

— Trista, ven aquí, por favor.

Una mujer esbelta de pelo negro, que a Corran le pareció que tenía la mitad de su edad, se acercó a ellos. Tenía la nariz respingona y un poco de tizne en la cara, pero, en lugar de afearla, la hacía más atractiva.

— ¿Sí, doctora Pace?

— Estos... Jedi están interesados en tu teoría sobre la ecología de Bimmie — Pace le indicó que se acercara —. Trista Orlanis, una de mis alumnas graduadas.

— Encantada — la joven sonrió, más a Ganner que a Corran, y este último se molestó un poco —. ¿Estáis al tanto de los descubrimientos del Imperio? Ganner asintió.

— Yo he leído el informe y se lo he resumido a Corran.

La sonrisa de Trista se amplió.

— Bien, entonces sabréis que Bimmie describe una órbita elíptica, y que el equipo imperial realizó su investigación cuando el planeta se encontraba más cerca del sol. En ese periodo, naturalmente, Bimmie se calienta y los polos comienzan a derretirse. La humedad resultante dispara el crecimiento de la vegetación. El calor también saca a los shwps de su hibernación. Son herbívoros, así que se alimentan, se multiplican y comen más. No digieren la mayor parte de las semillas, así que las defecan y las convierten en abono.

"Hay otros animales que no toleran el calor, así que emigran hacia las regiones polares mientras la población de shwps crece sin medida. Después, cuando el planeta vuelve a alejarse del sol, se enfría, lo que hace que esas criaturas se dispersen hacia las regiones ecuatoriales. En ese momento, los shwps han arrasado el planeta, lo que provoca que las tormentas recojan y redistribuyan la tierra mediante la erosión del viento. La humedad vuelve a

concentrarse en los polos cuando el planeta se enfría, y por eso ahora está tan seco. Los depredadores, sobre todo los slashrats, son expertos en moverse por las dunas que se forman. Se alimentan de los shwpis que no han encontrado una madriguera en la que hibernar.

Ganner asintió lentamente.

—El equipo imperial no notificó la existencia de los slashrats porque no se encontraban en la zona que investigaron.

—Así es. Sospechaban de la existencia de las criaturas, pero no disponían de tiempo para confirmar la teoría —Trista señaló las lonas—. Lo que hay ahí es esencia de slashrats. Ése es el olor que desprenden cuando llevan varios días muertos. Los slashrats se mueven por la arena, siguiendo el rastro que los shwpis dejan al pasar por encima o por debajo de las dunas. El olor a muerto les impide avanzar. Muchas criaturas consideran que el olor a podrido de los de su especie es una señal de peligro. Aquí estamos a salvo porque no pueden entrar por la roca que rodea estas cavernas.

Corran se subió las gafas hasta la frente y se quitó el respirador.

—Me alegra saber que están bien, doctora Pace, pero no nos ha traído aquí para darnos una lección de ecología bimmieliana. Le sorprendió saber que los asaltantes no eran humanos.

—Quizá no seas tan tonto, Jedi —la doctora Pace indicó a Corran que entrara en la caverna. Ganner les siguió, pero la doctora alzó una mano para detenerlo —. No, espera aquí. De él me fío. De ti, no sé.

Ganner sonrió burlón, pero no dijo nada.

Corran le guiñó un ojo y se adentró en la caverna. El pasadizo disminuyó de altura, lo que obligó a Corran a agacharse mientras descendía hacia el interior del planeta. Luego comenzó a estrecharse, y finalmente se amplió mucho, dando acceso a una estancia grande y circular, iluminada y ocupada por media docena de estudiantes que trabajaban con brochas y pequeñas espátulas para retirar la arena. Había otros dos en una mesa, pasando un digitalizador por unos artefactos y revisando los datos que aparecían en sus datapads.

La doctora Pace se paró junto a Corran.

—No prestamos mucha atención a estas cavernas hasta que la tormenta nos atrapó en ellas. Quitamos la arena del pasadizo y descubrimos esta cámara. La arena entró aquí gracias a las lluvias, así que las capas se fueron apilando sólidamente y a un ritmo constante con el paso de los años.

No tenemos una cronología fiable, pero cuando comenzamos a investigar descubrimos algo que puede llevar aquí unos cuarenta o cincuenta años. Les llevó hasta un ordenador.

—Jens, visualiza el escáner AR-312.

Mientras la chica solicitaba esos datos, la doctora Pace se volvió hacia Corran.

—Hemos recuperado un cuerpo, los restos momificados de una criatura. Por lo que sabemos, se escondió aquí y fue aniquilada por los slashrats. Las marcas de dentelladas en los largos huesos y la carne desgarrada coinciden con...

Corran dejó de escuchar cuando la imagen holográfica de una calavera apareció en la lámina del holoprojector. Tenía una pequeña cresta ósea y era más grande que un cráneo humano. Los rasgos estaban más marcados, y el ordenador acentuaba las líneas de las fracturas y las deformidades de la cara. Tenía los pómulos rotos y desfigurados, así que la cara estaba achatada hacia la izquierda, y la nariz destrozada.

— ¡Por los huesos negros del Emperador!

La doctora Pace asintió.

—No es muy guapo. Huesudo, con garfios y garras en manos, codos, hombros, dedos de los pies, talones y rodillas. Mató al menos a dos slashrats. También poseía objetos que hemos recuperado: la armadura y algunas armas. Es un hallazgo de gran importancia. No he visto nunca nada parecido.

—Ese es el problema, doctora. Yo sí —Corran se estremeció, recordando la imagen de los cadáveres yuuzhan vong que había visto en el informe de Luke Skywalker—. Creo que éste es uno de sus saqueadores de objetos, y si ya habían estado antes aquí, no veo por qué no habrían de volver.

CAPITULO 14

Una rápida ojeada a las instalaciones de ExGal bastó para demostrar lo eficaz de la advertencia que los yuuzhan vong habían dejado en la puerta. Luke no encontró señales de vida, pero había muchas pruebas de la intensa violencia con la que los yuuzhan vong odiaban la tecnología. Habían reducido a pedazos la maquinaria, y la cantidad de líquido oscuro que formaba huellas y salpicaba las paredes daba a entender que los yuuzhan vong no habían tenido reparos a la hora de sufrir daños físicos en su orgía de destrucción.

Luke sintió un escalofrío al visualizar la imagen, que cristalizó en su mente mientras se agachaba para tocar una sangrienta huella con el dedo. Su incapacidad para detectar a los yuuzhan vong mediante la Fuerza le perturbaba en gran medida, pero tenía la esperanza de que eso fuera lo único raro de ellos. Su aparente fanatismo, evidenciado por su voluntad de sufrir daños en la realización de sus creencias, los alejaba muchísimo de lo que a él le parecía un comportamiento normal. Luke conocía especies famosas por su estoicismo ante el dolor, pero los yuuzhan vong parecían ir todavía más allá.

También sabía que su percepción de la furia yuuzhan vong estaba probablemente exagerada por la ausencia de la información que normalmente le proporcionaba la Fuerza. En el pasado, en otros escenarios de destrucción, había sido capaz de captar huellas subliminales de la ira. Eso le permitía calibrar la profundidad de las emociones de los causantes, dando mayor o menor importancia a la destrucción que presenciaba. Corran dijo una vez que la diferencia entre esa impresión y la prueba física de la violencia podía indicar si el escenario del crimen había sido manipulado para que un simple asesinato pareciera un robo chapucero.

Pero esto es más que una manipulación. El Maestro Jedi se levantó lentamente y miró a Jacen.

— ¿Encuentras algo útil?

Su sobrino levantó un muñeco decapitado.

—Es uno de esos juguetes con circuitos dentro para que aprenda frases y cosas así. Es inofensivo, pero lo destrozaron como si fuera otro ordenador.

R2-D2 pasó por encima de un montón de paneles de circuitos aplastados y soltó un silbido nervioso.

—Es evidente que a los yuuzhan vong no les pareció un juguete inofensivo — Luke negó con la cabeza—. Desde su punto de vista, era tan abominable como el resto de este equipo.

Jacen frunció el ceño un instante, pero su expresión se suavizó y asintió lentamente.

—Si piensan que las máquinas son malas, entonces esto sería algo diseñado para corromper a los más pequeños. Y, en vez de eso, ahora es un juguete roto destinado a un niño que nunca lo disfrutará —el cuerpo quebrado del muñeco

cayó de entre sus manos y fue a parar a un montón de escombros.

Luke se acarició la barbilla.

—Lo que no veo es ningún cambio a consecuencia del holocausto provocado por los yuuzhan vong. Las plantas verdes no han conseguido entrar aquí...

—Quizá no le haya dado tiempo —Jacen movió los escombros con el pie—. Creo que percibí en el sudoeste una concentración de las formas de vida debilitadas y enfermas. Eso situaría estas instalaciones entre ellas y nuestra nave.

Luke pensó un momento y reprimió una sonrisa. El tono imperturbable de Jacen al referirse al bombardero como "nuestra nave" le incluía automáticamente en una misión de reconocimiento. Luke hubiera preferido dejarle con R2-D2, pero se dio cuenta de que no tenía forma de saber si los yuuzhan vong estaban cerca, y, por tanto, no podía garantizar que Jacen estuviera más seguro en la estación que a su lado.

—Está bien, pero primero tomaremos precauciones. Revisaremos la torre de comunicaciones y veremos si puede transmitir datos. Si es así, la conectaremos con la nave y utilizaremos los intercomunicadores para realizar sobre la marcha un informe de lo que veamos. La nave clasificará los datos. Erredós lo transmitirá todo si nos cortan las comunicaciones o si empleamos determinadas palabras clave.

Jacen sonrió tímidamente.

—A mí no se me hubiera ocurrido tomar esa precaución.

—Hemos venido para aprender todo lo que podamos y para salvaguardar el resto de la Nueva República.

Su sobrino levantó la cabeza.

—Y para ver si logramos encontramos algo que pueda ayudar a curar a Mara, ¿no?

Luke asintió.

Eso también. Nuestra misión es más importante que nosotros. No vamos a arriesgarnos a lo tonto, pero no vamos a ignorar nuestro deber, ¿entiendes?

El joven asintió.

—Sí, Maestro Skywalker.

—oOOo—

Tras arreglar la instalación de la antena de telecomunicaciones ayudados por R2-D2, ambos se quitaron las túnicas Jedi y se pusieron los uniformes de combate A/KT. A Luke, el mono ajustado le recordaba mucho a su uniforme de piloto, aunque éste era de un color verde tan oscuro que casi parecía negro. Llevaba codos y rodilleras, y estaba acolchado en pecho, espalda, brazos y piernas para añadir protección. Habiendo oído por boca de Mara lo fieros que eran los yuuzhan vong en la lucha, Luke no quería correr riesgos.

Si ellos llevan armadura, nosotros también. Tiró de unas correas para ajustarse más el traje, y se puso un casco y unos guantes. También se colocó unas gafas.

Por último, se ajustó una pistola láser en el cinturón y se colgó el sable de un enganche del traje.

—Estoy listo.

Jacen asintió.

—Yo también.

El traje de Jacen parecía idéntico al de Luke, excepto por el color. Era rojo oscuro, mucho más oscuro que el color de la sangre seca. Luke se dio cuenta de que el tono del traje camuflaría la sangre en caso de que Jacen resultara herido, un pensamiento que le hizo estremecerse. Dejó que la calma fluyera tras esa idea, recordándose que, gracias a la Fuerza, él sabría si Jacen estaba herido o no. También le consoló la certeza de que su sobrino era bastante inteligente.

—Sólo vamos a recopilar información, Jacen. Esta excursión no tiene nada de heroico.

—Vale.

Salieron del recinto de ExGal y se dirigieron hacia el sudoeste a través de una zona de colinas bajas. La capa verde del suelo se había extendido bastante y cubría los árboles que habían sido devastados por el ataque medioambiental de los yuuzhan vong. Había indicios de plantas nativas que intentaban renacer, pero se habían dado cuenta de que el follaje alienígena parecía decidido a ocupar su lugar y ahogarlas. Mediante la Fuerza, Luke percibió una impresión perfectamente normal y saludable con respecto a la planta yuuzhan vong. Pero había señales por todas partes de que su expansión era de todo menos benigna.

Las plantas autóctonas no están preparadas para esta invasión, así que la planta alienígena se limita a expandirse sin límite. Para ella es algo totalmente natural. Las implicaciones de esa idea le hicieron estremecerse. Había una analogía innegable entre los yuuzhan vong y la planta que habían llevado a Belkadan. Si la Nueva República no estaba preparada para rechazarlos, los yuuzhan vong se expandirían por la galaxia. *Para ellos sería algo totalmente natural.*

Lo que los yuuzhan vong habían hecho se iba revelando con naturalidad a medida que Luke percibía con más claridad a las criaturas enfermas. Jacen y él recorrían lo que había sido un bosque. Los árboles derribados estaban recubiertos de las mismas plantas verdes y daban sombra más que suficiente para ocultar a ambos. Subieron por una colina hasta la cima y se escondieron cuidadosamente tras un tronco caído.

Contemplan un valle amplio por el que corría un río bastante caudaloso. Las plantas verdes se veían por todas partes, aunque dejaban claros de arena negra en diversos puntos. En medio de esos círculos había pequeños dólmenes que apuntaban al cielo como agujas.

En el centro del valle había un pequeño asentamiento con edificaciones, cuyo perímetro estaba rodeado por plantas verdes que se espesaban hasta parecer matorrales. Aparte de los caminos despejados, que permitían ir desde las chozas hasta los dólmenes sin problemas, las plantas dificultaban el paso por todas partes. Si alguien salía corriendo desde el poblado, se engancharía los

pies y acabaría en el suelo.

Aunque los habitantes tampoco parecen muy dispuestos a echar a correr. Luke cogió unos macrobinoculares del bolsillo y miró hacia el centro del poblado. Vio lo que parecían ser dos trandoshanos, una rodiana, media docena de humanos y un twi'leko caminando apáticos de un lado a otro y arrastrando los pies. Todos iban descalzos y andaban raro, como si les hubieran roto las rodillas y no se las hubieran curado del todo.

Buscó señales de violencia, pero no vio nada tan evidente como una cicatriz. Sin embargo, tenían unas extrañas formaciones óseas en las piernas, en lo que se les veía de los brazos e incluso en el cráneo. Luke se concentró y utilizó la Fuerza para recibir alguna impresión de las calcificaciones. La vida fluía de ellas de forma un tanto enmudecida. Esos seres eran las formas de vida enfermas que había percibido antes. La energía parecía arremolinar en las extrañas formaciones óseas, revelando que, al menos en algunas de ellas, las protuberancias también penetraban en sus cráneos y en sus cavidades corporales.

Pasó a Jacen los macrobinoculares.

—Dime lo que ves.

Jacen se concentró y miró. La energía de la Fuerza se aglomeró mientras se esforzaba.

—Esas cosas, esos bultos... ¿serán como los inhibidores de los androides?

—Eso creo yo —Luke entrecerró sus ojos azules—. Y esa gente, ¿alguna idea de su procedencia?

Jacen volvió a mirar.

—Van muy mal vestidos, pero algunos conservan insignias piratas en sus ropas. Quizá sean saqueadores del Borde Exterior que los yuuzhan vong han encontrado y han convertido en esclavos.

—Yo pienso lo mismo.

Su sobrino se estremeció.

—La sensación que emanan a través de la Fuerza no es nada buena.

—Ya. Es casi como si estuvieran muriéndose por momentos.

— ¿Qué sentido tiene matar a tu mano de obra?

Luke se encogió de hombros.

—Quizá les resultó tan sencillo atraparlos que pensaron que el suministro sería infinito. También puede ser que todavía estén adaptando su tecnología de control de esclavos a los habitantes de esta galaxia. Quizá no sea su intención matarles, sino que tienen que perfeccionar los dispositivos de control. No sé.

—Sea lo que sea, es horrible —Jacen se tumbó bocabajo, bajó los macrobinoculares y miró a su tío—. ¿Y qué harán aquí?

Luke señaló a los pequeños dólmenes.

— ¿No te suenan de nada?

—Pues no.

—De acuerdo, utiliza la Fuerza y concéntrate en el flujo de vida que surge del

valle.

Jacen cerró los ojos, cogió aire y lo soltó lentamente.

—Todo se mueve hacia dentro, hacia los dólmenes, por entre las plantas —se quedó boquiabierto y miró a su tío—. Esas plantas son como un recolector gigante de energía. Canalizan la energía y los nutrientes que absorben de vuelta al valle, hacia esas cosas. La arena está negra por el néctar que las plantas le inyectan.

—Eso percibí yo —Luke señaló los dólmenes—. A menos que me equivoque, diría que esos pedestales son bebés de coralita. Es un huerto de naves. Están cultivando un escuadrón entero aquí mismo, y emplean mano de obra esclava para ello.

El joven estudió de nuevo el valle y negó con la cabeza.

— ¿Que están cultivando naves? ¿Y será eficaz?

Luke volvió a coger los macrobinoculares que le tendía su sobrino y abrió un pequeño compartimento del aparato. Sacó un cable, lo conectó con su intercomunicador y enfocó los dólmenes.

—Las naves parecen en perfecto estado, y Belkadan lleva menos de un mes bajo el dominio yuuzhan vong. Esa producción dejaría en ridículo a una fábrica de Ala-X de Incom, y teniendo en cuenta que esas naves están vivas y pueden sanar, la cifra de pérdidas ha de ser menor que la nuestra. Lo que me deja perplejo es la velocidad con la que crecen las naves. Eso sí que es un problema.

Apagó los macrobinoculares, los desconectó del intercomunicador y se los metió de nuevo en el bolsillo.

—Ya tenemos imágenes suficientes. Vámonos.

Jacen se quedó atónito.

— ¿No deberíamos esperar a la noche para liberar a los esclavos?

—Tenemos muchas cosas que hacer antes —Luke señaló hacia el oeste—. Hay más esclavos por allí. Será otro cultivo de coralitas o de otras piezas para las naves. Tenemos que ver lo que está pasando.

Jacen le siguió mientras se abrían paso hacia el oeste. Llegaron a un valle que se parecía al primero, pero lo que allí eran dólmenes, aquí eran simples rocas. El poblado estaba completamente abandonado y no había señales de esclavos en la zona.

Una de las diferencias era una piedra de unos doce metros de largo que parecía ser una obsidiana inerte. Tenía la forma de un coralita, pero en lugar de la apertura de la cabina de la nave que él examinó en Dubrillion, ésta estaba sellada completamente. Luke pasó la mano por el caza, dejando que sus dedos jugaran con las irregularidades de la superficie. Jacen frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Por qué se han dejado esta nave?

— ¿Defecto de nacimiento? —Luke pasó el dedo por la línea de la entrada a la cabina—. Nació sin la separación necesaria para entrar. Quizá lo provocó alguna infección microbiana o un lamentable fallo genético, quizá las plantas alienígenas están pensadas para esterilizar las guarderías y después liberar

todos los nutrientes que necesitan para alimentar las naves. Ésta salió mal, así que se deshicieron de ella. Aun así, esto indica que deben de estar cultivando otras piezas en alguna parte. Las criaturas de propulsión no están aquí.

Jacen pateó la arena a la sombra del coralita y separó las plantas para ver el suelo.

—Mira. No es negro —cogió un poco de tierra y se la aplastó en la palma de la mano con el pulgar—. Es totalmente estéril.

Luke se agachó junto a Jacen.

—Me pregunto si...

— ¿Qué?

—Un ithoriano me explicó una vez que algunos cultivos matan la tierra en la que crecen. Es posible que los yuuzhan vong hayan provocado eso aquí, cultivando demasiado rápido las naves —miró a su sobrino—. Coge una muestra del suelo y que Erredós la analice luego.

Jacen recogió la muestra y continuaron con la misión de reconocimiento. Descubrieron una laguna con el agua estancada por la presencia de unas algas marrones. En el líquido, cuyas olitas batían débilmente en la orilla, flotaban unas plantas con tres grandes hojas triangulares de color azul. Del centro salía un tallo del que pendían dos frutos redondos del tamaño de una cabeza humana. Algunas plantas tenían más de dos frutos.

En la orilla del otro lado, Luke vio una especie diferente con frutos ligeramente más pequeños que brotaban en racimos.

Jacen frunció el ceño.

— ¿Serán villips? ¿Los dispositivos de comunicación?

—Eso creo. Son de diferentes tamaños, y supongo que tendrán diferentes funciones —Luke suspiró lentamente—. Nos queda tanto por aprender sobre ellos.

A cubierto tras unas grandes rocas, vieron a unos esclavos que entraban en el agua y usaban unos grandes cucharones para regar las plantas de villip. Uno de ellos, un anciano de cuya columna salían protuberancias como cuernos, apenas podía levantar el cucharón para rociar los villips. El objeto se le resbaló de las manos. El viejo se agachó para recogerlo, pero perdió pie y cayó al agua.

El hombre, víctima del pánico, comenzó a chapotear. El agua agitada empezó a cobrar un tono parduzco. Algunos esclavos comenzaron a gritar. Vocalizaban en un tono tan alto que Luke apenas podía oírles, aunque la ansiedad que emanaban le llegaba en oleadas. Varios de ellos se apresuraron a rescatar al hombre que se ahogaba, dando zancadas por el fluido gelatinoso lo más rápido que podían.

El chasquido de un látigo los inmovilizó. En la orilla oeste del lago, una figura de elevada estatura se recortaba contra el sol poniente. Con un rápido movimiento de mano, hizo chasquear el arma con forma de látigo. Tras el segundo chasquido, el látigo se convirtió en un bastón, y la figura lo blandió por encima de la cabeza, alzándolo como un Morador de las Arenas levantaría

un bastón gaffi.

El yuuzhan vong —Luke lo identificó porque no podía percibirlo en el marco de la Fuerza— comenzó a avanzar rápidamente, entrando en el agua. Cortó sin problemas los tallos de villip para abrirse paso y llegó hasta donde el esclavo luchaba por alcanzar la superficie. El hombre alargó la mano hacia el anfibastón que le tendía el yuuzhan vong y lo agarró. Enseguida retrocedió, con la mano abierta y cortada. Comenzó a gritar, pero había tragado tanta agua que el chillido se convirtió en un borboteo.

El yuuzhan vong atravesó el pecho del hombre con el extremo afilado del anfibastón. Al recuperar el arma, el hombre ensartado sacó fuera del agua medio cuerpo, el cual resbaló del palo para volver a caer. El yuuzhan vong le asestó otras dos estocadas y se alejó mientras el hombre se hundía en el agua por última vez. El cuerpo flotó un segundo, y después, expulsando el aire de los pulmones, desapareció bajo el agua.

El yuuzhan vong levantó el anfibastón y gritó algo. Los esclavos entendieron lo suficiente como para encogerse. El anfibastón perdió su rigidez y se enroscó en el brazo de su dueño. El yuuzhan vong salió del agua y llamó por señas a dos esclavos, un hombre y una mujer, que secaron las piernas del alienígena con sus harapos.

Una sirena resonó en las colinas. El yuuzhan vong gritó otra orden y los esclavos formaron una fila irregular. Comenzaron a avanzar dificultosamente hacia el sur. El alienígena echó una última ojeada al cultivo de villips y se fue por el mismo camino por el que marchaban sus esclavos.

Luke sintió una emoción intensa brotando de su sobrino.

—Siento que hayas tenido que ver esto.

—Yo lo siento por el hombre que ha muerto ahí—Jacen negó con la cabeza—. Los yuuzhan vong a los que yo me enfrenté al salvar a Danni... eran terribles, pero no tanto como éste. No ha mostrado piedad alguna.

—No. Es un asesino eficaz y frío. Era más grande que el que luchó con Mara, más alto y más atlético. Me hubiera gustado ver más que su silueta.

Jacen sonrió.

—Dentro de poco les podremos ver de cerca.

Luke negó con la cabeza.

—Espero que no.

El joven Jedi parpadeó.

—Pero tenemos que hacer algo por los esclavos.

—¿Ah, sí? —la expresión de Luke se endureció mientras en la de Jacen se dibujaba la incredulidad—. Recuerda por qué hemos venido.

—Para salvar a la Nueva República y a aquellos que forman parte de ella —Jacen señaló hacia el sur—. Puedes percibir su dolor y el daño que les han infligido los yuuzhan vong. ¿Cómo no puedes pensar en salvarlos?

—Sí lo pienso, pero también sé que no es práctico. No en este punto. Tenemos que aprender muchas cosas en este planeta. No es una decisión satisfactoria,

pero es necesaria.

Jacen alzó la mirada.

— ¿Liberarlos condenará el futuro de la Nueva República? ¿O es que piensas que eso te pondrá más difícil salvar a tu mujer?

Luke se puso rígido, pero ignoró la ira que le provocó el comentario de su sobrino. Le ayudaba el hecho de que la mirada de Jacen estuviera llena de pavor, pero, aun así, la pregunta le había sentado muy mal.

— ¿Crees que ésa es la verdadera razón por la que hemos venido? ¿Crees que yo habría venido aquí únicamente para salvar a Mara?

—Creo, tío Luke, que el amor que sientes por tu esposa es tan grande que harías cualquier cosa para salvarla —el joven miró hacia abajo—. Siento haber dicho eso. No lo decía en serio.

—Lo cierto, Jacen, es que sí lo decías en serio. Es una paradoja. Tenemos que dejar que unos sufran para poder salvar a otros. Cuando tú mismo eres víctima del sufrimiento es una decisión muy sencilla, pero cuando son los demás los que reciben el daño resulta más difícil. De todas formas, estarás de acuerdo conmigo en que ahora mismo no podemos hacer nada. Aún no sabemos lo suficiente sobre la presencia de los yuuzhan vong aquí. No sabemos nada de los esclavos. Ni siquiera sabemos si se pueden salvar. Por lo que parece, ellos están conformes con ese trato.

Jacen contempló el cuerpo del hombre, que había vuelto a subir a la superficie y flotaba plácidamente.

—No creo que esa muerte formara parte de ningún trato.

—Probablemente tengas razón, pero no estamos en posición de hacer nada por los esclavos.

—Pero no hacer nada... eso no es propio de un Jedi.

Luke frunció el ceño.

—Creía que eras tú el que no quería formar parte de estas misiones. Creía que habías llegado a la conclusión de que la esencia de un Jedi es la reclusión y la contemplación de su relación con la Fuerza.

—Sí, sí, pero...

El Maestro Jedi le interrumpió.

—Jacen, tienes que entender una cosa, algo muy importante. Por muy inteligente que seas, por muy entrenado que estés y por mucha galaxia que hayas visto sigues teniendo dieciséis años. Sólo tienes dieciséis años de experiencia.

Luke suspiró.

—Tener más experiencia no hace más fácil la toma de decisiones, pero te hace entender que a veces hay que tomar las más difíciles. Jacen cambió su expresión por una máscara impasible.

—Entiendo, Maestro.

Utilizas la palabra "Maestro" con el mismo tono que la utilizaría un esclavo para dirigirse a su amo. Luke negó con la cabeza.

—Tenemos que volver a las instalaciones de ExGal antes de que caiga el sol. Dado que no podemos percibir a los yuuzhan vong con la Fuerza, somos más vulnerables de noche. Además, si volvemos, tendremos tiempo para procesar todo lo que hemos aprendido hoy y para pensar lo que tenemos que averiguar en el futuro.

Jacen se encogió de hombros.

—Es un plan, tío Luke. Sólo un plan.

Luke sintió un escalofrío de temor al escuchar el tono de voz de su sobrino, pero la Fuerza no le ofreció ninguna visión de lo que podía pasar en Belkadan. Alargó la mano y la posó sobre el hombro de Jacen.

—Recuerda, algunos problemas no tienen soluciones fáciles ni elegantes. Y los yuuzhan vong son claramente uno de esos problemas.

CAPITULO 15

Encajado en la cabina de su Ala-X mientras atravesaba el hiperespacio, Gavin Darklighter no tenía más opciones que esperar sentado. Nunca le gustó esperar a que su caza saltara al espacio real. Y esa sensación aumentó cuando se convirtió en comandante del Escuadrón Pícaro. Antes de asumir el mando sólo tenía que preocuparme por mí mismo. Ahora soy responsable de muchas otras cosas.

Comenzó a dar vueltas al anillo de plata que llevaba en la mano derecha, sin darse cuenta de que unos gruesos guantes de piloto le envolvían las manos. El anillo tenía el emblema del Escuadrón Pícaro, un emblema que él había diseñado cuando se unió al escuadrón. También portaba los cuatro puntos de la insignia de coronel a cada lado.

Tycho Celchu y Wedge Antilles se lo habían regalado cuando le nombraron comandante. Ellos habían optado por retirarse cuando se firmó la paz con el Remanente Imperial, y ambos se mostraron muy orgullosos de dar la bienvenida a Gavin a un puesto que sólo ellos y Luke Skywalker habían ocupado en el Escuadrón Pícaro. Encargaron el anillo especialmente para él y se lo entregaron en una noche muy especial.

Gavin sonrió al recordar la cena tranquila y elegante que disfrutaron en uno de los mejores restaurantes de Coruscant. Los tres se comportaron como auténticos caballeros, que para nada vivían de su reputación como pilotos de combate. La dignidad con la que Tycho y Wedge se dirigieron a él, y los diversos temas de los que hablaron le indicaron que le habían aceptado como compañero y que confiaban plenamente en sus capacidades para guiar a los Pícaros.

Wedge le miró por encima de su copa de coñac corelliano.

—Biggs estuvo con nosotros desde el principio, y tú estuviste con nosotros cuando retomamos el Escuadrón Pícaro. Lo cierto es que los Darklighter y sus victorias y sacrificios son más representativos del Escuadrón Pícaro que nada de lo que hayamos hecho Tycho o yo. Es natural que seas tú el que te ocupes ahora del mando.

El orgullo y la confianza que Wedge sentía por Gavin le crearon algunas dificultades al principio. Con la paz llegó el retiro de muchos pilotos. Además de Wedge y Tycho, Corran Horn, Wes Janson y Hobbie Klivian optaron por retirarse. La paz también trajo consigo una reactivación económica que sedujo a los pilotos con lucrativas ofertas para pilotar transportes de mercancías interestelares. Aun así, muchos jóvenes solicitaban formar parte del escuadrón, y rechazarles era una tarea muy dura.

Y no quiero ni saber a lo que tuvo que enfrentarse Wedge en la época en la que yo entré para volver a crear el escuadrón. Por suerte para Gavin, contaba con un personal de mando maravilloso para ayudarlo. La mayor Inyri Forge llevaba

con los Pícaros casi tanto tiempo como él, y la mayor Alinn Varth procedía de una familia de militares y llevaba volando casi toda la vida. Cada una de ellas estaba al mando de un grupo de vuelo, por lo que los nuevos pilotos se incorporaban rápidamente a un equipo de mucho prestigio. Gavin no estaba seguro de si sus Pícaros serían capaces de vencer a los antiguos Pícaros en un enfrentamiento simulado, pero sabía que sería una competición muy reñida.

¿Pero qué tendría de bueno eso?

A Gavin se le hizo un nudo en el estómago. En vista de la información facilitada por Xhaxin, el almirante Kre'fey había llevado el *Ralroost* hacia el punto de encuentro donde el pirata afirmaba haber sufrido la emboscada. Enviaron una sonda robot hacia ese punto, pero los datos recogidos no fueron concluyentes. Gavin afirmó, y Kre'fey estuvo de acuerdo, que el robot no contaba con el programa o la base de datos necesarios para analizar la zona en busca de los yuuzhan vong.

—Si no hay algo grande y anómalo, no notificará nada.

Ese hecho sólo les dejó otra opción: enviar un Ala-X T-65R de reconocimiento. No sería capaz de obtener más datos que la sonda robot, pero el piloto advertiría la presencia de cualquier cosa sospechosa. El Escuadrón Pícaro iría con el T-65R para proporcionarle protección; habían pasado mucho tiempo en el *Ralroost* realizando simulaciones de batalla contra los coralitas.

Cuando llegó el momento, Gavin se sentía indeciso respecto a la misión. Probablemente era inútil regresar a un punto vacío en el espacio en el que hacía semanas unos piratas y unos imperiales fugitivos habían sido presa de una emboscada. No había razón lógica para que los yuuzhan vong se hubieran quedado en la zona, dado que no tenían recursos ni planetas, nada que explorar, nada que conquistar ni ningún sitio donde esconderse. Todo eso eran argumentos contra la misión. Que el punto en donde se encontraban en ese momento fuera el acceso a muchos planetas deshabitados, tanto de la Nueva República como del Remanente, en donde los Pícaros serían mucho más útiles a la hora de evacuar a la gente, también disminuía el valor de la misión. *¿Por qué desplazarnos a un lugar tan remoto cuando podrían necesitarnos para un problema urgente?*

La escasa probabilidad de que hubiera supervivientes atrapados en naves a la deriva podía considerarse un vago argumento a favor. Otro, algo más útil, era la idea de que los datos almacenados en esas naves a la deriva en el área de la Nueva República les proporcionaría información sobre el potencial armamentístico de los yuuzhan vong. Lo poco que sabían ya hacía estremecerse a Gavin, pero las estrategias que habían desarrollado para sortear las defensas de los yuuzhan vong habían funcionado muy bien en las simulaciones.

Leo silbó y comenzó una cuenta atrás de diez segundos antes de saltar al espacio real. Gavin colocó la mano derecha sobre el mando, y la izquierda en la palanca de aceleración. Vio cómo el túnel de luz blanca que se extendía más allá del morro de su caza se agrietaba de repente y se desintegraba en un océano

negro salpicado de estrellas.

—Pícaros, informad.

Todos los pilotos informaron de su posición y se colocaron en formación de tres grupos. El Ala-X de reconocimiento, al que denominaron *Fisgón*, se colocó sobre la formación y extrajo lentamente los sensores gemelos de la parte trasera de la nave. El T65-R no llevaba armamento porque todo el espacio disponible estaba repleto de sensores, pero, en caso de ataque, el piloto podía deshacerse de los sensores exteriores, lo que le dejaba con una nave muy rápida y maniobrable que le podía alejar del peligro.

—Sensores fuera. Comienza la investigación.

—Recibido, *Fisgón*.

Sin decir una palabra, el resto del Escuadrón Pícaro se dispersó. El Grupo Uno voló por detrás y por debajo de la nave de reconocimiento; el Grupo Dos, el de la mayor Inyri, viró a estribor y hacia arriba; y el Grupo Tres, el de la mayor Varth, fue hacia delante y hacia babor. Los Pícaros procuraron desocupar lo más posible el canal de comunicación para que los ordenadores del *Fisgón* no tuvieran que procesar sus mensajes. *A menos que haga una emergencia, ésta será una misión silenciosa.*

Gavin miró hacia delante y aumentó la percepción de sus sensores por si podía localizar algún resto de la emboscada. En la zona no había nada de gran tamaño, como una estrella o un planeta, capaz de atraer los escombros espaciales, así que supuso que encontraría muchos restos. En la distancia, a casi diez kilómetros, captó un parpadeo en el sensor, pero nada que pudiera identificarse como una nave.

Leo soltó un lamento grave, y los nuevos objetivos aparecieron en el monitor de Gavin. La media docena de puntitos se dispersaba como las gotas de agua en un vaso estrellado contra el suelo, y daba la impresión de que era lo único que quedaba de las naves emboscadas. Gavin se estremeció, pensando en las veces que había visto bichos saliendo de un cadáver.

—Atención, Pícaros, les tenemos en 352 punto 20. Alerones en posición de ataque —Gavin comprobó los sensores—. *Fisgón*, acércate y orbita por aquí. Recoge todos los datos que puedas sobre el enfrentamiento y escapa aquí en hipervelocidad si ves que no podemos evitar que vayan a por ti.

—A tus órdenes, Uno.

La nueva base de datos del programa del sensor les permitía localizar a los coralitas, pero no era fácil. Como cada nave crecía en un entorno diferente, tenía características distintas. No todos los cascos tenían la misma composición química ni la misma forma exacta. Los ordenadores debían tener en cuenta una serie de variables, y Gavin no tenía la seguridad de que su ordenador no localizara una simple roca y la identificara como una nave enemiga.

Lo que significa que tenemos que acercarnos mucho. Gavin aceleró y vio que su compañero, el capitán Kral Nevil, aparecía por la derecha. Ambos dirigieron el morro hacia abajo y fueron directamente a por los coralitas. Gavin colocó la

retícula sobre uno de los que iban hacia él, pero el ordenador se negó a darle acceso al torpedo de protones hasta que no estuviera a un kilómetro de distancia. Cuando el indicador luminoso pasó de rojo a verde, acompañado del grito de *Leo*, Gavin apretó el gatillo y luego dio la vuelta a la nave.

El torpedo de protones proyectó una estela azul celeste hacia el objetivo, pero el coralita ni siquiera intentó evitarlo. En lugar de eso, a unos diez metros del punto de impacto, el torpedo pasó de ser un punto luminoso a algo más pequeño, como una estrella lejana, y la supernova de luz que Gavin había esperado contemplar nunca llegó.

Un rápido vistazo al monitor secundario le mostró una anomalía gravitatoria, lo que confirmó que, de alguna forma, el coralita había creado un agujero negro que había absorbido el misil. La energía de la explosión no podía escapar al vacío, y el coralita salió ileso. La capacidad de generar agujeros negros no era lo mismo que tener escudos, pero en algunos casos podía ser más efectivo.

—Uno, la idea del agujero negro parece buena. ¿Te animas?

—Sí, colega. Pícaros, nuevo programa de combate —Gavin pulsó un botón de su consola—. *Leo*, inicia la concentración de energía.

El androide silbó diligentemente mientras Gavin giraba hacia la derecha y volvía para arremeter contra los coralitas. Colocó su armamento en modo láser y alineó los cuatro cañones para que todos dispararan al mismo tiempo. Cuando se acercó a una de las naves rocosas, apretó el gatillo una vez y emitió una explosión dorada de energía en dirección al caza, pero surgió otro agujero negro y se tragó el láser.

Sonriendo, Gavin apretó firmemente el gatillo auxiliar de los mandos. Los láseres del Ala-X comenzaron a rotar rápidamente, con mayor velocidad que si lo hubieran hecho uno a uno. Cada rayo refulgió con intensidad escarlata, pero eran más cortos y mucho menos potentes que el primer disparo. Mientras mantuviera el gatillo auxiliar en modo cuádruple, los láseres crearían una nube de disparos que no provocaría muchos daños, pero que era casi imposible de distinguir de los disparos pesados.

Su objetivo generó un vacío para atraer los tiros dispersos de Gavin, y Otro para absorber el daño que le estaba provocando Nevil. El coralita inició una maniobra de evasión y se echó a babor para volver a incorporarse al ángulo de ataque, pero no volaba tan bien como los de las simulaciones.

Gavin pasó de largo y luego, antes de girar a babor y volver a por la misma nave desde atrás, tiró del mando para realizar un bucle inverso.

Disparó una ráfaga larga a la cola del coralita, que generó un agujero negro detrás de él. Gavin se dio cuenta de que esta vez el vacío estaba más cerca del caza enemigo y abarcaba menos espacio. El agujero negro dobló la trayectoria de algunos de los tiros largos que rozaban el morro del coralita, pero no los absorbió. Así que impactaron de lleno en el morro de la nave, haciendo saltar chispas.

El pétreo caza giró a babor y, al recibir más disparos, empezó a describir un

bucle. Gavin también giró a babor y aminoró para igualar la velocidad del coralita. Llegó casi a rozarle por detrás. Entonces apretó el gatillo principal y envió una ráfaga a toda potencia hacia el objetivo.

Los cuatro rayos convergieron en el coralita, y sólo uno de ellos fue a parar al agujero negro que estaba disminuyendo. Los otros tres dieron en la cabina y redujeron el compartimiento cristalino a piedra derretida, abrasando al piloto. Sin perder energía, los rayos sobrecalentaron la composición mineral del coralita, generando un géiser de vapor de roca que salió disparado de la cabina y expulsó al piloto muerto al espacio.

Gavin viró a estribor, alejándose de la nave en llamas, y sintió que su caza se estremecía. Había recibido el impacto de otra anomalía gravitatoria que empezó a tirar de sus escudos. Así es como esas cosas quitan los escudos a las naves. Pulsó un botón de los mandos del sistema de mantenimiento vital.

—Súbelo al cien por cien y amplía el campo a trece metros, *Leo*.

El androide hizo lo que le ordenó, y el temblor que sacudía al Ala-X se detuvo. Gavin sonrió. Para evitar el tirón de la gravedad y la inercia sobre pilotos y cazas, los Ala-X iban equipados con un compensador de inercia que permitía a las naves realizar maniobras a gran velocidad, con un elevado control de la inercia y sin que la nave sufriera daños estructurales, ni el piloto físicos. Al ampliar el área cubierta por este campo a trece metros, y al desplazarla más allá de los escudos, el compensador interpretaba los rayos gravitatorios de los yuuzhan vong como si fueran otro tipo de fuerza capaz de alterar el vuelo.

Si demasiadas naves bloqueaban al caza, los motores no podrían con la cantidad de energía requerida, lo que provocaría que el campo explotara y que la nave saltara en mil pedazos. Gavin aceleró a fondo y viró a babor, alejándose del coralita que había intentado atraparlo en su campo gravitatorio. De repente, hubo un destello cegador y el coralita desapareció del monitor de cola de Gavin.

— ¿Quién se lo ha cargado?

Nevil sonrió.

—Ha intentado atraparte y te has alejado. Ha debido de cansarse o confundirse. Aproveché la ocasión para lanzarle un torpedo de protones. Ahora es polvo de coral.

—Muy bien hecho —Gavin dio la vuelta y volvió al centro de la batalla. Una mirada al monitor le indicó que faltaban dos Pícaros en la frecuencia de comunicación. Un destello naranja confirmaba que al menos uno se hallaba fuera de la nave. En otra parte, un coralita se pegaba a la cola de un Ala-X y estaba atacando con disparos de plasma al escudo de popa, que se estaba desvaneciendo.

—*Fisgón*, informa.

—Por aquí bien, Uno. Estoy solo. Lo tengo todo, incluido el que dio a Once y Doce.

— ¿Cuál ha sido?

Una entrada de datos del T-65R le señaló un coralita en particular en el monitor de tiro. No era muy diferente del resto, pero, al volar hacia él, supo por los movimientos y maniobras que el piloto era extraordinario.

— ¿Estás conmigo, Deuce?

Dos clics en el canal de comunicación le indicaron que Nevil estaba con él. Gavin viró con el alerón de babor y tiró del mando para dirigir su Ala-X hacia el coralita asesino. Introdujo una ruta que le colocara detrás del caza y la fue ajustando para acortar la distancia, pero sin darse de bruces contra él.

El coralita estaba persiguiendo el Ala-X que Gavin identificó como el de la teniente Ligg Panat, una krish que acababa de unirse al escuadrón. Los krish eran conocidos por su carácter juguetón y, por la forma de volar de la Pícara, Gavin pensó que era probable que se estuviera tomando a la ligera al yuuzhan vong. La chica llevaba la nave de un lado a otro, evitando ponerse a tiro, pero no podría escapar sin problemas.

— Siete, aquí Uno. Cuando yo te diga, da la vuelta y vira a babor.

— Uno, puedo arreglármelas...

— Es una orden, Siete. Atenta. Ahora.

Ligg giró hacia atrás y hacia la izquierda, y pareció que había sacado su caza de la trayectoria del yuuzhan vong. El coralita pasó de largo, viró a la, derecha y giró hacia arriba. El morro de la nave yuuzhan vong dio la vuelta y avanzó directamente y a toda velocidad hacia el caza de Gavin.

Gavin se estremeció. *¿Por qué hace eso? Si utiliza los agujeros negros para escudarse no podrá derribar mis escudos, y los disparos de plasma no tendrán efecto. Y si derriba mis escudos, le meteré un torpedo por la garganta. No tiene sentido.*

Al darse cuenta de que no tenía ni idea de las intenciones del enemigo, pensó que era absurdo seguir ese plan, y soltó una ráfaga hacia el objetivo. La nube de agujas rojas de energía salió disparada y, tal y como esperaba, se curvó hacia el agujero negro que el coralita había generado para protegerse. Lo que no esperaba era que el vacío lo interceptara tan lejos.

Gavin inició un huele a estribor y aceleró a fondo. El panel del compensador de inercia echó chispas cuando la nave rozó el agujero negro. *Leo* aulló y Gavin tiró del mando con todas sus fuerzas. El Ala-X vibró y los motores se quejaron, pero la velocidad comenzó a descender. *¡Esa cosa me está absorbiendo!*

Gavin dio marcha atrás y giró el timón para apuntar el morro hacia el agujero negro. Los motores rugían al luchar contra el tirón de la gravedad, pero cedían un centímetro tras otro. Activó los torpedos de protones y vació una carga de seis sobre el vacío. Uno tras otro, los torpedos se hundieron en la anomalía gravitatoria, que, de alguna manera, consiguió contener la enorme cantidad de energía que liberaron los proyectiles.

Pero Gavin se dio cuenta de que ya no se acercaba tan rápido al agujero. En ese momento aceleró. El caza cogió velocidad debido a la atracción del agujero negro y por la fuerza de los motores. Luego, Gavin tiró de los

mandos y empleó la velocidad adquirida para pasar rozando el borde superior del vacío.

La cabina echó chispas y los escudos se colapsaron. Los sensores parpadearon un momento y luego volvieron a iluminarse con toda su intensidad, pero no veía al coralita por ninguna parte.

—*Leo*, ¿dónde está?

Oyó la voz de Nevil por los auriculares del casco.

—Gracias por distraerlo, Uno. Siete y yo nos posicionamos y lo derribamos. No ha sido espectacular, pero lo hemos derribado.

—Gracias, Deuce. Jefes de grupo, informad.

—Aquí Cinco, Uno. Ocho perdió un motor y tendremos que ir a buscarlo, por lo demás bien.

—De acuerdo, Cinco. Nueve, ¿qué pasa con el Grupo Tres? La voz de Alinn Varth sonó profundamente afligida.

—He perdido a dos, Uno. El coralita que casi te atrapa dejó un agujero negro en su cola justo cuando Once se acercaba. Dinger entró de lleno y nunca supo lo que le había pasado. Doce recibió el impacto. Tik está fuera de la nave y no tiene constantes vitales.

—Acércate para hacer una comprobación. El *Ralroost* irá a buscarlo —Gavin miró los sensores de nuevo—. *Fisgón*, ¿algún otro coralita en la zona?

—Negativo, Uno, pero esas carcasas podrían estar llenas de ellos.

—Te recibo, *Fisgón*. Desactiva tus sensores y vuelve con el almirante. Dale los datos y que envíe alguien a buscarnos.

—A tus órdenes, Uno. Que la Fuerza te acompañe.

—Gracias, *Fisgón* —Gavin contempló cómo al Ala-X desactivaba los sensores externos, aceleraba y desaparecía en medio de un brillante resplandor en el firmamento—. Escuchadme todos. Tened los ojos abiertos y los sensores funcionando. No sabemos por qué sólo había media docena de coralitas aquí, ni si habrá más escondidos. No quiero sorpresas. Lo hemos hecho bien en este primer encuentro y no quiero que cuando llegue el almirante Kre'fey descubra que nos las hemos apañado para convertir esta victoria en una derrota.

CAPITULO 16

Leia quería ser la primera en bajar de la lanzadera clase Lambda *Dulce Recuerdo* al llegar a Dubrillion, pero Bolpuhr, su guardaespaldas noghri, se le adelantó y gruñó a los dos hombres con armadura que se acercaron corriendo hasta el carguero por la estrecha pasarela que llevaba a la torre principal de aterrizaje. Ambos le ignoraron y se colocaron para contener a la gente en la pasarela, luego se separaron e hicieron paso a un apresurado Lando Calrissian.

Leia bajó por la rampa de descenso y abrazó a Lando con fuerza.

—Me alegro mucho de que estés bien.

—Yo estoy bien, pero mi planeta no —Lando se separó del abrazo de Leia, se pasó la capa por el hombro y señaló a la ciudad en un gesto amplio—. Es el fin, Leia.

La ira que vibraba en su voz se clavó en el corazón de Leia. Ella siguió su mirada y contempló una ciudad que ella recordaba inmaculada en su primera visita, con elevadas torres que hacían comparable aquella parte de Dubrillion con Coruscant. La elegante línea de arcos y la refinada decoración de los edificios le trajeron a la mente las imágenes que recordaba de Coruscant cuando su padre era pequeño.

Y ahora es como Coruscant después de Thrawn y del retorno del Emperador. Las orgullosas torres habían quedado destrozadas, y algunas incluso estaban incendiadas. Los edificios tenían agujeros de explosiones. Las débiles brisas movían las cortinas de algunos ventanales de transpariacero rotos y, más abajo, en las pasarelas y las calles, la gente vagaba de un lado a otro portando a la espalda o en los brazos sus más preciadas posesiones.

Lando suspiró.

—Los yuuzhan vong volvieron una semana y media después de que os fuerais, se situaron cerca del cinturón de asteroides y empezaron a vigilarnos. De vez en cuando, un escuadrón de coralitas desciende y ataca un punto concreto. Nosotros respondemos al ataque, por supuesto, y a veces derribamos alguno, pero cada vez menos. Es como si nos utilizaran para deshacerse de los más débiles y estúpidos de sus filas, dejando para el final a los mejores, los más listos y los más valientes.

Lando se dio un puñetazo en la mano.

—No me gusta que nos ataquen, pero todavía me gusta menos que se burlen de nosotros.

Elegos apareció junto a Leia.

—Administrador Calrissian, lo que ve como una burla podría tratarse de un sano respeto por sus defensas. Ustedes detuvieron el primer asalto. Lando asintió sombrío.

—Sí, pero estos yuuzhan vong luchan de forma distinta. Es la diferencia entre pelear contra las mejores tropas del Imperio o en alguna guerrilla local con

delirios de grandeza. Estos guerreros son mucho mejores, y sí, más cautelosos, pero sólo le sacan brillo a la punta de la lanza antes de clavárnosla en las entrañas.

Leia puso una mano en el hombro a Lando.

—No nos atacaron cuando entraron en el sistema.

—No lo hacen. A veces atacan a las naves que salen de Drubillion, pero suelen dejarlas escapar. Al menos por ahora. Creo que a estas alturas ya esperaban una respuesta de la Nueva República —Lando miró a Leia de reojo—. No nos traes nada de Coruscant, ¿verdad?

Leia señaló a Elegos.

—Éste es el senador Elegos A'Kla. Está aquí en una misión oficial de recopilación de datos.

—Pues más le vale recopilarlos rápido, senador, antes de que los yuuzhan vong los derriban con disparos de plasma.

Leia se estremeció. Desde que conocía a Lando nunca le había visto tan frustrado, ni siquiera cuando Darth Vader le quitó el mando de Bespin. Prefería pensar que se debía a que Lando no quería empezar de nuevo, pero sabía que eso era sólo una pequeña parte de lo que tenía dentro. *Lando siempre está buscando la forma de engañar al sistema, sea cual sea, pero con tan pocos datos sobre los yuuzhan vong se siente incapaz de vencerlos.*

Leia miró el resto de las torres del espaciopuerto.

—Todo parece vacío. ¿Están huyendo todos?

—Los que pueden ya lo han hecho —la voz de Lando sonaba llena de impotencia—. Coloqué a los guardias en la pasarela porque sabía que la llegada de vuestra nave atraería a mucha gente que quiere largarse.

— ¿Qué tal van las defensas? —Elegos estiró el cuello para mirar alrededor—. No veo nada parecido a baterías de turboláser o lanzamisiles de impacto.

A Lando se le iluminó la cara levemente.

—Ni lo verás. Lo primero que atacaron los yuuzhan vong fueron las estaciones de defensa. Todo lo demás son equipos móviles y están ocultos. Cuando vienen intentamos acorralar a los cazas y conducirlos a las zonas de ataque del armamento móvil, pero están aprendiendo y cada vez nos lo ponen más difícil. Aun así, cuando no nos vigilan, todavía podemos tomar la iniciativa y tender nuevas emboscadas.

—De momento es una buena táctica, pero no ganará la guerra —Leia entrecerró los ojos—. Podemos hacer algo mejor.

— ¿Tú crees? ¿Quiere eso decir que tienes una Estrella de la Muerte de sobra escondida para pulverizar al cinturón de asteroides y a su nave nodriza?

— ¿Nave nodriza? —Elegos alzó la cabeza—. ¿Habéis avistado una nave grande?

—Sí, cerca del cinturón de asteroides —Lando les indicó que le siguieran—. Venid al cuartel central de defensa. Os puedo enseñar todos los hologramas de la nave que queráis. Intentamos derribarla, pero los cazas no consiguieron

acercarse.

Leia caminó junto a Lando, dejando a Elegos tras ellos y a Bolpuhr en cabeza del grupo.

—Tiene que tener un punto débil. Lo encontraremos y la derribaremos.

—Eso espero.

—Lo conseguiremos, Lando. Hemos de conseguirlo —Leia suspiró—.

Es la única posibilidad para Dubrillion.

—oOOOo—

Jaina cogió un intercomunicador del compartimento de recargas del *Dulce Recuerdo* y dio otro a Danni.

—Mi madre se ha ido con Lando. Si quieres podemos explorar un poco y estirar las piernas.

La chica cogió el dispositivo y se lo colocó en la solapa de la chaqueta azul que llevaba puesta.

—Siento haber tardado tanto en encontrar la chaqueta. Tendrías que haberte ido con ella.

—No pasa nada. Estar pegada a ella durante todo el viaje ha sido suficiente por ahora. No quiero estar presente cuando esté haciendo de "princesa Leia".

Danni parpadeó atónita.

—Pero tu madre...

Jaina asintió y comenzó a bajar por la rampa de descenso.

—Lo sé, derrotó al Imperio y salvó a la Nueva República. Ay, no me mires así. Sé lo que hizo, y la quiero con locura.

—Me da la impresión de que ahora viene el "pero".

Jaina suspiró mientras pasaban por delante de los guardias apostados en la pasarela y se dirigían hacia unas escaleras que conducían abajo, a la ciudad.

—¿Tú nunca quisiste alejarte de la sombra de tu madre?

—Creo que la sombra de mi madre era muy pequeña —los ojos verdes de Danni relucieron—. Ella es astrofísica, y fue la que me hizo empezar a contemplar el firmamento. Procuraba mantenerse al margen de todo y no llamar la atención de los gobiernos local del Imperio o de cualquier otro señor de la guerra que reclamara nuestro planeta aquella semana. De ella adquirí mi fascinación por los planetas y los sistemas lejanos. En gran parte es la razón por la que me uní a ExGal.

—Tu madre debe de estar orgullosa de ti.

—Sí. Creo que le gusta que yo haya optado por seguir sus pasos.

—¿Y no te interesaba seguir los de tu padre?

—Se separaron cuando yo era pequeña. Él era un burócrata que se pasaba todo el día con leyes y normas que parecían absurdas —Danni se encogió de hombros—. En las ciencias, las reglas que hay que seguir suelen tener una razón que las respalda y dan resultado. A mí no me atrae la burocracia, y eso era otra buena razón para entrar en ExGal. Allí, el borde de la galaxia está unas veinte

veces más cerca que el burócrata más próximo.

Jaina bajó por las escaleras y pasó por encima de un montón de escombros que habían caído a la calle desde un edificio cercano. Podía haberlos retirado con la Fuerza, pero no lo hizo. De hecho, se vio obligada a reprimir la Fuerza porque la miseria del pueblo de Dubrillion se le clavaba en el alma. Comprendió el dolor y el miedo, pero la agudeza de los sentimientos era difícil de soportar.

—Al menos tú tuviste elección, Danni. Teniendo unos padres como los míos, yo podía haber sido o una contrabandista que salva la galaxia o una diplomática que salva la galaxia.

—Y optaste por ser Jedi.

Jaina se encogió de hombros incómoda.

—Fue una decisión que en gran medida ya estaba tomada. Mis hermanos y yo tenemos una gran percepción de la Fuerza.

Danni arqueó una ceja mientras caminaba junto a Jaina.

— ¿Te arrepientes de ser una Jedi?

—No, para nada —Jaina dudó y luego suspiró—. Mis padres no lo son, así que eso me permite tener algo para mí sola. También tiene que ver con el hecho de tener un hermano gemelo. Todo el mundo espera que seamos iguales, aunque sólo seamos hermanos, y no la misma persona.

—Creo que entiendo lo que quieres decir —Danni le tendió la mano—. Encantada de conocerla, Jaina Solo. Y, dígame, ¿quién es usted?

Jaina se echó a reír.

—No sé quién soy. Sólo tengo dieciséis años y sé algunas cosas. Sé que soy muy buena pilotando y que no lo hago mal como Jedi. Sé que me estoy hartando de ser la hija de mi padre y de mi madre. Y una parte de mí sabe que necesitaré tiempo para despegarme de su sombra. También sé que hay gente por ahí que piensa que soy la salvación de la galaxia porque soy Jedi, y que otros piensan que estoy maldita de pies a cabeza por la misma razón.

Danni enlazó su brazo con el de Jaina.

—Me acuerdo de cuando yo tenía dieciséis años. Estaba muy segura de mí misma y convencida de que todo lo que sabía era todo lo que merecía la pena saberse.

—Ya. Y ahora, en el ocaso de tu vida, a los, ¿cuántos tienes, veintiuno?, te das cuenta de lo tonta que eras.

—Sí, veintiuno. Y sí, creo que no era tan lista como ahora, Jaina. Recuerdo que no aceptaba consejos.

La chica sonrió.

—Así que me vas a dar uno de todas formas.

—Lo que quiero decir, Jaina, es que todo el mundo puede elegir cuando sabe quién es realmente. Algunos deciden que quieren ser como otros. Los toman como ejemplo, intentan imitar sus acciones y hacen lo posible por seguir sus pasos —Danni sonrió—. Yo era así con mi madre.

— ¿Y el resto de la gente intenta ser lo contrario a alguien?

— Eso es, y el problema de esa estrategia es muy sencillo. Hay millones de formas de no ser como alguien, y el potencial para el desastre es ilimitado porque, en lugar de optar por un camino y adaptarse a él para hacer lo mejor para uno y las circunstancias, te dejas llevar —Danni dio un apretón cariñoso a Jaina en el brazo—. Quizá no quieras ser tu madre y puede que estés deseando que llegue el día en el que no te vean como su hija, pero eso no significa que tu madre no tenga un montón de cualidades admirables que deberías adoptar.

Jaina asintió, dejando que las palabras de Danni resonaran en su mente un instante. Sabía que ella consideraba a la vez una decepción y un alivio que su madre no quisiera profundizar en su relación con la Fuerza. Al ser Jedi, había una parte de su identidad que no compartía con ella. Y, al ser piloto, era como si hubiera heredado una de las mejores cualidades de su padre. *Y el compromiso de mi madre con determinadas causas es realmente admirable. Aunque me molesten, su constancia y su fuerza de voluntad también son buenas cualidades.*

Jaina miró a Danni de reojo.

—Y esa sabiduría de la que hablas ¿cuándo aparece?, ¿a los diecisiete, a los dieciocho...?

—Puede, si tienes un buen modelo a seguir.

—Vale. Creo que tengo de lo mejorcito —Jaina sonrió—. Quizá no sepa quién soy, pero creo que me has orientado hacia el camino correcto para averiguarlo.

—Es lo menos que puedo hacer por la mitad del equipo que me salvó de los yuuzhan vong.

Ambas se detuvieron al doblar una esquina y se encontraron con un grupo de personas reunido ante un almacén de alimentos del Gobierno. En la entrada había tropas de seguridad armadas. Un par de nerviosos alguaciles intentaban dispersar a la multitud. Anunciaban que estaban esperando un cargamento de provisiones y que establecerían puntos de reparto en cada distrito. Decían además que nadie iba a obtener nada indicaban directamente del almacén, pero los gritos del gentío indicaban que, a su parecer, las tropas y los burócratas querían quedarse con toda la comida.

Danni se estremeció.

—Esta gente... está tan necesitada...

Jaina se abrió a la Fuerza y sintió el deseo y la urgencia emanando de la multitud. Cogió a Danni bruscamente y se la llevó hacia el espaciopuerto.

—Sé que eres sensible a la Fuerza. Perdóname por haberte traído aquí.

—¿Tú lo habías percibido, Jaina?

—Lo hice, una vez que me abrí a ello, pero reprimí en parte la percepción porque dolía demasiado. Por eso no me di cuenta de lo que pasaba.

—¿Puedes hacer eso? ¿Puedes anular percepciones? —Danni frunció el ceño—. Yo creía que la Fuerza era vital para los Jedi.

—La Fuerza es vital para todos, pero las emociones negativas son fatales para los Jedi. En demasiada cantidad puede causarte frustración y llevarte a la

desesperación y a los actos impetuosos propios del Lado Oscuro —Jaina expandió sus sentidos y localizó al punto brillante y lejano que era su madre—. Puedo enseñarte a filtrar las emociones negativas y un par de cosas sobre los ejercicios simples de telequinesis, pero primero quiero encontrar a mi madre. Ella sabrá hasta qué punto es desesperada la situación en Dubrillion.

—Tienes razón. Gracias por sacarme de allí.

—No hay de qué —Jaina le guiñó un ojo—. Eso por calibrar mi brújula. Ahora tengo una idea más clara de adónde voy, y a lo mejor hasta puedo llegar.

CAPITULO 17

Corran se dio cuenta de que los estudiantes de la Universidad de Agamar habían sabido utilizar sus recursos para adaptarse a las condiciones climáticas que habían encontrado en Bimmiel. Cuando comenzaron las tormentas de arena, improvisaron un calzado plano y ancho que podía adaptarse a las botas y que ampliaba la pisada. Además, distribuía el peso del caminante para no hundirse en la arena. Otro modelo del mismo diseño incluía un compartimiento bajo el talón que podía rellenarse de esencia de slashrat muerto, denominada con toda precisión Peste, para que las bestias no siguieran a las expediciones.

Las tormentas volvieron a comenzar poco después de la llegada de los Jedi, lo que les dejó atrapados en la caverna con el equipo de investigación. Corran decidió enseguida que Ganner y él vigilarían la entrada por turnos, sobre todo de noche, cuando la Fuerza les pudiera ayudar más fácilmente a percibir la llegada de los slashrats. El frío que se pasaba durante las guardias ayudó a que los universitarios no lamentaran no tener que hacerlas. Los estudiantes tenían equipos de monitores de infrarrojos que les permitían localizar el rastro calórico de los slashrats y los hacían visibles de noche. Ese hecho generó todo tipo de comentarios sobre lo idiotas que eran los Jedi por fiarse de sus arcanas técnicas y de la Fuerza, cuando la tecnología funcionaba igual de bien y permitía una mejor división del trabajo.

Las críticas molestaron a Ganner, pero a Corran le dieron igual. Y así se lo explicó a Ganner en mitad de la noche.

—Si piensan que somos un poco lentos, creerán que son superiores. Eso nos hace menos amenazadores a sus ojos. Y dado que viviremos con ellos durante un tiempo, es mejor que piensen que somos más tontos que malos.

Ganner tenía una opinión propia sobre cómo mejorar las relaciones con los estudiantes, y como resultado Trista empezó a pasar parte de las guardias intercambiando con él comentarios en voz baja acompañados de demasiadas risitas. El hecho de que Ganner se llevara tan bien con Trista tuvo un curioso efecto en los demás. Los hombres a los que les gustaba la chica optaron por no acercarse mucho a los Jedi para no ofenderla. Las amigas de Trista tenían una relación neutral con los Jedi, o por lo menos con Corran. El resto, incluida la doctora Pace, parecía ver el incipiente romance como señal de que Ganner era humano, o al menos manipulable, y eso relajó algunas tensiones.

Corran se pasó la semana de las tormentas estudiando el cuerpo del yuuzhan vong y los artefactos que habían descubierto. A sugerencia suya, el equipo investigó y confirmó que la armadura y las armas eran, o habían sido, criaturas vivas.

El hecho de que los yuuzhan vong hubieran estado en Bimmiel antes, y lo que quizá fuera más importante, mientras el planeta orbitaba más alejado del sol, sugirió a Corran que, en caso de que volvieran, estarían muy preparados para

las condiciones locales, ya que sabían lo que podían esperar. Él estaba seguro de que habían vuelto y de que seguían por la zona. Eran una raza que vivía para la guerra, y Corran podía imaginarlos fácilmente regresando para recuperar el cadáver de su camarada. Corran no tenía ni idea de por qué habían tardado cincuenta años en volver a por él. Quizás el cadáver era una avanzadilla, pero si su corazonada era cierta, todo el equipo universitario estaba en grave peligro.

Cuando las tormentas amainaron, Corran decidió que Ganner y él harían una misión de reconocimiento. Esperaron a que cayera la noche, se pusieron el calzado de arena y marcharon hacia el este, hacia la orilla de lo que había sido un lago en tiempos del equipo imperial. No avanzaban rápido, pero el calzado especial les permitía moverse sin hundirse en la arena.

Corran y Ganner se encontraron de frente con un descubrimiento. A dos dunas de distancia, teñida de plata y gris por la luz de la luna, había una maraña de slashrats destrozando a otra criatura. Los depredadores soltaban gruñidos furiosos mientras entraban y salían en la arena, se deslizaban de un lado a otro y sacudían las cabezas en su lucha por algo de carroña. Al verles alimentarse, Corran casi sintió lástima por el yuuzhan vong que habían atacado.

Más curioso que la batalla era el olor nauseabundo y profundo que traía el viento. Corran arrugó la nariz.

—Es peor que la Peste.

Ganner asintió.

—Es el aroma de la matanza. Trista me contó que los slashrats la exudan cuando asesinan. Es para que los demás sepan que tienen una presa. Así la manada se acerca y va acorralando a los shwpis hacia el foco de la matanza. Los experimentos han demostrado que los slashrats serían capaces de soportar la Peste si olieran una matanza. Los estudiantes podrían sintetizarla, pero les da miedo provocar un frenesí asesino.

—Entiendo —Corran se levantó y se giró hacia el sur—. Pasamos de la matanza y continuamos. Percibo algo débilmente, un poco más adelante.

—Yo también. Algo raro.

Los dos Jedi continuaron avanzando en silencio, al menos a nivel auditivo. Cuando uno está conectado con la Fuerza, las emociones que se sienten a través de otro pueden ser dulces como una melodía o rechinar como el transpariacero al romperse. Corran percibió que Ganner sentía una mezcla de nerviosismo con resentimiento, así que decidió darle menos órdenes y tener más en cuenta su opinión en las decisiones menores, como la de sortear un muro de piedra que rodeaba las colinas sobre el lago. Ganner tomó la iniciativa de buena gana, y cuando se quitaron el calzado de arena, avanzaron rápidamente entre las rocas.

Se detuvieron en la cima y, escondiéndose entre las sombras, descendieron hacia el lecho arenoso del lago. Intentaron mantenerse a cubierto, suponiendo que si los yuuzhan vong estaban por allí tendrían el equivalente a monitores infrarrojos. Cuando llegaron a la falda de la colina se detuvieron y contemplaron la llanura que se extendía ante ellos.

Había una especie de asentamiento en la cuenca del lago, pero Corran no conseguía captar la lógica que había empleado el arquitecto de aquel lugar. En la zona más cercana a su posición había unas casitas circulares con forma de cuenco invertido y, si tenían aperturas, éstas estarían orientadas hacia el este, al otro lado de los Jedi. Corran contó dos docenas de chozas de piedra agrupadas en cuatro filas de seis chozas cada una. Más allá se levantaban tres construcciones de mayor tamaño y del mismo diseño y, del lado del sol naciente, había una única construcción lo suficientemente grande como para albergar un carguero y dejar espacio para almacenar suministros.

A Corran le llamaron la atención dos cosas de las construcciones. La primera fue que le recordaban a conchas de molusco. Sabía que había seres marinos que se apropiaban de las conchas vacías abandonadas por otras criaturas, e imaginaba que los yuuzhan vong habían llegado y habían "criado" sus propios hogares. No sabía lo que habrían hecho con los verdaderos dueños de las conchas, pero supuso que habían pasado a generar conchas más grandes o que servirían de fuente primaria de alimento.

Lo segundo en lo que se fijó fue que sólo percibía con la Fuerza a los habitantes de las conchas pequeñas. Miró a Ganner.

— Esa gente está mal.

El otro Jedi entrecerró los ojos.

— Es como si al percibirlos hubiera ruido de fondo. Su conexión con la Fuerza se está debilitando. Creo que se están muriendo.

— Buena información. ¿No percibes nada en las conchas grandes?

— ¿Conchas? Ah, claro, son conchas. No, nada.

— Si hay yuuzhan vong, es probable que estén en las grandes.

— Eso supongo —Ganner señaló el poblado y lo abarcó con un gesto—. ¿Te has dado cuenta de lo de los slashrats?

Corran hizo uso de la Fuerza y encontró sin problemas a las criaturas, que permanecían a veinte metros del poblado de los yuuzhan vong. Estaban activas y avanzaban hacia el asentamiento de forma directa o indirecta, pero cuando llegaban retrocedían. Algunos incluso se acercaban bajo tierra, pero no alcanzaban el núcleo.

— ¿Crees que han conseguido repeler a los slashrats?

— No sé —Ganner cogió el calzado especial para escalar que se había echado a la espalda y comenzó a ponérselo en las botas—. Un vistazo rápido nos permitirá averiguar algo.

El otro Jedi frunció el ceño.

— No tenemos mucha agilidad con esto puesto. Bajar sería un suicidio. Ganner sonrió sombrío.

— Yo tengo una ayuda que me hace más ágil.

— No vas a ir solo.

— Tú irías muy despacio. En caso de que haya problemas, estarás...

— Estaré esperando a que utilices tu ayuda para sacarme de ahí —Corran se

puso el calzado—. Seguro que Trista te ha enseñado todo lo que tienes que saber sobre este planeta, así que vigila por si ves algo inusual. Tomaremos muestras de la arena y averiguaremos qué aleja a los slashrats.

—No soy idiota, ¿sabes?

Corran arqueó una ceja.

—Sí, ya, pues has sido tú el que ha propuesto que bajemos ahí.

—Y tú vas a venir conmigo...

Corran puso los ojos en blanco.

—Vámonos.

Ganner avanzó el primero, pero los slashrats se mantuvieron apartados. Los dos Jedi se introdujeron en el asentamiento yuuzhan vong por el extremo occidental y se agazaparon a la sombra de una de las conchas-choza. Corran esperaba percibir el tranquilo flujo de la Fuerza que emanan los seres vivos al dormir, pero, en lugar de eso, le llegaban pausas rotas que interrumpían el patrón.

Avanzó unos pasos y descubrió la entrada en la pared oriental de la concha. La criatura que había crecido originalmente allí debía de haber estado enrollada en un eje central mientras generaba su armazón. La concha estaba colocada en la arena de tal modo que la entrada quedaba ligeramente enterrada en el suelo. A Corran le pareció que, si se ajustaba a su idea del habitante original, las personas entraban a gatas en la concha y se metían al fondo para dormir en la pequeña sección que había sobre la propia entrada.

Imitando a Ganner, se introdujo más en el poblado. Seguía percibiendo las cosas de la misma forma. Se detuvo, sacó de un bolsillo del cinturón un pequeño cilindro de plastiduro y lo enterró en el suelo para coger una muestra de la arena. Lo tapó, y entonces percibió movimiento de arena en el interior. Un escarabajo apareció en la muestra y comenzó a dar vueltas por las paredes transparentes del bote, intentando salir.

Corran se guardó el cilindro en el cinturón y sacó otro vacío. Lo volvió a hundir en la arena y vio que un escarabajo emergía e inspeccionaba el frasco. Lo metió en el cilindro y, por los cuernos del insecto, dedujo que era distinto del primero que había capturado. Excavó un poco más y encontró un tercer insecto, mucho más pequeño que los otros dos, y lo cogió. No estaba seguro de si era una cría o si se trataba de otra especie totalmente diferente. Hizo más agujeros, pero no encontró nada, así que siguió avanzando. Ganner le había tomado delantera y estaba agazapado tras una de las conchas de la primera fila. Corran giró hacia la izquierda para ir directamente hacia Ganner. No debería haber ido tan lejos. Corran comenzó a alarmarse cuando vio a Ganner llevándose la mano al sable láser y comenzó a percibir cierta ansiedad con la Fuerza.

De repente surgió un grito de una de las conchas. Una criatura desesperada salió de una de las chozas y corrió a gatas hasta los Jedi. Una vez allí se puso de pie con dificultad. Parecía vagamente humano, pero tenía las rodillas

destrozadas, y protuberancias que parecían implantes de coral en los brazos, las piernas y la columna. Se agarró un gran clavo de coral que le salía de la mejilla derecha y gritó en un tono más animal que humano y que reflejaba más dolor que otra cosa.

La criatura echó a correr y pasó por delante de Ganner. Luego cayó al suelo e intentó levantarse. La arena comenzó a temblar bajo él y una neblina polvorienta se elevó como si fuera vapor de agua hirviendo. Corran no sabía qué estaba provocando el temblor de la arena, pero sintió una curiosa vibración procedente de su cinturón. Sacó los escarabajos que había capturado y uno de ellos, el de los cuernos, estaba batiendo las alas con furia.

Dos guerreros yuuzhan vong altos y atléticos salieron de una de las conchas medianas, que tenían aberturas lo suficientemente grandes como para que los alienígenas no tuvieran que agacharse al salir. Ninguno parecía sorprendido o preocupado por el esclavo. Con una elegancia fluida que hubiera resultado casi sensual si su apariencia no fuera tan macabra, los yuuzhan vong se separaron y se acercaron al esclavo por los lados. Primero uno y luego el otro le acosaron con violentos comentarios, por lo que la criatura se encogió un instante, alejándose de uno para acercarse al otro.

Y, mientras tanto, la arena a sus pies seguía danzando por el agitar de alas de los nerviosos escarabajos.

Corran sintió el pavor del esclavo a través de la Fuerza y después un estallido agudo de ruido de fondo. El miedo del esclavo fue sustituido por rabia. Agarrándose con los dedos las prolongaciones coralinas y con un aullido salvaje saliendo de sus labios, la criatura se abalanzó de cabeza hacia uno de los yuuzhan vong.

El guerrero alienígena ladró en lo que Corran pensó que era una carcajada cruel. Luego se echó a la derecha y alzó el puño izquierdo, asestando un golpe en el corazón al esclavo. Éste se elevó en el aire y cayó al suelo un metro más atrás. Aterrizó sobre los talones y cayó de espaldas. Corran estaba seguro de haber oído ruido de costillas rotas, pero el esclavo se apoyó sobre un costado y, tras volver a levantarse, se abalanzó sobre el otro yuuzhan vong.

El segundo guerrero detuvo la embestida con un derechazo en la cara. El chasquido de huesos rotos resonó por encima del quejido sordo de la criatura. El yuuzhan vong dio un paso atrás y le clavó otro derechazo en el mismo sitio. Sus huesudos nudillos quedaron oscuros y brillantes. Luego alzó la pierna izquierda y dio una patada al esclavo en las costillas, lanzándolo hacia el otro yuuzhan vong.

El primer yuuzhan vong abrió los brazos en lo que casi parecía un gesto de bienvenida y dijo algo al abatido esclavo. Era como una pregunta, pero la reacción del esclavo fue de incredulidad. Escupió al suelo, abrazándose las costillas, sonrió y se lanzó hacia su interrogador.

El primer yuuzhan vong lanzó un gancho de izquierda al esclavo que le arrancó la protuberancia coralina de la mejilla derecha. El golpe le hizo dar

vueltas. El yuuzhan vong le asestó entonces un derechazo en la espalda, justo encima de los riñones. Corran se estremeció al ver al cautivo cayendo de rodillas.

Un estallido de furia provocó un nuevo problema a Corran. Ganner tenía el sable láser en la mano, pero todavía no lo había activado. Seguro de lo que quería hacer Ganner, pero consciente también de que si lo hacía acabarían todos muertos, Corran actuó. Empleó la Fuerza para colarse en la rabia de Ganner y generó el horrible olor de la Peste en el cerebro del Jedi.

Ganner cayó al suelo de inmediato y se encogió. Luego se cubrió la boca con las enguantadas manos mientras su pecho daba sacudidas. Lo poco que le quedaba de la cena le salió por entre los dedos y cubrió la arena. Miró a Corran con odio y tuvo otra náusea.

Más allá, en el espacio que quedaba entre las chozas, los dos yuuzhan vong miraban a su esclavo. Ambos le ladraban preguntas. El cautivo se debatía entre la confusión y la ira. Tosió a duras penas un incoherente comentario e intentó poner gesto desafiante. Luego trató de levantarse apoyándose en una mano, pero sus captores no se lo permitieron.

Una patada en el estómago hizo fluir sangre por su boca. El oscuro líquido le bajó por las mejillas como lágrimas negras. Los yuuzhan vong daban vueltas a su alrededor, pasándose el uno al otro con patadas y puñetazos. Su ataque era tan violento que el esclavo no volvió a caer en la arena. Lo mantuvieron de pie a pesar de que sus golpes masacraban el esqueleto de la criatura y hacían imposible que se mantuviera erguido.

Al fin, el esclavo cayó a la arena. Estaba tan mal que Corran ya no sentía su dolor a través de la Fuerza. Los yuuzhan vong se miraron, intercambiaron comentarios y se rieron. Luego se pusieron a imitar los golpes que le habían dado y, utilizando las manos, se burlaron de cómo el esclavo había pasado de uno a otro. Después cogieron a la criatura de la muñeca y del tobillo y la llevaron al borde del poblado. La balancearon cuatro veces y la tiraron a la arena. Casi al instante, los slashrats iniciaron una matanza en el lugar donde aterrizó el cadáver.

Los yuuzhan vong utilizaron la arena para quitarse las manchas de sangre y volvieron a sus chozas, desapareciendo en su interior.

Corran proyectó la imagen de las colinas en la mente de Ganner y comenzó a retirarse del poblado. Lo hizo lentamente y controlando el avance de su compañero. Esperó hasta que el joven Jedi salió del poblado y llegó a la arena. Esperó que la fetidez de la matanza recordara a Ganner que tenían la muerte muy cerca.

Escondidos de nuevo entre las rocas de las colinas, los dos Jedi se quitaron el calzado especial para ascender. Ganner se lo echó a la espalda con gesto arisco y se volvió hacia Corran.

—Si vuelves a hacer eso alguna vez, te mataré.

—Es una posible muerte, no una segura, como habría sido ésta.

—Ese hombre, viste cómo lo hacían trizas y no hiciste nada.

—Exacto, no hice nada porque podrían haber seguido nuestras huellas hasta los estudiantes. Sólo vimos dos yuuzhan vong, pero en la concha grande podría haber docenas de ellos, quizá cientos. Si hubieras acabado con esos dos, en caso de que hubieras podido, habrías condenado a muerte a la doctora Pace, a Trista y a los demás.

Ganner rió con ironía.

—No habría sido así si hubieran sido los únicos yuuzhan vong. — ¿Y qué probabilidades hay de eso?

El joven arqueó una ceja.

—Aquí sólo hay dos Jedi.

—Tu lógica es aplastante, Ganner —Corran se echó a la espalda el calzado de arena y se ajustó los guantes—. Puede que haya dos o puede que haya dos mil. No dudo de que antes de largarnos de este planeta tengamos que matar a unos cuantos, pero hemos de procurar retrasar ese momento lo más posible.

— ¿Para que muera más gente?

—No, para que tengamos la posibilidad de evitar que capturen a los agamarianos. Lo que hemos visto ha sido información pura, y quiero estudiarla. No era sólo una paliza.

—Era diversión, diversión cruel.

—Quizás al final sí, pero era algo más —Corran frunció el ceño—. Por la forma en que le hablaban, era como si esperaran algo de él. Su desprecio y su ira, como demostraba el frenesí final..., era algo más.

—Vale, piensa en los motivos de nuestros asesinos. No creo que esa información te aporte nada.

—Puede que no, pero no tenemos nada más. Las muestras del suelo también son información...

—Matar a los yuuzhan vong te aportaría una valiosa información.

—Es posible. Dos Jedi muertos también serían información —Corran se señaló la sien derecha—. Ahora lo esencial es volver con los estudiantes y ver si nos pueden ayudar a averiguar lo que está pasando aquí. Luego veremos si podemos marcharnos sin problemas con todo lo que sabemos.

— ¿Y si no podemos?

Corran se encogió de hombros.

—Las primeras veces que los yuuzhan vong se enfrentaron a los Jedi, ganamos. Ahora tenemos que ver cuánto podemos ampliar esa racha.

CAPITULO 18

Jacen Solo abrió los ojos de repente, y por un momento no supo dónde estaba. Sabía que se hallaba en Belkadan, pero le sorprendió encontrarse en las instalaciones de ExGal. En los primeros instantes no identificó el porqué de su sorpresa. Así que se quitó la manta de encima, sacó las piernas de la cama y se sentó.

Se pasó los dedos por su larga melena castaña y se tapó los ojos con las manos. Había soñado que se encontraba en el poblado yuuzhan vong donde estaban cultivando los villips. Había ido para liberar a los esclavos. En su sueño, entraba en el agua y los llamaba para que se le acercaran. Ellos venían, y su amo tras ellos. Jacen le hacía al yuuzhan vong lo mismo que él le había hecho al anciano, y lo dejaba hundiéndose lentamente en las turbias y tranquilas aguas.

Ha sido tan real. Jacen se quitó las manos de los ojos y se las miró hasta que pudo distinguirlas en la penumbra. Casi podía sentir el tacto del sable láser en el duelo contra el guerrero yuuzhan vong. Movié los hombros y se estiró, buscando algún dolor que, de alguna manera, convirtiera en real lo que había soñado.

Sabía que era muy probable que hubiera sido un sueño. Había pasado una semana desde que presenciaron el asesinato del anciano, y habían estado investigando. Los yuuzhan vong se habían esmerado en convertir Belkadan, o al menos aquella zona, en un huerto de naves. Estaban cultivando villips, coralitas y dovin basal por todas partes. Al parecer, todos los trabajadores eran esclavos, aunque algunos de los supervisores tenían ayudantes que a Jacen le parecían humanos, y que cooperaban. También tenían las protuberancias, pero la Fuerza no emanaba de ellos con aquel ruido de fondo, sino muy reducida.

Que aquella visión fuera simplemente un sueño tenía sentido. Evidentemente, se trataba de una fantasía que había generado para anular su frustración. Casi deseaba aceptar que había sido un sueño para poder volver a dormir, pero dos cosas le impidieron hacerlo.

Una era la urgencia que envolvía la visión. Estaba dispuesto a reconocer que su frustración era suficiente para provocar el sueño, pero había sido más profunda la noche después de presenciar el asesinato. Y desde entonces no habían vuelto a aquel sitio.

Y la segunda era la palpable realidad de la visión. No parecía un recuerdo, sino algo que tenía que hacer. Y sabía muy bien que cuando un Jedi estaba abierto a la Fuerza, podía tener revelaciones sobre el futuro. Yoda, el Maestro de su tío, era conocido por su sabiduría y su capacidad para ver el futuro. Jacen nunca había sentido que tuviera el don de la clarividencia gracias a la Fuerza, pero le dio la impresión de que aquello era muy parecido a tener una visión.

Se levantó y salió de la habitación que había pertenecido a Danni. Habían

destrozado casi todo, pero pudo recuperar unos cuantos hologramas estáticos y un par de recuerdos más que pensaba devolver a la joven. Movi6 con los pies los desechos de la entrada de la habitaci6n de su tío y se apoy6 en el dintel de la puerta.

Una pequeña lámpara irradiaba una cálida luz en el rinc6n del fondo de la habitaci6n. Luke estaba sentado en el suelo, frente a la puerta, y era apenas una silueta recortada. Jacen comenz6 a decir algo, pero la sensaci6n de paz y concentraci6n que percibi6 en su tío le hicieron callarse.

No era la primera vez que Jacen veía a Luke entrar en trance Jedi para estrechar sus lazos con la Fuerza. Tras firmar la paz con el Remanente, cuando su tío realiz6 los cambios en la estructura de la academia, algunos alumnos bromeaban con que el Maestro se estaba haciendo viejo y necesitaba echarse sus siestecitas de Fuerza. A Jacen le hacían gracia, pero envidiaba la conexi6n que Luke tenía con la Fuerza. Él quería esa intimidad para sí, aunque sabía el precio que su tío había tenido que pagar para obtenerla. Sabía que no era algo fácil de obtener, pero esperaba fervientemente que su camino no fuera tan largo ni enrevesado como lo fue el de Luke.

Se apart6 de la puerta y se apoy6 contra la pared. Su tío le había dicho que la experiencia enseña que a veces hay que tomar decisiones difíciles. Determinar si lo que había visto era real era una decisi6n francamente difícil. Su raz6n le aconsejaba que dudara de lo que había visto, pero su coraz6n le decía que partiera.

Intuyo que ésa es la mejor opci6n, y la Fuerza est6 más guiada por la intuici6n que por la raz6n. Jacen exhal6 lentamente y volvi6 a la habitaci6n de Danni para ponerse el uniforme de combate. Se enganch6 un intercomunicador en la solapa para poder registrar los datos de su misi6n. *Así podré cumplir el objetivo de mi tío mientras realizo el mío.* No le dijo a R2-D2 que se iba, porque sabía que el androide despertaría a su tío y que la misi6n terminaría antes de empezar.

Al pasar por la puerta de Luke, se inclin6 ante su Maestro. Después, cubierto por una larga túnica Jedi, sali6 de las instalaciones de ExGal y se intern6 en la noche.

—oOoOo—

A cada paso que daba, Jacen se sentía más imbuido en la visi6n que había tenido. Cada hoja, cada nube, el zumbido de los insectos y el murmullo de la gravilla al deslizarse colina abajo a su paso. Todo era como lo recordaba. Dej6 de pensar y comenz6 a concentrarse en sus sensaciones, eligiendo el siguiente paso al azar y con la certeza de que había tomado la decisi6n correcta.

Avanz6 en la noche, con mucho cuidado; pero con una sensaci6n creciente de invulnerabilidad, fruto de la certeza de saber a lo que iba. Su visi6n se estaba haciendo realidad. Se acercaba a una confrontaci6n que liberaría a los esclavos y comenzaría a hacer retroceder a los yuuzhan vong. Sabía que Luke no lo entendería, y que probablemente no lo aprobaría, pero Jacen se sentía obligado

a cumplir el destino que la Fuerza le había planteado.

De repente se encontró bajando hacia la orilla de la laguna. La luz de la luna se reflejaba en las ondas plateadas y en el agua que llenaba las hojas de las plantas de villip. Los esclavos se movían entre los tallos, regando los villips una y otra vez con cucharones llenos de agua oscura. Los únicos sonidos eran los del agua cayendo y los susurros de los villips.

Jacen se detuvo en la orilla y se quitó la túnica. Respiró hondo y dejó que la calma fluyera en su interior. Sonrió levemente y su gesto se tomó afable. Abrió los brazos y los estiró.

—Venid a mí. Yo os salvaré.

Los esclavos alzaron la cabeza a la vez y le miraron. Una serie de agudos silbidos fluyeron de un lado a otro, y algunos villips los imitaron. Jacen reconoció el sonido como el que hacía R2-D2 cuando estaba asombrado, así que sonrió e indicó a los esclavos que se acercaran a él.

—Venid a mí. La esclavitud ha terminado.

Los esclavos comenzaron a moverse, pero de un modo que no coincidía con su visión. *¡Se están alejando de mí!* Los esclavos se marchaban en silencio, encogiéndose como si fueran a recibir un golpe. Los de la primera fila le miraron mientras esperaban a los rezagados. Los primeros en salir echaron a correr, salpicándose de agua.

Entonces, en mitad de la formación de esclavos, se hizo un vacío. Un guerrero yuuzhan vong vestido con armadura y con un anfibastón entró en el agua y se situó frente a él. Giró el arma en círculos, primero hacia delante, luego por encima de su cabeza y finalmente por detrás. Se detuvo en seco, con el bastón entre el antebrazo derecho y las costillas, y se agachó.

Jacen entró en el agua hasta la mitad de las piernas y sacó su sable láser. Lo activó y el zumbido ahogó los débiles lamentos de los esclavos. La hoja verde iluminaba tenuemente los villips. Jacen describió despacio un círculo con la siseante espada, cortó el tallo de una planta y partió por la mitad los dos villips mientras caían.

El guerrero aulló y comenzó a correr hacia Jacen. El agua apenas parecía detenerle. El anfibastón comenzó a girar de nuevo. La punta rozaba el agua al describir el círculo entero.

Jacen echó a correr hacia su enemigo, pero, al ser más pequeño, el agua le frenaba. El joven Jedi se detuvo y elevó el sable láser por encima del hombro derecho. Después, al acercarse el guerrero, irguió las muñecas para que la hoja apuntara hacia delante, y embistió.

¡Es lo que hice en mi visión!

Pero el guerrero yuuzhan vong no parecía formar parte de la visión. Giró de nuevo a la derecha, esquivando la hoja de energía verde, y golpeó el anfibastón contra la espalda de Jacen. Una de las almohadillas que recubrían su traje absorbió gran parte del impacto, pero la fuerza del golpe le hizo tambalearse hacia delante. Jacen cayó de rodillas y se dio la vuelta, bloqueando con el sable

láser el siguiente ataque.

La hoja rechazó el golpe, pero no tuvo el efecto que el joven esperaba. *¡Tendría que haber cortado treinta centímetros de esa cosa!* Jacen se puso en pie, bloqueó otro ataque bajo por la izquierda y, con un giro de muñecas, alzó el sable láser dando un corte que debería haber partido al yuuzhan vong por la mitad.

La armadura alienígena desprendió chispas y humo. El guerrero retrocedió uno o dos pasos y atacó con su anfibastón. Jacen lo esquivó y le dio una estocada en la muñeca derecha. Hubo más chispas, más humo e incluso un zumbido, pero la mano no se separó del brazo.

Sorprendido, Jacen elevó de nuevo la hoja para lanzar otro ataque, pero el yuuzhan vong ya había retrocedido. Antes de que Jacen pudiera optar por atacar el estómago del guerrero, éste alargó el puño derecho y dio al chico en el cuello.

El duro golpe hizo sacudirse a Jacen. Hubiera caído al agua, pero chocó contra una planta de villip que le mantuvo en pie. El muchacho movió la cabeza para despejarse y se agachó al ver que el yuuzhan vong iba a asestarle una patada. No le dio, pero hizo estallar uno de los villips. El líquido viscoso que emanó de la planta hizo que le ardieran los ojos, la nariz y la boca.

Asfixiado, Jacen se agazapó tras la planta. Se echó agua en la cara para lavársela, se movió hacia la izquierda y asestó dos golpes rápidos al yuuzhan vong, que retrocedió un poco. Pero, a la luz del sable, Jacen se dio cuenta de que la herida de la armadura del yuuzhan vong era algo más que una cicatriz descolorida.

¡No sólo cultivan las armaduras! ¡Están vivas!

El yuuzhan vong alzó el anfibastón y lo bajó en un golpe dirigido a la cabeza de Jacen. El Jedi levantó el sable para bloquearlo, pero el anfibastón perdió su rigidez, se ablandó como un látigo y se enrolló en su muñeca derecha. El guerrero tiró de Jacen, que perdió el equilibrio y cayó ante la rodilla del yuuzhan vong. El guerrero le asestó un golpe en el estómago.

El joven Jedi sintió la viscosa presión de la mano del yuuzhan vong en la nuca, y se encontró con la cara hundida en á agua turbia. El agua bullía alrededor de su sable láser, pero el látigo controlaba el movimiento de su brazo y no le permitía atacar.

El joven desechó el pánico que crecía en su interior e invocó a la Fuerza. Intentó soltarse del yuuzhan vong, tal y como lo había hecho miles de veces con sus hermanos o sus amigos cuando jugaban en la academia, y descubrió el fallo de su estrategia justo cuando sus pulmones comenzaron a quedarse sin aire.

No puedo percibir al yuuzhan vong con la Fuerza. Y ahora no puedo hacerle nada.

Mientras tragaba su primera bocanada de agua, pensó que podía emplear la Fuerza para salir del lago, pero la concentración necesaria era imposible mientras su cuerpo se sacudía. El poco aire que le quedaba en los pulmones salió en burbujas. Su cuerpo intentó respirar por instinto y tragó más agua, lo

que le hizo toser y sacudirse de nuevo.

Oh, no, pensó Jacen mientras la oscuridad se cernía sobre él, *no era una visión, ni un sueño. Era una pesadilla...*

CAPITULO 19

Anakin se agazapó en el campo de lavanda y escudriñó el pequeño grupo de dantari. Los nómadas nativos no parecían tan raros. Tenían forma humanoide y un vocabulario limitado basado en palabras, gestos manuales y expresiones faciales. Fabricaban herramientas, pero aún no sabían trabajar el metal. Un par de ellos tenían cuchillos fabricados con esquirlas de AT-AT, pero Anakin no vio que los utilizaran para nada. Llegó a la conclusión de que eran un símbolo de poder, ya que los llevaban dos machos grandes con el pelo canoso.

Por un momento deseó que C-3P0 estuviera allí para traducirle el dialecto dantari, pero la imagen del androide dorado escondiéndose entre la hierba era tan ridícula que a Anakin casi le dieron ganas de reírse.

Los dantari habían acampado en un pequeño claro junto a un grupo de árboles blba. Uno de los machos adultos estaba dibujando con carbón un emblema imperial en el pecho de un macho joven. Para ello, utilizaba una rama de blba y un palo, con los que tatuaba con ceniza el pecho del más joven para que el dibujo quedara estampado de forma indeleble.

El joven dantari no era el único que lucía el emblema. Había otros que llevaban imágenes de AT-AT toscamente tatuadas, dibujos de pistolas láser o la estructura de las armaduras de los soldados de asalto esbozadas en las piernas y en los brazos. Había niños pequeños sentados que contemplaban con fascinación el proceso de tatuado. Los mayores miraban orgullosos al chico, que aguantaba estoico.

Anakin miró hacia otra parte e intentó no escuchar los golpecitos del palo sobre la piel. Miró a Mara y la cogió desprevenida, en un momento en el que parecía realmente cansada. Bajó la mirada y volvió a alzarla. Para entonces, su tía ya había adoptado una expresión de menos debilidad y más calidez.

Si la he podido ver cansada es porque tiene que estar realmente agotada. *Nunca me hubiera permitido verla así, a no ser que no hubiera podido evitarlo.* Anakin sonrió y se arrastró en silencio hasta su tía.

—Yo nunca me haría un tatuaje —susurró el muchacho.

—Creo que es mejor evitar marcas identificativas —le miró traviesa—. Nunca sabes cuándo va a perseguirte uno de esos Jedi.

— ¿Tú no tienes tatuajes, no?

—No sé, Anakin —Mara se encogió de hombros con expresión juguetona—. Después de todo, fui atrapada por un Jedi, así que igual sí que tengo.

Él fue a preguntar algo, pero lo pensó mejor y mantuvo la boca cerrada.

—No quiero saber más.

Mara soltó una sonora carcajada y se tapó la boca con la mano. Anakin empleó la Fuerza sin saber qué hacer, e inmediatamente percibió que el daño ya estaba hecho. Un grupo de dantari con tres chicos en cabeza se aproximaba.

Entre ellos, un macho adulto iba dispuesto a atacar a lo que hubiera provocado aquel ruido.

Sin pensarlo, Anakin se levantó y se colocó entre los dantari y Mara. El macho se acercó a ellos y Anakin comprobó que era casi medio metro más alto que él, y que de espaldas era más ancho que él de pie. Además, debía de pesar unos sesenta kilos más que él. El muchacho abrió unos ojos como platos por la impresión, y luego se agachó y sacó los dientes.

El nativo se acercó a poca distancia. Elevó sus grandes puños por encima de la cabeza y gritó, pero Anakin se mantuvo en su sitio. No imitó sus movimientos. Había aprendido lo suficiente observando a los dantari como para saber que eso habría provocado un combate territorial. La mayor parte de los enfrentamientos dantari se basaban en que el más grande atemorizaba al más pequeño, y Anakin nunca había visto a un dantari tan pequeño como el que tenía delante plantándole cara.

Con la mirada clavada en los ojos del macho, Anakin se sentó en cuclillas y apoyó los codos en las rodillas. Sabía que podía utilizar la Fuerza para obligar al macho a que hiciera lo mismo, pero dejó la Fuerza en paz. En la semana que llevaban en el planeta había intentado utilizarla lo menos posible, y aunque le dolía todo el cuerpo y le habían salido ampollas, se sentía bien al hacer las cosas por sí mismo. La Fuerza es un aliado, no una prótesis. *Y si esto es lo único que aprendo de esta experiencia, bueno será.*

El dantari volvió a aullar, pero Anakin no reaccionó. Se sentó y miró el vacío entre Mara y el macho, que se echó hacia delante y se apoyó sobre los puños. Luego se sentó en cuclillas también. Tras él, los jóvenes dantari hicieron lo mismo.

Anakin habló en voz baja.

—Vale. He conseguido que se siente y que se tranquilice. ¿Y ahora qué hago?

—Coge esto.

Anakin se llevó la mano izquierda al hombro y cogió un pequeño disco de metal que le tendía Mara. Se dio cuenta de lo fríos que estaban los dedos su tía. Luego miró el botón que le había dado y sonrió.

—Espero que funcione.

—Es una lástima que sólo tenga el emblema de la Nueva República, y no el del Imperio.

—Pero brilla. Vale la pena intentarlo.

Sin dejar de mirar al macho adulto, Anakin se echó hacia delante y se puso a cuatro patas. Avanzó hasta la mitad para acortar la distancia, colocó el botón de Mara en el suelo y se retiró.

El adulto avanzó lenta y cuidadosamente y alargó una mano hacia el botón plateado. Extendió un dedo y lo rozó. Retrocedió inmediatamente y, cuando lo hizo, los pequeños saltaron hacia atrás y gritaron. Volvió a acercarse y olisqueó el botón. Luego volvió a tocarlo. Tras acariciarlo unas seis veces, cada vez durante más tiempo, lo cogió y lo miró, totalmente cautivado.

Anakin giró la cabeza para mirar a Mara.

—Quizá necesite más botones si vamos a tener que sobornar a toda la tribu.

La tía de Anakin sonrió y se tiró de la manga derecha.

—Tengo otro par de ellos en los puños. Si necesitamos más, cogeré un resfriado.

—Esperemos no llegar a ese punto.

Anakin miró al dantari y vio que estaba intentando fijarse el botón en una trenza. El Jedi le sonrió y el nativo le devolvió la sonrisa. Entonces, el dantari se dio la vuelta y volvió corriendo al campamento, cogió en brazos a los niños y recibió algunas reprimendas por parte de las hembras del grupo. Luego cogió algo de una bolsa de piel de fabool y volvió adonde estaba Anakin. Abrió la mano justo donde Anakin había dejado el botón y soltó cinco tubérculos blancos no más grandes que el pulgar del chico.

El joven Jedi sabía que eran raíces de vincha. No sabía para qué las utilizaban los dantari, pero había visto que se alteraban mucho cuando encontraban la planta y podían extraer las raíces. Anakin no había visto muchas plantas de esas en el planeta, así que le pareció una valiosa oferta viniendo de un dantari.

Anakin sonrió y alzó las manos con las palmas hacia el dantari.

—Gracias, pero no puedo aceptarlas.

El adulto le miró un momento, atónito, y luego se fue corriendo. Regresó con otro puñado, las echó una a una en el montoncito y duplicó así la cantidad. Le estaba costando mucho dejarlas en el suelo, y Anakin podía sentir el dolor que le producía regalarlas.

—Mara, ayúdame.

—Tú te has metido en esto, tú sabrás cómo salir.

—Ha sido por tus risas.

—Ha sido por tu broma.

—Vale, lo capto —Anakin se rascó la cabeza—. Vale, el botón es más valioso para él que diez raíces de vincha, y sé que me daría otras cinco.

—Quizá por eso algunas de las hembras están escondiendo el resto de las provisiones.

—Claro. Quiere un intercambio justo. Es una cuestión de honor y orgullo, diría yo.

Mara le dio una palmadita en la espalda.

—Bien pensado.

—Ahora tengo que intercambiar las raíces por algo más, ¿no?

—Podría ser. Podría funcionar.

Anakin asintió. Se aproximó a las vinchas, las cogió y las llevó a su sitio. Se levantó y se acercó a un blba para recoger las ramas que habían caído al suelo. Volvió e hizo un montón con los palos. Señaló al dantari, a las ramas y por último al lugar hacia donde Mara y él tenían el campamento. Después le tiró una de las raíces al adulto.

El nativo la cogió, señaló al montón de palos y después a su campamento.

Anakin asintió. El dantari sonrió, giró sobre sus talones y volvió corriendo con su tribu. Les contó algo atropelladamente mientras gesticulaba, mostrando orgulloso la raíz de vincha. Los dantari comenzaron a gritar y a dar saltos, dejándose llevar por la alegría.

Anakin recogió el resto de las raíces y se las guardó en el bolsillo. Se puso en pie y ayudó a Mara a levantarse.

—Me gustaría que nos fuéramos antes de que les dé por invitarnos a la fiesta.

—Estoy de acuerdo —Mara pasó un brazo por los hombros de su sobrino y se apoyó en él—. Lo has hecho bien.

—Y no usé la Fuerza ni una vez.

—Es verdad, aunque has conseguido librarte de recoger leña.

Los dos se rieron en voz baja mientras caminaban. Anakin andaba despacio para que Mara no se cansara. Se quedaron en silencio un momento. El joven se detuvo junto a unas rocas que marcaban el comienzo de la cuesta que llevaba al campamento y dejó que Mara se apoyara en una de ellas.

Se pasó una mano por la frente.

—No sé tú, pero yo estoy cansado.

Mara sonrió.

—Eres muy amable, pero yo...

—Tía Mara, no pasa nada.

—Yo soy la que está cansada aquí... —el esfuerzo de hablar parecía costarle mucho—. Si soy una carga me lo dices.

Anakin negó con la cabeza, inflexible, y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Nunca, tía Mara, nunca serás una carga.

—Si tu madre estuviera aquí, estaría orgullosa de lo amable y educado que eres.

—Si mi madre estuviera aquí, habría negociado un tratado para que el planeta se uniera a la Nueva República, y lo hubiera conseguido por un puñado de raíces de vincha —Anakin suspiró y contempló los ojos verdes de Mara—. Sé que no te encuentras bien. Y sé que para ti es difícil, pero sigues luchando. No tengo palabras para expresar lo mucho que significa para mí.

Por un momento recordó el hecho de que su padre, con su dolor, apenas había estado sobrio. ¿Por qué no te pareces más a la tía Mara, padre?

Mara le miró fijamente.

—A veces, Anakin, las cosas nos superan. Hay veces que no puedes luchar.

—Pero tú sigues haciéndolo. Estás siendo muy valiente.

—Eso es porque sé a lo que me enfrento. Hay otros que no pueden identificar a su enemigo, y, por tanto, no pueden luchar.

El enemigo de mi padre soy yo. Ese pensamiento le hizo estremecerse, pero otro ocupó enseguida su mente. *O quizá su enemigo es la culpa que ha decidido asumir. Ojalá las cosas hubieran sido distintas.*

Mara se separó de la roca y se apoyó de nuevo en el chico.

- ¿Preparado para subir la cuesta?
- Después de ti, Mara.
- Juntos, Anakin, juntos.

—oOOOo—

Esa tarde, el dantari trajo un gran montón de leña de blba. Regresó con una segunda carga, y Anakin le dio otra raíz de vincha. El nativo se alejó en la oscuridad y poco después les llegaron gritos de alegría procedentes del lejano campamento dantari.

Anakin partió una rama por la mitad y la echó al fuego.

—Bueno, ya son felices.

—Sí, eso parece —Mara asintió, y las sombras que proyectaba la hoguera ocultaron su expresión plomiza—. Lo has hecho bien.

—Gracias. Yo pienso lo mismo.

Anakin siguió pensando lo mismo hasta que se despertó a la mañana siguiente y encontró al dantari esperándolo en el campamento. Estaba sentado en el tronco derribado de un blba. Con una expresión parecida a la de un hutt con una carrera de vainas amañada, el nativo extendió la mano vacía hacia Anakin.

CAPITULO 20

Gavin no se detuvo en la entrada del despacho que el almirante Traest Kre'fey tenía asignado en Dubrillion. Golpeó el dintel de la puerta con los nudillos y entró en la habitación. Había dado un par de pasos cuando alzó la mirada de su datapad y se encontró con que había dos personas más reunidas con el almirante.

—Lo lamento, almirante, no sabía que estuviera ocupado —Gavin reaccionó y saludó.

El bothan le devolvió el saludo.

—No hay problema, coronel Darklighter. Creo que ya conoce a Lando Calrissian y a Leia Organa Solo.

Gavin enrojeció.

—Sí, nos han presentado, pero no los conozco... —Lando y Leia fueron héroes de la Rebelión junto a su primo Biggs. Él era un niño cuando oyó hablar por primera vez de ellos, e incluso llegó a enamorarse platónicamente de la princesa Leia. Aunque hacía mucho que había superado ese sentimiento, volver a encontrarse con ellos le devolvía a su infancia y le hacía sentirse como un impostor sólo por estar en la misma habitación—. Puedo volver más tarde, señor.

Kre'fey negó con la cabeza.

—No, no es necesario —el bothan señaló la exposición holográfica de datos y tablas—. Las naves agamarianas que llegaron con nosotros han estado sacando a la gente del planeta con sus lanzaderas. Los yuuzhan vong no hacen nada por detenerlas, así que suponemos que atacarán cuando empiecen a salir las caravanas de refugiados. El Escuadrón Pícaro va a tener que quitárnoslos de encima.

—He estado trabajando en eso, almirante —Gavin miró su datapad—. Tengo un escuadrón completo de Ala-X listo para partir, y los habitantes de Dubrillion tienen gran cantidad de *feúchos*, es decir, naves que han sido modificadas para recorrer en el cinturón de asteroides y que van armadas. Deberían valer por un grupo de cazas.

Lando sonrió con gesto seguro.

—Aquí tenemos buenos pilotos. Mantendrán a los yuuzhan vong alejados de la caravana de naves.

—Seguro que sí, pero lo que me preocupa es que sólo unos cuantos de esos *feúchos* están equipados con hipervelocidad. Necesitaremos una nave en la cola que sea capaz de recuperar a los pilotos y a sus cazas. El Escuadrón Pícaro rechazará a los yuuzhan vong mientras se recuperan los cazas, y entonces saltaremos nosotros.

Kre'fey se acarició el vello blanquecino de la barbilla.

—Yo pensé que el *Ralroost* sería la última nave en salir y que nosotros recuperaríamos los cazas.

Leia frunció el ceño.

—Estamos embarcando pasajeros en el *Ralroost*, pero si sale en último lugar, los yuuzhan vong se concentrarán en atacar esa nave. ¿Quiere correr ese riesgo?

El bothan soltó una risilla.

— ¿Que si quiero correr el riesgo? No. ¿Que si creo que no hay otra opción? Sí —se apoyó en la mesa en la que se hallaba el holoprojector—. Sabemos que, pese a la generosidad de los agamarianos al enviarnos todas sus naves, no podemos salvar a toda la población de Dubrillion.

Gavin contempló la ciudad arrasada. Cuando volvió a reunirse el escuadrón, Kre'fey había accedido a la petición agamariana de que el *Ralroost* escoltara una caravana de naves a Dubrillion. Gavin pensaba que Kre'fey había tramado aquella petición para situar su nave en un escenario donde Coruscant no podría negarle el contacto con los yuuzhan vong. Cuando llegó la caravana, los yuuzhan vong enviaron media docena de cazas detrás de las naves, pero los Ala-X los mantuvieron a raya sin sufrir bajas.

En los cuatro días que habían pasado desde la llegada de la caravana, los yuuzhan vong se habían limitado a unas cuantas incursiones que parecían destinadas a comprobar el tiempo de respuesta de los Ala-X y del resto de los cazas que había traído el *Ralroost*. Gavin estaba seguro de que todos sus movimientos estaban siendo observados y catalogados. No se había sentido tan vulnerable desde que el gran almirante Thrawn murió en Bilbringi.

El pueblo de Dubrillion se había enfrentado a la inminente invasión con un estoicismo que a Gavin le parecía admirable. Teniendo en cuenta que no podían salvar a todo el mundo, se les pidió a las familias que tomaran la terrible decisión de elegir quién se salvaría y quién se quedaría atrás. Los mejores niños de Dubrillion, junto con historiadores, artistas y líderes culturales eran seleccionados para el transporte a Agarrar. Los hermanos se repartían en distintas naves para impedir que se perdieran las familias en caso de que alguna nave no consiguiera escapar. Las madres veían partir a sus hijos, los amantes se separaban y los nietos, con lágrimas en los ojos, decían adiós a unos abuelos que no volverían a ver en su vida.

Kre'fey prosiguió.

—El pueblo de Dubrillion ha tenido que tomar la peor decisión de su vida. Si yo evitara tomar una decisión así, sería como burlarme de su heroísmo. Y no lo haré.

Leia asintió en silencio. Su callada aprobación de las palabras de Kre'fey estaba llena de nobleza y dolor.

—Entonces yo iré en el *Ralroost* —dijo.

El almirante negó con la cabeza.

—Con todos mis respetos, creo que sería mejor que fuera con el senador A'Kla en su nave.

Leia sonrió.

—Lo haría, pero creo que no sabe que el senador ya ha reservado espacio en

el *Ralroost* para él y su séquito. Ha cedido el *Dulce Recuerdo* a unos pilotos que han viajado a Agamar, y que ya están de vuelta para recoger otro grupo.

—Entonces será un placer tenerla a bordo —el almirante se puso firme y miró a Gavin—. ¿Algo más, coronel?

Gavin le entregó el datapad.

—Ya he encontrado a los pilotos que necesito para completar el Escuadrón Pícaro. Me he tomado la libertad de mirar los registros de los pilotos que han corrido en el cinturón y he escogido a los mejores... entre aquellos que siguen disponibles.

Leia alargó la mano.

— ¿Puedo ver la lista?

El almirante asintió, y Gavin le alcanzó el datapad. Leia lo contempló un instante y alzó la vista.

—Mi hija no está en la lista.

—No, princesa, no está.

— ¿Por qué no? Fue la mejor piloto del cinturón.

Leia sabía que Jaina estaba inquieta, descontenta con las tareas que le habían asignado y ansiosa por contribuir. Se enfadaría muchísimo si no la escogían para pilotar en el Escuadrón Pícaro por ser hija de Leia. Y ahora, al margen de las tareas que tuvieran asignadas, todos estaban en peligro.

—Lo sé, pero es demasiado joven.

La princesa alzó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Corríjame si me equivoco —dijo en un tono que hacía evidente que no se equivocaba—, pero creo que mi hija tiene la misma edad que tenía usted cuando se unió al Escuadrón Pícaro, coronel Darklighter.

Gavin se sintió acalorado y notó que volvía a enrojecer.

—Sí, es cierto, pero era un momento de desesperación...

— ¿Y éste no lo es?

—Sí, pero...

Leia habló en un tono profundamente afectado.

—Permítame hacerle una pregunta, Gavin. Si uno de sus hijos fuera el mejor piloto, ¿le negaría un puesto en el escuadrón?

—No me pregunte eso —a Gavin se le hizo un nudo en el estómago—. He pilotado contra los vong y sé lo terribles que pueden llegar a ser. Ni siquiera estoy seguro de sobrevivir yo. No quiero mandar al hijo de nadie a que muera ahí fuera. Y menos a su hija, princesa. Ha cumplido de sobra con su parte de sacrificio hacia la Nueva República.

Leia se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Luego le miró a los ojos y sonrió con valentía.

—Gavin, ambos sabemos que aquellos que tienen la capacidad de solucionar problemas nunca tienen la oportunidad de pasar desapercibidos, ni de descansar y llevar una vida normal. La gente como nosotros asume responsabilidades para que otras personas no vean sus vidas arruinadas.

Podemos desear que eso cambie, pero no cambiará.

Le entregó el datapad.

—No puedo expresar con palabras mi agradecimiento porque haya dejado fuera a Jaina, pero si permitimos que vuele podremos salvar otras vidas. Es una excelente piloto, sabe manejar un Ala-X mejor que nadie y es una Jedi. Puede que la Fuerza no sea tan efectiva con los yuuzhan vong, pero en caso de que otros miembros del escuadrón estén en peligro, ella lo percibirá y podrá ayudar.

Gavin se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Dos de los mejores pilotos del antiguo escuadrón procedían de Corellia y de Alderaan, así que supongo que contar con alguien cuya sangre procede de ambos sitios sería muy positivo. ¿Se lo dirá usted o lo hago yo?

—Comuníquese usted, coronel —Leia sonrió orgullosa—. Creo que la misión quedaría un tanto ensombrecida si se la comunica su madre.

—Cuidaremos bien de ella, princesa. Tiene mi palabra.

—Lo sé, Gavin. Que la Fuerza le acompañe.

—oOOOo—

—Pícaro Once, responde, por favor.

Jaina parpadeó y dio un respingo en la cabina cuando se dio cuenta de que la llamada era para ella. *¡Estoy en el Escuadrón Pícaro!* Era una idea que tenía su aspecto surrealista, porque, cuando era pequeña, la vida de su tío antes de ser Caballero Jedi había caído en el olvido. Y aunque Luke era reconocido como el fundador del Escuadrón Pícaro, Wedge Antilles y el resto de los pilotos eran los que habían definido al escuadrón y lo habían convertido en una leyenda.

Aunque sabía que era muy buena pilotando, no pensaba que fuera lo suficientemente buena como para formar parte del escuadrón, y menos a su edad. *Pero los momentos desesperados requieren medidas desesperadas.*

—Pícaro Once, responde. Si tu unidad de comunicación te está dando problemas, levanta la mano.

Jaina cogió el micrófono.

—Perdón, Nueve. Todo bien. Estoy lista.

—Hay que estar alerta, *Palillos*. No puedes distraerte.

—A tus órdenes, Nueve —Jaina sonrió, disfrutando de que ya le hubieran asignado un apodo en el escuadrón. Sabía que se debía al hecho de que su Ala-X tuviera una palanca de control y que, además, ella llevara un sable láser, que a los pilotos les parecía otro palillo.

La voz de Gavin irrumpió en el canal de comunicación.

—Pícaros, nos vamos. Nos encontraremos en el punto Ángel-Uno. Id hacia 342 punto 55 y repostad.

Jaina hizo doble clic en su unidad de comunicación para indicar que había recibido el mensaje y dio potencia a los propulsores. El Ala-X ascendió suavemente y se mantuvo inmóvil en el aire mientras recogía el tren de aterrizaje. Miró por las ventanillas de la cabina y vio a su madre flanqueada por

Elegos y Lando. Levantó los pulgares hacia arriba con mucho énfasis y, cuando Pícaro Diez salió del hangar, ella aceleró y siguió a su compañero de escuadrón. Una vez fuera, accionó los mandos, aceleró a fondo y salió disparada hacia el cinturón de asteroides.

A Jaina se le seguía poniendo la carne de gallina cuando recordaba el momento en el que el coronel Darklighter había venido a ofrecerle un puesto en su escuadrón. El Escuadrón Pícaro liberó a Coruscant del Imperio, ayudó a derrotar al Cártel de Bacta, formó parte de la derrota del gran almirante Thrawn y tuvo un papel clave en la larga lucha contra el Imperio. Su tío, su madre y su padre eran considerados héroes de la Rebelión, pero los Pícaros eran un símbolo, un grupo de héroes con el que mucha gente se identificaba. Ella quería a su familia y le encantaba ser Jedi, pero el hecho de formar parte del escuadrón era algo que se había ganado por sí misma, no algo que le hubieran otorgado por sus habilidades en la Fuerza o por la reputación de sus padres.

Cuando llegó al punto de encuentro, Jaina miró la pantalla principal del sensor. Los Pícaros estaban a medio camino entre el cinturón de asteroides y la caravana agamariana. Otros escuadrones de cazas construidos a partir de antiguos diseños TIE y un montón de *feúchos* permanecían en formación detrás del Escuadrón Pícaro. Al final de la caravana se encontraba el *Ralroost*. Un par de lanzaderas venían desde el planeta para embarcar en el crucero de asalto bothan. Utilizando la Fuerza, Jaina supo que su madre y Danni estaban en una de ellas.

Han salido del planeta sin problemas. Ahora tenemos que conseguir que salgan del sistema.

—Pícaro Uno, capto movimiento en mi escáner —la voz de Pícaro Cuatro dominó el canal por un momento—. En 271 punto 30. Jaina giró en esa dirección y sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—Por todo lo que hace feo a un hutt...

Una nave de guerra yuuzhan vong descendía lentamente desde el cinturón de asteroides con pequeños coralitas zumbando a su alrededor como las moscas en la carroña. La nave tenía la misma longitud que un destructor estelar imperial, pero, al ser ovalada, resultaba mucho más grande. Su estructura estaba veteada de roca negra, suave y cristalina, y de grietas escarpadas y desiguales que albergaban cavidades que, según supuso Jaina, debían de ser huecos para las armas y para los dovin basal que propulsaban la nave.

Desde el morro, y a lo largo de la nave y de la popa, crecían unos largos apéndices de coral rojo y azul oscuro. Los coralitas cubrían esos brazos como si fueran pulgones sobre una planta. Jaina supuso que los agujeros vacíos más grandes contenían los proyectores de plasma y, a juzgar por su tamaño en comparación con los coralitas, bastaría un solo disparo para derribar fácilmente un caza.

Las primeras naves de la caravana comenzaron a moverse. Emplearon la gravedad de Dubrillion para coger velocidad e introdujeron una ruta que les

permitiría dar el primer salto del viaje a Agamar. No iban a seguir una ruta recta, ya que no querían guiar a los yuuzhan vong hasta el planeta. Y, lo que era más importante, al detenerse a medio camino para variar la ruta, tardarían menos días en llegar que dando un solo salto.

Los coralitas que orbitaban la nave grande formaron en escuadrones y atacaron la caravana. Los controladores de tránsito de combate del *Ralroost* comenzaron a designar objetivos entre los pilotos y enviaron órdenes de ataque a los diversos escuadrones de Dubrillion que se hallaban más cerca. Jaina miraba fijamente sus monitores. Las lucecitas que representaban a los cazas en pleno avance se dividían en pedazos en mitad de los combates y dejaban de existir.

Tras lo que a ella le pareció una eternidad, pero que en realidad fue demasiado poco tiempo, Gavin habló por el canal privado del intercomunicador.

—Pícaros, nos han asignado el objetivo denominado Roca-Uno. Moveos rápido y causad todo el daño que podáis. Os quiero a todos pendientes del resto.

El androide R5 de Jaina, un modelo granate y blanco, soltó un ronco lamento.

— ¿Qué te pasa, *Chispas*?

El androide dio un silbidito y visualizó el objetivo en el monitor principal de Jaina.

Por los huesos negros del Emperador, nos han asignado la nave de guerra. En cierto modo, ordenar a un grupo de Ala-X que atacaran a una nave nodriza tenía sentido. Las grandes naves del Imperio siempre se habían mostrado vulnerables ante los ataques de los pequeños cazas. Los comandantes tácticos de la Nueva República lo sabían y empleaban los cazas de forma muy efectiva contra sus enemigos.

Sin embargo, Jaina se preguntaba si los yuuzhan vong sabrían que tenían que temer a los cazas.

—A tus órdenes, Uno —Jaina sonrió y aceleró—. *Chispas*, agárrate fuerte.

—Tienes a Doce contigo, *Palillos*.

—Gracias, Doce —Jaina miró su panel de armas—. Nueve, ¿utilizamos los torpedos de protones o sólo los láseres?

— ¿Tienes alguna razón para ahorrar torpedos, *Palillos*?

—Recibido, Nueve —Jaina activó los cuatro láseres y puso el dedo vacilante sobre el gatillo. Pensó que los láseres le servirían para alcanzar las defensas de las naves, y luego, en caso de encontrar un objetivo, podía soltar los torpedos.

La nave de guerra yuuzhan vong aumentaba de tamaño al acercarse los Ala-X. El extremo de popa de la enorme nave se elevó y las espinas dorsales apuntaron hacia delante, en paralelo a la línea de navegación. En las puntas brillaban luces amarillas que soltaban ardientes bolas doradas de plasma dirigidas hacia las naves de la caravana.

Los disparos, que tenían un alcance de cinco kilómetros, no eran lo

suficientemente precisos como para acertar a los pequeños cargueros. Aun así, todas las naves de la caravana tenían una ruta de vuelo establecida por si tenían que escapar del sistema. Si el fuego de los yuuzhan vong atravesaba esa ruta, la colisión sería inevitable.

A Jaina, el primer carguero en recibir un disparo le recordaba mucho al *Halcón Milenario*. El tiro de plasma le dio por estribor, atravesando limpiamente la cabina y penetrando lentamente en la nave, que comenzó a dar sacudidas como una piedra en un juego de sabacc. Los restos del fuselaje y los pasajeros empezaron a salir despedidos, mientras la nave daba vueltas a la deriva y se precipitaba hacia la esfera marrón que era Destrillion, condenada a arder en la entrada a la desolada atmósfera del planeta.

Jaina la vio morir y de repente sintió mucho frío, no físico, sino emocional. Gente que huía y que no había pedido que atacaran su planeta acababa de ser asesinada, y morirían más si no hacían nada por impedirlo. Sin pensarlo, simplemente intuyendo las maniobras, dio la vuelta a su Ala-X y se dirigió hacia la nave yuuzhan vong. Giró la nave con los estabilizadores de babor, ascendió y voló al ras por la cubierta de la nave.

Movió los mandos levemente, girando a derecha e izquierda, y subiendo y bajando mientras avanzaba. Los coralitas pegados a las extremidades le disparaban pequeños chorros de plasma en corrientes doradas, pero sus maniobras impedían que la alcanzaran. Además, se dio cuenta de que los toscos agujeros de la nave contenían dovin basal que proyectaban agujeros negros para absorber sus disparos de láser, pero también atraían las trayectorias del plasma.

Mientras recorría la superficie de la nave, comenzó a disparar hacia los chorros de plasma, dejando que sus haces láser atravesaran la trayectoria del plasma, al igual que éste cortaba la ruta de vuelo de la caravana. Los dovin basal se veían obligados a proyectar vacíos en esas corrientes para absorber sus disparos. Y eso no sólo les agotaba, sino que proporcionaba cobertura al caza de Jaina.

Tiró de los mandos y ascendió en dirección a uno de los apéndices de la nave rocosa. Suponiendo que el mecanismo de dirección de los disparos de la nave se hallaba en la punta de aquellos brazos, Jaina soltó unas ráfagas hacia uno de ellos. Los dovin basal de los extremos absorbieron todos los disparos menos uno, que rozó la punta justo un segundo antes de que una ráfaga de plasma saliera despedida hacia la caravana.

Tiene sentido. Los dovin basal cubren los extremos, excepto en el momento previo al disparo. Jaina pulsó la unidad de comunicación.

—Uno, las puntas son vulnerables. Crean una ventana previa al disparo. Voy a por una de ellas.

—Ten cuidado, *Palillos*.

—Como todos, Uno.

Jaina sintió que la inundaba una extraña paz mientras ascendía con su Ala-X

formando una espiral alrededor de una de las extremidades. Los dorados disparos de plasma le pasaban de largo. Un par rozaron sus escudos, pero ella aumentó rápidamente la potencia en esos lugares. En la punta, los rayos se curvaban al pasar cerca de los haces de gravedad proyectados por los dovin basal. Ella disparó hacia esa zona, viró bruscamente a babor y dio media vuelta. Jaina bajó de repente la velocidad a cero, y el Ala-X dio una vuelta de campana y se quedó flotando en el espacio, a quinientos metros del final de aquella espina.

Jaina miró dentro del apéndice. Tenía una válvula de tres valvas en su interior que le recordó a la válvula tricúspide del corazón. Las valvas se abrían durante uno o dos segundos, lo justo para soltar el plasma, y luego se cerraban, sellando el tubo. Resultaba casi elegante, pero era increíblemente primitivo en comparación con el caza que ella pilotaba.

Disparó unas ráfagas sobre la válvula. Los disparos de plasma dirigidos hacia ella se curvaban por el vacío que servía de escudo a la punta.

—*Chispas*, avísame cuando la anomalía gravitatoria vaya a desaparecer.

El androide dio un silbido y luego, rápidamente, soltó un pitido agudo.

Jaina apretó los mandos para activar los torpedos de protones y lanzó un par de ellos. Los misiles rosados soltaron una llamarada azul y dieron en pleno objetivo. Un instante antes de ser alcanzada, la válvula se abrió, revelando un disparo dorado procedente de lo profundo de la extremidad. Los torpedos siguieron su trayectoria. Jaina aceleró a toda potencia e invirtió su Ala-X para alejarse de la nave yuuzhan vong.

En alguna parte en mitad del apéndice, los torpedos colisionaron con los chorros de plasma. La espina azul oscuro comenzó a agrietarse inmediatamente. De las grietas surgió un fuego de matices dorados y plateados, y la extremidad comenzó a deshacerse. El centro se vaporizó en una nube incandescente de coral yorik derretido. Una enorme bola de fuego se quedó atascada en la mitad superior de la espina en un ángulo extraño, y comenzó a girar y a sacudirse. Se golpeó contra otra espina y ambas quedaron destrozadas.

Otro par de torpedos se dirigieron hacia la primera extremidad. El primero pasó de largo por el borde derretido y brillante e impactó en la carcasa. La explosión abrió una gran brecha en la nave e hizo saltar el coral yorik por el espacio. El segundo consiguió penetrar en la espina y, cuando explotó en la base, ésta se estremeció.

—Buen disparo, Doce.

—Sigo tus pasos, *Palillos*.

Jaina rió mientras elevaba el caza por un instante, y luego aceleró y se alejó de la nave.

— ¡Para que se enteren!

—Se han enterado.

—Basta de charlas.

La orden de Gavin resonó en el canal de comunicación, pero no parecía

enfadado.

—A tus órdenes, Uno —Jaina sonrió aún más cuando vio que el *Ralroost* se iba acercando al punto en el que saltaría al hiperespacio. *Lo estamos haciendo bien.*

Entonces su nave sufrió una sacudida. Miró a su alrededor, temiendo que un dovin basal hubiera atrapado sus escudos, pero no tenía ningún corallita cerca. Su monitor secundario mostraba una anomalía gravitatoria en el sistema, pero, según las lecturas, era mucho más grande que la que podían generar los corallitas. *De hecho, la única vez que he visto algo así fue cuando simulé un combate contra un crucero clase Interdictor.*

A Jaina se le encogió el corazón. La nave de guerra yuuzhan vong había dejado de utilizar los dovin basal para dirigir la nave y los estaba empleando para generar un enorme pozo gravitatorio que impedía al *Ralroost* y a otra media docena de naves entrar en el hiperespacio en la ruta de Agamar. *Habrà que buscar otra ruta.*

Justo cuando se materializó ese pensamiento, *Chispas* silbó para anunciar que había recibido nuevos datos de navegación. Los estaba mirando cuando la voz de Gavin resonó en el canal de comunicación.

—Pícaros, el punto de salida hacia Agamar ha sido bloqueado. Ya tenéis el nuevo destino. El *Ralroost* ha recogido a los cazas, así que salid ya. Nos encontraremos allí en doce horas. Buen combate.

Jaina hizo doble clic en la unidad de comunicación. Volvió a mirar el destino, orientó el caza hacia una lejana estrella y se dirigió hacia allí. *Dantooine. Tengo ganas de volver a ver a Mara. Espero que esté descansada, porque si nos siguen, necesitará estarlo.*

CAPITULO 21

Jacen Solo se despertó con una tos fuerte y ronca que le hizo sacudirse y lo debilitó. Los hombros y las caderas le dolían tanto que el dolor provocado por la tos se desvaneció. Abrió los ojos y vio que estaba sobre un suelo de brillo perlado. El reflejo que le devolvía no era tan preciso como el de un espejo, pero mostraba una imagen distorsionada de sí mismo en la que se veía en parte borroso y en parte desfigurado. *Que es exactamente como me siento.*

Llegó a la conclusión de que estaba colgado de una estructura situada en el techo. Podía sentir las correas en tobillos, muslos y muñecas. Las ataduras de las muñecas eran las peores, ya que le hacían girar los brazos y le inmovilizaban los hombros. Tenía los tobillos más elevados que los hombros y, desde su posición, no podía ver el dispositivo que le apresaba.

No podía ver nada, pero el sol había comenzado a elevarse sobre Belkadan, convirtiendo la negra noche en una mañana de neblina que se parecía a la sensación brumosa que él tenía en el cerebro. Calculó que llevaba unas cuatro horas capturado por los yuuzhan vong. *Tiempo más que suficiente para seguir mi rastro hasta las instalaciones de ExGal, la nave, Erredós y el tío Luke. ¿En qué estaría pensando?*

La visión le había parecido tan real. Todas las piezas encajaban perfectamente. No quería pensar que se había engañado a sí mismo, ni que había utilizado el sueño como pretexto para hacer algo que su tío no quería que hiciera. La certeza de que actuar así era algo previsible en alguien de su edad se le clavaba en el alma. *Eso me hace exactamente igual que todo el mundo, y no lo soy. Soy especial. Soy más responsable.*

Otro ataque de tos le hizo sacudirse y agudizó el dolor que sentía en los hombros. Jacen se permitió sonreír un poco. *Por supuesto, todos los adolescentes convencidos de que no son como los demás, probablemente piensan lo mismo cuando les demuestran que no son tan distintos como pensaban.* Suspiró. Ni siquiera su entrenamiento en la Fuerza podía evitar que cometiera errores. *Puedes ponerle los mejores motores a una nave regular, pero si el chasis no tiene una estructura íntegra, acabará destrozada.*

Y eso es lo que el tío Luke estaba intentando decirme cuando me recordó que no tenía experiencia. Movié los hombros para tirar de las correas de las muñecas. *Lección número uno de esta experiencia: ser consciente de lo que no sabes. Lección número dos: aprender bien la número uno.*

Jacen intentó concentrarse para invocar la Fuerza, pero el dolor de hombros y caderas se lo impidió. El nuevo ataque de tos no le ayudó demasiado. Utilizó técnicas Jedi para calmar el dolor, pero cuando aliviaba la tensión nerviosa, las ataduras de las muñecas le apretaban y le torcían aún más los brazos, agudizando el dolor de los hombros.

Jacen jadeó y se quedó quieto un segundo. Sintió un escalofrío que aumentó

el dolor de sus articulaciones. En respuesta, las ataduras de los brazos se aflojaron un poco, pero a Jacen no le consoló mucho.

Estaba claro que el dispositivo al que estaba amarrado podía percibir el dolor que sentía. Él sabía que eso era muy sencillo. Unos sensores podían monitorizar la actividad en las zonas de su cerebro que controlaban el dolor. Había dispositivos capaces de medir hasta el dolor que sentía en los hombros, de la misma forma que podían leer las señales neuronales para que la mano artificial de Luke funcionara con normalidad. Incluso sabía de máquinas que infligían dolor, como las que Darth Vader utilizó con sus padres en Bespin.

Lo que le sorprendía era que no parecía haber un propósito claro para torturarlo así. No lo estaban interrogando. El dolor no era suficiente para dejarle inconsciente, pero le dejaba aturdido. Eso le impedía acceder a la Fuerza, pero pensaba que los yuuzhan vong no sabrían lo suficiente sobre los Jedi como para saber la utilidad de esto.

Un áspero chasquido resonó en la sala, y Jacen alzó la cabeza. Por el umbral de entrada del edificio apareció una pequeña criatura gris. Caminaba sobre seis patas y se balanceaba de un lado a otro. Tenía otras cuatro extremidades, elevadas como banderas en un desfile. Dos de ellas eran gruesas, y las otras dos finas. También tenía tres ojos compuestos que colgaban arracimados desde un tallo central móvil y articulado. Como entraba por la puerta este, el sol le llegaba desde atrás, lo que impedía a Jacen distinguir los detalles, pero lo poco que podía ver no le gustaba nada.

El joven Jedi sintió pánico, pero lo controló. En un estante junto a la entrada vio su sable láser e intentó cogerlo utilizando la Fuerza. Sabía que no podía activarlo, pero si conseguía moverlo para golpear a la criatura se sentiría mucho mejor. Intentó invocar la Fuerza, pero no podía concentrarse lo suficiente. Al darse cuenta de lo indefenso que estaba se sintió muy mal, exhausto y al borde de la desesperación.

La criatura avanzó correteando, y a Jacen se le encogió el estómago. El caparazón de aquel ser estaba lleno de cosas blancas, parecidas a la gravilla y repartidas como granos. Los ágiles brazos se curvaban sobre sí mismos y estaban recubiertos por unas pincitas y unos mechones plumosos.

A Jacen le dio la impresión de que la criatura estaba haciendo inventario de su carga.

El ser se detuvo justo debajo de la cara de Jacen, y los dos apéndices gruesos se elevaron con las pinzas abiertas. El muchacho echó la cabeza hacia atrás para impedir que las pinzas le atraparan las orejas o las mejillas. Con la criatura tan cerca, pudo ver bien las cosas blancas y supo, sin lugar a dudas, que eran las semillas de las calcificaciones que tenían los esclavos. *Como me planten eso, lo llevo claro.*

Uno de los ágiles apéndices se elevó y le rozó la desnuda garganta con una de las plumas. Un penetrante dolor le atravesó el cuello. Habría gritado de no ser porque el dolor paralizó sus cuerdas vocales y le insensibilizó los músculos del

cuello. La cabeza se le quedó colgando y los músculos de la cara le daban tirones. Se mordió accidentalmente el interior de la mejilla y comenzó a sangrar por la boca.

Las garras gruesas de la criatura le cogieron por los lóbulos de las orejas y tiraron con fuerza. Lo único bueno del dolor de la pluma letal es que apenas sentía la presión de las orejas. Tras apartar la pluma, uno de los apéndices delgados le pellizcó bajo el ojo derecho, justo encima del pómulo. Oyó un chasquido y supo que las pincitas le habían traspasado la carne. Comenzó a sangrar y empapó de rojo el caparazón gris pálido de la criatura.

Mientras una de las extremidades delgadas le abría la herida, la otra le metía las cosas blancas por debajo de la piel. Hubo más pellizcos y luego dejó de sangrar, pero Jacen podía sentir el organismo extraño en su interior. Cerró el ojo y notó que la cosa se le clavaba en el pómulo.

Se estremeció. Sabía que había muchas criaturas, sobre todo insectos, que buscaban anfitriones adecuados para sus crías. Introducían los huevos en su interior y creaban un cultivo de crías que nacían dentro de la víctima. Los bebés maduraban y se alimentaban sin parar, devorando a su anfitrión desde dentro hasta que estaban preparados para salir y buscar una nueva presa. El anfitrión que les había alimentado quedaba reducido a una cáscara debilitada y sin vida, y todo por criar a sus propios asesinos.

¡No, no puedo dejar que me pase eso! Ignorando el dolor, redobló sus esfuerzos para invocar a la Fuerza, pero no llegó a conectar con ella. Gruñendo, siguió intentándolo con todas sus fuerzas, negándose a rendirse. Se lo propuso con toda su voluntad y buscó esa chispa que le llevaría hasta la Fuerza, llenándole y alimentándole.

En la estantería de la puerta, su sable láser comenzó a temblar.

La criatura estiró las orejas y se arrastró hacia la puerta. Jacen miró fijamente su sable láser, que vibraba y se agitaba. Quería levantarlo del estante, elevarlo hacia el techo y luego dejarlo caer con fuerza suficiente para aplastar a la criatura. No sabía cómo escaparía después, pero era suficiente por el momento. Cuando el sable láser salió disparado del estante, Jacen sintió una oleada de alivio.

Pero el objeto se alejó hacia el este y se convirtió en un punto negro recortado contra el sol. Jacen lo vio desaparecer y su triunfo se convirtió en asombro. Intentó traerlo de vuelta una y otra vez, que volviera y aplastara a la criatura, pero el arma había desaparecido. Ya no podía percibirlo.

Le sobrevino una profunda tristeza. Sintió como si la Fuerza misma se hubiera marchado con el sable, llevándose el símbolo de los Caballeros Jedi porque ya no lo consideraba digno de la Orden.

Y entonces, en la distancia, oyó el zumbido de un sable láser activándose. Casi como un eco, el sonido se repitió. El joven alzó la cabeza y miró hacia la entrada, por encima de la criatura. La mitad del sol había aparecido por el este y derramaba luz dorada desde el horizonte. En el centro se recortaba una silueta

que se acercaba flanqueada por dos hojas láser verdes. Se aproximaba cada vez más, hasta que quedó claro que se trataba de un Maestro Jedi con la túnica negra ondeando tras él. Las dos hojas verdes parecían más antorchas de alerta que armas.

Su tío estaba tan lejos que sólo parecía un juguete. En ese momento, un guerrero yuuzhan vong le atacó desde la izquierda. El alienígena intentó asestar a Luke un golpe en la cabeza con el anfibastón. El Maestro Jedi levantó el sable láser de su mano derecha para bloquear el golpe. Podría haber atacado con el de la izquierda al estómago desprotegido del yuuzhan vong, pero, en lugar de eso, giró sobre el pie izquierdo y metió la pierna derecha por entre las del alienígena. El guerrero cayó al duro suelo. Entonces, Luke le golpeó en la cara con la empuñadura del sable láser, y lo dejó inconsciente entre el polvo.

Otro yuuzhan vong apareció desde la derecha y golpeó a Luke en el estómago con el anfibastón. El Maestro Jedi dio un salto hacia atrás para evitarlo y lo atrapó con ambos sables. El alienígena alzó el anfibastón y giró por debajo de él. Cuando se daba la vuelta para ponerse frente a Luke, una piedra del tamaño de un puño se elevó del suelo, dándole en la sien y destrozándole el casco, que saltó en pedazos, mientras otra piedra le golpeaba el hombro. Otras piedras se levantaron, como si las hubiera atrapado un tornado, y golpearon sin piedad al yuuzhan vong. Finalmente, una le dio en la frente, rebotó contra el cráneo y le hizo caer en el barro.

Un tercer guerrero, que se mostraba más cauteloso que sus entusiastas compañeros, atacó a Luke. Hizo girar su anfibastón como si fuera una hélice, intentando darle en la cabeza o en los pies. El Maestro Jedi retrocedió para esquivar el arma y saltó por encima del bastón. Utilizó la Fuerza para elevarse en el aire, dio una voltereta y aterrizó detrás de su enemigo.

El yuuzhan vong giró y propinó una patada a Luke en las piernas. El Maestro Jedi recibió el golpe en los tobillos y cayó de espaldas. El yuuzhan vong siguió girando y luego elevó el anfibastón para asestar a Luke un golpe en la cabeza.

Durante el tiempo que su enemigo tardaba en completar la vuelta, el Maestro Jedi dio una voltereta hacia atrás y aterrizó sobre una rodilla. Alzó los sables láser y los cruzó, deteniendo el anfibastón sobre su cabeza, justo en el punto de unión de las dos hojas. El yuuzhan vong se enfureció ante el bloqueo y flexionó su anfibastón, que abrió unas fauces llenas de colmillos. El arma viviente retrocedió un poco con la intención de atacar a Luke en la cara. El siseo del anfibastón y el gruñido triunfal del yuuzhan vong llenaron el aire.

Entonces, Luke separó los sables cruzados, y ambas hojas cortaron la garganta del anfibastón. Aunque su carne era demasiado densa como para impedir que el sable láser la cortara sin problemas, el doble asalto mutiló un segmento de veinticinco centímetros del anfibastón. El resto se enrolló dolorido, y el guerrero yuuzhan vong, que lo necesitaba para mantener a raya a Luke, se tambaleó. Sin levantarse, Luke elevó el sable láser derecho para asestar una estocada al yuuzhan vong en el estómago. Después giró y utilizó el arma de su

mano izquierda para golpear la parte trasera de los muslos de su adversario.

El guerrero cayó al suelo. Los restos del anfibastón se agitaban agonizantes en el polvo.

Luke se levantó y avanzó. Varias piedras, como roedores asustados por sus zancadas, se levantaron a su paso, abalanzándose hacia la criatura que estaba con Jacen, y la aplastaron. El Maestro Jedi pisó los restos babosos que habían dejado las piedras en la entrada y pasó por delante del chico sin decir nada. Los sables láser sisearon y se desactivaron. Jacen flotó lentamente hasta el suelo.

Respiró hondo por un momento y se tumbó de espaldas. Luke se arrodilló junto a él y le tocó la cara con la mano artificial. Jacen sintió dolor cuando su tío apretó la semilla de coral y le pellizcó la carne. El Maestro Jedi sacó la sangrienta semilla de la cara de su sobrino utilizando el pulgar artificial y dejó que la sangre fluyera de la mejilla de Jacen.

El chico se levantó y se quitó las ataduras de las piernas.

—Tío Luke, lo siento muchísimo.

—No hay tiempo para eso —Luke le dio su sable láser, cogió a su sobrino del brazo y le ayudó a levantarse—. La nave está ahí, en un valle al sudeste. Erredós nos está esperando, enviando los datos que hemos recogido. Tenemos que irnos ya.

— ¿Y los esclavos?

Luke negó con la cabeza.

— ¿Qué esclavos?

Jacen intentó ignorar el dolor y utilizó la Fuerza para tratar de percibir a los débiles.

—No lo comprendo. Había esclavos cuando fui al huerto de villips.

—Ya no existen. O están muertos o, no sé, se han pasado totalmente al bando enemigo. Quizás hayan aceptado lo que son —Luke se apoyó pesadamente en su sobrino—. Tenemos que llegar a la nave.

Jacen pasó el brazo a su tío por la cintura.

— ¿Qué pasa? ¿Te han herido?

—No, Jacen, es sólo que... —el pecho de Luke daba estertores—. Es que utilizar la Fuerza tanto y tan directamente es agotador. Un Jedi puede ser capaz de controlar y utilizar la Fuerza en grandes cantidades, pero tiene que pagar un precio, un precio terrible. Rápido, tenemos que irnos ya.

Jacen se apresuró a seguir a su tío.

— ¿Adónde vamos?

—Adonde nos necesitan, y no podemos llegar tarde —Luke se pasó la mano derecha por la cara y se manchó con la sangre de Jacen—. Vamos a Dantooine.

CAPITULO 22

La doctora Pace agitó suavemente a Corran para despertarlo. Él parpadeó.

—Sí, ¿qué pasa, doctora?

Ella se enderezó y señaló hacia la sala de excavaciones.

—Jens ha averiguado algo sobre los escarabajos que trajisteis.

— ¿En serio? ¿Ya?

—Es muy buena. ¿Qué quieres que te diga?

—Eso parece. Gracias. Dame un minuto.

Corran se sentó despacio y juntó las plantas de los pies, colocando los talones lo más cerca que pudo de las ingles. Se echó hacia delante y estiró los músculos que le dolían. Emplear técnicas Jedi para deshacerse del dolor era sencillo, pero eso no le devolvería la flexibilidad a los músculos entumecidos. El camino de vuelta desde el poblado del lago seco transcurrió sin incidentes, y a Corran no le importó el sombrío silencio de Ganner. Le dio tiempo para pensar, y lo que tenía que pensar requería mucho esfuerzo mental.

En los años que había pasado en el Cuerpo de Seguridad Corelliano había visto mucha crueldad. Entre los criminales, los fuertes tendían a aprovecharse de los débiles, lo que no era en absoluto sorprendente. La crueldad suponía un rasgo de supervivencia en un entorno donde la única ley era que el individuo más peligroso era el que se encontraba en la cima de la cadena alimentaria. Corran había visto el resultado de torturas terribles y crueldades brutales. Todo aquello había sido horrible, pero no tenía comparación con la paliza mortal que los yuuzhan vong habían dado al prisionero.

Lo que realmente afectaba a Corran de aquella muerte era que estaba claro que el pobre esclavo se había vuelto loco por las protuberancias de su cuerpo, y que los yuuzhan vong eran los causantes de que esos bultos formaran parte de él. Corran no entendía por qué, si las protuberancias tenían teóricamente la función de controlar al esclavo, al final hacían que el portador se descontrolara. Sería como instalarle un dispositivo de control a un androide que acabara dándole órdenes contradictorias que causaran su destrucción.

Por lo que había presenciado, Corran comenzó a intuir que había algo más entre los yuuzhan vong y sus esclavos. El abandono y el júbilo aparente con el que habían asesinado al prisionero hizo pensar a Corran que era algo que tenían muchas ganas de hacer. Como si las conchas pequeñas fueran regalos que, una vez desenvueltos, ofrecían a los yuuzhan vong la posibilidad de divertirse con algo que consideraban placentero. A Corran también le perturbaba el hecho de que para ellos parecía ser sólo mera diversión. Las protuberancias podían ser útiles como instrumentos de control, pero servían para algo más.

Es como si los yuuzhan vong quisieran infligir dolor y sufrimiento sólo para ver cuánto tardan los esclavos en rendirse. El problema que planteaba esa idea era que Corran entendía la esclavitud en términos de codicia. Un esclavo era un

trabajador al que no había que compensar, lo que resultaba muy económico para el dueño, sobre todo si podía controlar al esclavo para evitar toda posibilidad de rebelión. Pero utilizar los esclavos como fuentes de agonía no tenía sentido, a no ser que el dolor alimentara de alguna forma a los yuuzhan vong, o que tuviera otra relevancia para ellos. *Y si eso es cierto, esta invasión será peor que cualquier guerra motivada por la política o la economía. La victoria para los yuuzhan vong implica el sufrimiento de todos los seres vivos.*

Se estremeció y se levantó. Se puso el cinturón de la pistola láser. El sable le colgaba de la cadera derecha, justo delante de la enfundada pistola. Se ajustó el cinturón hasta que le quedó a la altura de las caderas y bajó por el pasadizo que llevaba a la sala de excavaciones.

Corran se encontró con que también le esperaban Ganner y Trista, además de Jens y de la doctora Pace. Ganner lo miró mientras la doctora Pace se daba la vuelta y le hacía una señal a Jens.

La arqueogenética rubia señaló con la mano una holografía que mostraba la imagen de los tres escarabajos.

—Pese a tener tan pocos especímenes para trabajar, he podido averiguar unas cuantas cosas. Sobre todo he analizado sus excreciones... Corran arqueó una ceja.

— ¿Caca de bicho?

Jens puso los ojos en blanco.

—Es más que eso. El escarabajo centinela, el que dio la alarma por lo del esclavo, es bastante común, pero los otros dos son interesantes. Los pequeños segregan una sustancia que se funde con el suelo. Químicamente es mucho menos compleja que la Peste, pero su composición molecular está conectada con los neurorreceptores olfativos de los slashrats. Eso es lo que los mantiene alejados del campamento, ya que piensan que todo el barro del asentamiento está impregnado de Peste.

— ¿Los escarabajos fabrican Peste sintética? —Corran frunció el ceño—. ¿Eso no es ingeniería genética avanzada?

Jens negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Estos escarabajos, al igual que otras formas de vida, como nosotros, tienen una relación simbiótica con los organismos microscópicos de su cuerpo. Podemos masticar comida y producir ácido para digerirla más adelante, pero son las bacterias de nuestro estómago las que absorben las moléculas complejas y las dividen para que nuestro cuerpo pueda absorberlas. Ellas también se alimentan de lo que comemos nosotros y producen desechos. En este caso, algunas de las bacterias del estómago del escarabajo producen esta sustancia parecida a la Peste. Diseñar una bacteria es mucho más fácil que diseñar un escarabajo. Sólo son el envoltorio de las bacterias.

Ganner asintió y señaló la imagen del segundo escarabajo.

— ¿Y éste qué hace?

—He estado analizando los gases que expulsa y he descubierto que segrega mucho dióxido de carbono. El contenido del dióxido de carbono del valle, y me baso en el aire de los botes de muestra que llenaste allí, es más elevado que el del resto de Bimmiel. Si tuviera que aventurarme, y ya que nos habéis dicho que las protuberancias de los esclavos son duras y casi rocosas, creo que el elevado contenido de dióxido de carbono puede estar fomentando el crecimiento de esas cosas.

Trista se mordió el labio un instante.

—Si soltaran los suficientes escarabajos, ¿podrían aumentar el nivel de dióxido de carbono como para que el planeta retuviera el calor durante la órbita exterior?

La ingeniera genética lo pensó un momento y se encogió de hombros.

—Es posible. No tengo los datos planetarios necesarios para saber cuánto tiempo llevaría eso, pero si los escarabajos se reproducen de forma descontrolada, podría pasar. Rechazar el invierno destruiría totalmente el ecosistema autóctono, ya que tendríamos humedad, pero no habría energía solar para que las plantas crecieran. Los shwpis saldrían demasiado pronto de la hibernación, y los slashrats se los comerían y luego morirían de hambre.

Corran se acarició la perilla un instante.

—Jens, tú has conseguido emplear este equipo para fabricar Peste, y sabes cómo generar el olor de la matanza, ¿no?

Ella asintió.

— ¿Y podrías emplear el equipo para crear una bacteria que, en lugar de generar Peste artificial, fabricara esencia de matanza?

Jens negó con la cabeza.

—No tenemos lo necesario para crear una bacteria así. Eso requeriría unos instrumentos mucho más especializados que éstos.

Corran hizo un gesto de rabia.

— ¡Mierda de Sith! Si consiguiéramos que los slashrats arrasaran el campamento yuuzhan vong... —señaló a la esquina donde habían descubierto los restos del yuuzhan vong momificado—. Ya sabemos que a esas bestias no les disgustan los yuuzhan vong.

A Jens se le iluminó la cara.

—Ah, si eso es lo que quieres no hay problema. Lo que sí puedo hacer es generar un virus que mate a la bacteria que crea la Peste, insertando un nuevo código genético para que comience a generar el olor de la matanza. Y además puedo fabricar otro que detenga las concentraciones de dióxido de carbono.

Corran sonrió.

— ¿Y podrías fabricar un virus que hiciera que los yuuzhan vong segregaran aroma de matanza?

— ¿Sudor de matanza? Es posible. Puedo utilizar estos huesos para buscar restos de virus y trabajar a partir de eso —Jens sonrió con optimismo—. ¿Con cuál empiezo?

Corran hizo amago de responder, pero la doctora Pace dio un puñetazo en la mesa que soportaba el holoprojector.

—Con ninguno.

Corran parpadeó.

—¿Cómo?

—No va a fabricar ningún virus —Pace miró fijamente a Corran sin parpadear—. Si liberamos esos virus podríamos provocar una catástrofe planetaria que alteraría la ecología de Bimmiel para siempre.

—Si los liberamos, estaríamos respondiendo al intento de los yuuzhan vong de hacer exactamente lo mismo —Corran señaló hacia la superficie—. Si los yuuzhan vong consiguen provocar cambios en la ecología del planeta, lo utilizarán como base para seguir conquistando nuestra galaxia. Hemos de detenerlos, y dados los recursos que tenemos, la utilización de estos virus es nuestra mejor baza. Estoy seguro de que Jens puede arreglarlo para que el frío extremo los mate y los destruya cuando el planeta llegue al punto más alejado de su órbita.

—Sin problemas.

Pace se giró hacia Jens y la amenazó con el dedo.

—No vas a hacer nada parecido.

Trista se unió a la crispación.

—Es como si pensaras que a nosotros nos incumbe tu lucha contra los yuuzhan vong, Horn.

Corran se quedó boquiabierto.

—Estáis metidos hasta el cuello en ella. En el mejor de los casos, sólo estarán aquí investigando. En el peor, quizás hayan regresado para recuperar el cuerpo de un explorador extraviado y vosotros estáis sentados encima de él. Lo habéis desenterrado, lo habéis medido y lo habéis analizado. Quizá se lo tomen como un insulto y quieran destruir al que lo haya hecho.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Nosotros hemos venido exclusivamente a investigar este planeta. Somos sólo observadores.

—No te creas, entiendo perfectamente esa actitud. Lo que me pregunto es si los vong la entenderán o verán relevante la diferencia —Corran miró a Ganner—. ¿Qué opinas?

—La doctora Pace y Trista tienen razón. Tu plan podría dar lugar a un holocausto planetario que podría dejar este mundo estéril —el comentario de Ganner dibujó una sonrisa de adoración en el rostro de Trista—, pero hay una alternativa.

Trista asintió.

—¿Lo ves? Los virus no hacen falta.

Corran entrecerró los ojos.

—¿Y cuál es esa alternativa?

—Volvemos y hacemos lo que teníamos que haber hecho la otra noche

cuando me detuviste

—Ganner se llevó la mano al sable láser—. Detener a los yuuzhan vong de una forma directa.

El desacuerdo apareció en el gesto de Pace, y Trista se quedó pálida. —Ganner, no puedes correr ese riesgo.

—Eso es lo que hago, Trista. Así es. Vosotros no sois luchadores. Si os metéis en la contienda, estaríais comprometiendo vuestras vidas y vuestras creencias. Corran y yo os protegeremos mientras huís.

Corran dio la espalda a la doctora Pace.

—Ya has visto el fallo del plan.

Ella asintió.

—No podemos matar a todos los escarabajos porque no sabemos hasta qué punto están extendidos. Ni destruyendo a los yuuzhan vong podremos responder a lo que han hecho. Y, aun así, no puedo autorizar ese tipo de acción.

—Entiendo lo que dices —suspiró Corran—. Y yo también señalaría que, os guste o no, seáis luchadores o no, estáis todos en plena zona de combate. Respeto tu postura, pero creo que lo mejor es que traigamos aquí a todos, les contemos lo que pasa y que voten sobre el curso de acción.

La doctora Pace pensó la propuesta en silencio. Corran se cerró a propósito a la percepción de las diversas emociones que emanaban de la mujer y concentró sus sentidos en abarcar el complejo de cuevas. *Si decide realizar la votación no tardaremos mucho en reunir aquí a las veinte personas y proponerles el tema.*

Corran frunció el ceño de repente.

—Ganner, contándonos a nosotros, ¿cuánta gente hay en las cuevas?

—Veinte —la sonrisa se borró de su cara—. Pero debería haber veintidós. Faltan dos personas.

Trista negó con la cabeza.

—No falta nadie. Vil y Denna acaban de salir hacia su estación meteorológica para arreglar la antena. Dejaron de recibir datos anoche y se fueron antes de que regresarais vosotros.

Ganner la miró parpadeando.

— ¿Dejasteis que dos personas salieran al exterior y que se alejaran de la base?

Ella alzó la cabeza desafiante.

— ¿Qué pasa, que los valientes Jedi son los únicos que pueden escapar de los slashrats y cumplir con su deber? Llevamos luchando contra los peligros de este planeta mucho más tiempo que vosotros.

La doctora Pace sacó un intercomunicador y lo puso en una frecuencia determinada.

—Vil, aquí la doctora Pace. Informad.

El canal abierto sólo le devolvió ruido de fondo.

— ¡Mierda de Sith! —Corran giró sobre sus talones y echó a correr—. Si los vong han encontrado la estación es muy probable que la hayan destruido, ya

que odian la tecnología. Quizás hayan dejado algo en su lugar. Algo que esos dos han molestado. Entonces los vong pueden haber salido y haberlos atrapado...

Trista negó con la cabeza.

—No hay pruebas que demuestren...

Ganner se acercó a Trista y la cogió por los hombros. Luego la obligó a mirarle.

—Trista, te considero una persona inteligente, apasionada y fascinante, pero sabes tan bien como nosotros que las posibilidades de que tus compañeros sean prisioneros de los yuuzhan vong son muchas.

—No, no —ella negó con la cabeza, el pelo negro le caía por los hombros—. Nunca les hubiera dejado marchar si hubiera pensado que... Corran alzó la mano.

—Da igual. Les diste permiso para irse antes de que supiéramos que los yuuzhan vong estaban aquí. Tenemos un problema y tendremos que solucionarlo. Quizá Vil y Denna aparezcan de repente con un intercomunicador que se ha quedado sin batería.

La doctora Pace tragó saliva.

— ¿Y si no es así?

—Alguien tendrá que encontrarlos —Corran intentó sonreír débilmente—. Y creo que sé por dónde empezar a buscar.

CAPITULO 23

El constante deterioro de Mara preocupaba a Anakin. Ella era muy valiente y muy fuerte, pero cada vez se cansaba más y estaba empezando a rendirse. Él podía percibir que cada vez recurría más a la Fuerza para sostenerse. Eso la hacía más fuerte, pero requería tanta atención y concentración que estaba seguro de que había momentos en los que su tía no tenía ni idea de dónde estaba o de quién era él.

Hacía todo lo que podía para que Mara no realizara ningún esfuerzo. Limpiaba el campamento y hacía todas las comidas. Observando a los dantari, aprendió a encontrar plantas y especias comestibles que empleaba para dar un toque diferente a la comida de lata, que no resultaba muy apetitosa. A Mara parecían hacerle gracia los experimentos fallidos y se animaba un poco en las comidas.

Túber, que era el nombre que Anakin había puesto al dantari comerciante de raíces, estaba evidentemente preocupado por Mara. Siguió trayendo leña, pero no aceptó las dos últimas raíces que le ofreció Anakin. En lugar de eso comerciaron con otras cosas, la mayoría baratijas que Túber se trenzaba en el pelo, alrededor del botón de Mara.

Anakin salió del campamento después de una cena que Mara tomó distraída, y cuando ella regresó a la cama y volvió a dormirse. El joven recogió todo y vio que la leña que tenían no duraría hasta el día siguiente. Le asombró un poco que Túber no hubiera aparecido todavía, así que siguió el camino hacia el asentamiento dantari.

Todavía estaba a más de medio kilómetro del campamento cuando un agudo dolor le llegó a través de la Fuerza. Pensó inmediatamente en Mara, pero no era la sensación que hubiera esperado recibir de ella. Luego pensó en Túber, y captó una corriente subterránea de miedo que procedía del campamento dantari.

Anakin se agazapó entre la lavanda y avanzó lentamente. Sonrió y puso en práctica todo lo que Mara le había enseñado sobre moverse furtivamente por entre la hierba. Podría haber utilizado la Fuerza para apartar las ramitas crujientes de su camino, o para suavizar las hierbas de modo que no chasquearan a su paso. *Antes lo habría hecho, pero no lo necesito. Puedo guardarme la Fuerza para más tarde.*

Siguió acercándose al campamento y, a unos veinte metros, se paró junto a una roca. Vio a Túber de rodillas, sangrando por los cortes que le habían causado en un ojo y en el pecho. El emblema imperial que tenía tatuado había sido arrancado a tiras. Parecía que sus captores habían decidido despellejarle. Tenía las manos atadas a la espalda. Los demás dantari estaban también de rodillas, y todos parecían inquietos y terriblemente asustados.

Y tenían razones para estarlo. De pie, frente a Túber, había dos guerreros

yuuzhan vong altos y atléticos que vestían armaduras quitinosas. Uno de ellos llevaba un bastón con un extremo plano, como si fuera una punta de lanza. El otro tenía un arma parecida pero flexible, que hacía las veces de látigo. El que llevaba el látigo sujetaba el botón plateado en la mano izquierda y, mientras lo agitaba ante las narices de Túber, le farfullaba una pregunta.

Túber gruñó la respuesta.

El yuuzhan vong chasqueó el látigo y otra herida se abrió en el gran pecho del dantari.

A Anakin se le encogió el estómago. Estaba seguro de que el yuuzhan vong le estaba preguntando a Túber de dónde había sacado el botón. Era obvio que el dantari no podía fabricar algo así, y era bastante más nuevo que cualquiera de los artefactos imperiales, lo que indicaba a los yuuzhan vong que los nativos habían recibido visitas más recientes. Túber se negaba a dar a los yuuzhan vong la información que querían. *Está en peligro por nuestra culpa, porque nos hicimos amigos suyos.* Anakin estaba totalmente convencido de que tenía que hacer algo para salvar a los dantari.

Durante un instante, desfalleció. Ahí estaba él, un aprendiz de quince años que no tenía la experiencia de un auténtico Caballero Jedi. A Mara le había costado matar a uno de los yuuzhan vong en Belkadan. Salvar a los dantari era imposible. Era algo que le superaba.

El tamaño importante no es. Aunque Mara le había regañado por utilizar demasiado el aforismo de Yoda, Anakin sabía que ahora sí era aplicable. Su obligación como Caballero Jedi era proteger a aquellos que no podían protegerse solos. Respiró hondo, se abrió a la Fuerza y dejó que fluyera en su interior como nunca lo había hecho. Era como el agua para el sediento, como la luz del sol después de días de lluvia y como el calor tras el frío cortante. Era todo eso y más.

Anakin tocó la roca tras la que estaba escondido y utilizó una parte de la Fuerza que fluía en su interior para moverla. La mole de quinientos kilos se despegó del suelo y se abalanzó sobre los yuuzhan vong. El barro salió despedido de la roca, que giraba en el aire, y que dio contra el suelo, a cinco metros de los guerreros, rebotó y cayó de lado sobre el que llevaba el bastón. Varios chasquidos y crujidos llegaron desde debajo de la piedra. Los brazos y las piernas del yuuzhan vong golpearon frenéticamente la roca, pero se fueron deteniendo gradualmente.

Anakin salió corriendo de su escondite, sacó el sable láser y colocó el dedo sobre el botón de encendido. Saltó hacia arriba y rebotó contra la piedra. Luego dio una amplia voltereta y aterrizó detrás del otro yuuzhan vong. Encendió la hoja violeta de su sable y atacó, hundiendo la punta en una cavidad circular que la armadura alienígena tenía justo debajo del brazo izquierdo.

La resplandeciente hoja púrpura se hundió profundamente. El yuuzhan vong giró amenazando con quitarle el sable de las manos, ya que los bordes de la armadura se resistían al corte. El látigo chasqueó y le dio en el hombro

izquierdo, rasgando la túnica y provocándole un corte. Sabía que aquel golpe debería haberle decapitado, pero la armadura del yuuzhan vong empezó a sacudirse y a encogerse. Las juntas se estiraban, por lo que los movimientos del guerrero se veían limitados. Cuando la armadura se aflojó, el guerrero cayó al suelo.

El anfibastón siseó y se alejó arrastrándose.

Anakin contempló a los yuuzhan vong caídos y comenzó a temblar. Se echó al suelo sobre las rodillas y ocultó la hoja de su sable. De alguna manera, había conseguido acabar con dos guerreros entrenados. Guerreros que a Mara se lo habían puesto difícil. *Vale, a uno lo derribé con un truco, pero al otro...* Sabía que su victoria hubiera sido imposible si no hubiera tenido a la Fuerza como aliada.

Anakin sintió que alguien le tocaba. Miró hacia arriba y vio a Túber de pie junto a él. Alguien le había quitado las ataduras. El nativo dio al chico una raíz de vincha, se metió él otra en la boca y comenzó a masticarla. Tras un buen rato mascando, el dantari escupió la pasta de vincha y saliva en la mano y se la extendió por las heridas.

Anakin asintió y masticó la raíz también. Estaba amarga y la boca se le torció en una mueca. Casi tuvo náuseas al tragar una parte, pero podía sentir que el dolor del hombro remitía. Se extendió la pasta por la herida, y el dolor cesó casi de inmediato.

No me extraña que valoren tanto esta raíz. Anakin se dio una palmada en la frente. Y Túber no quiso aceptar mis últimas raíces porque esperaba que las utilizase con Mara. No fue una coincidencia que viniéramos a Dantooine. Puede que esta cosa no cure su enfermedad, pero la ayudará a luchar contra ella.

Túber ayudó a Anakin a levantarse. El dantari comenzó a gritar órdenes al resto del clan. Comenzaron a recoger sus pertenencias y se dirigieron hacia el campamento de Anakin. Túber sonreía ufano y llevaba al hombro la bolsa de raíces de vincha.

Anakin negó con la cabeza. Sabía que aquellos seres primitivos habían decidido, de alguna manera, que Mara y él eran como divinidades que habían venido para protegerlos. Anakin quería pensar que podía protegerlos, pero sabía que no podía permitirles viajar con ellos.

—Sería como si os permitiera construir vuestras casas en una zona de inundaciones. Correríais un peligro constante.

Túber le miraba perplejo.

Anakin sabía lo que tenía que hacer. Se concentró, reunió a la Fuerza en su interior y proyectó en la mente de Túber la imagen de un valle de hierba alta y repleto de plantas de vincha. Sería un lugar cómodo para vivir, un paraíso para los dantari. Aunque Anakin pensaba que el lugar era un producto de su imaginación creado para engañar a Túber, en parte intuía que el sitio existía en realidad, y que lo estaba viendo tal y como era en aquel instante.

Anakin tuvo cuidado de ubicar la posición del sol en la imagen, la longitud de las sombras y la posición de la luna mayor de Dantooine. Luego señaló hacia

el noroeste.

—Id hacia allí, en esa dirección. Ése será vuestro nuevo hogar. Seguid la costa y lo encontraréis.

Túber pestañeó y alargó la mano intentando tocar la visión que acababa de tener. Anakin le cogió la mano y la orientó al noroeste.

—Id hacia allí.

Empujó suavemente al dantari y consiguió mantenerse derecho hasta que el grupo remontó una colina y desapareció al otro lado.

Anakin se arrodilló junto al yuuzhan vong que había derribado con el sable láser. Bajo el brazo derecho, la armadura tenía otro hueco similar lleno de finas membranas. Anakin llegó a la conclusión de que se parecían bastante a unas branquias. El sable láser había atravesado los puntos vulnerables de la armadura y había matado al yuuzhan vong. El estertor mortal de la propia armadura había salvado la vida de Anakin al impedir el ataque del guerrero.

Había tenido mucha suerte, pero sabía que Luke jamás aceptaría esa explicación. *La suerte no existe, sólo la Fuerza.*

Estaba más fatigado de lo que creía que debía estar, y subió a trompicones hacia el campamento. Sonrió, porque si Mara no hubiera insistido para que prescindiera un poco de la Fuerza, no hubiera estado en condiciones físicas para ascender la cuesta. Los leves dolores provocados por los ejercicios le indicaban lo lejos que podía llegar, y supo que podía volver con Mara.

Estaba oscuro cuando regresó, y el fuego no era más que un montoncito de brasas. Cogió las raíces de vincha que le quedaban y entró en la tienda de Mara. Ella se despertó y se recostó en la cama.

— ¿Qué ocurre?

—Los yuuzhan vong están aquí —le dio la raíz de vincha—. Toma, cómete esto y trágate el líquido. Medicina local, es realmente buena. Mara se frotó los ojos y le miró.

—Estás herido.

—No es nada. Tenemos que irnos —Anakin frunció el ceño—. Creo que los yuuzhan vong han estado aquí desde el principio, explorando. Quizás ellos tienen la culpa de que estés tan débil, no sé. Quizá su presencia hace que aumenten las cosas que están bajo su control, y tu enfermedad podría ser una de ellas. Sentiste una conexión en Belkadan. Aquí es más sutil porque no estás en contacto directo con los yuuzhan vong. Mara asintió.

—Es algo que me gustaría averiguar.

—A mí también —suspiró Anakin—. He matado a dos, pero los cogí por sorpresa. Fue casi demasiado fácil, y me preocupa.

Mara se quitó la manta y se sentó en la cama.

—Eso está bien. Has de estar preocupado. Tengo la impresión de que tratar con los yuuzhan vong no resultará tan fácil de ahora en adelante.

CAPITULO 24

Leia Organa Solo contempló el caos que se había organizado a su alrededor y deseó que fuera más organizado y menos caótico. El *Ralroost* y algunos cargueros habían llegado a Dantooine y no habían detectado yuuzhan vong ni en el sistema ni persiguiéndolos. Los cargueros y las lanzaderas del *Ralroost* comenzaron a transportar refugiados al continente ecuatorial, que tenía brazos de tierra que lo conectaban con el gran continente norte y el continente polar del sur. Los campos de lavanda se hallaban por todas partes, aunque los asentamientos humanos comenzaban a ocultarlos.

Los cargueros habían embarcado a más gente de la que podían alimentar en una travesía larga hacia el Núcleo. Dantooine había sido una buena opción para salir de Dubrillion, pero las rutas de salida de Dantooine eran pocas y distantes entre sí.

Leia suspiró.

Si Tarkin hubiera mordido el anzuelo en su día, este planeta habría quedado destruido, y ahora no podríamos contar con este refugio.

Su intercomunicador soltó un pitido.

—Aquí Organa Solo. Adelante.

—Alteza, está saliendo el último grupo de refugiados del *Ralroost*. Es el momento de que regrese a la nave para iniciar el viaje al Núcleo —la voz del almirante Kre'fey era firme y grave, pero con un pequeño matiz disuasorio—. Sé que pensará que ya habíamos discutido este tema, pero tengo unos jefes ante los que responder en Coruscant.

—¿Y cree que les gustará que yo vaya a decirles que se lo advertí? —Leia negó con la cabeza—. No, gracias, almirante. Me quedaré aquí con el resto. Envíenos ayuda y nos las arreglaremos.

—¿Y si los vong nos siguen hasta aquí?

—En ese caso será todavía peor abandonar a los refugiados —recordó que un grupo de refugiados fue llevado allí una vez y el Imperio acabó con ellos. *Un mal presagio*—. Que tenga buen viaje. Estoy segura de que el senador A'Kla le será de gran ayuda.

—Lo sería si viniera. Está en mi lanzadera principal, llevando al último grupo. Les dejo dos compañías de infantería y armas suficientes para surtir a una parte de los refugiados.

—Espero que no las necesitemos.

—No más que yo, creo.

—Apresúrese, almirante. Que la Fuerza le acompañe.

—Volveré pronto con ayuda.

Leia apagó el intercomunicador y sonrió al ver acercarse a Gavin Darklighter con Jaina detrás.

—Buenas tardes, coronel.

—Alteza. Me he tomado la libertad de nombrar a mi nuevo oficial de vuelo como enlace entre los tres escuadrones y las autoridades civiles, que supongo representará usted —Gavin señaló al norte, al sudoeste y al sudeste del campamento—. He situado a los escuadrones para crear algo parecido a un perímetro. No tenemos armas para rechazar una incursión terrestre, pero lo harán bien. Los Pícaros están al norte. Los dos escuadrones de *feúchos* se han repartido el sur.

Leia asintió y echó un vistazo. El asentamiento principal se hallaba en una hondonada en mitad de un gran valle.

—No parece fácil de defender, ¿no?

—No, pero los sensores indican que podemos extraer agua sin problemas de varios pozos. Habrá que construir refugios porque se aproxima una borrasca desde el norte, así que podemos cavar trincheras y preparar reductos para la defensa. Si los vong están aquí, será positivo contar con defensas.

—Y si no están, la gente se quejará por tener que cavar.

—Madre, esta gente está aterrorizada. Si tienen que cavar, al menos tendrán algo que hacer —Jaina suspiró—. Los cargueros se han situado en mitad del campamento y ofrecerán un refugio temporal. Sus armas pueden proteger a la gente si tenemos que subir a barrer un par de coralitas.

El inocente uso que hizo Jaina de la frase "barrer un par de coralitas" provocó un escalofrío en Leia, que empezó a ver a su hija con otros ojos. Era casi como si hubiera estado viendo una holografía de su hija, tan bonita, tan niña, tan pequeña; y, de repente, alguien la hubiera cambiado por aquella nueva imagen.

Jaina tenía una mancha de tizne en la cara y marcas de sudor en el uniforme de vuelo. Tenía el pelo trenzado y le faltaba el brillo del pelo limpio. Leia podía apreciar su cansancio, pero había una energía en su mirada que ella conocía demasiado bien. Su padre adoptivo habló a Leia de ese mismo brillo en sus ojos cuando ella se unió a la Rebelión.

Ha crecido más de lo que admitiría cualquier padre. Leia alargó el brazo para acariciar a su hija en la mejilla, pero captó recelo en sus ojos. Le puso la mano en el hombro y le dio un apretón cariñoso.

—Bien pensado, Jaina.

Gavin asintió para mostrar su acuerdo.

—Quizá tengamos que mover los cargueros un poco para cubrir mejor el campo de tiro, pero será muy efectivo a la hora de rechazar al enemigo.

—El almirante Kre'fey está enviando tropas y mucho armamento —Leia negó lentamente con la cabeza—. Es probable que no tengamos tiempo de entrenar a los refugiados.

Su hija alzó un dedo.

—Entre ellos hay veteranos de la Rebelión, y hasta miembros del Imperio. Les nombraremos organizadores del campamento y así mejoraremos la defensa.

—Sí, eso también funcionará. La hierba no es muy sabrosa en esta parte, pero no creo que la gente se queje —Leia suspiró—. Por lo que sólo nos queda otro

problema.

Gavin frunció el ceño.

— ¿Y cuál es?

—Se supone que Mara y Anakin están aquí, en Dantooine, pero hemos buscado por todas las frecuencias de comunicación y no hay actividad. El piloto se encogió de hombros.

—Si ella ha venido a descansar es probable que tengan los intercomunicadores apagados.

—Eso pensé yo —Leia se estremeció—, pero tampoco puedo percibirlos con la Fuerza. Si estuvieran muertos lo hubiera sentido, pero que no estén por ninguna parte, no sé, no es bueno, no es nada bueno.

Jaina cogió a su madre de la mano.

—No te preocupes, mamá. Mara es muy inteligente, y Anakin no es idiota. Estoy segura de que están bien.

Leia la miró fijamente.

— ¿Tú puedes sentirlos con la Fuerza?

Ella puso gesto de disgusto.

—Un poco sí, a chispazos. No lo suficiente como para saber dónde están, si no ya habría ido a buscarlos. Es como cuando Anakin jugaba de pequeño a esconderse. Cuando lo percibo, lo percibo con fuerza.

Leia suspiró.

— Espero que siga así.

Y que esté bien escondido, sobre todo si son los yuuzhan vong los que lo persiguen.

—oOOo—

Cuando el estruendo del trueno se fue apagando, Anakin escuchó el zumbido del arma yuuzhan vong que se acercaba a él. Echó el hombro derecho hacia atrás y giró la cara hacia la izquierda. Sintió cómo el disco del tamaño de un puño le pasaba rozando y casi le arañaba la mejilla. El arma emitió un ruido sordo cuando se clavó en el tronco de un árbol.

El resplandor del rayo tiñó de plata el objeto, del cual salieron unas patas que comenzaron a empujar por la derecha del caparazón para soltarse de la madera. Por la experiencia que tenía con los yuuzhan vong, Anakin sabía que el insecto se liberaría y volaría de vuelta a la mano del guerrero que lo había lanzado.

Esta vez no. Anakin saltó hacia delante y aplastó a la criatura con la empuñadura de su sable láser. Las frágiles alas quedaron destrozadas y el cuerpo se partió por la mitad. El arma viviente comenzó a chorrear fluido oscuro y expulsó vapor cuando le dieron las gotas de lluvia.

Reprimiendo un escalofrío, Anakin se dio la vuelta y avanzó por la tortuosa senda de la montaña. El camino que recorría no era más que un riachuelo que había desplazado el barro, y que había dejado las rocas y las raíces húmedas como obstáculos para sus pies. Alargó los brazos y se agarró a una raíz para ayudarse a avanzar. Encontró a Mara tumbada en el suelo fangoso y respirando

agitadamente.

Sin decir nada, cogió una raíz de vincha del bolsillo, la partió por la mitad y le puso un trozo en la boca.

—Venga, Mara, nos están pisando los talones.

—Siempre nos están pisando los talones, excepto cuando van por delante — intentó levantarse, pero tropezó e hizo caer a Anakin también.

Otros dos insectocortadores se clavaron en el suelo junto a ellos. Anakin aplastó uno y ayudó a Mara a levantarse.

—Venga, vamos.

Ella avanzó tambaleante unos tres metros y, un segundo antes de echar a correr, se agarró a una roca. Él salió detrás. Cuando llegó al final de la cuesta, la vio doblando un recodo del camino hacia la izquierda. Corrió hacia ese lado y siguió avanzando tras ella, pero algo retumbó a su espalda.

Anakin se dio la vuelta y activó su hoja púrpura. Bloqueó un golpe de anfibastón y se agachó para esquivarlo. Atacó al estómago del yuuzhan vong, pero, a pesar del humo y el vapor de agua que brotó del punto donde le había tocado el sable, la armadura aguantó. El guerrero saltó hacia atrás y blandió el anfibastón hacia delante. El arma alcanzó a Anakin y le dio un pinchazo en el antebrazo izquierdo, haciéndole jirones la manga y la carne bajo ella.

Anakin se llevó el brazo al pecho, y el guerrero yuuzhan vong soltó una carcajada. Su anfibastón se puso rígido, y el guerrero se alzó al final del camino en toda su estatura, glorioso y terrible. Miró a Anakin y le dijo algo que rezumaba desprecio.

El joven Jedi entrecerró los ojos, y la gran roca sobre la que estaba el yuuzhan vong comenzó a rodar bajo sus pies. El guerrero se apoyó en su anfibastón, pero el suelo fangoso cedió y lo derribó hacia delante. El alienígena aterrizó de bruces, salpicando barro a su alrededor. Cuando elevó la cabeza, Anakin le sorprendió con una patada que lo dejó inconsciente.

El joven Jedi desactivó el sable láser y corrió en pos de su tía. Intentó percibirla con la Fuerza, pero ella la utilizaba de una forma tan efectiva para envolverse y mantener así a raya su enfermedad que apenas podía detectarla. Y sabía que ella le percibiría con la misma intensidad atenuada. Él había estado ahorrando energías y minimizando su presencia en la Fuerza por si acaso los yuuzhan vong la utilizaban para localizarlos. Llevaban tres días huyendo por las montañas y les perseguían casi desde el momento en que empezaron a huir. Encontraron huellas yuuzhan vong antes de alcanzar la nave, por lo que supieron que habían localizado el *Sable de Jade* y, si era cierto que los yuuzhan vong odiaban la tecnología, probablemente lo habrían hecho pedazos.

La huida fue horrible. Al principio llovió con tanta intensidad que Anakin llegó a preguntarse si los yuuzhan vong controlaban la lluvia o si se estaba volviendo paranoico. A los guerreros que les perseguían parecía encantarles lo que estaban haciendo. Los insectocortadores emergían constantemente de entre las sombras, causándoles heridas y cortes. Los brazos y las piernas le ardían

debido a las magulladuras y al cansancio. La ropa, completamente empapada de barro y agua, tenía más agujeros que tela. *No soy más que mi cuerpo y mi sable láser.*

Al doblar un recodo, el camino se ensanchó. Unas rocas altas, como dientes a lo largo del camino, le condujeron a una senda oscura. Los grandes árboles eclipsaban el firmamento, o más bien le impedían ver los furiosos rayos de la tormenta. Mara se apoyó en una de las piedras, le dirigió una breve sonrisa y se quitó un húmedo mechón de pelo rojo de la cara. Tan magullado y herido, tan enfermo y cansado como estaba él, y ella se las arreglaba para seguir teniendo un matiz desafiante en la mirada.

Mara alzó la cabeza y miró a lo lejos. Él se dio la vuelta a sólo diez metros del borde del claro. Tras él había tres guerreros yuuzhan vong. Uno se dirigió hacia la izquierda, otro a la derecha y el tercero avanzó hacia delante. Iban despacio, con precaución, y a Anakin le resultó extraño. *Cualquiera de ellos podría partirme por la mitad.*

Hubo algo en su precavida actitud que le hizo entender todo de repente. *Han venido a por mí. Maté a dos en mi primer encuentro. Todos los guerreros a los que me he enfrentado en solitario han caído. No he matado más desde entonces, pero quizá les haga deshonorado.*

Anakin no perdió el tiempo mirando hacia atrás.

—Mara, vienen a por mí. Creo que es una cuestión de honor para ellos.

—Puede que sea así, Anakin, pero lucharán con los dos —oyó el sable láser de su tía zumbando tras él, derramando luz azul sobre los yuuzhan vong y sus armaduras mojadas—. Activa tu sable. Yo me pido al izquierdo.

—No, Mara, corre —sintió una fría tranquilidad cuando agarró la empuñadura del sable láser. Estaba totalmente seguro de que no sobreviviría a un combate contra tres yuuzhan vong. La Fuerza estuvo con él durante el primer encuentro, y durante todo el tiempo. *Quédate conmigo una vez más, para que Mara pueda escapar. Una vez más.*

Activó la hoja. El haz de energía relucía con intensidad púrpura. Lo sujetó frente a él con la empuñadura en el estómago y apuntando hacia abajo. Plantó la rodilla derecha en el suelo, contempló a los tres guerreros y les saludó con la cabeza uno por uno. Repitiendo el saludo al del centro, Anakin sacudió el sable con impaciencia, pero suavemente, para indicarle que se acercara.

El guerrero comenzó a girar el anfibastón sobre la cabeza. Los relámpagos de la tormenta dibujaban reflejos blancos sobre su armadura y el arma viviente. El yuuzhan vong avanzó. Anakin se movió hacia él, lanzándole arena mojada con los pies. El guerrero retrocedió un paso, y sus compañeros le gritaron.

De repente, Anakin supo exactamente lo que tenía que hacer. Sabía exactamente los pasos que tenía que dar para salvar a Mara. Sin pensarlo de forma consciente, dejó que su cuerpo se sumergiera en la coreografía que le mostraba la Fuerza.

Girando sobre el pie izquierdo, atacó al yuuzhan vong situado a la derecha. El

guerrero retrocedió, se dio contra una de las rocas y cayó al suelo. Anakin se movió hacia la izquierda, dando un paso hacia el guerrero del centro. Como en el anterior movimiento le había dado la espalda, el alienígena había tenido tiempo de acercarse a él. Anakin bloqueó su ataque con el sable láser y se lo clavó por encima de la cadera derecha, empalándolo.

La armadura del yuuzhan vong aguantó y evitó que le abriera por la mitad, pero el guerrero se encogió por la fuerza del golpe. Anakin, por su parte, empleó la inercia del impacto para echarse hacia delante. Dio una pirueta, giró a la derecha y asestó una estocada larga a media altura que acertó al yuuzhan vong en los muslos. La armadura chispeó y chasqueó, pero impidió que la hoja llegara a cortar la carne y el músculo. Aun así, el alienígena cayó al suelo.

Anakin estiró la pierna y propinó al guerrero caído una patada en la cabeza, pero el yuuzhan vong consiguió volver a ponerse en pie. Anakin atacó hacia la izquierda para alejar el anfibastón, pero el arma se enrolló y le golpeó. El yuuzhan vong introdujo la pierna entre los tobillos del joven Jedi y lo derribó.

Anakin lanzó su ataque hacia las piernas, pero el guerrero saltó por encima del sable y aterrizó pesadamente en la muñeca derecha del chico. El dolor era terrible, y Anakin estaba seguro de que había oído algo rompiéndose. La mano se le quedó inerte y el sable láser cayó al suelo.

El yuuzhan vong se alzó por encima de él. Su anfibastón trepó por la pierna del guerrero hasta su brazo derecho y, una vez allí, se puso rígido. El yuuzhan vong lo alzó por encima de la cabeza. Murmurando palabras que parecían solemnes y agradecidas, el guerrero dejó caer el anfibastón en un golpe capaz de abrir a Anakin en canal.

Pero no llegó a hacerlo.

El zumbido del sable láser verde de Luke Skywalker intervino en el combate. El luminoso filo se interpuso ante el anfibastón antes de que pudiera golpear al chico, cortándolo limpiamente y evaporando agua en el proceso. Luego se elevó y se introdujo bajo el brazo del yuuzhan vong. El guerrero aulló y se alejó.

A la izquierda, Jacen Solo saltó desde una de las rocas y aterrizó en la espalda del yuuzhan vong, derribándolo de bruces contra el suelo. El Jedi asestó al guerrero un golpe en la nuca con la empuñadura del sable y se abalanzó a por el siguiente. Jacen esquivó con un salto un golpe bajo y le lanzó una patada lateral en el estómago. El yuuzhan vong voló hasta las rocas y cayó al suelo.

Jacen ayudó a su hermano a levantarse mientras Luke corría hacia Mara. Anakin empleó la Fuerza para atraer su sable láser desactivado, se agachó y lo recogió con la mano izquierda.

—Jacen, ¿cómo nos habéis encontrado?

Jacen se encogió de hombros y señaló a Luke.

—Él sabía cuándo y dónde teníamos que estar para encontraros. Tuvo una visión y vinimos a Dantooine. No podemos localizar a los yuuzhan vong con la Fuerza, pero casi todas las formas de vida huyen de ellos, así que nos dirigimos hacia donde no hubiera vida.

—Vaya. No se me hubiera ocurrido.

Jacen le revolvió el pelo empapado.

—Es que no eres más que un crío.

—Déjale un rato, Jacen —Mara se apoyó pesadamente en su marido, y Anakin adivinó que Luke quería cogerla en brazos, pero ella no se hubiera dejado—. Consiguió traerme hasta aquí. Si no me hubiera cuidado tanto estaría muerta.

Luke inclinó la cabeza solemnemente ante su sobrino menor.

—No sé cómo expresarte mi agradecimiento.

—Claro que sí. Llévanos a Coruscant.

—Eso no puedo hacerlo, pero te llevaré con tu madre.

Anakin se quedó mirando sus vestiduras empapadas y sucias de sangre.

— ¿Con mamá? Yo pensaba que me lo querías agradecer.

—Y lo haré —Luke señaló al norte—. La nave no está muy lejos. Mara besó a Luke en la mejilla.

—Por lo menos estaremos lejos de Dantooine.

—La verdad es que no.

Mara frunció el ceño.

—Pero vosotros llegasteis en una nave capaz de venir de Belkadan.

—Sí, así es —Luke asintió lentamente—, pero no podemos irnos de Dantooine por el momento. Leia y algunos de los refugiados de Dubrillion aterrizaron aquí, en el continente del sudeste. Cuando entramos en el sistema vimos una gran nave yuuzhan vong enviando transportes de tropas. Parece que les gusta tanto ese continente como a Leia.

Anakin hizo una mueca.

—Del calor de la lucha al frío de la carbonita.

El joven Solo suspiró.

—Y si tuviste una visión que os trajo hasta aquí, ¿tienes alguna de cómo se desarrollarán las cosas en el sudeste?

—Como dijo Yoda, "el futuro en constante movimiento está", así que esa visión podría no materializarse —el gesto de Luke se convirtió en una máscara de acero—. Y casi mejor, porque no era una visión con final feliz.

CAPITULO 25

Leia alargó la mano y acarició el flequillo a Anakin. Luego se alejó en silencio para no despertarlo. No habían tenido problema para encontrarle algo de ropa, así que se había quedado dormido vestido con diversas prendas de uniformes de la tripulación de los cargueros. Leia pensó que la gente las había ofrecido por el respeto que tenían los comerciantes al padre del muchacho, pero cuando se extendió por el campamento la historia de la huida de Anakin con Mara a las montañas, muchos comenzaron a ver al chico como un héroe por méritos propios.

Lo miró por última vez, ahí tumbado, con una lamparita dibujando reflejos en su pelo oscuro. Tenía algunas heridas que le afeaban la cara y arañazos en la frente y en el cuello, pero, por lo demás, estaba encantador. Leia había supervisado a un androide 2-1B que le limpió y le cosió los cortes que le habían causado los yuuzhan vong durante la persecución. Le pusieron parches bacta en los cortes y las quemaduras. Cuando el androide le enderezó la fractura de la muñeca, Anakin sólo necesito que se la entablillaran para inmovilizarle la articulación. Leia sabía que Mara también había sufrido cortes y heridas durante la escapada, y que había recibido tratamiento. Estaba a la espera de que Luke le informara de su estado.

Leia cogió por debajo la lona con la que le habían fabricado a Anakin una especie de tienda de campaña, y la levantó para que R2-D2 entrara a vigilar al chico. Sonrió al androide y dejó caer la lona de nuevo. El sol no había salido todavía, pero comenzaban a soplar los vientos del norte. Podía ver nubes asomándose por el lejano horizonte y calculó que las tormentas que habían arrasado el continente del norte les alcanzarían aquella tarde. *Pasamos del hambre y la miseria a la humedad, el hambre y la miseria.*

Elegos se acercó y le ofreció una barrita de alimento.

—No queremos que desfallezcas de hambre.

—Esa barrita matará mi hambre, sin duda —Leia la aceptó agradecida—. Anakin está durmiendo. No creo que hubiera aguantado dos horas más. Si no hubieran tenido la Fuerza para ayudarse...

—Tu hijo debe de tener mucho potencial en la Fuerza para hacer lo que hizo...

—Sí, eso creo —Leia sintió un escalofrío en la espalda—. Es muy valiente y estaba firmemente decidido a no decepcionar a su tío. Haría cualquier cosa para que Luke estuviera orgulloso de él.

El caamasiano cerró lentamente los ojos.

—Quizá temas que, teniendo tanta Fuerza en su interior, la frustración le pueda conducir por el camino equivocado de aquel que llevó su nombre.

Leia bajó la mirada sin articular la respuesta a esa pregunta. El tono de Elegos era grave y relajante.

—A veces me he preguntado por qué le llamaste como tu padre. Ella suspiró.

—Mi padre, Anakin Skywalker, y no Darth Vader, se volvió contra el Emperador y fue el agente de su muerte. Expió el mal que había hecho. Quizá no todo, en opinión de algunos, pero impidió que el Emperador provocara futuros males. Parte de mí quería llamar así a mi hijo para redimir su nombre. Al menos eso es lo que me decía a mí misma.

— ¿Ahora has cambiado de opinión?

Leia alzó los ojos para mirarle.

—Los caamasianos sois muy afortunados por poder compartir los recuerdos. Yo no tengo recuerdos precisos de Anakin Skywalker, y mis recuerdos de Darth Vader siguen provocándome pesadillas. Sé que en mi interior conservo parte de Anakin, y creo que Luke y yo sacamos sus cosas buenas. Pero también sé que sus peores rasgos están ahí, o podrían estarlo. Al llamar así a mi hijo pequeño le di inocencia al nombre. Todo lo que vi en Anakin podía imaginármelo viniendo de su abuelo a través de mí.

— ¿Querías librarte del miedo que te provocaba Darth Vader y de lo que heredaste de él, viendo a Anakin como lo que tu padre podría haber sido o quizá fue en el pasado?

Ella asintió.

— ¿Tiene sentido?

—Sí, mucho. Son muchos los padres que, decepcionados con sus propios progenitores, juran criar bien a sus hijos. Quizás estás intentando demostrarte a ti misma que en otras circunstancias tu padre no se habría convertido en Darth Vader.

—Pero tú ves un inconveniente en eso...

—Y tú también —Elegos sonrió tímidamente—. Si no, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Si alguna vez me entero de cómo consigues meterte en mi cabeza y mostrarme problemas a los que no quiero enfrentarme te... te...

—Ya no me necesitarás más y mi trabajo habrá concluido.

Leia le cogió del brazo derecho y paseó con él por el campamento.

—Siempre necesitaré amigos como tú.

—Qué honor.

—Deberías tenerme más miedo. Mis amigos tienden a meterse en problemas.

Elegos abarcó el campamento con un gesto amplio.

— ¿Te refieres a este tipo de cosas?

—Pues sí —Leia señaló a un grupo de gente y miró al caamasiano—. Menuda carga de nombre le puse a Anakin, ¿no?

—Pero él es fuerte y podrá sobrellevar esa carga, Leia. Te tiene a ti y a los Jedi para ayudarlo y llevarlo por el camino correcto —le dio unas palmaditas en la espalda—. Si sintiera inclinación por el Lado Oscuro de la Fuerza la habría aprovechado para salvar a Mara Jade. Es joven, pero tiene valentía e inteligencia. Y en esta época son cualidades muy útiles. Cuando vengan los yuuzhan vong, la matanza será terrible para ambas partes.

Leia sintió que Elegos se estremecía.

—Para un pacifista como tú, esto tiene que ser terrible.

—Es terrible para todos. Para los que se dan cuenta y para los que no —el caamasiano negó con la cabeza—. Si hubiera una forma de evitarlo yo lo intentaría, pero a los yuuzhan vong parece encantarles explorar y atacar. No sabemos qué hacen aquí ni qué quieren. Ni siquiera sabemos si podemos razonar con ellos. El hecho de que parezcan haber jugado con Anakin y Mara no dice mucho en favor de llegar a un acuerdo, o algo por el estilo.

—Yo también me siento frustrada. Creo en la negociación cuando es posible, pero cuando el enemigo se niega, no quedan alternativas —Leia frunció el ceño—. ¿Dónde estarás cuando empiecen los asaltos?

—Tu hermano ha aceptado prestarme a Erredós, así que estaré en la nave de mando, con los cañones de láser.

Ella se detuvo y se giró para mirarlo.

—Pero, por lo que me has contado, si matas tendrás un recuerdo tan terrible que nunca podrás olvidarlo.

La respuesta del caamasiano fue fría y solemne.

—Lo que ocurra aquí nunca caerá en el olvido, ni para mí ni para cualquiera de los supervivientes. Lo único que podría empeorarlo sería saber que no hice nada por detener la matanza. Es mi responsabilidad, y mi voluntad, enfrentarme a la muerte y así cumplir una función que evitará que otros se encuentren en esa posición tan poco envidiable. Si no puedo ahorrarme ese malestar, al menos puedo ahorrárselo a otros.

—Ya sabes que así me siento yo.

—Lo has demostrado muchas veces, y ahora tus hijos están mostrando la misma valentía.

—Eso creo —repuso, sonriendo a Elegos—. Cuando estés ahí, disparando, apunta un poco alto, para no darnos a nosotros.

—oOOoo—

Luke se sentó despacio en la litera de su mujer en el *Coraje*. Cuando ella abrió los ojos, él le tapó los labios con un dedo.

—No quería despertarte.

—No pasa nada —su voz sonaba un poco ronca y siguió hablando en un susurro—. He dormido mucho últimamente.

—Has pasado muchos nervios. La enfermedad...

Ella asintió lentamente, pero sin debilidad, y eso animó a Luke. Ni siquiera cuando la encontró casi inconsciente en las montañas, le dejó llevarla en brazos, y hasta hizo un débil intento de reclamar el puesto de copiloto del bombardero. Se negaba a admitir la derrota y a reconocer sus debilidades.

Eso consoló mucho a Luke, aunque le llevó un momento determinar la razón. Su tía Beru era totalmente diferente a Mara excepto en una cosa: las dos eran supervivientes natas. La vida en Tatooine lo requería. Si eras débil o blando, el

planeta desierto te secaba por completo, te llenaba de arena hasta los huesos y después te enterraba. Todas las personas que había conocido en su infancia se enorgullecían de desafiar al planeta cada día, y eso inspiraba en él un afecto por el instinto de supervivencia.

Mara cogió una botella de la estantería en la cabecera de la litera y bebió un poco de agua. Una gota le cayó por la comisura del labio. Intentó secársela con la mano, pero no acertó.

Luke se acercó a ella y se la secó con el dedo. Ella le cogió la mano y llevó sus dedos a los labios. Los besó una vez y luego apretó la mano de su marido contra su pecho.

—Jamás dudé que saldría de esas montañas. Cuando te vi... pensé que el pobre Anakin... —le apretó la mano—. Te estoy tan agradecida por haberlo salvado.

—Es lo menos que podía hacer por haberte salvado a ti —Luke suspiró—. Tendría que haberlo pensado mejor antes de enviarte a Dantooine. Ithor está más lejos del Borde. Hubiera sido más seguro.

Mara bebió un poco más de agua.

— ¿Tú crees?

— ¿Qué quieres decir?

Ella ahuecó la almohada y se reclinó en la cama.

—Los yuuzhan vong estaban en Dubrillion y en Belkadan. Y están aquí, en Dantooine. Supongo que habrán llegado a otros planetas con equipos de exploración o con montones de tropas. Quizás hayan tomado todo el Borde Exterior.

—Tienes razón. No sabemos hasta qué punto se han extendidos por la galaxia. Si han llegado hasta Ithor... —Luke se estremeció. Si los yuuzhan vong habían llegado a Ithor habrían cubierto buena parte de la galaxia y estarían en posición para atacar muchos de los planetas del Núcleo. Si los conquistaban, la economía de la Nueva República se hundiría. Y, si eso ocurría, los Estados miembros de la Nueva República se pedirían ayuda unos a otros y la Nueva República se fragmentaría.

—Si han llegado hasta Ithor, moriremos aquí porque no podremos recibir ayuda.

—No vamos a morir aquí.

— ¿Eso es una visión?

—Es más una esperanza —Luke suspiró—. Aquí tenemos un perímetro de defensa bastante decente y con armamento pesado bien ubicado. Podremos aguantar un tiempo.

Los ojos verdes de Mara estaban opacos.

— ¿Durante cuánto tiempo? Trajeron a los refugiados aquí porque las naves no tenían provisiones suficientes para el viaje desde Dantooine hasta otros planetas civilizados. ¿Aguantaremos hasta quedarnos sin alimentos? ¿Y si los yuuzhan vong atacan y matan a tanta gente que las provisiones dejan de ser un

problema?

—No lo sé. Nadie ha pensado en eso de momento.

Mara arqueó una ceja.

— ¿Nadie o tú solo? ¿Crees que tu hermana no lo ha pensado?

—Quizá sí, pero yo tengo otras cosas... —sonrió y miró a su mujer—. Mara, tú eres mi principal preocupación. Te quiero, y no estás bien. Hablé con Anakin y me dijo que te habías debilitado.

Ella asintió.

—Así fue. Anakin sugirió que era probable que la enfermedad respondiera a algo relacionado con los yuuzhan vong.

—Dijiste que percibiste una conexión entre la enfermedad y los escarabajos de Belkadan.

—Sí, es cierto. Y aquí noto una conexión lejana, y sé que la he sentido antes —suspiró—. Pero no me estaba debilitando por eso.

— ¿Ah, no? —Luke frunció el ceño—. No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entendía hasta que los yuuzhan vong nos encontraron y empezamos a huir —Mara acarició la mano de Luke—. Después de lo que pasó en Belkadan y Dubrillion, necesitaba recuperarme. Hiciste lo correcto al enviarme lejos para que pudiera relajarme, pero ambos nos equivocamos al pensar que eso me curaría. Es como si esta enfermedad me estuviera separando lentamente de la Fuerza. La única forma de combatirla es atraer la Fuerza hacia mí, y es ahí donde nos equivocamos.

—No sé si te entiendo bien.

—Es un poco complicado, pero lo entenderás, amor mío —sonrió y le besó la mano—. La Fuerza, según tu definición, es como un campo de energía que nos rodea, penetra en nosotros y nos une a todo.

—Excepto, por lo visto, a los yuuzhan vong.

—Aparte de esa excepción, cuando podemos acceder a la Fuerza nos fortalecemos y obtenemos energía de ella.

El Maestro Jedi asintió.

—En Belkadan apenas utilicé la Fuerza, sólo cuando tuve que salvar a Jacen.

Mara le sonrió con adoración.

—Estoy ansiosa por oír esa historia, Luke.

—Cuando hayas descansado.

Ella negó con la cabeza.

—No, ése es el problema. He descansado demasiado.

—Mara, te está costando hasta estar recostada. Tienes que descansar más.

—No, tengo que volver a ser quién soy y a mi forma de interactuar con la Fuerza —se rió—. ¿Te acuerdas de mí cuando nos conocimos? ¿Te acuerdas de cómo era?

—Estabas intentando matarme para cumplir la última orden del Emperador.

—Así es. Luke, soy una luchadora. Siempre he estado luchando. Las pocas veces que no luchaba me sentía desgraciada. Quiero retos, necesito retos. Todo

era tan tranquilo y pacífico en el norte que me amuermaba, me aburría y me sacaba de quicio. Anakin se las arregló para cubrir mis necesidades; y Dantooine, antes de que llegaran los vong, no tenía más peligros que alguna espina demasiado grande. Me estaba echando a perder, intentando conservar las fuerzas y alejándome de los medios que había utilizado para invocar a la Fuerza.

Mara contempló a Luke fijamente y sintió cómo crecía su conexión personal. Él miró más allá del cansancio y vio la imagen de Mara que residía en lo más profundo del alma de la mujer. Aquella Mara, fuerte y sagaz, llevaba armadura y armas láser, y daba la impresión de ser alguien capaz de destruir una Estrella de la Muerte con una mano atada a la espalda.

Así soy yo, Luke. Cuando Anakin y yo tuvimos que escaparnos me sentía exhausta físicamente, pero más presente en la Fuerza. Pude reparar algo del daño que me había hecho la enfermedad y me di cuenta de que ése es el peor rasgo que tiene. Muchas personas, al estar enfermas, recurren a su niñez, a cuando estaban indefensas. Dejan de ser lo que son y abandonan su lugar en la Fuerza, y entonces la enfermedad corta esas conexiones finales y mueren.

Luke esperó un momento y frunció el ceño.

—Me estás diciendo que por muy cansada que estés, luchar contra los yuuzhan vong te hará más fuerte.

—Mientras esté luchando, no estaré muerta.

Él se estremeció.

—No creo que me guste la cura, pero la enfermedad me gusta menos.

—¿Me dejarás luchar?

—Puede que sea un Maestro Jedi, pero no me creo capaz de impedirte nada.

Mara rió, y el sonido de su voz fue como un bálsamo para Luke.

—Eso lo podrían haber dicho otros hombres, pero ninguno lo habría dicho en serio. Me alegro de haberte encontrado y no haberte matado.

—Sí, a mí me emocionan esas dos cosas también —Luke miró uno de los cronómetros de la pared—. No sé cuándo vendrán, pero quizá quieras dormir hasta entonces.

—Creo que prefiero pasar tiempo con mi marido —Mara alargó la mano y agarró al hombre de la túnica. Luego acercó la cara de Luke a la suya y le besó—. Quédate aquí conmigo. Cuéntame el cuento de Belkadan y el Maestro Jedi con dos sables. Pasar tiempo con mi marido es la mejor medicina de Dantooine, y me tomaré toda la que me ofrezcas.

CAPITULO 26

A Corran no le importó que la arena le golpeará la cara mientras contemplaba el lugar en el que el viento había comenzado a desenterrar el *Escarceador*. Empleando la Fuerza pudo sentir a Ganner y a Trista dentro de la nave. Aunque la distancia atenuaba la sensación, el hecho de que únicamente percibiera su presencia significaba que probablemente estuvieran teniendo una conversación emotiva, lo que no era de extrañar, ya que todos estaban conmocionados por lo que les había pasado a los estudiantes desaparecidos. Corran y Ganner habían ido hasta la estación y al llegar habían descubierto todo en un estado lamentable. Las provisiones estaban esparcidas por el suelo, y cuatro pares de huellas salían de la estación. Sólo había una explicación: Vil y Denna habían sido capturados por los yuuzhan vong. El sonido de unas botas sobre la roca llamó su atención.

— ¿Sí, doctora Pace?

—Odio que hagas eso. Al menos podrías mirarme. Corran se dio la vuelta.

—Disculpa, pero tu presencia es muy potente en la Fuerza. Además, tus botas de goma hacen un ruido muy peculiar. Tus alumnos llevan suelas sintéticas que son totalmente silenciosas.

La mujer apretó los labios y asintió.

—Un buen truco, pero creo que tu misión requerirá algo más que eso. ¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

Corran se rió un momento y negó con la cabeza.

—Uno de tus alumnos, uno de los que se han llevado, acusó a los Jedi de poder ver el futuro. A veces tenemos visiones, pero yo no, no de momento. No sé si lo que vamos a hacer tendrá éxito, pero sé que no podemos hacer otra cosa.

Pace frunció el ceño.

—Todo esto sigue sin gustarme.

— ¿Todo esto? —Corran señaló unas cajas de plastifibra que contenían equipo y que estaban situadas a la entrada de la caverna—. Creo que guardasteis demasiado pronto los artefactos vong. Incluso os estáis dejando parte de vuestro equipo.

—De todas formas, estaba anticuado, y tengo presupuesto de sobra. O me lo gasto, o no me darán tanto el año que viene —cruzó los brazos—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Eso creo —desde que capturaron a los dos estudiantes, Corran y Ganner habían ido todos los días al poblado alienígena en misión de reconocimiento. Por lo que habían podido averiguar, los yuuzhan vong estaban tomando muestras de la flora y la fauna, y estaban buscando algo. Sacaron a los esclavos y los distribuyeron para la búsqueda. Pinchaban la arena y la revolvían. Corran estaba casi seguro de que lo que querían estaba en esas cajas.

Los estudiantes habían llegado a la conclusión de que el campo magnético de

Bimmiel variaba de vez en cuando, lo que significaba que si los yuuzhan vong estaban empleando antiguas medidas para encontrar la caverna, tardarían un tiempo. *Pero claro, tienen a Vil y Denna, que son una conexión directa con nosotros.* De hecho, a Corran le sorprendía que todavía no hubieran dado con ellos.

En sus misiones de reconocimiento, Corran y Ganner habían conseguido llegar a varias conclusiones. En primer lugar, que los estudiantes se encontraban en la concha grande. No estaban bien, pero su presencia en la Fuerza no había disminuido. Todos pensaron que eso era buena señal.

Los prisioneros, por otra parte, habían empeorado. Los Jedi no presenciaron más muertes, pero el número de esclavos disminuía igualmente. Las protuberancias habían crecido y el dolor que sentían era cada vez más patente. No encontraban descanso por las noches.

Corran no había visto más que dos guerreros y comenzó a sospechar que estaban solos. Sabía que era una suposición peligrosa, pero se aferraba a ella porque la misión estaría condenada al fracaso de haber más. Pero en su interior intuía que iban a triunfar, al menos en parte, y dejó que su confianza en la Fuerza reforzara esa suposición sobre la cantidad de yuuzhan vong a la que se enfrentarían.

Ganner también se agarraba a esa suposición y la utilizaba para machacar a Corran. El Jedi más joven no dejaba de recordarle que si hubieran actuado aquella noche, ningún estudiante hubiera corrido peligro y podrían haber salido de Bimmiel mucho antes. Corran respondía que si los dos guerreros apostados en el planeta no hubieran informado de su presencia regularmente, habrían enviado refuerzos, empeorándolo todo, pero sabía que era un argumento pobre. *Si estuvieran informando a otros planetas, esto se hubiera llenado de vong al saber que había humanos en la zona.*

Miró a la doctora Pace y dejó caer los hombros.

—Creo que ya hemos hablado de esto y entiendo que una parte del plan no te guste. Ganner y yo nos introduciremos en el campamento y liberaremos a tus alumnos. Trista ha aprendido a pilotar el carguero lo suficiente como para llevarlo hasta allí. Es más grande que un bombardero, pero su experiencia con esas naves bastará. Ella rociará el poblado con la sustancia que habéis sintetizado, Ganner y yo saldremos de ahí, y nos iremos todos.

—Sí, nos iremos... sin los esclavos —Pace entrecerró los ojos—.

Cuando rociemos la zona con el virus que mutará las bacterias, también estaremos liberando una gran cantidad de olor de matanza. Por lo que sabemos, los slashrats tienen túneles bajo el asentamiento. Cuando la esencia de matanza se expanda, las bestias emergerán y estarán por todas partes. Los esclavos no tienen ninguna posibilidad.

Corran sintió un escalofrío.

—Lo sé, y por eso os pido que confiéis en Ganner y en mí cuando os decimos que los esclavos están más muertos que vivos. Nunca había percibido algo así con la Fuerza, pero sé que están muy enfermos y que no sobrevivirán.

Alzó la mirada.

—Y sabes que no podemos llevarlos con nosotros. No sabemos qué son esas protuberancias ni cómo se adquieren, pero sabemos que son contagiosas y que los yuuzhan vong han preparado el poblado para que el rescate sea sencillísimo. Quieren que nos llevemos los focos de infección. Pero si lo hacemos, el daño para la Nueva República será inconmensurable.

— ¿Y si Vil y Denna están infectados?

Corran suspiró.

—Ése es el meollo de la cuestión. Tengo un grave conflicto con ese tema.

— ¿Y cuál es tu decisión?

Miró a la nave en la distancia y a las dos figuras que se acercaban a la cueva.

—Si están enfermos tendremos que abandonarlos.

—Pero ¿y si podemos curarlos?

— ¿Quieres arriesgar un planeta entero por esa posibilidad? —Corran se palmeó el pecho—. Yo no. Me acuerdo del virus krytos. Sé lo devastador que puede llegar a ser. Si están infectados no saldrán de Bimmieel. Y, si no lo están, los sacaremos de ahí y les pondremos unos trajes aislantes en el carguero. Y para garantizar vuestra seguridad, deberéis hacer lo mismo con Ganner y conmigo en caso de que desarrollemos el problema.

— ¿Y dejaros allí en caso de que contraigáis la enfermedad? Corran se giró para mirarla.

—Doctora, algunas decisiones son muy difíciles de tomar. Dejar aquí a Ganner le partiría el corazón a Trista. Yo tengo mujer e hijos, y creo que no les gustaría nada que me muriera. Pero si tengo que elegir entre morir o convertirme en el emisario de la posible muerte de miles de millones de seres, sé cuál es la opción correcta. Yo sirvo a la Fuerza, y la Fuerza es la vida misma. Sigue sin ser fácil, pero no es tan difícil.

Pace soltó una risita y negó con la cabeza.

—Haces que parezca sencillo.

—Desde cierto punto de vista, lo es —Corran suspiró—. Pero dudo que sea el mismo que el de los yuuzhan vong, así que simplemente resultará difícil y doloroso.

CAPITULO 27

Jaina Solo se sentó sola y como una desconocida entre todos los pilotos reunidos para la sesión informativa impartida por el coronel Gavin Darklighter en el camarote principal del *Invulnerable*, la lanzadera clase Lambda del senador A'Kla. A pesar de su relativa juventud, el coronel era una de las personas de más edad de la sala. A Jaina le confundió un poco el hecho de que la mayoría de los pilotos fueran casi de su edad, y estaba casi segura de que uno de los que habían pilotado los *feúchos* tenía los mismos años que su hermano Anakin.

Además de los pilotos del Escuadrón Pícaro y de los dos escuadrones de *feúchos*, también habían acudido a la reunión los de los distintos cargueros. Elegos estaba sentado en la primera fila, a un lado, más como un observador que como un participante; aunque su nave tenía la misión de ir en vanguardia hacia el punto desde el cual los yuuzhan vong lanzaran su ataque.

Gavin hizo una señal a la mayor Varth y ésta activó la holografía de un coralita.

—Ya habéis visto coralitas antes y os habéis enfrentado a ellos. No sabemos cómo apoyan las incursiones terrestres, pero no cabe duda de que los rayos de plasma matarán a cualquiera que se cruce en su camino. Tenemos que distraerlos y evitar que lo hagan. Ésa será nuestra misión principal y la llevarán a cabo los Escuadrones Pícaro y Salvaje.

Los Salvajes asintieron y se dieron palmaditas en la espalda. En Dantooine habían dividido a los *feúchos* en nuevos escuadrones, y el Salvaje estaba compuesto de *garras* con escudos. Los Pícaros empezaron a llamarles *Los Recuperados*, pero los pilotos dejaron claro que no querían bromas a su costa. *Pero el hecho es que sabemos que sufrirán muchas bajas en el ataque. Sus naves no pueden soportar los tirones y sacudidas que soportan las nuestras.*

El otro escuadrón, el Fuerte, estaba compuesto por las naves menos potentes, incluidas las que tenían cañones de iones o las que no contaban con escudos. Gavin se giró hacia esos pilotos, que se habían puesto unas bufandas rojas para parecer más intimidatorios. Y la verdad es que el truco funcionaba hasta para un artillero de popa gamorreano que viajaba en un viejo Ala-Y sin escudos.

—Tendréis la misión de interceptar el ataque por tierra. Cuando alejemos a los coralitas os ocuparéis de las tropas de infantería. No tenemos ni idea de cómo es su transporte de tierra, si es que tienen. Es importante eliminar todo lo que sea grande, y tendréis que utilizar torpedos de protones o misiles de impacto, pero sólo con una estrategia de ataque muy específica.

La mayor Varth pulsó unas teclas en su datapad y la holografía estática adquirió movimiento. La idea más aproximada de la apariencia que debía de tener el transporte terrestre yuuzhan vong era una especie de escarabajo gigante con miles de pies. El vehículo se desplazaba lentamente mientras un trío de naves se acercaba a él. Las dos primeras lanzaron unas cuantas ráfagas a

distancia sobre el transporte. El tercer caza voló a ras del suelo y disparó un torpedo de protones hacia el objetivo. El vehículo yuuzhan vong se sirvió de los agujeros negros para absorber las ráfagas, pero no pudo interceptar el torpedo. El misil estalló, haciendo saltar el escarabajo y partiéndolo por la mitad, antes de que los pedazos volvieran a caer al suelo.

A Gavin se le dibujó una media sonrisa.

—Os repito que no sabemos qué apariencia tendrán los vehículos de tierra de los vong. Hemos puesto un escarabajo porque sabemos que los utilizan, pero su apariencia no es relevante. La idea es abrumarles con nuestros disparos y después lanzar un torpedo hacia la nave.

A Elegos se le tensó la piel púrpura de los párpados.

—Coronel, discúlpeme, ¿no cree que es una estrategia un poco ingenua? No sabemos la cantidad de dovin basal que tendrán los vehículos de tierra. Podríamos desperdiciar torpedos.

Gavin asintió sombrío.

—Estoy de acuerdo, pero la posibilidad de matar a unos cuantos vong merece la pena. Además, sea cual sea su armamento, seguro que puede hacernos daño, así que tenemos que eliminarles.

A Jaina le surgió una duda de repente.

— ¿Oficial de vuelo Solo?

—Perdone, coronel, pero acaba de decir algo que apoya lo que ha dicho el senador. La anomalía gravitatoria que crea el dovin basal absorbe el torpedo de protones y lo elimina, impidiendo o conteniendo la detonación.

—Eso es lo que creemos que ocurre. Pensamos que la energía contenida puede agotar al dovin basal, que es el proceso equivalente a sobrecargar un escudo.

—Exacto, eso he pensado yo —ella sonrió—. ¿Y si se lo ponemos difícil a los dovin basal para contener la energía?

Gavin frunció el ceño.

—No entiendo qué quiere decir.

—Bueno, esto es lo que pienso: si reprogramamos los torpedos de protones y los misiles de impacto para que obtengan los datos de navegación, desde nuestras naves con regularidad, podríamos conseguir que explotaran antes de que aparezca la anomalía gravitatoria para interceptarlos. Los misiles explotarían y liberarían toda esa energía. El agujero negro absorbería parte, pero el resto podría dañar a las tropas de tierra o a otros vehículos que no estén cubiertos por agujeros negros en ese lado. La onda expansiva de la explosión derribaría a los soldados, y el calor haría que todo ardiera.

Gavin se pasó una mano por la perilla y añadió:

—Pero nos permitiría causar daños de todas formas. Aun así, los pilotos tendrían que mantener las posiciones un momento, lo que les convertiría en un blanco fácil.

La mayor Inyri Forge levantó la mano.

—En asaltos de tierra, los torpedos no tardan tanto en alcanzar los objetivos. Un par de segundos, no más.

Uno de los pilotos del Fuerte asintió.

—Nosotros también podríamos introducir en nuestros misiles los objetivos que designen los cargueros. Salimos de repente, soltamos los misiles y, o nos largamos de allí o soltamos otro más. Si orientáramos los disparos en formaciones cerradas podríamos causar daños graves.

El líder del Escuadrón Pícaro asintió.

—La modificación del plan es sencilla y funcionará. Bien, haré que los androides cortadores codifiquen una simulación de esta estrategia para ver cómo sale. Los pilotos de los cargueros necesitaréis saber si podéis modificar la programación de los sensores para proporcionar a nuestros misiles la telemetría que necesitan, pero eso no será difícil. Eso sí, de cerca tendréis que utilizar el disparo manual porque los sensores estarán ocupados. Cuando los vong se acerquen demasiado como para lanzarles torpedos, no necesitaréis los datos de los sensores, pero podréis acceder a ellos.

Gavin se mordió el labio un momento.

—Escuchadme todos. Esto no va a ser fácil. Normalmente los pilotos tendemos a envolvernos en la tradición y el romanticismo de los duelos entre las estrellas. Los cazas que pilotamos nosotros son iguales a los que acabaron con las dos Estrellas de la Muerte y han derribado a muchas naves imperiales y contrabandistas. A menudo nos enorgullecemos e incluso fanfarroneamos que nuestros combatientes son nuestros iguales en habilidades. Suele ser una pelea justa.

"Pero esto no va a ser ni mucho menos una pelea justa. Cuando les quitemos la protección de los cazas a las tropas de tierra será para atacar lo más rápido posible. Los disparos de láser a voleo pueden no provocar más que un rasguño a un caza enemigo, pero también es posible que fríen a algún guerrero en un segundo. No será bonito, pero sí necesario.

Gavin señaló hacia el ventanal que daba al campo de refugiados y a las hogueras encendidas para alejar la oscuridad.

—Es necesario porque toda esa gente de ahí no sabe combatir. Muchos de ellos tienen pistolas láser, pero si llegan a dispararlas será porque nosotros hemos fracasado. La seguridad de esas personas, tanto adultos como niños, es más importante que nuestra supervivencia. Eso no significa tengáis que comportaros como idiotas, pero el valor a veces requiere ser un poco menos racional y sensato.

Chasqueó los dedos y alzó la mano a modo de despedida.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Una simulación, a la cama y listos. Cuando vengan, tendremos que detenerlos. Nada más y nada menos.

—oOOOo—

Jacen se colocó detrás de una de las murallas de barro y restos de plastifibra

levantadas en el perímetro del campamento. Su turno de guardia había terminado hacía un par de horas. Había comido algo e intentó dormir, pero estaba más que despierto. Volvió a su puesto y relevó a otro hombre para que fuera a acostar a sus hijos. *Si tengo que sentirme desgraciado, al menos ayudaré a otro a que no se sienta así.*

Los acontecimientos de la semana anterior tenían a Jacen muy confundido. Su visión había sido increíblemente real, pero, cuando decidió seguirla, todo fue un desastre. La imagen de su tío entrando en el campamento yuuzhan vong y blandiendo los dos sables láser se mantenía en su cabeza. Conocía a Luke Skywalker desde que nació, y le tenía respeto como Maestro, pero hasta aquel momento nunca lo había visto como lo veían algunas personas. Su tío había conseguido sus grandes triunfos mucho antes de que él naciera, así que para él siempre fue una leyenda, pero nunca había tenido la oportunidad de comprobar por qué se había convertido en una.

La exhibición había impresionado tanto a Jacen como la debilidad que había sentido su tío tras ella. El uso directo de la Fuerza parecía envejecer a Luke terriblemente. Cuando regresaron al *Coraje*, activaron el piloto automático y, mientras Jacen se curaba la herida de la cara, Luke se retiró a meditar y a recuperarse de la odisea. El joven se acarició el pequeño bulto, que era el único recuerdo tangible de lo cerca que había estado de convertirse en esclavo de los yuuzhan vong.

Sin esto, quizá no creería lo que pasó.

—No te toques la herida, Jacen, o te quedará cicatriz.

El joven Jedi se giró y, a pesar de que el gesto le tiraba del bultito, sonrió a Danni.

—Una cicatriz me daría un aspecto más apuesto, ¿no crees? Ella ladeó la cabeza y le miró. Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No lo necesitas. Ya eres muy atractivo cuando quitas la preocupación de tu mirada.

Jacen parpadeó.

—No es preocupación, sólo confusión. Y no debería ser tan evidente, a no ser que la estés percibiendo con la Fuerza.

—He estado practicando las enseñanzas de Jaina, pero me he estado concentrando en levantar objetos pequeños y en no expresar mis sentimientos —se abrazó la cintura—. Cuando me conecto a la Fuerza me doy cuenta de lo torpe que es la gente con sus sentimientos. Algunas personas son como cubos llenos de emociones que derraman por todas partes.

Jacen utilizó la Fuerza para llegar a Danni y percibió una chispa de temor latiendo en el interior de la chica.

—Te estás guardando muy bien las cosas, aunque el miedo no debería ser una de ellas. El miedo conduce al odio...

—Lo sé, y es un paso hacia el Lado Oscuro —ella exhaló lentamente, se puso al lado de Jacen en la muralla y contempló la oscuridad. El fuego de las

hogueras provocaba reflejos dorados en su pelo—. Me capturaron una vez, y no quiero volver a ser su prisionera. No podría soportarlo, no podría.

—No causan buena impresión a sus invitados, ¿verdad?

—No —ella le miró con la mitad del rostro oculto en la sombra—. Me gustaría ser tan valiente como tú. Bromeas con lo de los invitados.

—O me río o me pongo a llorar, Danni —Jacen se apoyó en la muralla—. Sabes que ser valiente no tiene mucho truco. La mayor parte del tiempo consiste básicamente en no saber lo que pasa. Cuando escapamos no tuve tiempo de tener miedo, y la verdad es que tú tampoco. No lo tuviste entonces, cuando era importante.

—Pero ahora sí. Siento el miedo en todas partes. Está en todas partes. Jacen asintió lentamente.

—Hay mucho temor en el campamento, sí, y un poco más ahí fuera —señaló a la oscuridad—. Quizá lo puedas sentir también. Es como un zumbido raro en la Fuerza. El tío Luke y yo aprendimos a asociarlo con los esclavos de los yuuzhan vong. Esos alienígenas les hacen algo a los esclavos. Estoy empezando a sospechar que la avanzadilla de sus tropas estará compuesta por algún tipo de esclavos. Pueden permitirselo, y así probarían sus métodos contra nosotros sin tener bajas entre los suyos.

— ¿Crees que ganaremos?

Él se encogió de hombros.

—No creo que tengamos otra opción. Diría que sí, pero, en caso contrario, no estaremos aquí para discutirlo.

Danni levantó una ceja.

— ¿No presientes nada con la Fuerza?

—No, y no sé si creería lo que viera —Jacen suspiró profundamente—. No sé qué pensar. Hace dos semanas estaba seguro de que lo que debía hacer para alcanzar todo mi potencial como Jedi era retirarme, convertirme en ermitaño y acentuar mi conexión con la Fuerza. Y ahora me doy cuenta de que mis habilidades como Jedi son necesarias para ayudar a la gente. No tengo palabras para expresarte lo que sentí cuando salvamos a Mara y a Anakin. Quizás ahí fuera haya alguien que desprecie a los Jedi, pero aquí hay gente que nos tiene por auténticos salvadores. Cuando mi tío va por el campamento, puedes sentir las oleadas de orgullo y esperanza a su paso. Hay niños luchando con palos y haciendo zumbidos como si fueran sables láser. Quizá sólo sea que en momentos así la gente se agarra a un clavo ardiendo, pero me siento bien dándoles esperanzas.

— ¿Así que has aceptado que un Jedi tiene responsabilidades más allá de su relación con la Fuerza?

—Yo no lo diría exactamente así, no, pero creo que la respuesta es sí —se agitó incómodo—. Pero sigo pensando que si tuviera una relación más profunda con la Fuerza, si la comprendiera mejor, habría podido localizar el fallo de mi visión. El tío Luke dice que el futuro está en constante movimiento,

así que quizá mi visión fue verdadera hasta un momento en el que alguien hizo algo y la cambió. Y si hubiera salido igual, quizá no hubiéramos llegado a salvar a Mara y a Anakin, así que no me puedo quejar de cómo salió todo. Sin embargo...

—Sin embargo, quieres mejorar tu relación con la Fuerza. Si quieres seguir ese camino, tienes que saber cómo dar el primer paso.

Jacen se volvió hacia ella y sonrió.

—Sí, creo que así es.

Danni asintió y se enrolló un rizo dorado en el dedo.

—Quizás el camino que estás buscando, como el futuro, esté en constante movimiento. Y quizás tu camino ahora es dar esperanza a estas personas, y en otro momento será largarte por ahí tú solo. Cuando llegues a un punto decisivo podrías abandonar un camino y seguir otro. Y sólo tu experiencia pasada podrá guiarte.

—Sí, y no tengo esa experiencia, ¿verdad? —Jacen negó con la cabeza—. Suena como si hubieras pensado mucho en la Fuerza.

—En la Fuerza no, pero en la vida sí. También he tenido que tomar decisiones, como todos. Me podría haber quedado en Commenor, haberme casado y haber tenido niños; pero en lugar de eso me uní a la Sociedad ExGal y me destinaron a Belkadan. Si sobrevivo a esto, quizá tenga la oportunidad de reconsiderar ese tipo de decisión.

Jacen sintió que se ponía rojo.

— ¿Quieres casarte y tener niños?

—Si aparece el hombre adecuado, es posible, sí —se encogió de hombros—. Con todo lo que está pasando, no sé si me puedo fiar de mis sentimientos. Gratitud, miedo, curiosidad... lo mezclo todo en mi interior.

— ¿Y ahora no estás con nadie? Jacen dejó la pregunta colgada en el aire un segundo, pero enseguida cayó pesadamente al suelo. Sabía que era ridículo que una mujer cinco años mayor se fijara en él, pero... *Dijo que yo era atractivo... Pero seguro que me ve como un niño...*

—El amor es una parte de mi vida que decidí dejar para luego. Quizá luego se haya convertido en ahora, no sé —ella le sonrió—. Si tú fueras algo mayor y yo algo menor, y las circunstancias fueran distintas, no sé. Quiero decir, siento algo por ti, Jacen, pero está mezclado con todo lo demás. Fue todo un detalle que me trajeras las holografías y los recuerdos de Belkadan. No sabes cómo me sentí...

— ¿Con todo lo que está pasando, no confías en tus sentimientos? Danni asintió.

—Los líquidos bajo presión no hierven cuando deberían, y con las emociones pasa lo contrario. Creo que eres maravilloso y te quiero como amigo. Por lo demás, bueno, tú lo has dicho, el futuro está en constante movimiento.

Jacen sintió una punzada de dolor. Al crecer en la academia se había sentido atraído más de una vez por alguna estudiante, pero Danni era la primera mujer

que le gustaba fuera de ese entorno. Tuvo que admitir que el haber estado encerrado con ella en una minúscula cápsula de rescate les había proporcionado un grado de intimidad física que no suele darse apenas se conoce a alguien. Él fantaseaba con ella, pero también pensaba que estaban unidos por el clásico romance del héroe que salva a la damisela en apuros. *Reviviendo la forma en que mi padre conoció a mi madre...*

Ella le miró a los ojos.

—Espero no haberte hecho daño.

—Los Caballeros Jedi no conocen el dolor, Danni —Jacen le dedicó una valiente sonrisa—. En momentos como éste, un amigo es un auténtico tesoro. Y teniendo en cuenta las circunstancias, mi vida y la tuya quiero decir, probablemente lo mejor sea ser amigos.

Ella le acarició la mejilla.

—Es una respuesta muy madura, Jacen. Eres realmente especial.

—Gracias, amiga mía —Jacen suspiró y volvió a concentrarse en la oscuridad—. Los amigos tienden a sacar lo mejor de mí.

—oOOo—

Anakin se detuvo cuando la puerta del camarote de Luke y Mara se abrió. Luke salió y sonrió a su sobrino.

—Mara está descansando.

El chico asintió.

—No voy a molestarla —señaló al pasillo—. Sólo quería...

—Me gustaría que pasearas conmigo, Anakin.

Anakin captó un tono ligeramente distante en la voz de su tío y lo reconoció de inmediato.

—Sí, tío Luke.

Caminó tras él, a su izquierda y a medio paso de distancia. Se había dado cuenta de que era la mejor posición para un aprendiz diestro. Así, si desenfundaba el sable láser por descuido, no diseccionaría accidentalmente a su Maestro.

Luke le miró y sonrió.

—Me alegra verte tan bien. Los yuuzhan vong te dieron una buena.

Anakin se encogió de hombros. Todavía sentía los parches bacta sobre los cortes, las heridas superficiales no eran tan graves como para hacerle guardar cama.

—Un Jedi no conoce el dolor, Maestro.

—Pero sí conoce la gratitud —Luke se detuvo ante su sobrino y le puso las manos en los hombros—. Has cuidado a Mara de maravilla. Me lo ha contado todo y estoy muy orgulloso de ti. No pensé que la misión fuera a exigirte tanto. Me avergüenza decir que si hubiera sabido lo que iba a pasar no te la hubiera encomendado. Ahora me alegro de haberlo hecho.

—No podía fallarte, tío Luke, y no podía fallar a la tía Mara —Anakin se

encogió de hombros y enganchó los pulgares en el cinturón—. Hice lo que exigía la misión. Siento no haber podido salvar el Sable, las pistolas láser y las demás cosas. De haber sabido...

—No, Anakin, sin reproches. Lo que hiciste fue la mejor opción.

—Es demasiado generoso por tu parte.

Luke negó con la cabeza y miró a su sobrino de una forma que hizo que Anakin se estremeciera.

—Cuando tuve la visión de dónde ibais a estar y de dónde íbamos a encontraros, supe que podían pasar un millón de cosas que cambiarían ese futuro. Si hubieras dado un paso atrás, si te hubieras parado o hubieras pensado en rendirte, Jacen y yo no habríamos podido salvaros. Hiciste exactamente lo necesario, igual que cuando salvaste a tu padre en Sernpidal. Y cuando hiciste acopio de voluntad para que Mara pudiera escapar...

El Maestro Jedi alzó la barbilla.

—En ese momento, brillaste con mucha intensidad en la Fuerza... eras resplandeciente y, por mucho que lo hubieran intentado, no habrían podido contigo.

—Vaya —Anakin pestañeó—. Digo, gracias, Maestro.

Luke rió en voz baja.

—Como Maestro te agradezco tu actuación como aprendiz de Jedi. Y, por otra parte, tienes mi gratitud personal por salvar a mi mujer. Por desgracia, no estamos en situación para ceremoniales.

El chico se enderezó y se puso todo lo firme que pudo.

—Maestro, lo único que pide este aprendiz es que le permitas luchar a tu lado.

Luke le revolvió el pelo.

—No lo veas como una recompensa, Anakin. Si estuviera en mi mano, nunca volverías a luchar. Aguantar, matar, arriesgar tu propia vida... es algo que preferiría que ninguno de nosotros hiciera nunca más. Dejaré que luches junto a mí porque, en honor a la verdad, la situación lo requiere. Y también porque sé que, en cualquier circunstancia, tendrás el corazón y la inteligencia necesarios para hacer lo que haga falta para salvar a los demás.

Anakin sintió un escalofrío.

—Eso suena a recompensa.

—Yo no lo veo así —Luke suspiró—. Pero creo que tendremos que convencer a los yuuzhan vong de que mi punto de vista es el correcto, y hacerles ver que sus acciones no tendrán recompensa.

CAPITULO 28

Hacía tiempo que la noche había caído, oscura y densa, cuando sonó la primera alarma. Las tropas de ayuda enviadas a tierra por el almirante Kre'fey habían colocado sensores que detectaban la energía de infrarrojos que emanaban los yuuzhan vong. Cuando resonó la primera sirena, dos Ala-TIE del Escuadrón Fuerte salieron hacia donde se había detectado movimiento para un reconocimiento rápido del área.

Gavin contempló a los Ala-TIE despegando y partiendo hacia el sur. A simple vista, se convirtieron en puntitos de luz, pero él podía seguirlos en su monitor principal. Escuchó las conversaciones y percibió la tensión en la voz de uno de los pilotos cuando avistó una larga columna de yuuzhan vong avanzando.

A lo lejos, a unos seis kilómetros, unos proyectiles de color rojo fuego avanzaban hacia los cazas. Las naves lograron evitarlos fácilmente y consiguieron informar de lo que habían visto.

—Múltiples contactos, control. Infantería a pie, dos vehículos grandes y doce de menor tamaño. Los grandes generan anomalías gravitatorias y llevan cañones de plasma, los pequeños sólo cañones. Contacto aéreo inminente. Nos largamos.

Gavin pulsó un botón de la unidad de comunicación.

—Pícaro Uno a todos los Pícaros. Que se note. El enemigo está ahí fuera y vamos a machacarlo —introdujo la secuencia de ignición y esperó a que los sistemas de potencia y armamento se pusieran en verde—. *Leo*, dame la frecuencia táctica de la base y hazme una señal cuando haya una emergencia.

El androide silbó una respuesta afirmativa.

Gavin activó los motores de propulsión y aceleró. Cuando cogió velocidad, pulsó el interruptor que situaba los alerones en posición de combate y giró el timón ciento ochenta grados.

—Grupo Uno conmigo.

Por el canal de comunicación le llegaron multitud de ruiditos indicándole que sus pilotos habían recibido la orden. *Leo* le mostró en el monitor muchos contactos enemigos frente a la nave. *Debería conformarme con estas posibilidades en contra y rezar para que podamos vencerlos.*

Activó los cuatro láseres y colocó la cuadrícula de disparo para apuntar a un coralita que perseguía a uno de los Fuertes que regresaban. Gavin apretó el gatillo secundario y soltó una ráfaga de dardos calóricos.

—Fuerte, vira a babor.

El feúcho viró hacia el estribor de Gavin y el coralita giró para mantenerse en la cola del Ala-TIE. Gavin se desvió a estribor y colocó el caza enemigo a tiro. Mientras Nevil acribillaba al coralita, Gavin apretó el gatillo secundario y soltó una ráfaga de láser. El agujero negro empleado para absorber los disparos del quarren interceptó los tiros de Gavin, pero sólo consiguió desviarlos hacia el

dovin basal que generaba el vacío.

El láser golpeó y atravesó la rocosa cubierta de la nave. Algo se evaporó en una nube de vapor y la popa del coralita empezó a descender. Segundos después, el último disparo láser estallaba en la otra parte de la nave. El coralita se quedó suspendido en el aire por un instante con el morro apuntando hacia arriba. La segunda ráfaga de Nevil lo punteó con agujeros rojos y brillantes. Uno debió de dar a un dovin basal, matándolo, ya que la nave entró en barrena y se estrelló en alguna parte.

Gavin vio que el cielo se incendiaba como en Coruscant el Día de la Liberación. Los disparos de plasma llenaban el aire. Los haces láser verdes y rojos, así como los azules de iones, se desviaban hacia el suelo. La luz intermitente iluminaba las dos grandes siluetas que avanzaban sombrías en la noche, pero Gavin no podía captar ningún detalle. Estuvo a punto de pedir a *Leo* que iniciara el modo de ataque de tierra para hacerse una idea de lo que enviaban los yuuzhan vong a la base, pero se aproximaban cazas enemigos que requerían su atención.

Y la van a tener. Situó a uno en la cuadrícula y apretó a fondo el gatillo. *Toda mi atención.*

—oOOoo—

La ansiedad nerviosa de los pilotos despertó a Luke, y el rugido de los cazas al despegar garantizaba que no volvería a dormirse. Antes de salir de la tienda se puso una túnica al hombro y se colgó el sable láser del cinturón. Contempló a los cazas dirigiéndose al sur y, por un momento, deseó estar en uno de ellos. *Una vez más, en una escaramuza con Erredós.*

Se estremeció, sabiendo que ese tipo de recuerdos no eran el tipo de cosas en las que debía pensar un Jedi. El gusto por el combate era un mal necesario, sólo tolerable cuando un Jedi lo contenía para enfocarlo únicamente en defensa de los demás. La línea que diferencia la acción ofensiva y la defensiva siempre es muy difícil de apreciar, pero en este caso, al ver a la gente que salía adormilada de sus tiendas, frotándose los ojos y murmurando, supo en qué lado se encontraba.

Mara se acercó a él.

— ¿Qué quieres que haga?

La ansiedad de su voz iba acorde con la pesadumbre de su expresión.

— ¿Quieres que sea sincero?

Mara dudó un momento y asintió.

— Me fío de ti, Luke.

— Bien. Quiero que encuentres a Leia. Seguro que está por ahí organizando a los civiles. Ahora mismo necesito que vayas a ayudarla, no queremos que nadie sufra. Sé que preferirías...

Mara le hizo callar posando un dedo sobre sus labios.

— Te he dicho que me fío de ti. Sé que me enviarás adonde creas necesario, y

si me necesitas en otra parte, me lo dirás.

Luke abrazó a Mara con fuerza.

—Te quiero muchísimo, Mara. Por esto y por todo lo demás.

—Ya lo sé, Luke —Mara echó la cabeza hacia atrás y apoyó su frente en la de él—. Si cada uno cumple con su deber, acabaremos con los yuuzhan vong. Cuenta con ello.

—Cuento con ello —Luke la besó y la abrazó como si fuera la última vez. Luego la soltó reticente—. Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti, amor mío —ella le guiñó un ojo y se alejó hacia el centro del campamento—. Cuando me necesites, estaré ahí.

El asintió y corrió hacia el perímetro sur. No tardó en encontrarse con el coronel Bril'nilim, un twi'leko encargado de las tropas de la Nueva República que escudriñaba la distancia con unos macrobinoculares. Luke percibió la frustración que sentía el líder del comando y procuró no molestarle.

El twi'leko se giró y le dio los prismáticos.

—Quizá tú veas algo que yo no veo.

Luke no cogió los macrobinoculares.

—Los yuuzhan vong están ahí, pero eso es obvio. Es probable que hayan enviado una avanzadilla de esclavos para que sufran la mayor parte de las bajas. ¿Dónde me necesitas?

Bril'nilim señaló al sudeste.

—A ti te pondría ahí, y a tus sobrinos al sudoeste. Avísame si ves algo raro y enviaré alguien a investigar.

—A sus órdenes, coronel —Luke se dio la vuelta, retrocedió un paso y se encontró con sus sobrinos—. ¿Lo habéis oído?

Jacen asintió.

—Sí. Anakin y yo vamos para allá, tú te quedas aquí. Si vemos algo raro, avisaremos.

—Bien. Vosotros vais a investigar, ¿entendido?

Los lekkus del coronel Bril'nilim temblaron cuando se giró.

—Más os vale entenderlo. No queremos héroes. Mis tropas abrirán fuego contra cualquier cosa que no se haya identificado, y un Jedi agazapado podría ser una. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijeron los dos jóvenes Jedi al unísono.

Luke y el coronel sonrieron.

—Muy bien, adelante. Me gusta tener tres Jedi en el frente. Sólo espero que ninguno de nosotros vea mucha acción.

—Aquí Fuerte Siete. Me vendría bien que alguien me cubriera el ataque.

Jaina pulsó su unidad de comunicación.

—Pícaro Once contigo, T-7.

—Gracias, *Palillos*.

La Jedi giró hacia arriba con el estabilizador de babor y realizó un bucle que la situó a estribor del Interceptor-X, mirando a la formación de tierra. Las alas

TIE del Interceptor-X soltaron una ráfaga que sobrepasó su largo morro de Ala-X y que impactó en medio de las filas yuuzhan vong. Aunque Jaina no podía ver muy bien a la luz verde de los láseres tuvo la impresión de que las tropas yuuzhan vong ni huían ni perdían la formación. *Y también me parecen pequeños, más bajitos de lo que suponía por las descripciones de Jacen.*

Un coralita dio la vuelta y se dirigió hacia el Interceptor-X. Jaina abrió fuego sobre el yuuzhan vong, que generó inmediatamente un vacío que absorbió casi todos los disparos. Jaina siguió avanzando y soltó un cuádruple disparo en medio de una ráfaga, lo cual hizo alejarse al yuuzhan vong. Cuando viró a babor, ella hizo lo mismo y se niveló con la popa del T-7. *No me gusta hacer de escudo, pero tengo que hacerlo para que dispare.*

El morro del Interceptor-X soltó una llamarada y disparó un torpedo de protones. Jaina aprovechó la inercia del lanzamiento y ganó un poco de altitud. El torpedo hizo impacto bajo ella en la primera montaña en movimiento, y explotó formando una reluciente bola plateada que iluminó la noche.

El sistema antideslumbramiento del Ala-X se activó de inmediato, eliminando casi todo el brillo, pero, aun así, le permitió ver lo que pasaba en el punto de ataque. El torpedo había detonado a cien metros del objetivo y, aunque un vacío había engullido la mayor parte de la energía, el resto de la misma había provocado el caos entre las tropas. La energía evaporó a los soldados, eliminando compañías enteras en un abrir y cerrar de ojos. Otros salieron despedidos, como juguetes destrozados por un niño cruel. La onda expansiva derribó varios vehículos, que Jaina veía como estructuras con forma de cúpula montadas sobre extremidades, semejantes a un cepillo de miles de cerdas. Algunos cayeron de espaldas, con las patitas agitándose en el aire, mientras que otros se detuvieron al arder las extremidades.

Pero lo más impresionante era el vehículo grande hacia el que el T-7 había dirigido el proyectil. Al igual que los pequeños, estaba recubierto por un caparazón óseo. A lo largo del lomo y en los extremos tenía protuberancias parecidas a cuernos de las que brotaban disparos de plasma. Jaina no podía ver si eran móviles, pero la mayoría apuntaban en direcciones desde las que podían derribar a los cazas.

Se estremeció porque le dio la impresión de que era como una enorme babosa acorazada con espinas.

Jaina dio un brusco giro a estribor y volvió a echarse a babor antes de soltar una ráfaga a la cosa, a la que decidió llamar *Cordi*, la abreviatura de cordillera. Un vacío interceptó sus disparos y el *Cordi* lanzó plasma en su dirección. La joven consiguió esquivar casi todos los proyectiles y escuchó el zumbido de sus escudos al absorber el resto. Los sensores le informaron de otras anomalías gravitatorias y supuso que eran dovin basal intentando quitarle los escudos, pero su esfera de compensación había sido ampliada para rechazar ese tipo de asalto.

Se elevó y aceleró hacia la batalla que se desarrollaba fuera de la atmósfera,

en la caravana de naves. Cuando invirtió el vuelo del caza para elevarse, vio en tierra otras detonaciones de torpedos de protones. Le pareció como si hubieran explotado antes de tiempo, lo que provocó la muerte de muchos soldados y desestabilizó los vehículos pequeños. Se alegró de comprobar que su estrategia surtía efecto, pero temía que no fuera suficiente.

—*Chispas*, ¿qué distancia hay entre las explosiones más cercanas y las más lejanas?

El androide le mostró la respuesta en el monitor secundario.

Jaina se estremeció. Esa distancia significaba que la columna *yuuzhan vong* medía al menos cinco kilómetros. *Da igual lo bien que disparemos. Si no derribamos a los Cordis, no podremos impedir que los yuuzhan vong lleguen al campamento. Y cuando lleguen...*

—oOOOo—

Leia se sobresaltó al sentir una mano en su hombro. Se dio la vuelta rápidamente y se llevó la mano a la pistola láser. Pero resultó ser Mara, que se apoyó en el casco del carguero a cuya sombra se ocultaban. Leia la miró un instante y se llevó la otra mano a la garganta.

—Qué susto me has dado.

—Lo siento. Luke me envió a buscarte para quedarme contigo.

—¿Seguro? ¿No deberías estar...?

—¿Descansando? —Mara negó con la cabeza—. Nunca he ido de indefensa, así que aquí estoy. ¿Y tú qué haces aquí?

Leia señaló al perímetro noreste del campamento.

—La gente se está reuniendo en el centro del campamento, pero un par de familias de aquí no han salido todavía. Quería venir a por ellos... pero, no sé, tuve una sensación...

Mara alzó la cabeza y miró a lo lejos, más allá del carguero.

—¿Algo malo?

—No, para nada.

Mara asintió y desenfundó su sable láser.

—No has podido percibir nada con la Fuerza, ¿verdad?

—¿Qué?

Mara señaló a una de las tiendas. Era obvio que dentro había movimiento, pero Leia utilizó la Fuerza y no percibió vida en el interior.

—Es imposible.

—No tanto.

Mara salió disparada y su sable láser se abrió en una chisporroteante hoja azul. La mujer cortó las cuerdas que tensaban la lona de la tienda, y ésta cayó sobre las tres figuras durante un segundo. De inmediato, las tres siluetas rasgaron la tela roja y salieron al exterior.

Los tres guerreros *yuuzhan vong* se quedaron de pie un instante. Eran altos, pero, por lo que llevaban puesto, no parecían tan atléticos como los habían

descrito. Iban recubiertos de una especie de carne pálida, excepto por los cuernos que la atravesaban y por las capuchas, que no llevaban puestas. Se habían vestido y, a sus pies y descubiertos por la lona rasgada, Leia vio tres cadáveres desnudos cubiertos de sangre.

Enseguida supo lo que había pasado. Unos yuuzhan vong se habían colado en el campamento, habían matado a varios refugiados y utilizaban sus enmascaradores ooglith para parecer humanos. *Si hay más entre los auténticos refugiados, podrían estar matando gente inocente.* El deseo de echar a correr para dar la voz de alarma luchaba en su interior contra la imagen de los tres guerreros dirigiéndose hacia Mara y su sable láser. *Tengo que proteger a la gente, pero no puedo abandonar a Mara. ¿Qué puedo hacer?*

CAPITULO 29

Corran miró a Jens mientras se agazapaba entre las rocas y escudriñaba el campamento yuuzhan vong. La estudiante estaba sentada contra una gran roca con las piernas encogidas y una consola sobre el regazo. Pulsó un par de interruptores y una sonda esférica comenzó a zumbear al elevarse del suelo. Del aparato surgió una antena, y de la base emergieron una serie de pequeños sensores.

Corran le hizo un gesto, y ella envió la sonda hacia la izquierda para entrar en el campamento por el norte. La bola negra flotó plácidamente hacia el asentamiento, rodeó algunas de las conchas pequeñas y se dirigió hacia las medianas. Cuando estaba frente a la que albergaba a los dos guerreros yuuzhan vong, Jens utilizó un estroboscopio para observar la zona y comprobó que la esfera se movía hacia el norte.

Los dos guerreros salieron apresuradamente de las conchas y señalaron la sonda. Uno entró de nuevo y salió con armas, una armadura y el equivalente yuuzhan vong del calzado para la arena. Mientras se vestía y contemplaba la sonda, el otro entró para coger su equipo. Cuando salió, los dos echaron a correr detrás de la sonda, que había desaparecido tras las dunas al norte del lago.

Corran miró a Jens.

—Mantenlos ocupados. Cuando entremos en la concha grande, dile a Trista que despegue. Estará aquí en cinco minutos, rociará la zona de bombas de esencia de matanza y te recogerá. Luego nos sacará a nosotros. Si no hemos salido en ese momento, dadnos por muertos y largaos de aquí. No quiero preguntas, ¿vale?

Jens asintió.

—Buena suerte.

—Gracias, te la deseo a ti también.

Miró a Ganner.

— ¿Preparado?

El joven asintió y saltó sobre una roca. Corran rodeó la piedra tras la que se había escondido y corrió cuanto le permitía el calzado especial.

Ganner llegó el primero, se agachó para quitarse el calzado, lo arrojó a un lado y corrió hacia la concha grande. Cogió el sable láser, pero no lo activó.

Corran se quitó el calzado, pero lo recogió con la mano izquierda.

Después corrió detrás de Ganner y llegó a la concha grande inmediatamente después que él. Corran tiró los zapatos en la entrada y sacó el sable láser. No lo activó, pero acariciaba el botón de encendido con el pulgar derecho.

Ganner se había detenido en la gran garganta que constituía la entrada a la concha. Las paredes, el suelo y toda la superficie eran suaves y variaban de un color marfil oscuro al rosa claro. En algunas zonas de la pared había puntos de

color gris oscuro, pero Corran no sabía lo que eran. Las paredes también parecían algo fosforescentes, pero pensó que era la luz del sol filtrándose a través de la concha.

Ganner avanzó y bajó un par de escalones hacia la estancia principal. De ella partían unos túneles que Corran supuso conducían a otras salas. El hecho le hizo preguntarse por el tipo de criatura que había generado la concha. La superficie era muy pulida pero no estaba-resbaladiza. Lo único que se oía eran sus propias respiraciones y el roce de la arena acumulada en la suela de sus botas.

Cuando dieron la vuelta a un recodo de la escalera, la sala grande se abrió ante sus ojos. Ganner se quedó boquiabierto y dio un paso atrás. Corran entrecerró los ojos y cruzó por delante de su ayudante hacia el centro de la sala. Contempló a los dos estudiantes y deseó de corazón que estuvieran muertos.

Habían sido colgados de unas estructuras por los tobillos, los muslos y las muñecas. Tenían los pies por encima de la cabeza y las extremidades completamente inmovilizadas. Ambos estaban desnudos. Unas pequeñas larvas blanquecinas del tamaño de una baraja de sabacc se afanaban en sus espaldas, clavándoles las garras e introduciéndoles apéndices como agujas en la carne. Los dos muchachos tenían la piel cubierta de hilillos de sangre que goteaban en el suelo.

Bajo ellos, había una criatura que se parecía más a una lengua que a una babosa, y que se acercaba lentamente, limpiando la sangre.

Corran utilizó la Fuerza para comprobar cómo estaban los estudiantes. Sufrían muchísimo dolor, pero su presencia en la Fuerza era potente y pura. Habían sufrido golpes y torturas, pero seguían vivos.

Ganner dio un paso adelante y agitó una mano hacia Vil. Las criaturas blancas salieron volando y se golpearon contra la pared. Después cayeron formando un montoncito reluciente y baboso. Ganner encendió el sable láser y lo echó hacia atrás para cortar uno de los enganches y liberar parcialmente a Vil.

Corran percibió una punzada de dolor en Vil y alzó la mano.

—No, Ganner, espera.

—No hay tiempo para esperar, Corran.

—A Vil le ha dado la punzada cuando le has quitado los insectos. Hazlo también con Denna. A ver si pasa lo mismo.

Ganner asintió, y los insectos pinchadores del otro estudiante salieron disparados. Denna sintió una punzada de dolor y Corran captó tensión en las ataduras del brazo.

—Lo sabía. Esta estructura les mantiene estables y les provoca un nivel de dolor constante.

— ¿Por qué?

—No lo sé —Corran miró a Ganner incrédulo—. Es lógica vong. No sé qué les pasa por la cabeza o por qué hacen lo que hacen. Tenemos que encontrar la

forma de sacarlos de aquí.

El intercomunicador de Corran sonó.

—Horn, adelante.

—Aquí Jens. Los yuuzhan vong están de vuelta. Han dejado de perseguir la sonda.

Eso no es bueno. Haz algo para atraer su atención. Necesitamos tiempo.

—No os queda mucho. Trista está a punto de llegar.

— ¡Engendro de Sith! —Corran se enfureció—. Ni tiempo de jugar, ni tiempo de pensar.

Ganner alzó el sable láser de nuevo.

—Vamos a cortar esto.

— ¿Y si no funciona? Imagínate que las correas se tensan y les amputan los brazos. No es un buen plan.

— ¿Y qué hacemos?

Corran se pasó los dedos por el pelo, se acercó a Denna y le clavó los dedos en el brazo. Percibió a través de la Fuerza una oleada de dolor que traspasaba al joven, pero también observó que las ataduras cedían levemente.

— Eso es. Les mantiene en un nivel de dolor constante. Si la estructura percibe demasiado dolor, afloja la presión. Tenemos que causarles dolor, mucho dolor, para que la estructura les suelte.

El joven Jedi asintió.

— ¿Cómo? ¿Les pegamos?, ¿les rompemos algún hueso?, ¿les damos toques con los sables?

—Podría funcionar, pero evidentemente les mataría —Corran esbozó una sonrisa macabra—. Tendré que hacerles creer que están sintiendo dolor. Ganner alzó la mirada y asintió respetuoso.

—Ah, sí. Adelante.

—No es tan fácil —Corran comenzó a remangarse la manga izquierda—. Me costará un poco.

— ¿De qué hablas?

— ¿Alguna vez te has roto algo?

Ganner asintió.

—Una pierna.

—Y te acuerdas de cómo duele, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no recuerdas cuánto. La mente funciona así. Olvidas los dolores realmente agudos para poder seguir adelante. Las mujeres olvidan el dolor del parto, si no, seríamos todos hijos únicos —Corran suspiró—.

Puedo proyectar dolor en sus mentes, pero tengo que sentirlo para hacerlo bien.

— ¿Cómo? —preguntó Ganner con cautela.

Corran se puso entre las dos estructuras, mirando a Vil y de espaldas a Denna.

—Tú ponte frente a Denna. Cuando las máquinas le suelten completamente, tienes que dar un corte a las ataduras. Tú a él, y yo a Vil.

—Vale.

—Y ahora la parte difícil —Corran extendió el antebrazo izquierdo hacia Ganner con la mano abierta y la palma hacia arriba—. Otra de las habilidades que tengo en la Fuerza es poco frecuente. En determinadas circunstancias puedo absorber cantidades de energía sin sufrir daños. Para apreciar el dolor que necesito, quiero que apoyes tu sable láser en mi antebrazo. No demasiado, me gusta como está. Lo mejor será que tú lo sujetes y que yo pegue el brazo.

Ganner se quedó boquiabierto.

—No hablas en serio.

— ¿Quieres salvarlos o no?

—Pero...

—Pero nada. ¿Listo?

Ganner asintió y alzó el sable láser.

Corran notó el zumbido cerca de su carne cuando elevó el brazo. El calor de la hoja le vaporizó los pelos, llenando la estancia del olor de la proteína cauterizada. Corran sabía que ese aroma no era nada comparado con lo que vendría después. Tragó saliva, estiró la mano y subió el brazo otro centímetro.

Una agonía cegadora le recorrió el brazo hasta el cerebro. Por reflejo, recurrió a una técnica Jedi para rechazar el dolor, pero se detuvo. Se concentró y absorbió la energía de la hoja. Miró con los ojos entrecerrados y vio la carne enrojecida que comenzaba a quemarse. Salía humo, y el dolor se consolidó. Luego, cuando vio que empezaba a ser grave, recurrió a la Fuerza, extrajo el dolor y lo proyectó en los estudiantes.

Un segundo, dos y tres. Corran dejó que la agonía fluyera a través de él hacia Vil y Denna. Ambos se estremecieron, él temblaba. Los dos estudiantes gritaron cuando su carne crujió. Él tenía la mandíbula tan apretada que notó el sabor de la sangre.

Las ataduras se soltaron y dejaron caer a los estudiantes el medio metro que les separaba del suelo. Las correas se tensaron de nuevo, relucientes y negras, como el cuero húmedo. Corran encendió el sable láser y describió un círculo con la hoja, cortando todas las correas. Después cayó de rodillas, sobre el cuerpo postrado de Vil.

Jadeando, Corran intentó recurrir a una técnica Jedi para suprimir el dolor, pero no logró concentrarse lo suficiente. El mundo comenzó a ponerse borroso y oscuro a su alrededor. Consiguió desactivar el sable láser, y se debatió entre el desmayo y la imperiosa necesidad de levantarse y marcharse.

Alzó el torso. Habría seguido levantándose, pero Ganner le cogió del cuello de la túnica.

— ¿Corran, estás...?

— ¿Funcional? Sí —la preocupación de Ganner hirió un poco su vanidad. *No es bueno que me vea tan débil.* Intentó levantarse, y Ganner le fue a coger del brazo

izquierdo para ayudarlo, pero Corran silbó para impedirselo.

—No me toques el brazo.

— ¿Tan mal lo tienes?

—Está, digamos, crujiente —Corran agradecía el hecho de que la manga se hubiera bajado, tapándole la quemadura, pero los dedos ennegrecidos le decían más de lo que quería saber. Se tambaleó al ponerse en pie y se abrazó el brazo magullado—. ¿Cómo están?

—Han perdido el conocimiento. Tendremos que arrastrarlos...

Un siseo agudo y el restallido de un látigo interrumpieron a Ganner. Corran se enderezó lentamente y miró hacia el corredor de salida. Los dos guerreros yuuzhan vong estaban ahí, altos y amenazadores, con las armaduras granates y las articulaciones verdosas que acentuaban su naturaleza alienígena. El guerrero principal ladró una orden a los dos Jedi y la acompañó con otro chasquido de su anfibastón.

Corran forzó una sonrisa.

—Parece que no les gusta la idea de que los saquemos arrastrándolos, Ganner. Parece que vamos a necesitar otro plan para salir de aquí.

CAPITULO 30

La imagen de su marido le vino a la cabeza de repente, y Leia supo la respuesta a su pregunta. Con una media sonrisa, sacó la pistola láser y disparó dos veces al primero de los yuuzhan vong. Los rayos rojos le dieron en el hombro y en el pecho, y le hicieron girar. Una especie de pus espeso brotó del enmascarador oogloth y salpicó al segundo guerrero. El tercero saltó hacia Mara agitando las garras.

El segundo estiró la mano hacia Leia en el momento en que la mujer le apuntaba con la pistola láser. Algo fino y puntiagudo giró por el aire y le dio en el antebrazo. El dolor le subió hasta el hombro y obligó a Leia a soltar el arma. La mujer se agachó para recogerla con la otra mano, pero, al alzar la cabeza, vio a su enemigo saltando sobre ella.

De rodillas, Leia levantó el brazo por reflejo para rechazar al yuuzhan vong, pero el guerrero nunca llegó hasta ella. Bolpuhr fue como un borrón de movimiento y lo detuvo en el aire. Los dos cayeron pesadamente y rodaron por el suelo, pero el yuuzhan vong logró soltarse del noghri. Bolpuhr salió despedido en la oscuridad y rebotó contra el suelo antes de enredarse entre los cadáveres y los jirones rojos de la tienda.

El yuuzhan vong que había sido detenido se levantó y se acercó a Leia tambaleándose. Cayó de rodillas y el enmascarador oogloth comenzó a desprenderse lentamente. Sobre el esternón del alienígena sobresalía la empuñadura de una daga noghri, y cuando el guerrero cayó de bruces, Leia vio la punta ennegrecida del arma asomando por su espalda.

Más allá del alienígena muerto, Mara se enfrentaba a su enemigo con gesto fiero. La mujer, que había colocado el sable paralelo a su antebrazo derecho, alargó la mano izquierda, se agachó y esperó, observando. El yuuzhan vong se agazapó también, con las manos flexionadas. Encogió los hombros y se apoyó sobre el otro pie.

Mara dio un paso adelante y se agachó. El guerrero se abalanzó hacia ella, pero la mujer ya había retrocedido. Las garras del yuuzhan vong pasaron por donde había estado la cabeza de Mara, que se apoyó en el pie derecho y dio una estocada circular que rasgó el vientre del yuuzhan vong. El enmascarador oogloth se derritió con el toque de la hoja, y la carne echó humo mientras el haz de energía cortaba al guerrero por la mitad.

Mara se alejó de él, pero el yuuzhan vong se las arregló para hacerle un rasguño en el muslo izquierdo al caer. Dando una vuelta completa, ella blandió el sable y le decapitó. El cuerpo se estremeció. En la cabeza, que salió despedida, los dientes rechinaron unos segundos antes de morir. Mara corrió hacia Leia.

— ¿Estás muy mal?

Leia negó con la cabeza y se sobresaltó cuando la cosa que tenía en el brazo

sacó patitas e intentó despegarse de ella. Mara retrocedió y tocó el insecto con la punta de su sable láser para matarlo. Leia se sacudió la criatura con la mano y consiguió arrancársela de la carne.

—Qué asco.

Mara le desgarró la manga de la túnica y le envolvió el brazo.

—Será mejor que te miren esto.

—Luego. Podría haber más yuuzhan vong entre los refugiados. Tenemos que comprobar... —Leia alzó la vista—. ¿Dónde está Bolpuhr?

—No lo sé —Mara se levantó y ayudó a Leia a ponerse en pie—. Estaba por aquí detrás, cerca de la tienda, ¿no?

—Sí —Leia corrió hacia los restos de la tienda, se detuvo y cayó de rodillas—. Por los huesos negros del Emperador, no.

El noghri estaba tumbado bocarriba con los ojos sin vida hacia el firmamento. Las garras del yuuzhan vong se le habían clavado profundamente en el cuello y en el pecho. Muerto, el noghri que había cumplido con su deber de forma valiente e incansable parecía más pequeño, más infantil y aterradoramente inocente.

Leia se estremeció. *Si los yuuzhan vong pueden matar noghris sólo con las manos...* Negó con la cabeza y cerró los ojos de Bolpuhr.

—Esto es lo peor a lo que nos hemos enfrentado nunca, ¿verdad, Mara? Su cuñada movió la cabeza de un lado a otro.

—Si lo es, no nos queda mucho tiempo. Tú ve a por los refugiados y mira si puedes distinguir a los yuuzhan vong. Quizá sólo entraron éstos tres. Comprobaré las tiendas de esta zona y acordonaré el perímetro. Te llamaré si hay problemas.

—No quiero dejarte aquí sola.

Mara le guiñó un ojo con valentía.

—No estoy sola. Tengo la Fuerza... Vete. Si te quedas, me aguarás la fiesta.

—oOOoo—

Luke Skywalker clavó la mirada en la oscuridad. Las detonaciones de los torpedos de protones y de los misiles de impacto se acercaban. Podía sentir las ondas expansivas atravesándole. A la luz de los disparos, veía los vehículos aproximándose cada vez más. Los rayos de plasma llenaban el cielo, lo teñían de naranja y provocaban explosiones en el aire más veces de las que le hubiera gustado ver. Los escombros caían del cielo con furia, se desperdigaban y ardían por el suelo, causando daños ocasionales e iluminando a las hordas que se aproximaban.

Luke se secó la palma de la mano en el manto, se lo desabrochó y se lo quitó. Utilizó la mano derecha para asir con fuerza el sable láser y comprobó una y otra vez que tenía cerca el botón de encendido. Utilizó la Fuerza para calcular la distancia hasta el frente y pudo presentir la línea de esclavos yuuzhan vong acercándose al campamento.

Uno de los soldados apostados junto a él le miró y sonrió.

—Si usted está nervioso, entonces no pasa nada porque yo lo esté.

Luke lo pensó un momento y asintió. En todas las batallas en las que había luchado, incluso en Hoth, los combates habían sido entre máquinas controladas por hombres. Pilotar un Ala-X o dirigir un deslizador por la nieve no requería ni más ni menos valor que la lucha cuerpo a cuerpo, pero era más impersonal. Sus disparos derribaban cazas o destrozaban transportes imperiales. Y si los enemigos sobrevivían, no pasaba nada. Era parte del juego, parte de la nobleza que, en opinión de muchos, tenía ese tipo de combate.

Pero el enfrentamiento en tierra no era noble. El propósito de la acción era matar todos los enemigos posibles antes de que lo mataran a uno. Era íntimamente personal porque los objetivos eran otros seres vivos, y no máquinas que los transportaban. El éxito consistía en que cayeran, y sí, un enemigo podía rendirse, pero eso no era ni mucho menos tan noble como capturar a un piloto tras derribar su nave.

Esto se trata de matar, simple y llanamente. Luke podía percibir las debilitadas tropas avanzando a apenas quinientos metros de distancia. Más allá, los cazas soltaban ráfagas sobre las tropas de tierra. Haces de disparos verdes y rojos atravesaban la noche, vaporizando a los soldados. Luke percibía dolor procedente de los que morían, pero ni un ápice de ansiedad por parte de los que sobrevivían. *O no les importa encaminarse a su propia muerte o son incapaces de preocuparse por lo que les pase.*

A su derecha, el coronel Bril'nilim hizo una señal. Los cargueros comenzaron a abrirse. La nave de Elegos se elevó y flotó hacia delante, escupiendo proyectiles de energía escarlata con los cañones láser y calentando la oscuridad a su paso. La nave hizo estragos entre las filas de los yuuzhan vong, cuyo número disminuyó, aunque no demasiado. A la luz de las lejanas explosiones o de los cadáveres ardientes, Luke vio las tropas alienígenas más cerca que nunca.

Cuando los yuuzhan vong se encontraban a doscientos metros de distancia, los soldados comenzaron a disparar. Sus tiros se iniciaron de forma lenta y cautelosa, sin pánico. Los rayos rojos volaban por todas partes y se sumergían en las sombras. Algunos yuuzhan vong giraban antes de caer, otros se desplomaban directamente, y otros jadeaban y se sentaban, tumbándose después como si se fueran a dormir.

A unos cien metros, los alienígenas echaron a correr, por lo que los soldados de asalto aceleraron sus disparos. Siguieron acertando objetivos, pero los huecos de las líneas enemigas se llenaban rápidamente, mientras la oleada de yuuzhan vong se acercaba más que nunca. Más pequeños y fornidos que los yuuzhan vong a los que Luke se había enfrentado, estos soldados parecían reptiles. Eran como trandoshanos, pero más compactos. De la frente les salían unas calcificaciones más parecidas a protuberancias que a cuernos. Luke sospechó que eran los dispositivos que utilizaban los yuuzhan vong para controlarlos.

Los vehículos grandes empezaron a expulsar plasma contra las improvisadas murallas. Los disparos retumbaban en el suelo, que se estremecía, salpicando el aire de barro y escombros. Los tiros cortos caían sobre las primeras filas de los yuuzhan vong, y los que daban en el blanco colisionaban contra los escudos de las naves o contra las fortificaciones. Estos últimos derribaron las fortificaciones, provocando bajas entre los soldados de asalto y, lo que era peor, abriendo brechas en la muralla que permitían a las tropas enemigas infiltrarse en el recinto.

Luke corrió hacia el hueco más cercano y encendió el sable láser. La hoja verde siseó y chasqueó mientras la blandía de un lado a otro, derribando a los soldados con apariencia de reptil. Las tropas yuuzhan vong iban armadas con pequeños anfibastones que se congelaban en forma de garfio, se enganchaban en brazos y piernas y los seccionaban de un tirón. El sable láser no podía cortar los anfibastones, pero las tropas eran demasiado lentas para impedir que Luke les asestara estocadas o les atravesara el pecho.

Dado que podía sentir a las tropas esclavas con la Fuerza, matarlos era increíblemente sencillo. Sabía dónde iban a estar y lo que querían hacer. Un toque por aquí y un golpe en la cabeza, o un bloqueo y después una estocada al corazón. No estaba luchando contra los soldados, sino contra el tiempo. Si tardaba tres o cinco segundos con cada uno, no podría matarlos a todos. Le hacían retroceder metro a metro con el ímpetu de su asalto, y ni con el apoyo de la Fuerza podía matarlos lo suficientemente rápido.

Como no se me ocurra algo, se acabó, se habrá acabado todo.

—oOOo—

Leia corrió al centro del campamento y cogió la carabina láser de uno de los refugiados de guardia. Encontró a Danni y la llevó aparte. Luego indicó a Lando que se aproximara.

—Necesito tu ayuda —dijo Leia a Danni.

—Estás sangrando —comentó Lando.

—No es nada, al menos de momento —volvió a dirigirse a Danni—. Necesito que emplees la Fuerza. Puedes percibir emociones, ¿verdad? Danni asintió rígida.

—He estado intentando cerrarme a ellas. Todo el mundo está asustado —miró hacia abajo—. Como yo.

—Mira, creo que hay yuuzhan vong entre la gente utilizando enmascaradores oogloth para hacerse pasar por personas. Tenemos que encontrarlos.

Danni parpadeó y se tapó la boca con la mano.

—¿Yuuzhan vong aquí? ¿Escondidos aquí?

Leia cogió a la chica por el hombro.

—Tranquilízate, Danni. Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo. Lando sacó su pistola láser y comprobó el cargador.

—¿Cómo los encontraremos?

—Si Danni puede percibir el miedo y el odio, podrá localizar a los que no sientan nada. Seguidme y mezclaos entre la gente —Leia contempló a los cuatrocientos refugiados reunidos y negó con la cabeza—. No es una percepción exacta, pero ubicará a los que no tengan miedo y podremos apartarlos. Dado que no podemos percibir a los yuuzhan vong con la Fuerza, ellos son los que buscamos.

—No sé —la joven dudó un instante, tragó saliva y asintió—. Lo haré lo mejor que pueda.

Lando asintió.

—Vamos.

Leia respiró hondo y disparó una ráfaga al aire. La gente se agachó por reflejo y una ola de terror inundó a la multitud. Leia la contempló y puso gesto sombrío.

—Los yuuzhan vong están entrando, y detenerlos nos va a costar más de lo que pensamos. Si hay algo que queráis decirle a alguien aquí, vuestras últimas palabras, más os vale hacerlo ahora y rápido.

Una tormenta de terror recorrió a los refugiados, y los lamentos y sollozos sonaron como un trueno silenciado. Leia hizo una señal a Danni y a Lando, y los tres comenzaron a moverse entre la gente, indagando y buscando a los que no encontraran nada que temer en el aviso de Leia.

—oOOo—

Jacen blandía su hoja verde de derecha a izquierda mientras Anakin y él atacaban el flanco de los yuuzhan vong que hacía retroceder a Luke. Jacen no estaba para finuras o elegancias, y se limitaba a masacrar soldados. Sabía que lo que hacía no tenía nada que ver con ser un Jedi. Sí, podía percibir las últimas chispas de vida, pero las tropas vong eran para él más androides de carne y hueso que auténticos seres vivos. *Están vivos como las plantas. Quizá fueran individuos en el pasado, pero ahora sólo son marionetas, marionetas letales.*

Jacen blandió el sable láser hacia la derecha y cercenó a un soldado por la espalda. El soldado cayó a los pies de Anakin, que saltó hacia atrás y dio una estocada baja entre las piernas de un yuuzhan vong. El enemigo se desplomó y se llevó a otros dos por delante. Anakin los remató con golpes rápidos en la nuca, y alargó la mano izquierda hacia Jacen.

Un soldado que estaba junto a éste salió disparado, como si le hubieran dado en el pecho con una tonelada métrica de transpariacero. El golpe telequinético despejó el camino hacia donde estaba Luke. Jacen avanzó manteniendo el hueco abierto, y Anakin se unió a él. Los tres Jedi rechazaron juntos a los soldados, eliminándolos y empujándolos hacia la brecha en la muralla.

Cuando su presencia detuvo el ataque en la brecha, la nave de Elegos dio la vuelta y soltó una ráfaga infernal de láser sobre la columna de infantería yuuzhan vong. Jacen se tapó los ojos con la mano mientras los pequeños reptiles se desvanecían en una gran llamarada de luz, una fila tras otra. Los

yuuzhan vong que no habían sufrido el impacto del láser de la nave siguieron avanzando, pero los Jedi los rechazaron sin problemas.

La acción de Elegos proporcionó algo de espacio a los Jedi. Luke activó su intercomunicador.

—Gracias por salvarnos, senador.

—Mi armamento no es efectivo contra los vehículos grandes, así que lo utilicé donde era más necesario —la voz del caamasiano estaba repleta de seriedad—. Menos mal que las tropas de tierra no pueden escudarse con agujeros negros.

Anakin rió.

—Pues claro. Un buen empujón y uno caería en el vacío del que va detrás, y así sucesivamente hasta que cayeran todos.

Jacen frunció el ceño ante el comentario de su hermano, y Luke chasqueó los dedos.

— ¡Eso es!

— ¿El qué?

—No tengo tiempo de explicarlo, Jacen —Luke miró hacia la nave—. Senador, tengo que dar una vuelta.

Elegos bajó la nave a unos cinco metros del suelo y activó la rampa de descenso. Luke saltó y entró rápidamente en la nave, que se elevó y se alejó del recinto.

Anakin parpadeó.

— ¿Pero qué he dicho?

Jacen negó con la cabeza y apretó el sable láser con más fuerza.

—No lo sé, pero espero que funcione —señaló las murallas—. Y hasta que sepamos si funciona o no, tenemos cosas que hacer.

CAPITULO 31

Antes de que Corran o Ganner pudieran pensar un nuevo plan de escape, una explosión exterior hizo estremecerse a la concha gigante. La empalagosa esencia de matanza entró y descendió por las escaleras. Corran pudo sentir a los slashrats congregándose a su alrededor, atravesando la arena y buscando algo que comer. Los esclavos fueron presa del pánico y, uno a uno, dejaron de estar presentes en la Fuerza.

Corran avanzó por delante de Ganner y encendió su sable láser.

—Vale, Ganner, éste es el nuevo plan. Tú eres el campeón de telequinesia del grupo, así que traslada a los estudiantes a la parte de atrás de la concha, abre un hueco en la pared con tu sable láser y sácalos de aquí.

—No estarás pensando que, en tu estado, puedes vencer a esos dos.

—Eso es irrelevante. Como dicen en Tatooine, cuando te persigue un dragón krayt no tienes que ser más rápido que él, sino simplemente más rápido que el tío más lento de tu grupo. Yo soy el tío más lento aquí, y tú eres el que va a salvarlos.

Corran alzó la mano y extendió dos dedos hacia los yuuzhan vong. Se obligó a ignorar el dolor e hizo una mueca que sugería que, para él, enfrentarse a dos yuuzhan vong era menos molesto que arreglarse la barba. Flexionó la muñeca para invitarles a acercarse y para que se enfrentaran a él en duelo.

El que parecía el jefe dejó que su anfibastón se enrollara en su cintura, dio un paso a un lado e indicó a su subordinado que avanzara. El otro yuuzhan vong, que a Corran le parecía más joven, dio unos pasos y se colocó en una pose de grandeza marcial. El anfibastón se deslizó por su mano y se puso rígido.

—Ganner, sigo oyéndote respirar ahí detrás. ¡Vete! ¡Vete ya! Mételes en la nave y largaos de aquí —Corran se giró y miró a Ganner con toda la dureza de la que fue capaz—. Tú eres el único que puede salvarlos, y yo el único que puede concederte el tiempo necesario para ello. ¡Vete!

El joven Jedi asintió una vez, hizo un gesto y los dos estudiantes se elevaron del suelo como si estuvieran sujetos por hilos invisibles. Ganner comenzó a retirarse por uno de los muchos túneles con los dos chicos flotando tras él. El joven yuuzhan vong bajó dos pasos más y levantó el anfibastón como si fuera una porra, listo para arrojarlo.

El jefe siseó algo y detuvo a su subordinado.

Corran describió un círculo con su sable láser y se situó entre los yuuzhan vong y la línea de retirada de Ganner.

—Espero que ambos consideréis que hoy es un buen día para morir.

El yuuzhan vong joven bajó despacio los escalones e hizo girar su anfibastón en la mano derecha. Luego alargó la izquierda hacia Corran con los enguantados dedos extendidos. El yuuzhan vong se movía con la elegancia no premeditada de los depredadores. Dio un paso a la izquierda de Corran, en un

claro intento de que éste diera la espalda al otro guerrero.

Corran respondió a su vez saltando hacia la izquierda y llevando la zurda a la empuñadura del sable, que había sido construida a partir del manillar de un viejo deslizador y era lo bastante larga como para dar cabida a las dos manos. Corran las bajó hasta la altura de las caderas y apuntó a la garganta del yuuzhan vong joven.

El guerrero blandió su bastón y lanzó un barrido hacia la pierna izquierda de Corran, que bloqueó el golpe. La punta del sable se introdujo sin dificultades en el suelo de concha, dejando una oscura cicatriz entre ambos combatientes. *Por lo menos ahora sé que Ganner puede salir de aquí cortando la concha.* Corran retrocedió y apuntó de nuevo al yuuzhan vong.

El guerrero intentó el mismo ataque por segunda vez. Corran lo esquivó un poco más arriba y giró sobre el pie derecho. El izquierdo se alzó en una patada que dio al yuuzhan vong en el pecho. El guerrero cayó hacia atrás, apartándose de la estocada de revés de Corran, estocada que dejó otra marca en el suelo. Cuando Corran liberó la hoja, el vong ya se había levantado y estaba listo para atacar.

Corran le hizo frente y presentó el flanco izquierdo para atacar. Alzó la empuñadura del sable hasta la altura de las orejas, apuntó la hoja directamente hacia delante, la niveló con los ojos del alienígena y asintió.

—Si me buscas, ven a por mí.

El yuuzhan vong dio un paso adelante, y Corran volteó la muñeca derecha. Hizo girar el manillar, cambiando la piedra del interior del arma de esmeralda a diamante. El haz de energía se estrechó, dejó de ser plateado y pasó a ser púrpura, duplicando su tamaño. La punta de la hoja se clavó profundamente en la cuenca izquierda del ojo del vong.

El alienígena se encogió y se estiró cuando las articulaciones se le pusieron rígidas. Resbaló de la punta de la hoja y cayó de espaldas. Le salía humo del cráneo. El guerrero se derrumbó estrepitosamente en el suelo y sus inertes miembros rebotaron en la dura superficie. Con una última sacudida, se quedó inmóvil.

Y Ganner se reía de mí por tener un anticuado sable láser bifásico. Corran puso la hoja en su tamaño normal e hizo un gesto al otro guerrero.

—Estaba demasiado ansioso. Yo sabía que sólo podía emplear ese truco una vez, y sólo con él.

El Jedi dudaba sinceramente de que el guerrero alienígena entendiera lo que había dicho, pero sabía que el tono de su voz indicaba la naturaleza de su mensaje.

El yuuzhan vong bajó los escalones con elegancia y sin apresurarse. No quería desperdiciar el esfuerzo de girar el anfibastón, sino que lo agarraba con ambas manos, la derecha arriba y la izquierda abajo, preparado para rechazar cualquier estocada larga contra sus ojos. Las junturas curtidas de su armadura rechinaban cuando se movía en círculo. Miraba a Corran con ojos hambrientos,

y pareció llamarle la atención la sangre que el Jedi derramaba por la muñeca izquierda al alargar el brazo.

El yuuzhan vong se detuvo de repente y alzó ambas manos por encima de la cabeza. El anfibastón se estiró hasta convertirse en una porra con la cabeza aplastada en una fina cuchilla. Empuñando el sable láser con las dos manos, Corran se agachó para convertirse en un objetivo más pequeño. El siseante haz plateado derramaba reflejos deslumbrantes sobre la armadura del vong.

Esperaron.

Corran no podía percibir al yuuzhan vong con la Fuerza, y la magnificencia del guerrero abrumaba sus sentidos físicos. Toda la actividad exterior de la concha se desvaneció cuando se concentró en su enemigo. A pesar de sus diferencias: su naturaleza y sus orígenes, ambos contendientes estaban hechos de la misma pasta. Los yuuzhan vong habían asesinado a gente que Corran consideraba de los suyos, y viceversa. Ambos estaban entrenados para la guerra y se enfrentaban a un enemigo competente, pero sólo uno de ellos saldría de allí con vida.

Corran sospechó que sería él. Su mente se llenó de imágenes de su mujer y sus hijos. Se obligó a recordarlos sonriendo y felices, y se negó a verles sufriendo. *Si voy a perderlos, y ellos a mí, quiero buenos recuerdos, no malos.*

Se preguntó si el guerrero estaría pensando lo mismo, y entonces éste atacó. Hacia abajo y por la derecha. Corran detuvo el golpe y atacó con su hoja. El vong se apartó a la derecha, echando humo de la armadura en el punto donde le había alcanzado el sable, a la altura de la cadera, y atacó de nuevo con su anfibastón. La punta dio a Corran en el muslo y le cortó la ropa y la carne, salpicando las paredes de sangre.

Ignorando el dolor, Corran giró, se lanzó hacia delante y soltó dos estocadas al yuuzhan vong en el flanco derecho. El guerrero alzó el anfibastón en un bloqueo vertical y, con un giro de la muñeca izquierda, levantó la hoja del sable láser y la apartó a un lado. Corran volteó las muñecas, echó el sable hacia atrás hasta casi tocarse la coronilla y lo lanzó hacia delante. El arma luminosa desprendió chispas al aterrizar sobre el hombro derecho de la armadura del vong.

El yuuzhan vong se alejó al sentir el corte del cuello y continuó girando hasta asestar un revés a Corran en las rodillas. El Jedi saltó por encima y, al hacerlo, cortó al yuuzhan vong en el hombro izquierdo. La hoja plateada perforó la juntura de la armadura y le dio en la carne, provocando un zumbido. El vong empezó a sangrar.

Los dos combatientes retrocedieron un instante, mirándose fijamente. Corran podía sentir el calor procedente de su pierna. La sangre del yuuzhan vong chorreaba por debajo de la armadura, lo que le obligó a quitarse el guante y secarse la mano en el pecho. Los combatientes se hicieron un gesto de respeto con la cabeza. *Y de miedo, aunque sólo un poco.*

Ambos se enderezaron. El yuuzhan vong levantó el anfibastón por encima de

la cabeza. Corran bajó la punta del sable y apuntó a las rodillas de su adversario. Respiró hondo y se estremeció. *Ahí vamos.*

Un grito de guerra resonó en la cámara cuando los combatientes saltaron al unísono uno a por el otro. Corran agachó la cabeza y el anfibastón casi rozó su hombro derecho. Corran introdujo con rapidez el sable láser entre las piernas del yuuzhan vong y alzó ambas manos. La hoja plateada seccionó la armadura del vong a la altura de la cadera derecha. El Jedi hundió la hoja, la levantó y giró después hacia la izquierda.

Pero, inexplicablemente, Corran se descontroló en la vuelta y cayó al suelo. Sintió una punzada de dolor en la espalda, cerca de la columna, y dejó de sentir las piernas. El sable láser se desprendió de su mano y describió un pequeño círculo sobre el suelo de la concha. La caída de espaldas había sido contundente, pero evitó que se golpeará la cabeza contra el suelo.

El miedo y la ansiedad le invadieron. Intentó sentarse, pero no pudo. Más allá de sus pies, vio que el anfibastón del yuuzhan vong se enroscaba junto a su amo, siseando y sacando los colmillos, y enseguida supo lo que le había pasado. Se llevó la mano a la espalda y notó las ropas rasgadas y el mordisco. Cuando se miró la mano, la tenía llena de sangre. *Y veneno también, sin duda. Estoy perdiendo la sensibilidad.*

El yuuzhan vong se estremeció y, apoyándose en las manos, se enderezó. Casi lo consiguió, pero la pierna derecha se le torció de una forma extraña. Se desequilibró por su propio peso y volvió a caer al suelo. El casco se desprendió de su cabeza y cayó al suelo con un estruendo.

¿Tiene la pierna amputada y sigue moviéndose? Corran se arrastró hacia su sable láser y puso la mano sobre él. *Ojalá esas cosas no cauterizaran las heridas, así se moriría desangrado.*

El yuuzhan vong se tumbó bocabajo y cogió el anfibastón. Luego comenzó a arrastrarse hacia Corran. El Caballero Jedi le atacó con el sable láser, haciendo saltar esquirlas de la armadura. Sus golpes descascarillaron el suelo y desperdigaron la arena que había debajo, pero el vong permanecía impassible ante sus débiles ataques.

Sabe que el veneno podrá conmigo. Corran ya no podía sentir la espalda y le costaba respirar. Intentó utilizar la Fuerza para limitar el daño y restringir el flujo de sangre, pero esas técnicas le hubieran dejado en trance. *Y el vong me matará.*

Corran se arrastró hacia atrás, dejando un rastro sangriento en el suelo. Atacó una y otra vez al yuuzhan vong, pero el guerrero seguía aproximándose, lento pero seguro, y esperando que a Corran se le cansara el brazo y perdiera toda la sensibilidad en la mano. *No tendrá que esperar mucho.*

A Corran comenzó a costarle respirar. Tenía estertores. Supo que había llegado al final y recordó imágenes de su familia. Imágenes felices. Imágenes que le hacían sentirse orgulloso. Los vio en varios momentos y situaciones, y acabó visualizando los recuerdos más fuertes y recientes que tenía de ellos.

Utilizó la Fuerza en un último intento desesperado. Entrecerró los ojos y una sonrisa afloró a sus labios. El yuuzhan vong, con la ayuda de su anfibastón, se había levantado sobre la pierna sana. El guerrero le miró desde arriba, con la cara descubierta y desfigurada, los dientes desiguales y los rasgos contraídos. Una imagen de pesadilla que Corran iba a llevarse consigo a la eternidad.

Y, en ese momento, una explosión de slashrats surgió del agujero que Corran había creado en el suelo del interior de la concha. Uno de los roedores dentados lanzó una dentellada al brazo del yuuzhan vong y lo partió como si fuera la cáscara de un huevo. Otros dos se colgaron de su pierna malherida y forcejearon, arrastrando al guerrero hasta donde Corran no podía verlo.

Si el vong gritó, y Corran supo que no llegó a hacerlo, los gruñidos de los slashrats desgarrando su cuerpo ahogaron completamente el grito.

Con una sonrisa, Corran retrocedió, alejándose todo lo que pudo de los slashrats que estaban destrozando al yuuzhan vong. La última imagen de su hijo Valin, recordando cómo había conseguido que los garnants atacaran a Ganner, le sugirió utilizar la Fuerza para invitar a los slashrats a merendar yuuzhan vong. Los slashrats enzarzados en la matanza le estaban demostrando lo efectiva que había sido la estrategia.

Corran se rió para sus adentros y descansó la cabeza. *Pero claro, yo soy el postre.* Dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones y cerró los ojos antes de que la inconsciencia le impidiera hasta esa sencilla tarea. Por un momento se preguntó si abandonaría su existencia hacia la muerte, como habían hecho otros Jedi, privando a los slashrats de su comida. *Da igual. Los demás están a salvo y han huido. He hecho mi trabajo.*

Antes de quedar completamente inconsciente, sintió que flotaba. Hubiera sonreído si hubiera podido. *Así que esto es así. Así es morir como un Jedi y deshacerse en la nada.* Aunque no dio ninguna señal externa, sintió una plenitud en el alma. Corran Horn se sumergió en el olvido eterno siendo un hombre feliz.

CAPITULO 32

Un silbido de *Leo* indicó a Gavin que encendiera el monitor secundario. El *Invulnerable* avanzaba hacia la batalla sobrevolando el ejército de tierra. Era una nave equipada con potentes escudos y armas, pero era más eficaz si las otras naves disparaban sobre las tropas de tierra.

Gavin pulsó su unidad de comunicación.

—*Invulnerable*, aquí Pícaro Uno, ¿qué estáis haciendo?

La voz serena del senador A'Kla se abrió paso por el canal.

—El Maestro Skywalker tiene una misión para nosotros, coronel. Está aquí.

—Gavin, necesito que dos de vosotros sobrevoleís el vehículo grande y que soltéis cuatro torpedos sobre el mismo flanco. Os daremos la telemetría —había un punto de agitación en la voz de Luke—. ¿Podéis hacerlo?

—A sus órdenes, Jedi Uno —Gavin pulsó un botón para captar la frecuencia táctica de su escuadrón—. *Palillos*, sígueme. Un Jedi quiere que soltemos una ráfaga sobre ese vehículo grande de ahí.

—Te recibo, Uno. Enseguida estoy contigo.

—Coge los datos telemétricos del *Invulnerable* y úsalos para disparar.

—A tus órdenes, Uno —Jaina elevó la voz—. Voy a por ellos. Gavin sonrió. *Tú y yo, Palillos, los dos.*

—Dos y Doce, quitadnos de encima al último caza.

Los clics de las unidades de comunicación confirmaron que los pilotos habían recibido la orden y se disponían a cumplirla. Gavin extendió los alerones de babor y giró hacia ese lado para elevarse unos cien metros sobre el campo de batalla. Los disparos de plasma se elevaban hacia su posición, pero eran tan lentos que los sorteaba sin problemas.

Colocó la cuadrícula sobre el lento vehículo y pulsó un interruptor que activaba los datos de vuelo para los torpedos proporcionados por el *Invulnerable*. Mantuvo el caza sobre el objetivo y apretó el gatillo. Dos torpedos de protones salieron envueltos en una llamarada azul, y otros dos surgieron desde su derecha. Ambos alcanzaron el blanco.

Leo informó de que se había creado una anomalía gravitatoria algo más grande de lo normal para interceptar los misiles. Gavin entrecerró los ojos, esperando la explosión. *Espero que sepas lo que haces, Luke.*

Leia avanzaba rápidamente entre la multitud, mirando de vez en cuando a Danni y a Lando mientras se abrían paso entre el grupo de refugiados. Cuando distinguía a alguien que realmente tenía miedo, le pedía que se dirigiera al perímetro de acogida. El grupo de refugiados comenzó a dispersarse. Leia podía sentir la tensión creciendo en la zona. *Los que vamos dejando atrás saben que estamos buscando algo y tienen miedo de ser ellos.*

Lando marchaba un paso por delante de Danni. De pronto, la chica se sobresaltó y señaló a una anciana y a un hombre que podría ser su hijo. Lando

se dio la vuelta y levantó la pistola láser, pero la anciana mostró garras en los dedos, clavó la mano en el pecho de Lando y le desgarró la túnica azul, empujándolo hacia un grupo de refugiados que se habían puesto a gritar.

La anciana se alzó en toda su estatura y el enmascarador ooglyth se estiró moldeando una parodia del rostro que había sido. Leia alzó su carabina, láser y disparó dos veces. Uno de los disparos se pasó de alto, pero el segundo ardió en la garganta del yuuzhan vong, que se llevó las manos al cuello mientras caía. El fluido oscuro y el pus blanco manaron entre sus dedos.

El yuuzhan vong que había adoptado el aspecto de su hijo se echó a la derecha y, dando una voltereta, cogió con una mano la pistola láser de Lando, y con la otra agarró a una niña que apretó contra su pecho. El alienígena masculló algo mientras apretaba la pistola contra la cabeza de la pequeña.

—Daño a mí. Ella muerte.

La maldad de sus palabras era más que obvia, pero el hecho de que no se reflejara la Fuerza le parecía a Leia una incongruencia. Alzó la carabina láser y apuntó a la cabeza del yuuzhan vong.

—No te bastará con matar sólo a uno, así que correré el riesgo.

El yuuzhan vong se detuvo un instante a pensar las palabras de Leia y luego apuntó en su dirección. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, el cargador cayó del arma y rebotó en el suelo. La máscara humana del alienígena se estiró de forma espantosa formando una mueca de alegría. Leia hizo un disparo que pasó por encima de la cabeza de la niña y abrió un agujero en la frente del yuuzhan vong.

El guerrero cayó de espaldas, protegiendo a su rehén con su propio cuerpo. En un instante, la aterrorizada madre de la niña se la arrebató de los brazos. Entonces, la pequeña se dio cuenta de que se suponía que debía estar asustada y comenzó a llorar, pero los gritos quedaron ahogados por el fuerte abrazo de su madre.

El intercomunicador de Leia soltó un pitido.

—Adelante.

—Aquí Mara. He encontrado el rastro de unos seis.

—Nosotros tenemos dos aquí, así que queda uno...

—Lo tengo yo.

—¿Estás herida?

—Rasguños. Pero él está destrozado —Mara parecía animada—. Me quedaré por aquí y veré si asusto a alguien.

Leia acudió junto a Danni para ayudar a Lando a levantarse. Las garras del yuuzhan vong le habían abierto un profundo corte, pero Lando parecía más preocupado por su camisa que por las heridas. Elevó las manos ensangrentadas, como buscando algo donde limpiárselas, y pensó en hacerlo en la túnica, pero rechazó la idea.

Leia hizo un gesto a dos voluntarios.

—Llevad a Lando a un puesto de socorro.

—Estoy bien, Leia.

—Estarás bien cuando dejes de chorrear sangre.

Lando señaló al yuuzhan vong muerto.

—Un buen truco lo de soltar el cargador. Sabía que ibas a hacerlo cuando le invitaste a apuntarte a ti en lugar de a la niña.

—No fui yo, Lando, fue Danni —Leia sonrió a la joven científica—. Muy valiente por tu parte.

— ¿Tú crees? Bueno, sí, puede —Danni se estremeció—. Al volver a estar tan cerca de un yuuzhan vong no sabía qué hacer. Lo que Jaina me enseñó, lo de intentar calmarme, no funcionó. Y pensé... sí, creo que el truco ha funcionado.

—Me has salvado la vida, Danni. Una pequeña victoria para nosotros, y una pequeña derrota para ellos —Leia suspiró y miró hacia el sur. *Sólo espero que el resto supere nuestras victorias para que salgamos de aquí con vida.*

—oOOo—

En la cabina del *Invulnerable*, Luke señalaba hacia el vehículo grande.

—Acércanos.

—Sí, Maestro Skywalker.

— ¿Qué tal van los datos de telemetría, Erredós?

El pequeño androide silbó tranquilizador, girando la cabeza para mirar a Luke.

Un pitido del androide y Elegos miró el monitor secundario.

—Se han lanzado cuatro torpedos y todos han dado en el blanco.

—Bien.

Luke se recostó en el asiento y cerró los ojos. Luego cogió aire e invocó a la Fuerza. Dejó que su percepción de las cosas se expandiera sobre la presencia debilitada de los esclavos y avanzara hacia el vehículo. No tenía una impresión compacta del mismo, aunque parecía albergar a unos cuantos esclavos. Utilizó esa ausencia como punto de partida para encontrar un vacío y, cuando se formó, el agujero negro surgió potente en la Fuerza.

El vacío que generaban los dovin basal del vehículo para interceptar los misiles era una anomalía gravitatoria que tenía sustancia en el mundo real. Pequeñas hebras de Fuerza se colaban en su interior a medida que absorbía insectos, pájaros, murciélagos y bichos. Luke utilizó los rastros vitales que se desvanecían y las mismas corrientes de aire que el vacío creaba para definirlo. De esa forma definió los límites y supo exactamente dónde estaba y lo potente que era.

Se abrió con más intensidad a la Fuerza de lo que lo había hecho en años, incluso más que durante el rescate de su sobrino. La Fuerza fluyó dentro de él, ardiente como el metal derretido y al mismo tiempo suave como la caricia del agua de la lluvia. Se arremolinó en su interior, llenando cada célula de su cuerpo, liberándole del cansancio y despejando su mente.

Luke hizo acopio de esa potencia y la lanzó contra el vacío que había

generado el vehículo yuuzhan vong. Empujó, tiró y supo al momento la potencia que los dovin basal eran capaces de generar para controlar el vacío. Casi sonrió porque no era nada en comparación con la Fuerza, pero no se detuvo a regocijarse en ese pensamiento.

— Erredós, lanza los misiles.

R2-D2 silbó obediente e introdujo nuevos datos en los torpedos de protones. Éstos giraron en el aire y se dirigieron hacia el cielo, por encima del vacío. Luego giraron de nuevo y se precipitaron hacia abajo, en dirección al lomo del vehículo.

Los dovin basal trasladaron el vacío al instante para cubrir la nueva trayectoria de ataque. Luke dirigió la Fuerza hacia su control del agujero negro, venciendo a los basal, cuya presión aumentó. Luke se mantuvo inamovible. Los torpedos estaban cada vez más cerca. Los dovin basal activaron toda su potencia, y entonces Luke dejó que el vacío se deslizara a interceptar los torpedos de protones.

Los dovin basal dedicaban su esfuerzo a deslizar el vacío a su sitio, lo que requería tanto un movimiento lateral como la reducción del arco de desplazamiento. Cuando lo atrajeron hacia el vehículo, Luke empujó con la Fuerza y, dado que los dovin basal ya estaban tirando del agujero negro hacia su vehículo, no estaban preparados para que el desplazamiento se acelerara.

El vacío se estrelló contra el vehículo en medio del lomo. El largo transporte se dobló hacia atrás cuando sus dos extremos fueron absorbidos por el agujero negro. Fluía como si fuera un líquido espeso, y los afilados cuernos y las placas óseas se licuaron al verse arrastrados hacia el horizonte del suceso del agujero negro. En un abrir y cerrar de ojos, el vehículo había sido devorado por el vacío, dejando un enorme hueco entre las filas yuuzhan vong.

Y entonces, los torpedos de protones explotaron. Uno tras otro, los cuatro misiles dieron en el suelo e hicieron explosión. Las llamaradas destrozaron a los guerreros vong e iluminaron la noche. Las tropas apuntaron un enorme cañón a la línea de avance yuuzhan vong y las ondas expansivas fueron tales que la tierra se estremeció incluso en el campamento refugiado. Los soldados cayeron en ambos bandos y las murallas se derrumbaron.

— ¿Y ahora, Maestro Skywalker?

Luke miró al caamasiano por un instante, intentando responder, pero una ola de fatiga le sobrevino y se interpuso entre su cerebro y él. Negó con la cabeza y se recostó en la silla. La energía de la Fuerza que empleó para ayudar a los yuuzhan vong a destruirse a sí mismos le había agotado por completo, dejándolo débil y casi incapaz de mantener los ojos abiertos.

— ¿Maestro Skywalker?

— Haga... lo que... considere mejor, senador... — consiguió decir Luke antes de que el mundo se apagara.

—oOOo—

Anakin se levantó del suelo y pestañeó para dejar de ver las detonaciones de los torpedos que se repetían en su retina y le impedían ver en la oscuridad. Encontró su sable láser y llamó a su hermano.

—Jacen! Jacen!

Se giró a la izquierda cuando le llegó la respuesta, y se abalanzó a por la horda de reptiloides que estaban sobre su hermano. Alejó a uno o dos con el sable láser y, con un temblor de la Fuerza, desperdigó al resto. Algunos se pusieron de pie y le atacaron, pero Anakin les bloqueó sin dificultades y los derribó después.

Jacen se puso en pie sangrando por la nariz y por la boca, y con el ojo izquierdo ligeramente cerrado. Alargó la mano derecha para recuperar su sable láser y, en un segundo, activó la hoja verde.

—Esa cosa, ese vehículo, debía de ser un Coordinador Bélico, un centro de órdenes y de control. Los esclavos se han vuelto locos.

A su alrededor, los reptiloides se abalanzaban a por las murallas. Muchos habían tirado las armas y aullaban, rasgando lo que fuera con las manos y los dientes. Pero no se limitaban a asaltar a las tropas de Bril'nilim, sino que también se atacaban entre sí. Parecían más un enjambre de insectos suelto por el campo que un cuerpo militar.

Los dos jóvenes Jedi se introdujeron en la corriente de reptiloides. Anakin repartía estocadas a diestro y siniestro, cortando yuuzhan vong mientras avanzaba. Jacen y él se dirigieron hacia la derecha, abriendo camino a unas tropas de asalto de Bril'nilim que se habían quedado atrapadas. Con ellos detrás, volvieron a abrirse paso hacia el campamento de refugiados. Más adelante, resonaron disparos de pistola láser allí donde estaban los refugiados. Anakin podía ver tiros perdidos volando en todas direcciones, lo que sugería confusión entre los voluntarios que defendían a los refugiados.

El *Invulnerable* flotaba sobre ellos abriendo fuego sobre los soldados. Disparos de menor magnitud comenzaron a despejar el camino entre los Jedi y los refugiados. Jacen y Anakin se apresuraron, utilizando los sables láser para que los disparos no alcanzaran a las tropas que iban con ellos, sino a los reptiloides. Entraron en el recinto y rechazaron más reptiloides, pero los que habían conseguido entrar ya habían hecho estragos.

Los cadáveres quemados de los reptiloides estaban por todas partes, salpicados de la sangre de sus víctimas. Los niños estaban agotados, y los hombres y las mujeres miraban hacia arriba, hacia los cargueros bajo los cuales se habían escondido. Los lamentos y los gritos llenaban el aire, salpicados por los silbidos de las pistolas láser o la llegada de otros reptiloides.

Leia corrió a por sus hijos, y Anakin vio que estaba herida.

—Mamá, estás herida.

—No es nada. Elegos dice que la segunda mitad de los yuuzhan vong está por llegar. Luke no puede con el otro vehículo. Aun así, hemos ganado algo de tiempo con los torpedos —señaló a los cargueros—. Tenemos que embarcar a

todo el mundo y salir de aquí enseguida. Tenemos que irnos de Dantooine.

Jacen frunció el ceño.

—Pero no había comida suficiente para un viaje a otro sistema, y llevamos aquí varios días...

Anakin miró a su alrededor.

—Ya no hay tantas bocas que alimentar.

Su hermano mayor lo pensó un instante.

—Ya.

—No pasa nada, chicos —Leia les dio una palmada en el hombro—. Comenzad a reunir a la gente. Que se muevan. Nos queda muy poco tiempo antes de morir.

CAPITULO 33

Jaina Solo giró su Ala-X a babor y estabilizó la nave para una maniobra de bombardeo. *Chispas* varió los controles para un ataque de tierra y colocó una cuadrícula sobre la perspectiva del suelo. En el monitor secundario, los controles calcularon la cantidad de señales vitales de cada segmento de la cuadrícula y los colorearon. Los más claros eran los que tenían más concentración de vida. En otro monitor se mostraban estos mismos datos, pero en colores translúcidos para que pudiera seguir viendo el suelo.

Jaina viró el Ala-X y disparó los láseres. Cientos de descargas atravesaron la noche hacia los soldados yuuzhan vong que salían del cráter creado por los torpedos de protones. Algunas no dieron en el blanco y otras rebotaron en el aire tras dar en las armaduras, pero la mayoría atravesaron a los reptiloides, matándolos al instante.

Ella elevó la nave, intentando colocar su Ala-X por encima de las sensaciones de muerte que captaba, pero el dolor y la desesperación se le pegaron como fango en las botas. Odiaba tener que masacrar a tantos individuos, pero también sabía que no había opción. Los reptiloides avanzaban sin remisión y, por el caos desatado en el campamento de refugiados, o acababa con ellos o matarían a los refugiados. *Y a mi madre, a mis hermanos, a Danni...*

La voz de Gavin resonó en la unidad de comunicación.

—Pícaros, tenemos nueva misión. Los cargueros despegan. Van a salir de aquí —su voz se quebró por un momento—. Se os asignará escoltar a un carguero a cada uno.

Jaina vio que le habían encomendado el *Invulnerable*. A ella le daba igual, pero era la sexta nave de la caravana.

— ¡*Chispas*, dime los Pícaros que siguen en activo!

El androide le ofreció un macabro informe. El coronel Darklighter y el capitán Nevil eran todo lo que quedaba del Grupo Uno; el Dos se había visto reducido a la mayor Forge; el Tres estaba algo mejor, con la mayor Varth, Jaina y su compañera, Anni Capstan, que seguían vivas, pero el escuadrón se había visto reducido a la mitad; el Escuadrón Salvaje tenía sólo un grupo; y los Fuertes... *Han muerto todos... hemos barrido el cielo de coralitas, pero nos ha costado demasiado.*

Jaina pulsó el comunicador.

— ¿Tenemos las coordenadas de salida, coronel?

—Solución en proceso, *Palillos*.

Ella negó con la cabeza. Habían venido a Dantooine porque eran demasiados como para un viaje largo por el hiperespacio. No tenían provisiones. *O encontramos provisiones o...* Contempló los cadáveres entre la penumbra, desperdigados por el campamento bajo los cargueros que despegaban.

Se le hizo un nudo en la garganta. *Espero que ninguno de esos...* Estuvo a punto de emplear la Fuerza para intentar encontrar a su madre, a sus hermanos, a su

tío..., pero se concentró en llevar su nave al lado de babor del carguero. *Tengo una misión que cumplir antes de preocuparme por mi familia.*

—Chispas, ¿tienes las coordenadas?

El pequeño androide silbó mientras descargaba los datos de navegación. El Ala-X de Jaina y la lanzadera salieron de la atmósfera de Dantooine antes que las demás naves, situándose en una órbita elevada alrededor del planeta. El resto les siguió, alineándose perfectamente en una órbita que rodeaba Dantooine y cruzaba los polos.

Chispas silbó y ofreció a Jaina la respuesta en el monitor secundario.

— ¡Agamar! Bueno, es donde íbamos, de todas formas. Y el punto de salida está justo en el otro lado de este polo...

El androide chilló, y Jaina miró a través del cristal de la cabina. Por el horizonte de Dantooine, en la trayectoria de salida hacia Agarrar, apareció un crucero yuuzhan vong. Jaina no sabía si era el que habían dañado, pero tenía algunas espinas rotas. Y, lo que era peor, según indicaba su monitor secundario, la nave enemiga volvía a emplear sus dovin basal para crear una anomalía gravitatoria lo suficientemente grande como para impedir a cualquier nave el salto al hiperespacio.

—Aquí Pícaro Once. Tenemos una nave yuuzhan vong haciendo de crucero Interdictor de nuevo. No nos vamos.

—oOOOo—

En la cabina de la lanzadera, Leia se puso entre los asientos que ocupaban su hermano y Elegos.

—Jaina tiene razón, eso nos impedirá salir de aquí.

En la distancia, lentos chorros de plasma se dirigían hacia la caravana de naves, todos demasiado altos. La intención de los artilleros era obvia: querían hacerles regresar a Dantooine. *Donde las tropas de tierra puedan rematarnos.*

Luke frunció el ceño y se incorporó en su asiento.

—No sé si podré con todo, Leia.

Ella le dio unas palmaditas.

—Quizá no tengas que hacerlo solo, Luke —Leia pulsó su unidad de comunicación—. Coronel Darklighter, ¿cuántos torpedos de protones les quedan a los Pícaros?

Uno, alteza. Si quiere lo soltaremos sobre el crucero. Podemos sobre-volarlo con los cazas y bombardearlo. Quizá sea suficiente para eliminar ese campo.

Leia negó con la cabeza cuando Elegos le señaló la entrada de los nuevos datos del sensor.

—Negativo, Pícaro Uno. Acaban de salir más coralitas. El crucero está enviando sus cazas. Parece que realmente están deseosos de que volvamos a tierra.

—Les convenceremos de lo contrario.

Ella se estremeció.

—Me da la impresión de que lo de Dubrillion y esto no han sido más que prácticas. Los yuuzhan vong han estado aprendiendo. En el primer ataque a Dubrillion no llevaron a cabo la técnica del Interdictor. Quieren hacernos bajar de nuevo para seguir probándonos. Si intentamos escapar, moriremos aquí arriba. Si no, ahí abajo. Habremos muerto de todas formas.

Luke negó con la cabeza.

—Eso no es cierto.

Leia frunció el ceño.

— ¿Cómo puedes decir eso? —se tapó la boca con la mano—. ¿Estás teniendo una visión de la Fuerza?

—Son chispazos.

La consola del sensor soltó un pitido. Elegos la miró y ladeó la cabeza.

—Viene algo del hiperespacio. Algo enorme.

—oOOOo—

La entrada del *Ralroost* desde el hiperespacio se produjo segundos antes de lo que le hubiera gustado al almirante Kre'fey. Cuando el túnel blanco por el que había viajado su nave comenzó a resquebrajarse, supo que al menos una nave yuuzhan vong se había convertido en un crucero Interdictor. La única razón para ello era impedir que las naves escaparan. *Lo que significa que he llegado a tiempo.*

Miró a su oficial de control armamentístico.

—Dígale al *Brillo de Fuego* que dispare a discreción.

El oficial de armamento gruñó las órdenes en una unidad de comunicación. Unas llamaradas doradas de turboláser tomaron rumbo al crucero yuuzhan vong. A su vez, los rayos azules de los cañones de iones salieron disparados. Un temblor sacudió al *Ralroost* cuando los veinte cañones de torpedos de protones soltaron su carga letal.

El *Brillo de Fuego*, un destructor estelar clase Victoria, también lanzó los misiles de impacto que tenía disponibles. Ochenta proyectiles describieron una espiral hacia el crucero yuuzhan vong, y cada objetivo se espació lo suficiente como para que los vacíos no capturaran a más de un misil.

La anomalía gravitatoria que había impedido que las naves de la

Nueva República saltaran al hiperespacio se evaporó cuando los dovin basal se desviaron de repente para rechazar los misiles y los láseres. Quizá fue porque el asalto sobrepasó el potencial de los dovin basal, o puede que las criaturas estuvieran agotadas de tanto crear el vacío, pero no consiguieron interceptar todos los láseres y los misiles. Los torpedos de protones pulverizaron los paneles de las cubiertas de coral yorik. Los turboláseres derritieron los cañones espina de plasma, abriendo cráteres en la superficie de la nave. Más de una espina se separó del cuerpo central y flotó por el espacio.

El crucero yuuzhan vong respondió con sus cañones de plasma. Las bolas de energía roja chocaron contra los escudos del *Ralroost* como si fueran mordiscos.

La cubierta dorada de energía comenzó a desfallecer, disminuyendo su potencia en un veinte por ciento, pero siguió aguantando.

Si vamos a tener que enfrentarnos con esa nave, no aguantarán mucho. La idea de que los disparos de plasma atravesaran el casco de su nave le hizo estremecerse. *Pero si no hay otra forma de que escapen los cargueros...*

El oficial de sensores miró al almirante.

Señor, el crucero yuuzhan vong se retira. Sus cazas bajan a la atmósfera.

Los gritos de júbilo dieron la bienvenida a la noticia, pero Kre'fey los detuvo con un gesto.

—Comunicaciones, ponme con el *Invulnerable*.

—En línea, almirante.

—Aquí el almirante Kre'fey. Senador, ¿sigue al cargo de mi nave?

—Así es, almirante. ¿Quiere que me retire?

—Sí, por favor. Embarque en el *Ralroost* y que sus cazas entren por el hangar lateral. Los cargueros pueden formar sobre nosotros. Les escoltaremos fuera de aquí —Kre'fey sonrió—. En caso de que su misión de investigación haya terminado.

—Por ahora sí, almirante —el caamasiano suspiró—. Y al Senado no le va a gustar nada mi informe.

—No me sorprende en absoluto, senador —el bothan entrecerró sus ojos violetas—. Y es una razón más para que vayamos a Coruscant cuanto antes.

CAPITULO 34

Gavin Darklighter se negó a prestar atención a los dolores y molestias que sentía. Normalmente los hubiera achacado al cansancio, pero había descansado de sobra en el viaje desde Dantooine a Agamar, y después a Coruscant. En realidad, se sentía más descansado que en toda su estancia en el escuadrón, pero también sabía que aquella era la peor guerra en la que había participado nunca.

Y por lo que había aprendido durante el viaje a Coruscant, era una guerra que ni el Escuadrón Pícaro ni la Nueva República podían permitirse perder.

Gavin, Leia Organa Solo, el almirante Traest Kre'fey y el senador A'Kla habían sido convocados a una reunión con el Consejo del jefe de Estado, Borsk Fey'lya, para informar de lo que habían averiguado. Por la mirada engreída de Fey'lya y los aires de superioridad de sus camaradas, Gavin supo que, o bien no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo en el Borde Exterior, lo que era imposible, ó habían optado por no dejar que les apartara de sus planes, fueran éstos los que fueran.

Gavin se temía que la más probable fuera esta última situación, y supo que la consecuencia lógica era el desmoronamiento de la Nueva República.

La cámara tenía un sólido muro de transpariacero que ofrecía una hipnótica panorámica nocturna de Coruscant. Las luces que parpadeaban, los deslizadores cruzando la noche y los curiosos dibujos que creaban las luces de los edificios parecían dispuestos a distraer a cualquiera que fuera a ser interrogado por el Consejo. Los asientos de los invitados estaban colocados para aumentar ese efecto. Gavin se dio cuenta de que estaba cayendo en la trampa, pero hizo el esfuerzo necesario para volver a concentrarse en los líderes de la Nueva República.

El senador caamasiano se puso de pie en el centro del arco que describía la mesa del Consejo y extendió los brazos.

—Ya habéis oído el núcleo de la exposición que realizaré ante el Senado. No cabe duda, los yuuzhan vong han venido a conquistar esta galaxia. Los asaltos a Dubrillion y Dantooine no sólo fueron implacables, sino claramente diseñados como ejercicios de prácticas.

Niuk Niuv, el senador de Sullust, habló con voz grave.

—En caso de que eso sea cierto, aprendieron la lección en Dantooine, ¿no es así? ¿Acaso no provocasteis la retirada de su crucero y conseguisteis escapar?

Elegos asintió lentamente.

—Sí, así fue. Sin embargo, ustedes parecen olvidar las pruebas recogidas en Belkadan que demuestran que los yuuzhan vong vinieron e instalaron fábricas de material bélico. Parecen ignorar la operación realizada en Bimmieel, que hemos conocido porque los estudiantes fueron evacuados y llegaron a Agamar a la vez que nosotros.

Pwoe, el quarren, enrolló y desenrolló los tentáculos de su boca.

—Tres sistemas. Cuatro si contamos Sernpidal, y cinco si incluimos Helska 4, el lugar donde se rechazó la primera incursión. Pero los dos últimos eran objetivos inútiles para ellos.

—Y para nosotros —el caamasiano dejó caer la mano lentamente—.

Ustedes tampoco están dando importancia al gran sacrificio que hicimos para salvar numerosas vidas. El Escuadrón Pícaro ha perdido dos tercios de los miembros que tenía hace dos meses. Más de cincuenta pilotos y tropas de asalto perdieron la vida. Los yuuzhan vong mataron a innumerables personas en Dubrillion, y los refugiados de Dantooine sufrieron bajas del cincuenta por ciento.

Borsk Fey'lya negó con la cabeza y se acarició el pelo color crema de la nuca.

—Nosotros no pasamos nada por alto. Somos conscientes de los sacrificios realizados por el coronel Darklighter. Hemos solicitado que las acciones de Dubrillion y Dantooine se añadan al historial de la unidad. Gavin miró al almirante Kre'fey y captó la imperceptible señal. Alzó la cabeza lentamente, girando el anillo sin pensarlo, y miró fijamente a Fey'lya a los ojos. *Hace casi veinte años, distrajiste a mi amada Asir Sei'lar, y eso le provocó la muerte. Es una vieja deuda que tienes conmigo, y ahora me la vas a pagar de una vez por todas.*

—Si valoran nuestro esfuerzo, jefe Fey'lya, entonces no entiendo por qué se afanan en decepcionarme y en decepcionar a todas las fuerzas y cuerpos de la Nueva República.

Fey'lya parpadeó y el vello de la nuca se le encrespó.

—Pasaré por alto esa insubordinación, coronel. Entiendo que esté abrumado por las circunstancias.

Gavin se levantó despacio, en toda su estatura. Contrajo las manos en un puño y dejó que sus músculos tensaran las costuras de su chaqueta. Quería que vieran su poder físico, y que no era sólo alguien que se sienta y aprieta un gatillo. *Quiero que sepan que soy algo que jamás llegarán a ser.*

A pesar de la ira que bullía en su interior, mantuvo el tono tranquilo.

—Jefe Fey'lya, todos sabemos lo que pasa. La única razón de la presencia del *Brillo de Fuego* en Agamar es que el capitán Rimsen procede de allí, y sufrió un cambio en su ruta que le hizo sospechar que le habían desviado para que no fuera a Dubrillion pasando por Belkadan. Al hablar con su familia en Agamar, supo de la visita de Leia, y volvió a casa para evaluar la situación. Por eso acompañó al almirante Kre'fey para salvarnos. Si él no hubiera estado allí, ninguno de nosotros estaríamos aquí.

—Ha malinterpretado...

Gavin le interrumpió cortando el aire con la mano.

—No he terminado.

—Pero su carrera podría hacerlo, coronel —Fey'lya plegó las orejas contra el cráneo—. ¿Está dimitiendo con efectividad inmediata?

El almirante Kre'fey soltó un rápido comentario en bothan que hizo que

Fey'lya girara la cabeza como si le hubieran golpeado. El jefe de Estado arañó la mesa y gruñó otro comentario en respuesta.

El almirante Kre'fey se levantó lentamente.

—Mira, primo, me atrevo a hablarte así porque tengo la impresión de que te estás pasando. ¿Pensabas que no averiguaríamos lo de Bimmiel? ¿Creías que no sabíamos lo de los avistamientos de yuuzhan vong en Garqi? ¿Cuántos ataques yuuzhan vong esperabas que desconociéramos?

El sullustano estaba atónito.

— ¿Pero cómo habéis...?

El almirante movió la cabeza de un lado a otro lentamente.

—Hay millones de formas de saber esas cosas. Los productos procedentes de esos planetas están empezando a escasear, las empresas de telecomunicaciones están informando de recortes y reducción de beneficios, y el número de reclutamientos procedentes de esos mundos ha disminuido enormemente. Es probable que hayáis impedido la propagación de ciertas noticias, indudablemente para evitar que cundiera el pánico, pero olvidasteis que la información que no nos llega es casi tan valiosa como la que sí lo hace.

Los miembros del Consejo se quedaron estupefactos. Murmuraron entre ellos y se volvieron hacia Borsk Fey'lya. Pero él soltó una risita, como si lo que acababa de oír fuera inconsecuente.

—Aunque esos planetas tuvieran algo que ver con la invasión yuuzhan vong, y no tiene pruebas de ello, la declaración de guerra es competencia exclusiva del Consejo.

Gavin negó con la cabeza.

—No, si son nuestras vidas las que están en juego.

—Se lo repito, coronel Darklighter, ¿está usted recitando su carta de dimisión? —Fey'lya le sonrió con malicia—. Sus Pícaros ya abandonaron una vez a la Nueva República y sobrevivimos sin ellos.

Gavin entrecerró los ojos.

—Quizá sí dimita, jefe Fey'lya.

Traest Kre'fey se puso entre Gavin y Elegos.

—Cuidado con aceptar esa dimisión, primo, porque si se va él, me voy yo. Y conmigo, las fuerzas y cuerpos de la Nueva República.

—Estás hablando de un golpe de Estado.

—Estoy hablando de lo único sensato. Tú, vosotros, sois todos políticos y vuestra meta es adquirir poder. ¿Para qué? Para mejorar las vidas de otras personas. Es una meta loable, pero vuestros esfuerzos desfallecen cuando surge una auténtica crisis. Un terremoto sacude un continente y mata a miles de seres. Vosotros os responsabilizáis aunque no sea culpa vuestra. ¿Por qué? Porque vuestras regulaciones sobre el mantenimiento de edificios eran insuficientes, o porque la operación de rescate fue demasiado lenta y los suministros de alimento demasiado escasos, o porque las indemnizaciones a los no asegurados eran menores de lo que ellos habían pensado. Hay cientos de miles de razones

para asumir la culpa, y con cada pedacito de culpa, vais perdiendo poder.

Kre'fey se palmeó el pecho.

—Mi misión es garantizar la seguridad, y los yuuzhan vong son una seria amenaza en este sentido. Supongamos, con toda la buena intención, que no creísteis a la princesa Leia cuando os explicó el problema de los yuuzhan vong. Supongamos que realmente supusisteis que habían acabado con ellos. Podríamos explicar vuestra ausencia de respuesta ante esa amenaza como algo infantil, pero una ausencia de respuesta ahora sería un acto criminal.

Así que, ¿qué puedo hacer? ¿Coger el ejército y llevármelo, digamos, a las Regiones Desconocidas para crear mi propio pequeño imperio? Sí. Así lo prepararía como refugio para los que tengan que huir de la Nueva República cuando la tomen los yuuzhan vong.

Pwoe estaba indignado.

—Si ésa es su opinión, almirante, ¿no estaría mejor provocando una revuelta y derrocándonos?

—No, porque no soy político. No puedo combatir en una guerra y administrar planetas al mismo tiempo —negó con la cabeza—. Pero no le niego que no dudaría en respaldar a cualquiera que acabase con un Gobierno defectuoso.

Kre'fey se dio la vuelta hacia la izquierda y extendió la mano hacia Leia.

Ella se incorporó en el asiento y dejó que en su rostro se dibujara una sonrisa malévola.

Fey'lya se levantó y se cruzó de brazos.

— ¿Con que se trata de eso, Leia? ¿Detestas tanto estar al margen del poder que has convencido al almirante Kre'fey para que te apoye en una revuelta? ¿Pretendes instaurar una hegemonía Jedi para gobernar la Nueva República? ¿Heredarán luego tus hijos el cargo?

Leia rió suavemente y se levantó del asiento con tal elegancia que a Gavin le recordó a un teopari estirándose lánguidamente.

— ¿Es eso lo que buscas, jefe Fey'lya? ¿Quieres ser humillado? ¿Quieres ser recordado como el que condujo a la Nueva República a un nuevo desastre del cual me vi obligada a rescatarla de nuevo?

Bajó la voz hasta el punto de que Gavin tuvo que esforzarse para oírla.

El gesto de Fey'lya fue variando a medida que las palabras de Leia llegaban a sus oídos. Pasó de una mirada triunfal a una expresión de amarga decepción, y luego de resignación.

—Entonces ¿cómo quiere afrontar esto?

Leia sonrió tímidamente.

—Primero tendréis que ceder el control de las operaciones militares al ejército. No habrá microgestión bélica por parte de los políticos. Que cojan lo que necesiten.

—Por supuesto.

—Segundo, coordinaréis el suministro de alimentos y material a los

refugiados que vayan llegando. Agamar ya no da abasto, y la gente irá huyendo hacia el Núcleo a medida que avancen los yuuzhan vong.

Fey'lya miró a Pwoe.

—Tú puedes ocuparte de todo eso.

—Y, por último, permitiréis que el senador A'Kla informe al Senado al completo, y que su exposición tenga cobertura total por parte de los medios.

Fey'lya soltó una sonora carcajada.

—¿Para que pueda echarme toda la culpa? Ni hablar.

Kre'fey miró a Gavin.

—En mi imperio, ¿querrás un planeta para cada uno de tus hijos?, ¿o preferirían gobernar sistemas enteros?

Los ojos violetas de Fey'lya brillaron con ira.

—Elaboraremos juntos el texto del informe, ¿de acuerdo?

Elegos asintió.

—Me parece aceptable.

—Bien —Leia dio un paso adelante y tendió la mano a Fey'lya—. Había olvidado lo que era trabajar contigo.

—Te garantizo que yo no.

Fey'lya dio la mano a Leia, pero la expresión cautelosa en el rostro de la princesa confirmaba que estaba pensando lo que Gavin sabía de sobra. La actual aceptación de Fey'lya no tenía garantía de futuro. *A corto plazo tendremos lo que necesitamos, pero no será siempre así. Si puede aprovecharse, lo hará.*

Leia se inclinó ante el Consejo.

—Gracias por vuestra cooperación. Es por el bien de todos, y eso, en el fondo, es lo que deseamos, ¿no?

—Por supuesto, Leia —Borsk Fey'lya sonrió cual depredador—. Pondremos a la Nueva República por encima de cualquier tema personal. Por el bien de todos.

—oOOoo—

Gavin sólo quería volver a casa con su mujer, pero sabía que no sería muy buena compañía. Había muerto mucha gente, y cuando estaba triste solía recordar a su hermana que su marido había muerto en combate en Yevetha. En un momento dado, ella se había trasladado con sus hijos a vivir con Gavin, hasta que consiguiera levantar cabeza, pero al final se había quedado con ellos. De vez en cuando le daba por pensar que ella y los niños eran una carga para Gavin, y eso era algo que él no podría soportar en aquel momento.

Volvió al cuartel del Escuadrón Pícaro y caminó por los oscuros pasillos. No le importaba que el edificio estuviera desierto. Era muy pronto. El almirante Kre'fey y él acordaron que las alarmas no sonarían hasta el mediodía para que los pilotos que iban a ir al frente pudieran descansar a gusto antes de arriesgar sus vidas en el duro trance de la guerra.

El único punto positivo de todo el desastre de la retirada de Dubrillion fue la

incorporación de Jaina Solo al escuadrón. Gavin había preguntado a Leia si su hija podría permanecer con la unidad, y ella le había dado un cauto permiso. Cuando vio la alegría en el rostro de Jaina, Gavin sospechó que Leia le había dicho que sí porque no hubiera soportado decirle a Jaina que no. La muchacha se mudó de inmediato a los barracones del escuadrón. Compartía habitación con Anni Capstan, su compañera, y se integró en el grupo como si llevara allí toda la vida.

Y pilotando como pilota, no cabe duda de que estará mucho tiempo con nosotros.

A Gavin le sorprendió encontrar un soldado con un rifle láser frente a la puerta de su despacho. Era poco mayor que un niño. *Algo mayor de lo que era yo cuando entré en el escuadrón.*

— ¿Algún problema, soldado?

El joven tragó saliva.

— Señor, intenté detenerlos, señor, pero dijeron que no pasaba nada por entrar en su despacho. Dijeron que a usted no le importaría. Gavin pestañeó atónito.

— ¿Eso dijeron? ¿Y te dijeron quiénes eran?

El soldado negó con la cabeza.

— Unos viejos, señor.

— ¿Y les dejaste entrar? ¿Por qué no los detuviste?

El soldado hizo una mueca de disgusto.

— Lo intenté, pero me quitaron la munición — giró el arma para demostrarle que no tenía cargador.

El coronel asintió.

— ¿Y tu intercomunicador?

— Se lo llevaron también. Me dijeron que le esperara aquí, señor, o si no sería culpable de abandono de puesto.

— Sí, eso es, espera aquí — Gavin apartó al chico a un lado y abrió la puerta de su despacho. Sabía que entrar era una estupidez, pero desechó la posibilidad de que sus visitantes fueran asesinos. Los yuuzhan vong no parecían funcionar de esa manera. *Además, morir ahora sería más fácil que hacer la guerra.*

Los dos visitantes alzaron la vista desde sus cómodos asientos. En la mesa ante ellos había tres vasos, dos de los cuales estaban llenos del whisky coreliano que Gavin tenía oculto en el último cajón. Los dos hombres sonrieron y se echaron a reír.

El soldado introdujo la cabeza por la puerta.

— ¿Todo bien, señor?

— Sí, soldado, puede retirarse.

— Toma — uno de los visitantes le tendió al chico el cargador y el intercomunicador que le había incautado.

Gavin cerró la puerta tras el muchacho y negó con la cabeza.

— Dijo que erais "unos viejos".

— Los jóvenes no respetan nada, ¿verdad, Tycho?

—Nada, Wedge, nada de nada, pero probablemente sea culpa de sus superiores.

Gavin se sirvió un vaso de whisky.

— ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Nos hemos enterado por varias fuentes de que va a haber una guerra — Wedge Antilles alzó la copa—. Estamos viejos para volar, pero no para ayudar. Si nos necesitas, aquí nos tienes.

—Quizá queráis replantearon esa oferta. Esto va a ser horrible. Tycho Celchu negó con la cabeza.

—Así es la guerra, Gavin. Sólo nos cabe esperar que entre todos consigamos que sea lo más breve posible.

CAPITULO 35

Jacen Solo se volvió desde la barandilla del balcón y miró a su hermano.

— ¿No puedes dormir?

Anakin negó con la cabeza mientras entraba en el balcón de la casa de los Solo.

— Pesadillas.

— ¿Sobre qué?

— Sobre Dantooine — Anakin se frotó los ojos —. No paro de soñar que mato reptiloides a diestro y siniestro, pero nunca es suficiente. Siguen entrando en el campo de refugiados. Y cuando entramos, porque tú también estás en el sueño, encontramos a un montón de gente muerta. Chewie, mamá y papá entre ellos.

Jacen suspiró.

— Qué horror.

— ¿Qué crees que significa?

El hermano mayor negó con la cabeza y se volvió a apoyar en la barandilla.

— Desde mi experiencia en Belkadan he estado intentando averiguar el significado de los sueños. El tuyo podría no significar nada. Sigues consternado por la muerte de Chewie. Y, por la misma razón, dado que Mara no está entre esos muertos, es probable que te felicites por haberla salvado. No sé.

Anakin se apoyó en la barandilla junto a su hermano y miró las titilantes luces de Coruscant. Le costaba creer que había pasado un mes desde que salió de allí con Mara en dirección a Dantooine.

— Lo mío es un sueño, está claro. Lo tuyo podría haber sido una visión. El tío Luke piensa que lo fue.

— Sí, pero el futuro cambió, así que me ahogaron y me torturaron — dedicó una media sonrisa a su hermano —. Y dado que nos fuimos de Belkadan para salvaron, es probable que fueras tú el que cambiaste el futuro para que pasara lo que pasó.

— ¿Así que si hubiese muerto serías más feliz?

— Yo no he dicho eso, Anakin — Jacen captó la tristeza en el tono de su hermano pequeño —. Y papá tampoco sería feliz si hubieras muerto. Anakin rió con sorna.

— ¿Le has visto ya?

— No, ¿y tú?

— No. Trespeó dice que está en "misión de reconocimiento de cantinas". Inspeccionando el fondo de los vasos, creo yo.

Jacen suspiró.

— Pues no sé si envidiarle.

— ¿Qué?

— Yo también tengo pesadillas, Anakin, pesadillas sobre Dantooine.

— ¿Como la mía?

—Parecidas —Jacen se rascó la nuca—. Yo estoy allí, matando, matando y matando. Estoy guardando una puerta. Los reptiloides están desesperados por pasar, pero yo sólo los dejo entrar a pedazos.

—Eso es lo que tuviste que hacer.

— ¿Tú crees? —Jacen se echó hacia atrás cuando un jockey pasó volando y zumbando frente a él—. Lo que hicimos no fue noble, fue una carnicería. Mientras estaban bajo el control del vehículo grande, marchaban como androides y lo único que hacíamos era derribarlos. Después, cuando el tío Luke destruyó el transporte, se volvieron locos. Eran bestias y nosotros nos los cargamos.

Anakin le agarró por la muñeca.

—Pero no tenías elección. Si no los matabas, habrían asesinado a muchos más refugiados.

—Sí, lo sé, soy consciente. Me hago cargo, pero no puedo evitar preguntarme qué tiene que ver eso con ser un Caballero Jedi —cerró los ojos fuertemente—. ¿Me acercó eso a una mayor comprensión de la Fuerza? ¿Soy mejor Jedi ahora que antes?

Anakin le soltó la mano.

—Pero la misión de un Jedi es salvar a la gente. No hay una razón más noble que ésa. Arriesgaste tu vida para salvar otras.

— ¿Tú crees? ¿Crees de verdad que esos reptiloides podrían habernos hecho algún daño? Más de la mitad de los soldados de Bril'nilim sobrevivieron al asalto. Y no son Jedi. No necesitábamos los sables láser, Anakin. Podríamos haber utilizado vibrocuchillas o simples porras.

Se giró y abrió los brazos.

— ¿Y era tan especial salvar a esos refugiados? Impedimos que murieran, pero ¿con qué fin? ¿Les hace mejores que los que murieron? ¿Acaso son más nobles? ¿Aprenderán de esta experiencia y harán del universo un lugar mejor?

—No lo sé, Jacen. Eso es el futuro...

—Que siempre está en movimiento.

—Sí. Lo único que sé es que salvamos la vida de muchos. Eso me basta. Jacen asintió lentamente.

—Lo sé, Anakin. Ojalá me bastara a mí también.

—No te entiendo.

—Ya —Jacen habló en susurros mientras Anakin sentía el enfado crecer en su interior—. Mira, Anakin, lo hiciste de maravilla en Dantooine. Aprendiste mucho, cuidaste muy bien de Mara y le salvaste la vida en circunstancias muy difíciles. Eres todo un héroe por lo que hiciste y por la forma en que luchaste contra los reptiloides. No intento quitarte nada de mérito. Quiero que entiendas eso.

—Vale —Anakin se cruzó de brazos—. ¿Y tú?

—Pues no lo sé, ésa es la cuestión —se apretó las sienes con la punta de los dedos—. Pensaba que si me retiraba a la vida contemplativa podría acercarme

más a la Fuerza, pero luego vi a aquellos esclavos y tuve que actuar. La Fuerza me manda una visión, yo actúo en consecuencia y todo sale mal. Pero de ahí salió también que os salváramos a Mara y a ti en Dantooine, y que estuviéramos allí para vencer a los reptiloides. Es como si estuviera caminando en círculos, rodeando el objetivo que persigo. A veces siento que necesito estar solo y otras me veo arrojado al molde heroico que ha formado y ha consumido al tío Luke. Sé que existen otros enfoques, pero no sé si me convencen.

Anakin frunció el ceño.

—Es como si intentaras trazar un rumbo sin conocer el destino final.

— ¿Cómo?

El joven Solo describió un círculo en el aire con el dedo índice.

—Has dicho que das vueltas en torno a una meta, pero no la defines. En realidad, no has dicho cuál es. Yo quiero ser Caballero Jedi, como el tío Luke y otros muchos antes que él. No sé lo que quieres tú, y creo que tú tampoco lo sabes.

Jacen asintió.

—Así me siento, pero creo que es porque quiero ser algo más. No sé qué, pero creo que a la Orden Jedi le falta algo que no pudimos recuperar. Sé que está en alguna parte, pero no sé lo que es.

—Entonces puede que lo de retirarte a pensar no sea lo que te acerque más a esa meta.

Jacen arqueó una ceja.

—Qué filosófico te has puesto de repente.

El chico enrojeció.

—En Dantooine, cuando Mara me dijo que dejara de utilizar la Fuerza para todo, tuve mucho tiempo para pensar. Me di cuenta de que empleaba la Fuerza demasiado. El tío Luke la utiliza como consejera y, en ocasiones, como fuente de energía. Otros la usan como si fuera una vibrocuchilla, otros como una urna para votar y otros como una gama completa de herramientas. Pensé mucho en eso y decidí seguir los pasos del tío Luke.

—No te resultará fácil.

—Ser Jedi no es fácil —Anakin sonrió—. Pero, claro, intentar encontrar tu camino es mucho más difícil. Quizá lo que tengas que hacer es aventurarte por otros caminos e ir utilizando lo que vayas descubriendo en ellos.

El comentario de Anakin le recordó a Jacen la amonestación de Luke sobre la falta de experiencia. *Quizá necesite explorar más los caminos Jedi y conocerme mejor a mí mismo.* Se dio cuenta de que, aunque él era más juicioso que Anakin en su uso de la Fuerza, tampoco sabía cómo sería vivir sin ella. *¿Podría llegar a integrarme totalmente en la Fuerza sin saber quién soy sin ella?*

Jacen revolvió el pelo a su hermano.

—Mira, una cosa. Independientemente de lo que piense de la batalla de Dantooine, para mí fue un orgullo tenerte a mi lado. No sé lo que seré en el futuro, Anakin, pero sé que tú serás un gran Caballero Jedi. Sé que, pase lo que

pase, tendrás éxito.

Anakin entrecerró los ojos.

— ¿Eres Jacen de verdad o un yuuzhan vong con un enmascarador ooglith?

Jacen pasó un brazo por los hombros a su hermano pequeño.

—Por ahora, soy Jacen Solo —*Nadie sabe lo que seré en el futuro.*

CAPITULO 36

Y ahí estaba yo, flotando, pensando para mis adentros: así que esto es morir como un Jedi y desvanecerme como mi abuelo —Corran Horn sonreía débilmente mientras se secaba el bacto con una toalla—. Y entonces me di cuenta de que, a pesar de la falta de sensibilidad, me estaba doliendo la mano. Y me di cuenta de que estaba dando tumbos, lo que no es muy apropiado cuando te has convertido en espíritu. Pero no podía abrir los ojos, así que me dejé llevar.

Luke negó con la cabeza.

—Y entonces descubriste que Ganner había vuelto y que te estaba elevando por encima de los slashrats para sacarte de la concha.

Corran asintió.

—Sí. Contrariando mis órdenes, ordenó a Trista que diera la vuelta al *Escarceador*, cortó el techo de la concha y, colgando desde la rampa, me subió. Si no lo hubiera hecho...

Mirax, la mujer de Corran, le alcanzó una túnica del armarito de la habitación del hospital.

—Si no lo hubiera hecho se habría tenido que enfrentar conmigo. Y menos mal que te metieron en el tanque de bacto del *Escarceador*. Si no, ese veneno te habría matado.

—Claro, pero imagínate su sorpresa si no hubiera funcionado —Corran se secó el pelo con la toalla—. Me meten ahí y cuando abren sólo encuentran jirones de ropa.

Mirax arqueó una ceja.

—¿Y eso qué tiene de gracioso exactamente?

—A mí me hubiera divertido.

—Parece que a los muertos les divierte cualquier cosa.

Luke asintió mirando a Mirax.

—Necesitamos saber si es verdad lo que dijo la doctora Pace sobre que ciertos Jedi se apropiaron de los artefactos. Te agradezco que lo estés investigando.

—Es un placer, Maestro Skywalker —Mirax frunció el ceño—. Las cosas que te he traído proceden evidentemente de la época anterior al Imperio. La actual corriente anti-Jedi ha devaluado el coleccionismo de ese material, pero el mercado de objetos imperiales aún está en auge. Por supuesto, olvidándose del buen gusto o de la lógica; pero, si los coleccionistas quisieran que los dejaran pelados, no se comportarían como nerfs.

—Hazme saber lo que averigües al respecto —Luke sabía que algunos Jedi eran muy diligentes en su afán por encontrar cosas que conectaran la Orden Jedi actual con la que el Emperador había destruido. *Pero robar los recuerdos de la gente...*—. Encontrar objetos que amplíen nuestro conocimiento sobre los Jedi es importante, pero hacerlo a costa de la gente y de la imagen de la Orden es algo

que no nos podemos permitir.

Corran se echó la túnica verde por encima y se la ajustó a la cintura con una correa negra.

—Creo que la actitud correcta es que nosotros somos Jedi, y por lo tanto esas reliquias nos pertenecen. Da igual quién las encuentre. No estoy de acuerdo con ello, pero lo puedo entender.

—Yo también lo entiendo, Corran, pero tengo una opinión dividida. Creo que tener los objetos para estudiarlos es muy valioso, pero tampoco estoy seguro de que tengamos los recursos y la experiencia necesarios para sacarles el máximo partido —Luke se acarició la mandíbula—. La doctora Pace y sus alumnos tienen los conocimientos que hacen falta para sacarle todo el jugo al material. Creo que necesitaremos ayuda académica, por lo que habrá que convencer a algunos Jedi de que no son ladrones y que no nos van a quitar nuestros objetos.

Mirax se rió.

—¿No os parece un tanto irónico que la misión de Bimmiel acabara siendo un saqueo de objetos yuuzhan vong ante sus propias narices?

—Sí, también lo he pensado, Mirax —Luke juntó las yemas de los dedos—. La pequeña advertencia que dejaron a la entrada de ExGal incluía una calavera y una máquina destrozada, lo que me hace pensar que ambas cosas constituyen para ellos un aviso de muerte.

Corran se recostó en la cama del hospital y se puso unas almohadas en la espalda.

—Pero tampoco entiendo esa tecnofobia. Está claro que ellos generan biológicamente cosas que cumplen las mismas funciones que nuestras máquinas. La única diferencia es que las tuyas están vivas.

—Es una diferencia significativa, Corran. Quizás en el pasado hubo una guerra que enfrentó a androides y a yuuzhan vong. Quizá los androides les masacraron y por eso desarrollaron ese odio patológico por las máquinas —el Maestro Jedi se sentó en una silla—. ¿Quién sabe? En cualquier caso, es probable que nos consideren malignos por el hecho de utilizar máquinas para casi todo.

—Si ésa es su actitud, les hubiera encantado ver a Jens analizando el cadáver yuuzhan vong con el digitalizador y el microscopio de escaneo —Corran entrecerró los ojos—. Pero no es eso lo que más me perturba, sino lo de los esclavos que vimos. Debían de proceder del Borde y de la Nueva República. No vi ninguno de los reptiloides que utilizaron en Dantooine.

—Pero estaban los seis yuuzhan vong que se colaron en el recinto e intentaron asesinar a los refugiados —Mirax se apoyó en el ventanal de transpariacero por el que se filtraba la luz—. No entiendo por qué hicieron eso si ya había un ejército designado para tomar el campamento.

Corran se encogió de hombros.

—Bueno, puede que actuaran como Ganner y dejaran de acatar las órdenes en busca de su propia gloria.

Luke arqueó una ceja.

— ¿Piensas que Ganner volvió a buscarte por eso?

— Sí, en parte sí.

— Y no te gusta deberle nada, ¿verdad?

Corran puso un gesto amargo.

— No es tan malo como deberle algo a Booster, pero se lleva mal.

— Lo superarás — Mirax se hizo una coleta con la larga melena negra—. ¿Creéis que los yuuzhan vong lo hicieron por gloria personal o por otra cosa?

— Teniendo en cuenta lo mal que pelearon es obvio que no tenían experiencia

— Luke suspiró—. Y, aun así, mataron a un noghri, lo que no es fácil. La investigación forense ha revelado que no tenían tantas cicatrices, tatuajes y huesos rotos como el cuerpo que trajimos de Bimmiel o como los otros especímenes que tenemos. Yo diría que o salieron por su cuenta o eran una avanzadilla.

Corran hizo un gesto con la mano.

— Y hay otra cosa que no sé si entiendo bien. Las estructuras de las que colgaron a los estudiantes... y de la que tenían suspendido a Jacen... estaban diseñadas para causar dolor. Ni mucho, ni poco, sólo dolor. Ambos hemos visto a los yuuzhan vong matando a sus esclavos sin piedad y, en mi caso, por placer y por algo más incluso. Las cicatrices, los tatuajes, los huesos rotos... puede que el hecho de acabar de salir de mi último tanque de terapia de bacta altere mi perspectiva de las cosas, pero, en mi opinión, dolor y diversión no tienen nada que ver.

— Puede que matar esclavos no sea una diversión para los yuuzhan vong, sino algo que algunos están más dispuestos a hacer que otros — Luke abrió los brazos—. Todos sabemos que hay algunos Jedi a los que les gusta usar la Fuerza más que a otros. Y por lo que respecta a lo de los huesos rotos y esas cosas, tú eres el que tiene un amigo que es rastreador gand. Sabes por lo que tuvo que pasar para conseguir ese rango. Puede que las heridas, los tatuajes y las cicatrices sean un símbolo para los yuuzhan vong.

Mirax alzó la mano.

— Teniendo en cuenta que me gano la vida comerciando con objetos de significado cultural, me da la impresión de que todos esos símbolos son externos. Las cicatrices y los tatuajes vale, pero ¿los huesos rotos? Especialmente cuando rompen la simetría. No tiene sentido.

Luke se encogió de hombros.

No tendrá sentido para nosotros, pero sí para ellos. El dolor y la cicatrización podrían tener valores superiores en su cultura. Y el hecho de que tengan criaturas para infligir dolor me da la razón. No sé si sería así en Bimmiel, pero, en Belkadan, la estructura de la que pendía Jacen podría haber albergado a un yuuzhan vong sin problemas.

— Es verdad, ahora que lo dices.

El Maestro Jedi continuó.

—Creo que es importante darnos cuenta de que las acciones de Dubrillion y Dantooine estaban destinadas a probarnos y a entrenar a los soldados. Son muy inteligentes y lo tienen todo pensado. Leia me dijo que según la opinión de Lando del primer y el segundo ataque yuuzhan vong, los segundos estaban mucho mejor entrenados. Esto podría enseñarnos mucho sobre los ataques pasados y nos dará pistas sobre cómo será el tercero.

Corran suspiró.

—No me gustó el segundo ataque. La idea de un tercero, o de la continuación del segundo... no lo espero con impaciencia.

—Yo tampoco, pero pensar que van a retirarse para siempre después de esto sería tan estúpido como la creencia del Senado de que los yuuzhan vong no iban a volver tras el primer ataque.

—Lo sé, Luke, lo sé —Corran se abrazó el estómago—. Y yo estaré ahí, haciendo lo que me pidas. Es bueno saber que esta vez contaremos con el respaldo de la Nueva República.

—Estoy de acuerdo —Luke exhaló lentamente—. Y espero que sea suficiente, por el bien de la galaxia.

EPILOGO

Que sus subordinados temblaran ante la visión de su rostro descubierto complacía bastante a Shedao Shai. El comandante yuuzhan vong había optado por entrar en el grashal de Bimmiel sin el casco o la máscara blindada que su elevado rango le permitía llevar. Su bastón de mando estaba enrollado en su antebrazo derecho. Más estrecho y mucho más corto que un anfibastón, el tsaisi pertenecía a la misma especie que su primo, pero era más delicado. Su utilización letal requería mayor habilidad, de ahí que fueran pocos los elegidos para portarlo.

Shedao Shai se detuvo en lo alto de las escaleras que conducían al grashal. Lo que vio podría haberle enfermado, pero no mostraría signos de debilidad ante los rangos inferiores. *A los que están por debajo.* Varias larvas de gricha habían sido diseminadas por el suelo para que comieran arena y excretaran el material que taparía las brechas por las que habían entrado los comedores de arena que habían devorado a los dos guerreros yuuzhan vong.

Dos guerreros de mi familia. Shedao Shai comenzó a bajar lentamente las escaleras, dejando que las espuelas retumbaran en el suelo a cada paso. Midió sus movimientos y contempló a sus pies a quienes cumplían con sus tareas o se detenían para mirarlo. Los que no miraban hacían gala de un desinterés que claramente escondía su ambición, y los que miraban eran aduladores idiotas que pensaban que su ascenso podría llegar por otro medio que no fuera el valor en el combate.

Sólo aquellos que miran de reojo, curiosos por naturaleza, sienten respeto y afán por su tarea. Se fijó en quiénes eran y eligió a uno que había decidido supervisar al ngdin mientras la criatura borraba lentamente los restos de los intrusos que habían destruido el grashal. Esperó pacientemente a que su elegido alzara la mirada, y cuando lo hizo le indicó que se acercara.

El guerrero cogió al ngdin, agarrando a la criatura con ambas manos a pesar de que los numerosos flagelos sobre los que se movía podían pincharle. Lo volvió a poner en el suelo del grashal, dejando que atacara un borrón escarlata. Luego se arrodilló ante su amo y se llevó el puño derecho al hombro izquierdo.

Shedao Shai se le quedó mirando.

—Puedes mirarme, Krag Val.

—Si fuera merecedor de ese honor ya habría terminado mi tarea, comandante Shai.

Muy bien. El yuuzhan vong entrecerró los ojos y asintió lentamente.

—Me gustaría que me informaras de lo ocurrido aquí.

—Haré lo que pueda, comandante —el guerrero se puso en pie y se volvió para señalar las estructuras—. Creo que dos de los humanos de este planeta fueron colocados en el Abrazo de Dolor. Al menos otros dos individuos vinieron a rescatarlos. Los cortes del Abrazo, del suelo y de las reliquias de sus

parientes me llevan a pensar que eran jeedai. Creo que Neira Shai fue el primero en caer durante el enfrentamiento. Su cráneo estaba carbonizado a la altura de la cuenca del ojo. Dranae Shai hirió a su enemigo gravemente, pero la rotura de su cadera indica que le devolvieron el golpe. Entre sus restos no he encontrado pruebas de que le mataran en combate.

La voz de Krag Val bajó de tono.

—De los pocos restos que se han recuperado.

Shedao Shai sintió la furia bullendo en su interior, pero se controló. La información proporcionada por Krag Val era lo que ya sabía por el informe preliminar que le habían dado al volver de Dantooine. Sus batallas allí y en Dubrillion le habían proporcionado una mayor comprensión del enemigo. Pensó que tenían recursos y que podían llegar a ser valientes. *Casi llegué a considerarles dignos.* Pero lo que había aprendido de su conducta en Bimmiel le llevó a la conclusión de que estaban más allá de toda redención.

—Este jeedai que sangró aquí, ¿dónde están sus restos?

Krag miró fijamente al suelo y se llevó las manos a la espalda. Se agachó indefenso para que su amo pudiera pegarle si así lo deseaba.

—No hay restos. Por el rastro de sangre, hemos llegado a la conclusión de que lo elevaron para sacarlo de aquí.

Las manos de Shedao Shai se apretaron formando puños que lucían protuberancias puntiagudas en los nudillos.

—¿Me estás diciendo que recuperaron el cadáver del jeedai y dejaron que el nuestro fuera carroña para esas ratas?

—Así es, comandante.

Shedao Shai gruñó, alzando el puño derecho hacia su propio rostro desfigurado. *Esto es culpa de Nom Anor, ese maldito cachorro de máquina.* Nom Anor se había infiltrado en la Nueva República y había enviado mucha información sobre los enemigos a los que se iban a enfrentar, pero no lo había incluido todo. Y, lo que es más, había hecho una intentona de hacerse con el poder cuando su facción política lanzó el ataque a Dubrillion y a Belkadan. *Si su gente hubiera ganado esas batallas, él habría estado al mando de la invasión. Sus fallos dictaron mis primeros movimientos, dado que no podíamos dejar que la vergüenza de sus derrotas empañara nuestra victoria. Yo acabé su trabajo, pero ahora mis parientes han pagado con la vida sus errores.*

A pesar de estar hablando entre dientes, la voz del comandante sonaba firme.

—¿Y Mongei Shai?

Krag Val se postró de rodillas y se tumbó en la base de las escaleras.

—Hay pruebas, comandante, de que un grupo de humanos encontró la cueva en la que había estado esperando. Ellos... me da miedo decirlo, amo...

Shedao Shai comenzó a estremecerse, pero prosiguió con voz firme.

—Esos crímenes no son tuyos, Krag Val.

—Perturbaron su descanso, maestro. Utilizaron... dejaron sus abominaciones mecánicas en el lugar donde lo encontraron.

El comandante yuuzhan vong apartó la mirada. La imagen de los restos de su abuelo siendo hurgados por aquellos asquerosos humanos, el hecho de que le hubieran molestado, todas las pruebas de su muerte destruidas... era demasiado. Shedao Shai alteró su respiración y se le hizo un nudo en la garganta. Mongei Shai había formado parte de una expedición que, cincuenta años atrás, se había aventurado a dejar las mundonaves e ir a la nueva galaxia. No había regresado con los demás, y se quedó en Bimmial informando mediante los villips hasta que estuvieron demasiado lejos. Su sacrificio había proporcionado reputación a Domain Shai, y Shedao esperaba que sus primos obtuvieran aún más gloria para la familia recuperando los restos.

Pero fracasaron y el enemigo ultrajó su tumba. Nos están poniendo a prueba.

Shedao Shai volvió a mirar a sus subordinados. Luego apoyó un pie contra la cabeza de Krag Val y la presionó contra el suelo.

— ¿Por qué Neira y Dranae no encontraron antes el cadáver?

—Las viejas coordenadas estaban basadas en el campo magnético de este planeta, pero ha cambiado. Sus búsquedas progresaban poco a poco. Catorce vueltas más y lo hubieran encontrado. Su comportamiento fue irreprochable.

—Y carente de imaginación —Shedao Shai miró al poblado minshal—. ¿La escoria se ha comido también a los esclavos?

—Eso parece, amo.

— ¿Y los jeedai no recuperaron sus cadáveres?

—No, amo.

Shedao Shai retiró el pie de la cabeza de Krag y descendió hasta el suelo del grashal. Se agachó sobre el ngdin que se arrastraba sobre la huella sangrienta que el jeedai había dejado en el suelo, lo contempló absorbiendo la sangre y miró a Krag Val.

—En el planeta que llaman Dantooine tampoco recuperaron los cadáveres. Esa gente no tiene ni idea de lo que es correcto y honorable. Pero que recogieran a este jeedai dice mucho.

Krag Val, con la cabeza pegada al suelo, miró a Shedao Shai.

— ¿Qué, amo?

—Significa que este jeedai sigue vivo —Shedao Shai cogió al ngdin del suelo y lo elevó. Los innumerables flagelos de la tripa estaban manchados de sangre. Shedao Shai dio una dentellada entre los tentáculos, degustando la sangre y sintiendo los pinchazos. Arrancó la carne de la criatura y se la tragó sin importarle la sangre que brotaba de sus labios.

—Este jeedai vive, y yo volveré a probar su sangre cuando esté muriendo.

FIN

